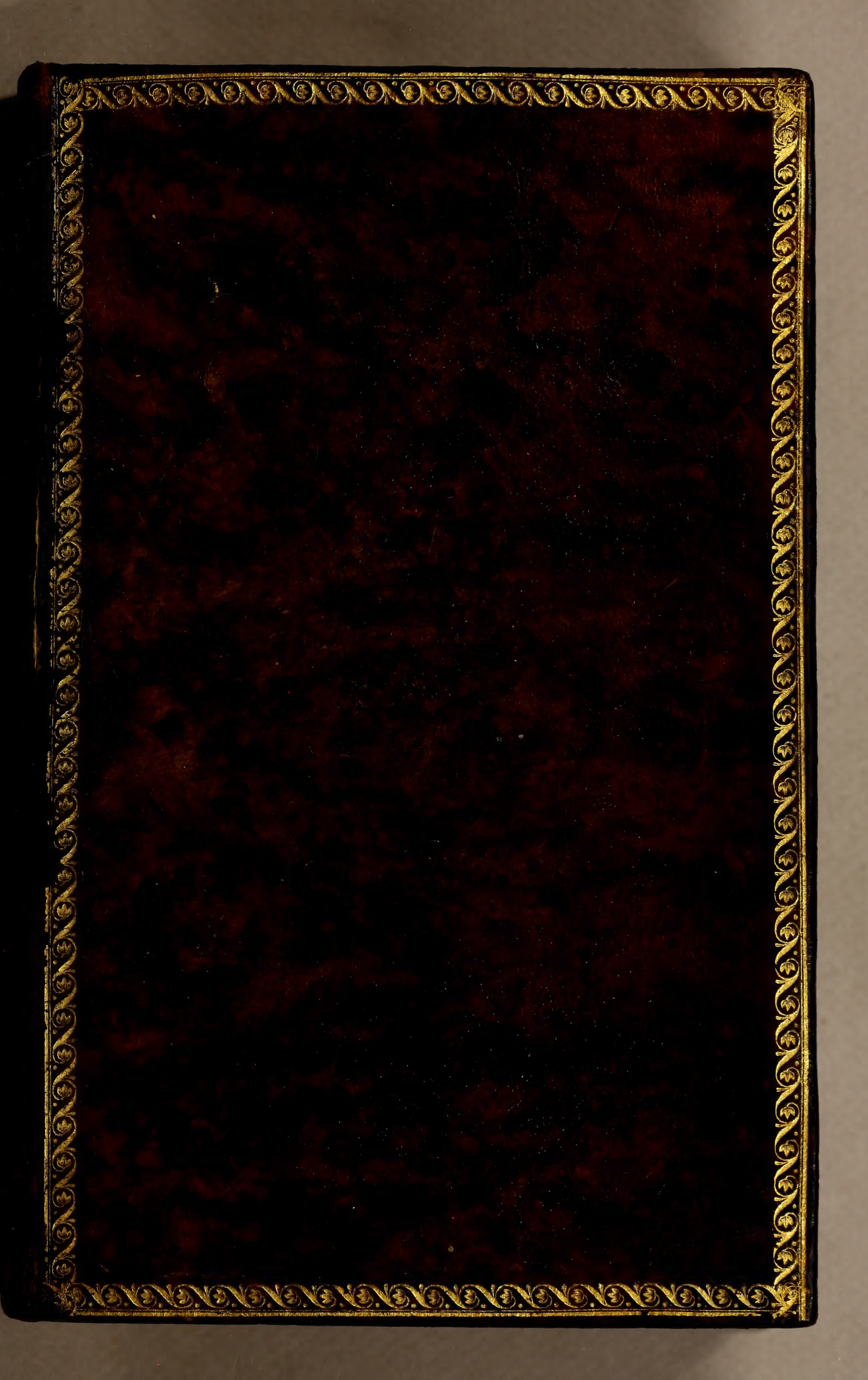
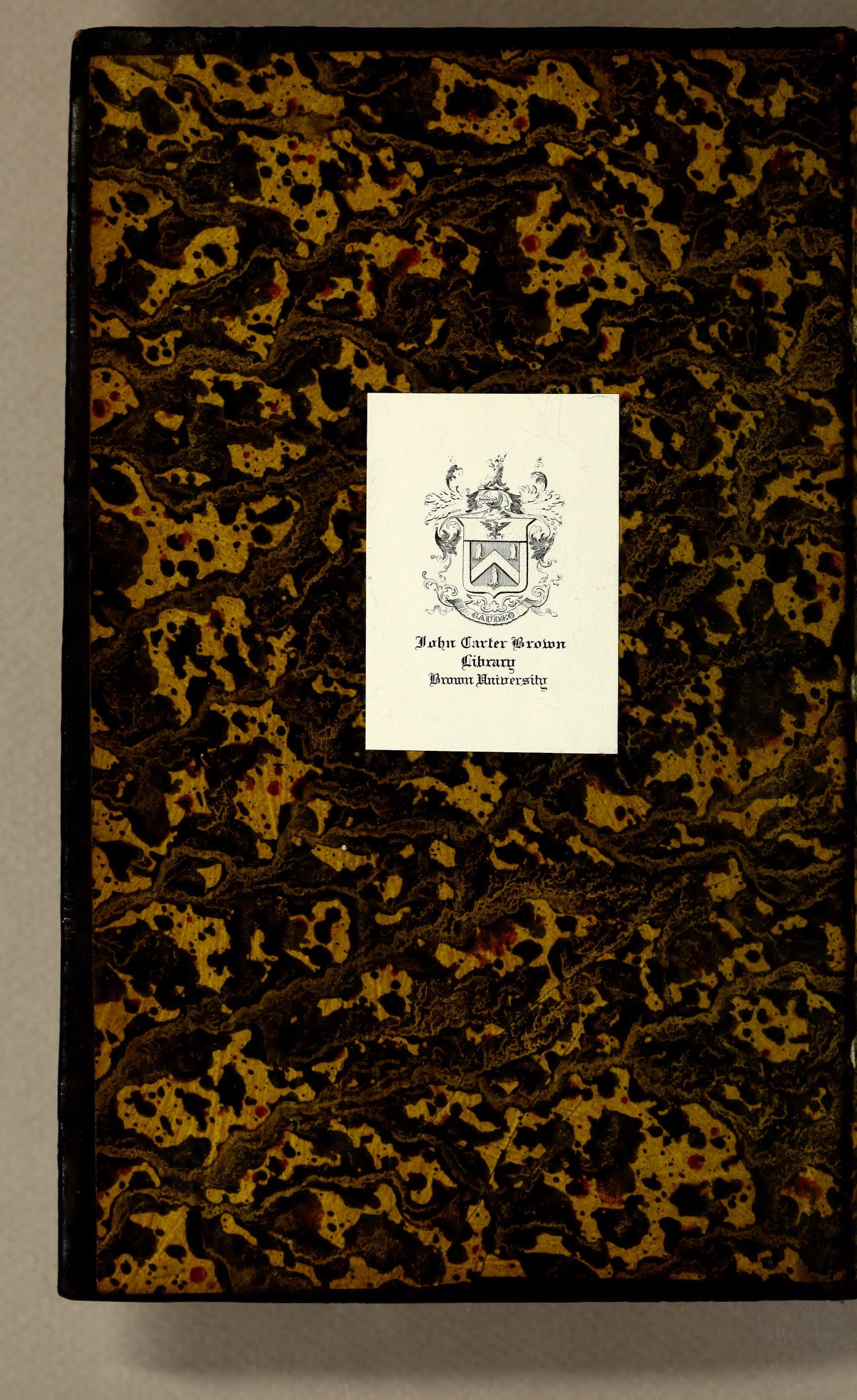



GAUDEO
John Carter Brown
Library
Brown University



Historia Antigua

DE

MÉJICO,

ESCRITA POR

EL LIC. D. MARIANO VEYTIA.

La publica

CON VARIAS NOTAS Y UN APENDICE

EL C. F. ORTEGA.

TOM. II.

Méjico.

IMPRENTA A CARGO DE JUAN OJEDA,
CALLE DE LAS ESCALERILLAS NUMERO 2.

1836.

HISTORIA ANTIGUA

DE

MÉJICO.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA VENIDA DE LA NACION CHICHIMECA Y FUNDACION DE SU IMPERIO, Y DE LAS DEMAS NACIONES QUE EN SU TIEMPO VINIERON A ESTABLECERSE, Y FUNDARON LAS OTRAS MONARQUIAS QUE FLORECIERON EN LA TIERRA DE ANAHUAC.

CAPITULO I.

Determina el emperador Achauhtzin enviar á su hermano menor Xolotl con numeroso ejército á apoderarse del reino de Tollan, y se refiere su marcha hasta llegar á Xoloque donde hizo la primer poblacion grande para corte suya.

NO habiendo querido Topiltzin volver á su reino mandando las tropas y nuevos pobladores que le ofrecia el emperador Chichimeca, resolvió este enviar á un hermano menor que tenia llamado Xolotl, con competente número de tropa y pobladores, para que sujetando, y castigando á los reyes rebeldes, se apodera-

se de la tierra, cediendo todo el derecho que le habia cedido Topiltzin, para que coronándose en ella fuese señor absoluto é independiente del imperio Chichimeca, del mismo modo y con las propias capitulaciones con que se mantuvieron los reyes toltecas. Habiale dado el emperador á su hermano grandes estados y mucho número de vasallos dentro de su imperio, y habia casado Xolotl con una señora principal llamada Tomiyauh, muy poderosa y dotada, porque era señora de muchas poblaciones de la costa del Norte, de las cuales las mas principales eran Tampico y Tamiyauh, que ahora llaman Tamiahua, y tenian ya un hijo de trece á catorce años llamado Nopaltzin.

Hizo el emperador publicar un bando por todo su reino, para que todos los que quisiesen seguir á Xolotl en su jornada con sus familias se presentasen para alistarlos; pero previniendo que el que despues de alistado se retirase, ó se volviese de la jornada sin permiso de Xolotl, seria castigado con pena de muerte. El mismo bando hizo publicar Xolotl en sus estados, y Tamiyauh en los suyos, y á mas de esto se valieron de algunos señores principales, sus mas familiares y allegados para que procurasen atraer á cuantos pudiesen, ofreciéndoles premios y ventajosos establecimientos en la nueva monarquía.

En poco tiempo se alistaron tres millones, doscientas y dos mil personas de entrambos sexos, sin contar los niños, entre las cuales eran los mas principales seis príncipes, deudos suyos y señores muy poderosos, que quisieron acompañarle, cuyos nombres son Catomatl, Quauhatlapal, Cozcaquauh, Mitliztax, Tecpa, é Iztaucquautli. Fuera de estos se alistaron tambien

otras muchas personas de distinguida nobleza, y todos los hombres capaces de tomar las armas iban armados, unos de arcos y flechas, y otros de cerbatanas, con que á soplo disparaban balas de barro, con tanto ímpetu que mataban un hombre, ó una fiera, que estas eran hasta entónces todas las armas de que usaban los Chichimecas.

Estos no se habian adelantado en la policía y ejercicio de las artes como los toltecas, y mucho ménos en los conocimientos científicos; y aunque tenian su modo de gobierno civil y sociable era muy tosco y rústico. Preciaban mucho de su nobleza y de su gran valor, y en efecto eran gentes de tanto espíritu, que declinaba ya en barbaridad. En lo general eran de menor estatura que los toltecas, de color trigueño, el pelo negro, grueso, y muy crecido, porque esto entre ellos era gala; poca ó ninguna barba, pero fuertes, membrudos, y robustos.

Por lo frio de su clima vestian todos pieles de animales adobadas y curtidas, sin que perdiesen el pelo, las que acomodaban á manera de un sayo, que por detras les llegaba hasta las corvas, y por delante á medio muslo; cubrian y adornaban las cabezas con casquetes y monteras de las mismas pieles, y de ellas propias hacian rodelas para su defensa. Las gentes principales se adornaban las cabezas sobre los casquetes de piel con plumas de varios colores, y pedazos de oro, plata, y otros metales toscamente labrados, con piedras de colores, y con una especie de heno que se cria sobre los arboles viejos, á modo de barbas largas blancas, que en su idioma llaman Pactli, de que formaban una especie de guirnaldas; y en el cuello, pe-

cho, brazos y pantorrillas, se ponian iguales adornos de joyeles y piedras. Todos usaban el calzado de sandalia, que llaman cacli, de piel cruda y dura, afianzada por sobre el pie con correas mas suaves.

Las mugerse tambien vestian de pieles curtidas, rodeándolas el cuerpo desde la cintura para abajo, y de la cintura para arriba con huipiles, que son en su hechura á manera de unas camisas sin mangas, y esta era la única cosa que tejian, ó de algodon, ó de palma, ó de pelos de animales.

No tenian casas como las de los toltecas, sino cuevas, ó artificiales, ó naturales, y los palacios y casas principales eran unas chozas bajas y sin artificio, aunque en muchas piezas formadas de ramas de árboles, rebocadas por fuera, y blanqueadas. Su comida era toda especie de caza, tanto cuadrúpeda como volátil, sin distincion ni otro condimento que asada, y las frutas y yerbas del campo que habian experimentado gratas al paladar; pero nada sembraban, ni cultivaban.

Su religion se reducia á la adoracion del Tloque Nahuaque; pero ni tenian templos, ni culto exterior, sino un simple conocimiento de que habia un Ente Supremo, criador y conservador de todas las cosas. Al sol le llamaban padre, y á la luna madre; y cuando salian á caza para buscar su sustento, la primer pieza que mataban la degollaban, ofreciéndosela al sol, y derramando la sangre, dejaban tendida sobre ella la víctima. No tenian mas que una muger, y era castigado severamente el adulterio.

El emperador se distinguia por una corona, que en tiempo de paz era de laurel, ó álamo, ó sauce, con un gran plumage de plumas de pavo real, que llaman

Quetzalli, ó Quetzaltototl, cogido en manojo por el cerebro, y afianzando con un joyel de oro; y en tiempo de guerra la corona era de encino ó roble, y las plumas de águila.

Viendo, pues, Xolotl el gran número de gente que se juntó en tan pocos dias, determinó emprender luego su marcha, y al año siguiente de la destruccion de los toltecas, señalado con el signo de dos casas, que corresponde al de 1117, salió de la corte Chichimeca con su muger é hijo, y con toda su numerosa comitiva, dejando dispuesto que la demas gente que se fuese juntando y alistando, le fuera siguiendo en buen órden, y dirigió su marcha á las costas del Sur, y estados de los régulos revelados.

Viendo estos venir sobre sí aquel numeroso ejército, y exhaustos de gente con las pérdidas que tuvieron en la última guerra, tomaron el partido de salir al encuentro á Xolotl, y rendírsele, jurándole obediencia, y reconociéndole por supremo señor y monarca, dando al mismo tiempo sus disculpas, y las razones que tuvieron para invadir el reino de Tollan; las que oidas por Xolotl, y viéndolos tan rendidos y humillados, los admitió benignamente, recibiéndolos por sus feudatarios y confirmándolos en la posesion de sus tierras, bajo la protesta de quedar siempre sujetos y subordinados á él y sus sucesores; y obligados á ayudarle con todas sus fuerzas en cualquiera caso que los necesitase, con lo que mandó Xolotl suspender las hostilidades que hasta entónces se habian cometido, saqueando, talando, y arrasando algunas poblaciones.

Luego que entró en las tierras de la corona tolteca, determinó ir reconociendo menudamente todos los luga-

res que fueron poblaciones toltecas, y habian quedado vacías, tanto para instruirse de su situacion y circunstancias, como para ver si habian quedado en ellas algunos moradores; y para hacerlo con mas comodidad dividió su gente en compañías, á las que dió el nombre de capitanías, nombrando para gefe en cada una de ellas uno de los que le acompañaban, que la mandara. No dicen el número de compañías que formó, sino solamente que continuando su marcha, en llegando á un lugar que le parecia acomodado, se detenia en él algunos dias, y desde allí destacaba sus compañías á reconocer los lugares del contorno, y segun las noticias que le traian pasaba él en persona, y en aquellos pueblos que mejor le parecian iba dejando un competente número de familias para poblarlos, y á un gobernador para que en su nombre los mandase y administrase justicia, dándole cuenta de todos sus progresos.

Tambien dejaba pobladores en otras partes que por su situacion y circunstancias le parecian á propósito para fundar en ellas nuevos pueblos. De tiempo en tiempo pasaba revista á su gente, que sin embargo de la que iba dejando para las poblaciones, no solo no disminuia, sino que ántes bien aumentaba por las nuevas cuadrillas que de nuevo le iban llegando cada dia, de las que iba formando capitanías, para reemplazar las que iba dejando; por que regularmente para cada poblacion dejaba una capitanía, á ménos que no fuese muy grande el lugar, que entónces dejaba dos ó mas, pero siempre al mando de un solo gefe ó gobernador.

El modo de pasar esta revista era tomando cada uno una piedrecilla, y en presencia de Xolótl, iban pasando y largando la piedra, la gente comun á un lado,

y los señores nobles á otros, con la circunstancia de que las piedras de estos eran de mas tamaño que las de los plebeyos; y habiendo acabado de pasar todos, se contaban los montones de piedras, y así ajustaba la cuenta, y sabia la gente que tenia. En los mas parajes donde hizo estas revistas mandó hacer poblacion, dejando gente para ella, y de ahí es el hallarse cinco ó seis lugares que se llaman Nopohualco, que quiere decir *contadero*, de los cuales hay uno á tres leguas de Méjico al Norueste, y otro al Leste á poca mas distancia junto á Otumba.

De este modo continuó su marcha hasta llegar á Quatztecatl, que hoy llaman la Guasteca: de allí pasó á Cohuatlicamac, y de aquí á Tepenenec, sin que en todo cuanto hasta entónces habian andado hubiesen podido encontrar tolteca ninguno, porque determinó Xolotl continuar brevemente su marcha hasta la corte de Tollan, para reconocerla; pero ántes de partir mandó á los seis príncipes que le acompañaban, que con otros tantos destacamentos saliesen por diferentes rumbos á reconocer la tierra, con órden de que si hallasen algunos toltecas, no les hiciesen daño, sino que los tratasen benignamente, haciéndoles saber qué habia llegado á aquella tierra el emperador Xolotl, hermano del gran Achautzin, emperador Chichimeca, á posesionarse de ella, y á quien habian de reconocer por supremo monarca, y que de ellos procurasen informarse de todas las cosas de la tierra para traerle noticia. Mas que si se resistiesen á darle obediencia, ó cometiesen alguna hostilidad, los tratasen como á enemigos.

Hecho esto partió con el resto de su gente, llevando en compañía á su hijo el príncipe Nopaltzin, y la

mayor parte de la nobleza; y habiendo entrado en algunos lugares que encontró en el camino para reconocerlos, llegó finalmente á la ciudad de Tollan, la que halló derrumbada y destruida, llenas de yerbas sus calles, y sin habitador alguno. Viendo su situacion y planta, y pareciéndole bien, mandó que se volviese á poblar, dejando para eso en ella competente número de familias. De Tollan pasó á Mizquiyahuala, de aquí á Tecpan, y de aquí á Xaltocan, en cuya inmediacion halló un terreno á la falda de un cerro, poblado de cuevas, que le agradó mucho; y mandó hacer en él su primera corte, á que dió su mismo nombre Xolotl. Esta despues fué ciudad grande, y vivió en ella algunos años: hoy subsiste en un corto pueblo llamado Xoloque, cuyo nombre le daré para quitar confusion.

CAPITULO II.

Continúa Xolotl su marcha, y envia al príncipe á reconocer el terreno. Funda á Tenayocan. Determina tomar posesion de la tierra ántes de poblada, y lo ejecuta con singulares ceremonias. Envia por los cuatro vientos cuatro de los señores que la tomen en su nombre, comienza á repartir algunas tierras entre la nobleza, y manda poblar los lugares, sin mudarles el nombre.

Mientras se trabajaba con empeño en la nueva poblacion, aderezando las cuevas para la comodidad de la vivienda, fabricando otras de nuevo, y ordenando sus calles, determinó Xolotl no estar ocioso, sino proseguir él mismo personalmente en el reconocimiento de la tierra. Para esto separó un buen número de gente,

así de la noble como de la plebeya, y llevando consigo al príncipe, continuó su marcha. Pasó por los lugares de Tepepulco, Oztotl, Cahuacayan y Tecpantepec, subiendo siempre á los montes y cerros mas altos, para desde ellos reconocer mejor la tierra; y habiendo subido al cerro de Atonan, le pareció que por la parte del Sur salian algunas humaredas de ciertas poblaciones que se divisaban á lo léjos; y para reconocerlas destacó desde allí al príncipe Nopaltzin con un competente grueso de gente, y con órden de reconocerlas, y él se volvió con el resto á Xoloque, para avivar con su presencia el trapajo de su nueva ciudad.

Partió el príncipe y la nobleza que le acompañaba, y reconoció los lugares de Oztotipac, Quahuaticpac, Tepetlaoztoc y Cinacanoztoc. Este le agradó mucho, y despues se pobló y fué ciudad grande, donde Nopaltzin vivió algunos años, y donde fabricó un gran palacio, jardines y bosques de caza para su diversion. De aquí subió al cerro de Quauhyacac, desde donde alcanzó á ver en unos llanos las ruinas de la ciudad de Toltecatcopan, que fué de las mas numerosas, y en que hubo uno de los mas famosos templos, de donde tomó el nombre la poblacion. De aquí pasó á Patlachiuhcan, á Tezcutzinco, y subió á la sierra de Tlaloc, que es la mas alta de la comarca de Tezcoco, desde donde descubrió la tierra de Chalollan, Huexutzinco y Tlaxcallan. De allí fué á reconocer á Techachalco, Coatlican y Tlalanoztoc, y habiendo subido á un cerro, descubiró las poblaciones de Tlazalan, Culhuacan, y el cerrillo de Chalpoltepec; de algunas de ellas vió salir humaredas, y de ello infirió haber allí alguna gente; mas no pudiendo pasar á reconocerlas por estar de por

medio la laguna, determinó volverse á Xoloque á dar razon á su padre, y en el camino pasó por Teotihuacan, y otros muchos lugares que tambien estaban despoblados.

Llegó á Xoloque, y dió cuenta á su padre de todo lo que habia practicado, y á poco tiempo fueron llegando tambien los señores que habian ido con sus destacamentos á reconocer la tierra por diferentes rumbos: los que dieron noticia de lo que habian andado y visto, y de haber encontrado en cinco poblaciones algunos caballeros toltecas que habian quedado en ellas, con algunos pocos vasallos suyos que los recibieron de paz, y les informaron de todos los trabajos y calamidades que habian padecido, y de que en otras poblaciones habian quedado algunos habitadores: pero que la mayor parte de los que escaparon se habian retirado á mucha distancia por las bandas del Sur y Poniente. Informáronles tambien del clima y buen temperamento de la tierra, su sanidad y fertilidad, y les dijeron que atento á la costumbre en que estaban criados los Chichimecas de vivir en cuevas, les seria muy cómodo y agradable el terreno de Tenayocan, por estar muy poblado de ellas, y ser muy bueno su temperamento, situado al Norueste respecto de Xoloque, y cerca de Tultitlan. Luego que oyó Xolotl esta noticia, determinó pasar personalmente á reconocer el terreno; y habiéndole agradado mucho, determinó hacer allí la principal fundacion y corte de su imperio, lo que al punto puso por obra; y así señalan el año de la fundacion de esta ciudad (de que subsisten hasta hoy las reliquias en un corto pueblo) con el geroglífico de cinco pedernales, que corresponde al de 1120. Mantúvose allí el emperador, y fueron tomando asiento en todo aquel territorio los señores y ca-

balleros que le acompañaban, acomodando á la gente que cada uno tenia de su mando. Velaba Xolotl con la mayor eficacia para que por todas partes y en todas las cosas reinase el buen órden y concierto: acaso por esto le dieron el nombre de Xolotl, que significa *ojo*, por su mucha vigilancia en el gobierno, sin perdonar trabajo ni diligencia, y queriendo hallarse presente á todo lo que se hacia para evitar cualquier desórden.

Pocos dias despues de haberse establecido en Tenayocan convocó á todos los príncipes y señores, y á toda la nobleza que le seguia, y estando en su presencia les hizo un razonamiento muy sério, manifestándoles que para proceder con la justificacion debida, ántes de empezar á repoblar la tierra y los lugares que por la destruccion de los toltecas habian quedado desiertos, apoderándose y sirviéndose de sus edificios, le parecia conveniente tomar posesion de la tierra solamente, con todas aquellas ceremonias que habian acostumbrado sus mayores, puesto que él habia entrado con justo título y derecho, sin quebrantar las capitulaciones que hizo su bisabuelo Icauhtzin con los reyes toltecas, respecto á haberse ya destruido su reino, y que el último poseedor de él que era Topiltzin lo habia cedido y renunciado en su hermano el emperador Acauhtzin, quien le habia hecho á él donacion de la tierra para poblarla de vasallos suyos, y fundar en ella su monarquía, á lo que de ninguna suerte podian oponerse los pocos toltecas que habian quedado; y aunque estos no se habian opuesto sino recibídolos de paz, hasta entónces no habian venido á presentarse, ni á darle obediencia, sin embargo de haber dicho á los exploradores que estaban prontos á reconocerle por su monarca: por todo lo cual

le parecia conveniente y necesario tomar solamente posesion de la tierra.

Pareció bien á los señores la resolucion del emperador, y señalando el dia, salió de Tenayocan, llevando consigo al príncipe Nopaltzin, á los seis señores y otros muchos caballeros con crecida comitiva, y fué en derechura al monte de Xocotl, junto á Xocotitlan situado al Poniente de Tenayocan, por ser uno de los mas altos que observó; y subiendo á la cumbre, mandó á uno de aquellos señores que disparase cuatro flechas con cuanta fuerza alcanzase á los cuatro rumbos principales, y habiéndolo ejecutado cortaron esparto y yerbas secas, las retorcieron como cordel, y las ataron por las puntas formando un círculo en el suelo, encendieron fuego encima, que despues esparcieron por los mismos cuatro rumbos. Estas y algunas otras ceremonias (que no explican los historiadores) eran las que usaban en señal de posesion.

Concluida la ceremonia, mandó á cuatro de aquellos señores que con cuatro trozos de gente ya aprontada partiesen por los mismos cuatro rumbos hácia donde se habian disparado las flechas, y siguiendo en derechura el rumbo, llegasen á los confines del reino por todas cuatro partes, y tomasen en su nombre posesion; y si en algunas poblaciones hallasen gente tolteca, se lo hiciesen saber tratándolos bien, á ménos que ellos diesen motivo para castigarlos. Partieron los señores á cumplir la órden, y el emperador continuó su giro y ceremonias de posesion, repitiéndolas en el cerro de Chiuhnahutecatl, despues en Malinalco, de donde pasó al monte de Itzocan, al de Atlicocahuacan, y al de Temalacoyan: de aquí volvió hácia el Norte, y repitió las mismas ceremonias en Poyauhtecatl, Xiuhtecuhtitlan, Zacatlan y Tenamitec. Pasó á la parte del Po-

niente, é hizo lo mismo en Quauhchinanco, Totoltepec, Meztitlan y Quaxquetzaloyan: luego en Atotonilco, y á la parte del Sur llegó á Quahuacan y á Xocotitlan, donde empezó su posesion, y se retiró á Tenayocan.

Regresado á su capital, empezó desde luego á dar las providencias necesarias y convenientes al buen órden y gobierno de las nuevas poblaciones. Lo primero que hizo fué repartir una gran parte de las tierras del contorno de su corte entre los señores mas ilustres y nobles que le acompañaban, excepto aquellos seis príncipes ó señores de mayor esfera que trajo consigo, cuyos nombres van puestos en el capítulo anterior. A estos por entónces no les dió otra cosa que ciertas tierras muy inmediatas á su corte donde acampasen sus vasallos; pero sin formar poblaciones ni darles señoríos, porque esto digo lo reservaba para mejor ocasion, pues convenia entónces tenerlos á su lado para servirse de ellos y de sus gentes en lo que necesitase.

A los demas señores entre quienes repartió las tierras, dió tambien segun las circunstancias de cada uno un número de vasallos con que fuesen poblando en los terrenos que les señalaba, reservando el aumentarles estos, segun la necesidad y proporcion de la gente que nuevamente fuese llegando. Mandó á todos volviesen á poblar las mismas ciudades y lugares que habian dejado despobladas los toltecas, pero sin mudarles el nombre, sino conservando los mismos que tenian; y solo en el caso de hacer nueva poblacion en paraje que tuviesen por conveniente les permitió dar el nombre que quisiesen, pero debian darle cuenta ántes, para que viese si era ó no conveniente hacer las tales poblaciones.

Mandóles tambien que ninguno se avecindase en los lugares en que hallasen toltecas, sino que los dejasen

solos sin inquietarlos, ni mezclarse con ellos. Que cada uno de los señores á quienes dió vasallos, cuidase de ellos, y los gobernase en justicia, sin hacerles agravio, y ellos los obedeciesen y respetasen como á sus señores, pero si se creyesen agraviados recurriesen á él, y les haria justicia; y lo mismo los señores, siempre que por sí no pudiesen contenerlos y reducirlos á la justa obediencia, ocurriesen á darle cuenta para que les ayudase á ejecutarlo; y tanto los señores como los vasallos habian de estar siempre prontos á servirle y obedecerle en cuanto les fuese ordenado de su parte. Con estas y otras sabias disposiciones, comenzaron luego á extenderse por todo el contorno de Tenayocan, y en poco tiempo se llenó de poblaciones todo su recinto.

CAPITULO III.

Vuelven de su jornada los señores que fueron á tomar posesion: dan noticia de las poblaciones de tultecas que hallaron: refiérense las familias mas ilustres que quedaron y los lugares en que se establecieron: muere Xiuhtemoc, á quien sucede su hijo Nauhyotl, que se corona rey de los tultecas, y casa á su hija con el príncipe Pochotl hijo de Topiltzin.

Cuatro años tardaron en su jornada los cuatro señores que partieron de Xocotl por los cuatro vientos á tomar posesion de la tierra en nombre de Xolotl, porque en el año de nueve pedernales, que corresponde al de 1124, fueron llegando á Tenayocan, unos despues de otros, con poco intervalo de tiempo.

Dieron cuenta al emperador de su comision, haciéndole saber que no solo en el centro del reino Tolte-

ca, sino tambien en las provincias distantes, habian encontrado gente de esta nacion y poblaciones de ella, especialmente en las de Tehuantepec, Quauhtemalan, Tecocotlan, Quauhtzacualco y Tiauhcohuac, y que la mayor parte de estas poblaciones estaban en las costas de uno y otro mar. Que en todas partes los recibieron de paz, dejándoles tomar posesion de la tierra, entregándose desde luego por vasallos del emperador Xolotl, ofreciendo reconocerle por su legítimo soberano, y que ellos mismos de buena fe les habian dado noticia, y guiádolos á algunos parages de espacioso, fértil y hermoso terreno, donde pudieran hacerse poblaciones, y á varios lugares de los antiguos destruidos, de no ménos ventajosa situacion, que pudieran repoblar. Holgóse mucho el emperador de todas estas noticias, y con expresiones muy afables dió las gracias á estos señores de lo bien que habian desempeñado sus comisiones. Hízoles luego saber el repartimiento que habia hecho del territorio de la comarca de la corte, la parte que les habia cabido en él, y el número de vasallos que habia asignado á cada uno, de lo que ellos quedaron muy satisfechos y contentos, y dieron al emperador las debidas gracias.

Las poblaciones mas inmediatas á la corte de Tollan, y en el centro del reino, en que los exploradores y comisarios de la posesion hallaron mas número de gentes fueron Culhuacan, Quauhtitenco, Chapoltepec, Totoltepec, Tlazalan, Chalollan y Tepexomaco, porque en cada una de ellas habia quedado un señor de los principales, á quien se habia agregado alguna gente plebeya, excepto Chalollan, que se mantenia gobernada por sus sacerdotes, con un considerable vecinda-

rio, porque fué una de las que ménos padecieron en el estrago pasado.

Entre las poblaciones de verdaderos toltecas Culhuacan era la mas poblada, porque como dejamos dicho, hizo recoger Topiltzin, ántes de partirse, todas las gentes que pudo á esta poblacion, encomendándolas al cuidado de aquel anciano deudo suyo Xiutemoc, que quedó allí establecido y como señor de ellos, el cual estaba casado con Ozolaxochitl, y tenia un hijo llamado Nauhyotl, que despues fué el primer rey de los toltecas aculhuas. Tambien quedó allí otro señor principal llamado Catauhtlix casado con Ixmixuch, y un hijo llamado Acxocuauh, deudo tambien cercano de Topiltzin. A Xiuhtemoc dejó hecho cargo de la crianza de su hijo Pochotl, y Xiuhtemoc lo hizo llevar á Quauhtitenco, lugar corto inmediato á Tollan, con la órden de criarlo como á otro cualquiera de los plebeyos, sin que jamas llegase á entender quien era; mas tenia el anciano cuidado de ir de tiempo en tiempo al dicho lugar á verle, ó hacia que le trajesen á Culhuacan, pero siempre disimuladamente, y sin que él entendiese nada.

En Chapoltepec habia quedado otro señor principal llamado Xitzin con su muger Ostaxochitl. En Toltepec, Nacaxoc con su muger y familia. En Tlazalan, Mitl con su muger Cohuaxochitl, y dos hijos llamados Pisagua y Accopatl, que despues siendo ya mancebos se pasaron á Quecholan; y como fuese su padre uno de los mas diestros en el arte de platería y lapidaría, enseñó á los hijos, y fueron ellos los maestros, y los que despues hicieron revivir estas artes, que con el largo tiempo de calamidades se habian ya

casi extinguido entre ellos. En Chalollan quedaron los sacerdotes del templo, con aquellas mugeres que se habian apropiado; que así ellos, como ellas, eran de la primera nobleza del reino, con quien se habia enlazado y mezclado la nacion ulmeca, de quien fué esta poblacion; y en Tepexomaco otro señor llamado Cohuatl con su familia. Estas fueron las mas principales familias que escaparon del estrago y ruina del reino tolteca, y pocas mas de las de inferior nobleza, de las cuales se propagó despues toda la del reino de los Culhuas, y de la gente plebeya que se agregó á cada uno de estos señores se multiplicó la que pobló despues los lugares del mismo reino.

Aunque estos señores toltecas y la gente que los seguia no se opusieron, ni hicieron resistencia á los nuevos pobladores, sino ántes bien, requeridos por aquellos señores que fueron á tomar posesion de la tierra en nombre de Xolotl para que le presentasen la obediencia como á supremo monarca, respondieron que estaban prontos á reconocerle por tal, y á obedecerle en cuanto les mandase, con todo ninguno se movió de sus poblaciones, para irse á presentar al emperador, ni rendirle aquel obsequio que parece era debido al que reconocian por monarca; y como al mismo tiempo mandó Xolotl que ninguno de los nuevos pobladores se avecindase en lugar donde hubiese toltecas, ni se mezclasen con ellos, sino que los dejasen quietos, sin incomodarlos en nada, mientras no diesen ocasion; se quedaron ellos en sus poblaciones como ántes, sujetos y subordinados al anciano Xiuhtemoc, á quien los dejó encomendados su rey Topiltzin y á él acudian á tributarle, servirle, y obedecerle, prestándole todos los obsequios

debidos á un soberano sin que Xolotl lo fuese mas que en el nombre. Xiuhtemoc los gobernaba con mucha prudencia y afabilidad, procurando aliviarlos, atenderlos y administrarles justicia; pero con tanta moderacion, que jamas quiso arrogarse el título de rey, ni señor, sino el de padre; así le miraban ellos, y él los trataba como á hijos, con una casi total independencia de Xolotl y sus vasallos, con quienes no se mezclaban, y en los lances precisos de concurrencia, por la inmediacion de las poblaciones, conservaban una buena amistad y correspondencia.

A los nueve años de la fundacion de Tenayocan ponen la muerte del anciano Xiuhtemoc, que segun las tablas corresponde al de 1129, la que fué muy llorada de los toltecas, y es fácil creerlo así, perdiendo, como perdian en él, un verdadero padre, que mirándolos como á hijos, no tenia otro objeto que el procurarles sus alivios. Heredóle su hijo Nauhyotl, no solo en la posesion de sus bienes, sino en el amor y cuidado á los de su nacion, y en el cargo de gobernarlos, pero no con el desinteres de su padre, porque creyéndose bastantemente ameritado, y no ménos amado y venerado de los pueblos, concibió el ambicioso deseo de coronarse por rey, y habiendo atraido á su dictámen con industria y habilidad algunos de los principales señores, logró su intento. Coronóse con el título de rey de Culhuacan, y así esta poblacion como las demas de la nacion tolteca, de muy buena voluntad, y sin contradicion alguna, le juraron obediencia, y le reconocieron por supremo señor.

No faltaban algunos de entre la primera nobleza que llevaban á mal y murmuraban secretamente entre

sí de su ambicion, teniéndole por usurpador del reino, miéntras vivia Poçhotl, hijo de Topiltzin, y legítimo sucesor de la corona tolteca; mas con todo nadie se atrevió á oponérsele, y ni los unos ni los otros contaban con Xolotl, ni con la obediencia que le habian prometido como á supremo emperador de estas regiones. Ni el mismo Xolotl procuró por entónces embarazarlo, ó porque no tuvo de ello perfecta noticia, respecto de la separacion con que vivian toltecas y chichimecas, ó porque concibió que no se oponia á su suprema dignidad el que los toltecas tuviesen rey de su nacion, habiendo este ofrecido reconocerle por supremo monarca, ó finalmente porque empleado todo en sus nuevas poblaciones, no atendió á embarazar el que residiese dentro de su mismo imperio el reino tolteca.

Sean pues estos, ó fuesen otros los motivos que tuvo Xolotl para desentenderse de la accion de Nauhyotl, lo cierto es que por entónces no se movió á impedirlo; pero algunos años despues intentó obligar á Nauhyotl á que le pagase feudo, lo que dió motivo á la primer guerra de Xolotl, como verémos luego: mas en esta ocasion quedó Nauhyotl reconocido y jurado por rey de su nacion. No señalan la época de este suceso, pero por las posteriores se conoce que habian pasado ya algunos años de la muerte de Xiuhtemoc, los que gastaria naturalmente en agregar amigos y parciales, tanto de la nobleza como del pueblo, para solidar su proyecto ántes de declararse y pasar á la ejecucion: porque dicen que advirtiendo la displicencia de algunos señores, que casi forzados habian dado su consentimiento, y en sus privadas concurrencias murmuraban de él, tratándole de tirano y usurpador del reino que perte-

necia á Pochotl, el cual se hallaba en edad competente para gobernar, y estaba ya instruido de quien era, y de sus derechos á la corona, llegó á temer que Pochotl ayudado de estos caballeros aspirase á ella, y discurrió un medio con que asegurarse en el trono.

Estaba casado Nauhyotl con una principal señora llamada Iztapantzin, hija de Pixahua, caballero tolteca, que fué gran sacerdote de la ciudad de Chololl an, de cuyo matrimonio tenia una hija llamada Texochipantzin, que tenia como diez y seis años de edad, y buen parecer, y con ella determinó casar á Pochotl, para que ligado con él por medio de este vínculo, no intentase despojarle de la corona. Para esto hizo venir á Culhuacan á Pochotl, y declarándole su intencion, le manifestó la estimacion que de él hacia, como á hijo de su rey Topiltzin, y heredero legítimo de aquella corona, que él habia procurado recobrar, para que despues de sus dias recayese quieta y pacíficamente en sus sienes. Pochotl, que criado en humilde esfera, habia vivido hasta entónces en el abatimiento, sin embargo de que supo su alto orígen y derechos al trono, se creyó muy feliz en su desposorio, y quedó muy agradecido á Nauhyotl de haberle criado y restaurado su reino, dándole á su hija por esposa; y por consiguiente muy léjos de pensar en despojarle de la corona quedó tan sujeto y dependiente á Nauhyotl, como si fuese su hijo; y él asegurado por este medio en la posesion del trono.

Efectuóse el desposorio con toda solemnidad y públicos regocijos, y al mismo tiempo declaró Nauhyotl á Pochotl por su inmediato sucesor en el reino. Con esto llegó á lograr aquietar los ánimos, tanto de los no-

bles como de la gente del pueblo, y quedaron todos igualmente satisfechos y contentos con la accion de Nauhyotl, y él libre de todo embarazo en el gobierno del reino.

El año de este desposorio le señalan con el geroglífico de siete cañas, que corresponde segun las tablas al de 1135, seis años despues de la muerte de Xiuhtemoc; y diciéndonos que tomó el medio de casar á su hija con Pochotl para sosegar la inquietud de algunos nobles, que llevaban á mal su exaltacion al trono, parece que esta debió ser por estos tiempos y pasados ya algunos años de la muerte de Xiuhtemoc, como dejó sentado. Con motivo de estas bodas nos dicen los historiadores las ceremonias de que usaban ya por estos tiempos los toltecas en sus desposorios, y eran las siguientes. Prevenian una pieza de la casa, limpia y aseada, que colgaban y aderezaban por el techo, paredes y suelo con ramas de arboles y multiud de flores, colocadas en proporcion y simetria, de suerte que hiciesen una especie de colgadura que todo lo cubriese. Enmedio de la pieza levantaban un pequeño fogon, en que encendian fuego, y estando preparado, el padrino acompañado de los parientes y amigos del novio le conducia á aquella pieza, y poco despues la madrina llevaba á la novia acompañándola sus parientas y amigas con el mismo órden. Sentaban al novio en una silla al lado derecho del fogon y la novia en una estera en el suelo al lado siniestro. Entónces un anciano, á quien daban el nombre de Cihuatlanqui, que interpretan *casamentero*, que hacia el principal papel en estas funciones, y no faltaba uno de ellos en cada pueblo, comenzaba una especie de plática en que declaraba á los desposados las

obligaciones del estado que tomaban, la obediencia que debia tener la muger al marido, y la atencion y cuidado con que este debia mirarla, obligándose á mantenerla y sustentarla, y á la prole que tuviesen, criando y educando á los hijos á su lado, y enseñándoles todo lo que segun su esfera debian saber para ser útiles á la república y no ociosos y vagamundos. Que la muger por su parte habia de trabajar para ayudar al marido, y contribuir á su propia subsistencia y la de su familia en aquellas labores que acostumbraban las de su sexo y calidad. Que habian de guardarse mutua fidelidad. Que habian de mantener entre sí paz y buena armonía, sufriéndose recíprocamente uno á otro sus defectos, para hacer tolerables las pensiones de la vida, considerando que este vínculo no habia de romperle mas que la muerte. Estos y otros semejantes consejos de la mas sana moral eran los que contenia la plática del anciano. Concluida se levantaban los desposados, y el mismo anciano ataba la punta de la manta del hombre á la de la muger, que la llevaba sobre la cabeza á manera de manto, quedando siempre uno á cada lado del fogon, en el que al mismo tiempo echaban varios perfumes, como ambar, incienso, copalli y otros con que los perfumaban, y al mismo tiempo les echaban al cuello cadenas de flores, y les ponian en las cabezas guirnaldas muy vistosas. Esta ccstumbre subsiste todavia en nuestros dias, y la he visto practicar, no solo en los pueblos de indios, sino en las ciudades de Méjico y Puebla, y en este mismo año de mil setecientos sesenta y nueve en que esto se escribe, la he visto practicar en la capilla de los indios de la santa iglesia Catedral de la Puebla: de suerte que para asistir á la misa nupcial

les ponen á los desposados guirnaldas de flores, y tanto á ellos como á los padrinos les dan tantos de ellas que tengan en las manos con las velas.

Concluidas estas ceremonias de sus antiguos desposorios, reposaban un rato y recibian los parabienes y enhorabuenas de los concurrentes, y luego se formaba una danza al son de sus instrumentos, que eran tamboriles, teponaztli, chirimías y flautas de varias hechuras y con esta danza y acompañamiento llevaban á los desposados al templo, á cuyas puertas salian á recibirles sus tlamacaxques ó sacerdotes; y quedándose toda la comitiva abajo, solo subian las gradas del templo los desposados, cada uno con su padrino, y los padres y madres de entrambos si los tenian. El sacerdote estaba revestido con sus ropas de ceremonia, y un incensario en la mano con los mismos perfumes, con el que luego que llegaban los incensaba. Poniase luego enmedio de los dos, quedando el hombre á la derecha y la muger á la izquierda, y tomándolos por las manos los llevaba de esta suerte hasta el altar, ó ara de su ídolo, rezando varias deprecaciones. Llegados al altar le ponia á cada uno de ellos una manta muy fina y vistosa, tejida y matizada de varios colores, pero que en el medio tenia pintado un esqueleto ó imágen de la muerte, para que entendiesen que su matrimonio habia de durar hasta la muerte, sin que pudiesen separarse el uno del otro: luego los volvia á perfumar con el incensario, y los conducia por el mismo órden hasta la puerta del templo, donde los recibia el concurso, y con las danzas y fiestas los volvian á su casa. A esto seguia á su hora el banquete, mas ó ménos abundante en comida y bebida segun la posibilidad de los desposados;

pero siempre duraba la fiesta todo el dia, hasta que ya entrada la noche, los padrinos llevaban á los novios á otra pieza separada, donde los dejaban solos, encerrándolos por la parte de afuera, hasta la mañana siguiente, que venian á abrirles, y todo el concurso repetia las enhorabuenas, suponiendo ya consumado el matrimonio.

En los tiempos posteriores se introdujo una fea costumbre, de que me es preciso dar noticia, tanto para la integridad de la historia, como porque subsisten en nuestros dias algunas reliquias de ella, á pesar de los esfuerzos con que los párrocos por su parte y las justicias seculares por la suya han procurado abolirla. Cuando la novia estaba en reputacion de doncella, á la mañana siguiente del desposorio entraban los padrinos á la pieza en que habian quedado encerrados los desposados, y requerian la camisa de la novia; si la hallaban manchada de sangre, salian con ella con gran júbilo, y puesta en un palo, la manifestaban á todo el concurso, en testimonio de que era vírgen la novia, y luego se formaba un baile, que andaba por todo el lugar, llevando en el palo la camisa, y á esto llamaban bailar la camisa. Pero si esta no se hallaba manchada, se convertia la fiesta en lágrimas y amargura; llenaban de oprobios é injurias á la pobre desposada, y el novio era libre para repudiarla.

Despues que entró la ley evangélica se ha trabajado mucho en desterrar esta costumbre; y aunque se ha conseguido estorbar la publicidad de estos bailes, no dejan de hacerse muchos en el secreto de sus casas, de que cada dia tienen denuncias los párrocos y los jueces. Pero aunque no hagan el baile, no por eso dejan los

padrinos y los padres del novio, ó parientes inmediatos, de ir á reconocer la ropa de la novia al dia siguiente del desposorio, y si la hallan manchada, se regocijan y se dan mutuamente los parabienes; pero si no es así, injurian y maltratan á la novia, y le ponen á la puerta de la casa una olla desfondada, ó un comali de barro (que es una especie de tortera), ahujerado por el medio, ú otras piezas semejantes ahujeradas por el fondo, para darla á entender que ya no era doncella; y aunque el dia de hoy no la repudian los maridos, por lo comun pasan muy mala vida, siempre maltratadas é injuriadas de ellos, de que tengo (1) larga experiencia en las ocasiones que he sido juez.

CAPITULO IV.

Dase noticia de la venida de otros señores chichimecas al reino de Xolotl, y las tierras que les dió. Resiste el rey de Culhuacan pagarle feudo, y el emperador envia á su hijo Nopaltzin con ejército contra él. Se da una reñida batalla, que ganan los imperiales, y muere en ella Nauhyotl.

Ya hemos dicho en los capítulos anteriores que desde luego que salió Xolotl de la corte Chichimeca con

(1) En el M. S. del Museo se lee: *de que tienen larga experiencia los jueces, como refiere D. Mariano Veytia las veces que fué Alcalde Ordinario en Puebla.* Esta variacion indica que el que sacó la copia tuvo acaso tentaciones de apropiarse los trabajos de Veytia. Mas despues varió de propósito, porque al fin del M. S. se lee: *Esta es copia de la obra de D. Mariano Veytia á quien por haberle faltado el tiempo, segun dice, la dejó sin concluir no mas que hasta el capítulo VII referido.*—E.

el grueso de su gente comenzaron á seguirle otras cuadrillas que le iban alcanzando por el camino; mas no se dice que entre ellas viniesen personages de primera esfera y mayor suposicion. Pero despues que llegó Xolotl de Tenayocan é hizo la reparticion de las tierras entre los caballeros que le acompañaron, comenzaron á venir otros, quizas movidos de las noticias que llegaron al imperio Chichimeca de la extension del pais, de su clima y fertilidad, y de la liberalidad de Xolotl; y así en el mismo año en que murió Xiuhtemoc, que segun dejamos sentado fué el de 1129, dicen que llegó á la corte de Tenayocan un gran señor chichimeca, vasallo de Xolotl, de los estados que tenia en aquel imperio, llamado Xiotecua, acompañado de otros de su nacion, á quien recibió benignamente Xolotl, y luego le señaló un lugar, para que le repoblara con los suyos.

En los cinco años siguientes ponen la venida de otros cinco caballeros principales llamados Xiotzonca, Zacatitexcochi, Huihthuatzin, Tepozotecua é Iztcuintecatl, que eran vasallos suyos y de la emperatriz Tomiyauh, de hácia las còstas del Norte, y que cada uno trajo consigo una competente cuadrilla de gente. A todos los recibió benignamente Xolotl, y les señaló lugares que poblaran, mas no juntos, sino separados, y en parage que cada uno de ellos estuviese rodeado de otras poblaciones, porque era gente belicosa, y vivia mal seguro de su fidelidad, y ya otra vez se le habian rebelado en sus mismos paises: por lo que no quiso darles tierras muy dilatadas, ni en parage donde facilmente pudieran unirse: y aunque los hizo señores de aquellas poblaciones, fué siempre con la calidad de pagar cierto reconocimiento al emperador, que de es-

te mismo modo, y con estas propias calidades, habia hecho la donacion de todas las otras tierras que hasta entónces habia repartido á los caballeros que le acompañaron.

Esta contribucion se reducia á piezas de caza, tanto volátil como cuadrúpeda, que debian traer al emperador, unos por años, otros por meses, y otros mas á menudo, y en el número y calidad que cada uno le habia señalado, segun los parages y terrenos que les habian cabido; y del mismo modo contribuian de las frutas, segun los parages, porque como queda dicho, hasta estos tiempos nada sembraban ni cultivaban; pero por lo que mira á la caza, tenian su modo de gobierno para que no les faltase y se aumentase. Para esto formaban grandes cercados de piedras y tierras, en aquellos bosques y montes en que las habia, para que no pudiese salir de allí, y procreando se aumentase. Esto se entiende en donde lo franqueaba la situacion, porque no logrando esta ventaja, formaban los cercados en los planos, donde plantaban arboledas y metian en ellos toda especie de animales, para que se aumentase con la procreacion; y los que por su situacion no podian hacer esto, se valian de la volatería, y de algunos conejos, liebres y otros de aquellos animales que se hallan en los planos, ó de pezes, ranas, ú otros mariscos, los que estaban á las orillas de las lagunas y ciénegas.

Cada dia se iban aumentando las poblaciones, y no ménos que las de los chichimecas las de los toltecas culhuas, á quienes darémos de aquí en adelante este nombre, porque por él eran conocidos habiéndole tomado de su corte Culhuacan. Multiplicábanse estos cada dia,

y al mismo tiempo se iban agregando á las poblaciones algunos de ellos, que se habian mantenido escondidos en los montes, y de los que al tiempo de su destruccion se habian retirado á tierras mas distantes, que con la noticia de haber resucitado su reino, volvian á unirse con los de su nacion.

Viendo Xolotl lo que esta se iba aumentando, y que vivian aunque en el centro de su reino enteramente separados de su obediencia, y solamente sujetos á su rey Nauhyotl, entró en cuidado, y consultó con los caballeros que le asistian lo que deberia ejecutar.

El ánimo recto y ajustado de este gran emperador no le permitia proceder con rigor tiránico, creyendo injusto el despojar enteramente de aquella autoridad y dominio á Nauhyotl, obligando á sus súbditos á reconocerle á él por único señor, cuando ellos habian sido los antiguos poseedores de la tierra que él habia venido á repoblar; y así determinó enviarle á decir, que era contento de que los toltecas le hubiesen jurado por su rey, y que él como supremo emperador y señor de la tierra le confirmaria y mantendria en la dignidad, con tal que conviniese en pagar un corto feudo al imperio; en señal de reconocimiento de su supremo dominio, puesto que en la posesion que tomó de la tierra, por la cesion que de ella hizo su legítimo rey Topiltzin, le habian ofrecido reconocerle por supremo monarca.

A este mensage respondió Nauhyotl que los reyes toltecas jamas habian reconocido otro superior que á sus Dioses, ni pagado feudo á monarca alguno; que habian sido siempre libres y despóticos señores de la tierra; que si habian consentido en que poblasen en sus tierras los chichimecas, era porque habian venido de

paz á pedirlo, sin incomodarles en sus poblaciones; y que estando los toltecas exhautos de gente con que poder repoblar el reino, habian cedido aquellas tierras á los chichimecas, para que se poblasen, y en ellas fundase Xolotl su reino, con total independencia de la nacion toltecatl; que la cesion hecha por Topilzin no era válida, habiendo dejado aquí un hijo legítimo heredero de sus derechos, á quien no podia despojar de lo que le concedió la naturaleza, para transferirlos en un extraño, que este era el príncipe Pochotl, que aunque ya habia muerto habia dejado cuatro hijos, de los cuales el primero llamado Achitometl, era el legítimo sucesor del reino, que él gobernaba ínterin su nieto tuviese edad proporcionada para hacerlo; y que por todos estos motivos no podia condescender, en pagar el feudo que se le debia.

Mucho cuidado dió á Xolotl la resistencia de Nauhyotl, y creyó necesario aplicar prontamente el remedio á un daño que pudiera ser fatal á su imperio, si no procuraba con tiempo enmendarlo, sujetando la arrogancia tolteca; y así mandó al punto aprontar un buen número de tropas al mando de su hijo el príncipe Nopaltzin, con órden de avanzarse prontamente hácia la corte de Culhuacan.

No se descuidó Nauhyotl en levantar ejército que recibiese al enemigo, no solo por tierra, sino tambien por agua en crecida cantidad de canoas, respecto á estar Culhuacan situada en la misma ribera de la laguna; y aunque eran sus tropas muy inferiores en número á las de Xolotl, se lisonjeó de que su ventajosa situacion, y el valor de sus toltecas, pudiera contrarrestar á los del enemigo.

Marchó Nopaltzin con su ejército en buen órden, sin encontrar embarazo alguno en su marcha, hasta que descendiendo al llano, divisó la laguna poblada de canoas apostadas á la orilla para disputarle el paso, y al mismo tiempo salió Nauhyotl de Culhuacan por tierra con el otro trozo de ejército á recibir al enemigo, que marchando intrépido embistió furiosamente á los toltecas, y defendiéndose estos vigorosamente, duró indecisa la victoria desde la mitad de la mañana hasta ponerse el sol. Fué tan terrible la carnicería que corrian arroyos de sangre, y tanto las playas en que se dió la batalla, como la misma laguna, estaban cubiertas de cadáveres. Mas como los chichimecas excedian incomparablemente en número á los toltecas, no sintieron tanto la falta como estos; y así al declinar la tarde, les fué preciso retirarse precipitadamente, quedando el campo y la victoria por Nopaltzin, quien con sus tropas victoriosas entró en la ciudad de Culhuacan, mandando suspender el furor de las armas, y que á nadie se hiciese daño. Iba en solicitud del rey Nauhyotl, pero supo que habia muerto en la batalla, de lo que mostró mucho sentimiento, porque la órden que llevaba del emperador su padre no era despojarle del reino, sino de confirmarle en él, pero obligándole á quedar feudatario del imperio. Mandó que le enterrasen con los honores debidos á su real dignidad, y él, dejando en Culhuacan de guarnicion la mayor parte de su ejército, volvió con lo restante á emprender su marcha para Tenayocan, á dar cuenta á su padre de la victoria.

Este fué el desdichado fin del primer rey de los culhuas toltecas, cuya ambicion, habiéndole hecho subir al trono que no era suyo, le desvaneció de suerte en

él, que negándose al reconocimiento que se le pedia, se creyó suficiente para contrarrestar al poder de Xolotl, y sacrificando en las manos de las numerosas tropas del emperador una gran parte de sus súbditos, pagó él tambien con la vida su atrevimiento.

CAPITULO V.

Pasa Xolotl personalmente á Culhuacan para reconocerla, y hace jurar por rey á Achitometl, nieto de Topiltzin, con la obligacion de pagarle un corto feudo; y restituido á su corte, continúa en las tareas de sus poblaciones. Determina casar al príncipe Nopaltzin con la hermana del rey Achitometl, nieta de Topiltzin, y se efectúa el desposorio con universal aplauso. Dase noticia de los estados que dió á los seis príncipes que trajo consigo.

Corrieron velozmente á Tenayocan las nuevas de la victoria, de suerte que cuando llegó el príncipe Nopaltzin, ya le esperaba su padre lleno de regocijo. Recibióle en sus brazos con muchas demostraciones de cariño. Dióle cuenta el príncipe muy por menor de toda la funcion, y enmedio del gozo que causó al emperador el feliz suceso de sus armas, sintió notablemente la muerte de Nauhyotl, y determinó pasar personalmente á Culhuacan, tanto para reconocer su situcion; como para manifestar su benignidad y afabilidad á los toltecas, asegurándoles de su soberana proteccion, y tomar las demas providencias que tuviese por convenientes; y poniéndolo en ejecucion, marchó prontamente á Culhuacan, acompañado de los principales señores de su corte, y de un destacamento de sus tropas.

Entró en la ciudad mostrando á todos en su semblante su natural afabilidad, y habiendo llegado al palacio de Nauhyotl, concurrió al punto toda la nobleza que allí se habia congregado, y un crecido número de pueblo á rendirle obediencia. A todos recibió con mucho agrado y benevolencia, y mandó llamar á los hijos del príncipe Pochotl, de los cuales Achitometl que era el primogénito tenia solos cinco años. Recibióle con mucho agrado, y echándole los brazos manifestó el gozo que tenia de conocerle, y le declaró solemnemente por rey de Culhuacan, como nieto del gran Topiltzin, en quien habian recaido sus derechos: mandó que al punto le jurasen obediencia sus vasallos; mas quedando él y sus sucesores en la obligacion de pagar anualmente por feudo á él y á todos sus descendientes y sucesores en el trono imperial un corto número de pezesitos de los que producian sus lagunas. Condescendieron luego los principales señores toltecas en nombre de su rey en la propuesta, obligándose á pagar el dicho feudo; y todos sus vasallos llenos de regocijo le juraron al punto obediencia, en presencia del mismo emperador, cuya magnanimidad y benevolencia no cesaban de admirar, aplaudir y victorear.

Entre tanto llegaron los otros tres hijos de Pochotl, que eran dos barones, y una hembra llamada Azcatlxochitzin, y aquellos Mazahuatzin, é Iztactontzin, que eran los menores, á los que recibió y acarició con iguales demostraciones; y habiendo ordenado y dispuesto todo lo de mas que tuvo por conveniente, se restituyó á su corte de Tenayocan, y desde este tiempo en adelante vivieron en paz una y otra nacion, comunicándose mas de lo que hasta entónces se habian comunicado,

y mezclándose unos con otros por medio de la union de los matrimonios, lo que despues se ratificó con el casamiento del príncipe con la hermana de Achitometl de que hablaré adelante.

Esta fué la primer guerra de los chichimecas en esta tierra, y en que el príncipe Nopaltzin salió la vez primera á campaña, mandando en gefe sus tropas, y en ella manifestó bastantemente su valor y conducta, concluyéndola breve y felizmente con tan completa y señalada victoria. El año en que acaeció le señalan contestes los historiadores con el geroglífico de trece casas, que segun las tablas corresponde al de 1141.

Restituido Xolotl á su corte, continuó en las tareas de sus nuevos establecimientos y poblaciones con tanto teson y empeño, que siendo el único objeto de su atencion, gastaba en él los años enteros sin pensar en otra cosa. Con la comunicacion de los toltecas comenzaron los chichimecas á abandonar su bárbara costumbre de habitar en cuevas, y se dedicaron á labrar casas y reedificar las de los lugares que repoblaron. Corria por toda la tierra personalmente el emperador, dando por sí mismo las órdenes convenientes, con lo que por todas partes reinaba la paz y el buen gobierno, esmerándose cada uno en el cumplimiento de su obligacion; y si habia alguna queja entre los vasallos, procuraba el sabia monarca convenirlos y concordarlos con gran prudencia y amor. Acompañábanle siempre el príncipe su hijo, y aquellos seis señores de que hemos hablado en otras partes, y de ellos confiaba la ejecucion de sus órdenes en todo aquello, á que por sí no podia estar presente.

Acercábase ya el príncipe Nopaltzin á los sesenta años de edad, sin que hubiese su padre pensado en ponerle en estado, siendo el único varon que tenia, y el que habia de sucederle en el trono. A esta sazon nos dicen los historiadores, que pensó en este negocio, que no era de pequeña importancia; y habiendo de elegir esposa para su hijo, le pareció que ninguna podia ser mas proporcionada y correspondiente que la hija del príncipe Pochotl, llamada Azcalxochitl, que era ya de mas de veinte años, pues siendo nieta del gran Topiltzin, y de la ilustre sangre de los reyes toltecas, estaba al mismo tiempo adornada de singular hermosura, talento y modestia, y por eso no habia otra que pudiese hacerla competencia. Comunicó al príncipe su pensamiento, que aceptó gustoso; y para ponerlo en ejecucion determinó enviar algunos de aquellos señores mas principales de su corte á la de Culhuacan, que en su nombre la pidiesen al rey Achitometl su hermano. Así lo ejecutaron con las demostraciones mas atentas por parte del emperador, que deseaba unir su sangre á la de los reyes toltecas, y colocar esta en el trono imperial. No fueron menores las del rey de Culhuacan en debida gratitud de la eleccion que hacia el emperador de la persona de Azcalxochitl para esposa del príncipe, y condescendiendo gustoso á su peticion, entregó á la princesa á los embajadores, para que la condujesen á Tenayocan, acompañándola al mismo tiempo los principales señores de Culhuacan hasta la corte imperial, donde se celebró luego el desposorio con los ritos y ceremonias que ya hemos dicho, y con universal júbilo y alegría de entrambas naciones, singularmente la toltecatl, tan amante á sus soberanos, que

veia volver á renacer el brillo y esplendor de su real sangre.

No hay historiador que asigne el año en que se efectuó el desposorio, pero parece que puede colocarse en el de mil ciento sesenta y tres ó sesenta y cuatro, respecto á las edades de los desposados, y á las épocas posteriores, pues asientan haber sido este desposorio pocos años antes de la venida de los aculhuas, que la señalan contestes en el año de un pedernal, á los cincuenta y dos de la venida de Xolotl, que corresponde al de 1168, como luego verémos.

Hecho esto determinó premiar los méritos y servicios de aquellos seis señores que habiéndole acompañado en su jornada, le habian servido tan leal y constantemente en la fundacion y establecimiento de su nueva monarquía; para cuyo efecto, llamándolos á su presencia, les hizo un razonamiento lleno de benevolencia, en que despues de agradecerles el esmero y lealtad con que le habian servido, les declaró que el motivo de no haberles premiado hasta entónces, era porque le habia sido preciso tenerlos siempre á su lado, para las grandes obras en que los habia traido ocupados, y que él sin su ayuda no pudiera haber perfeccionado; pero que estando ya ordenado lo principal, poblado el centro de su reino, y todo lo que comprendió en la primera demarcacion que hizo, y posesion que personalmente tomó, era ya justo premiarles correspondientemente á sus servicios.

Mitl, ó Mitliztac era el mas anciano, y habia sido ayo del príncipe Nopaltzin, y por tanto fué preferido en todo á los demas, haciéndole merced en un dilatado territorio á la banda del oriente de Tenayocan, de

la otra parte del volcan y sierra nevada, que ahora llaman de Rio frio, dándole por cabezera la famosa ciudad de Tepeyacac, que hoy corrupta la voz llaman Tepeaca, y estaba ya numerosamente poblada de vasallos del imperio, que le cedió Xolotl para que lo fuesen suyos. A Quahuatlapal y Cozcaquauh les señaló la banda del Sur, para que pasada la linea de la primera demarcacion, fuesen poblando con sus vasallos propios y los que les señaló y cedió de sus tributarios, y extendiendo su señorío y dominio á todo cuanto alcanzasen á poblar por aquel rumbo, dándoles para capital la ciudad de Mamalihuasco, que estaba ya poblada de vasallos del imperio, para que dividiéndola en dos barrios ó porciones iguales, cada una fuese cabecera del señorío de cada uno, y por el lado de cada cabecera siguiesen poblando con separacion á una y otra banda de la linea del Sur, por donde habian ido los comisarios que envió á tomar posesion de la tierra, como dijimos al capítulo II. A Acatomatl y Tecpa les señaló la banda del Norte con el mismo órden, para que pasada la primera demarcacion, fuesen poblando y haciendo suyo lo que cada uno ocupase por aquel rumbo, dándoles para capital que del mismo modo dividiesen en dos cabeceras la ciudad de Zohuatepetl. A Iztaquauhtli le señaló la banda del Poniente, para que pasada la linea de la primera demarcacion y círculo de posesion, se extendiese por aquel rumbo haciendo suyo lo que poblase, y para su cabecera le dió la ciudad de Amazahuacan. Hízoles estas mercedes, dándoles el señorío y dominio de las dichas tierras, libre y franco, sin otra pension que la de contribuir anualmente al imperio con un corto feudo en piezas de caza, frutas y flores, segun lo que producia el terreno

que le habia tocado á cada uno. Quedaron todos muy satisfechos y agradecidos á la liberalidad del emperador, y partieron luego á tomar posesion de sus tierras, y á dar órden en la formacion y establecimiento de sus poblaciones.

CAPITULO VI.

Dase noticia de la venida de las naciones Tecpaneca, Otomí y Aculhua, y sus caudillos: sus casamientos con las hijas del emperador, y señoríos que este les dió. Principio del señorío de Tepetlaostoc en Huetzin.

A los cincuenta y dos años de la destruccion toltecatl, y en uno señalado con el geroglífico de un pedernal, que segun las tablas corresponde al de 1168, dicen que llegaron á estas regiones tres principales señores, que cada uno acaudillaba un grueso considerable de gente de diferentes trages y lenguages. Venian llamados de la fama del gran Xolotl, que admitiendo benignamente á los que querian poblar en su nuevo imperio, les señalaba tierras, y les daba estados y señoríos. Eran estas naciones de las que habitaban las últimas provincias de Michohuacan, que entónces se extendian por la costa del Sur hasta mas allá de las sierras y montañas del Nayarith, y por consiguiente eran descendientes de los toltecas, si no de los que por este camino vinieron poblando, lo eran, y es lo mas probable, de aquellas otras cuadrillas de su misma nacion, que segun dejamos dicho al capítulo XXIII, del libro primero,

vinieron en su seguimiento, y se establecieron en varios terrenos que hallaron á propósito, sin llegar á Tollan, y con el discurso del tiempo se multiplicaron considerablemente, dividiéndose en naciones, y variando en lenguage y costumbres.

Sabian muy bien la grandeza y exaltacion á que llegó el reino de Tollan, y tambien su fatal pérdida y destruccion, porque el pais que habitaban estas naciones no estaba léjos de los estados de los régulos que la destruyeron; mas parece que ellas en ningun tiempo fueron súbditas de los reyes de Tollan, sino solamente de los particulares señores y gefes que condujeron las primeras cuadrillas pobladoras, y despues de ellos de sus descendientes en poblaciones separadas, sin dependencia unos de otros.

Supieron despues la venida del nuevo poblador y su llegada á estas regiones y tierra de Anáhuac, y estas noticias movieron á estos señores de mas generoso espíritu á salir de sus breñas, y buscar á imitacion de sus mayores nuevas tierras en que establecerse con mas comodidad, para cuyo efecto dos años despues de la venida de Xolotl salieron de su pais con el grueso de gentes que quiso acompañarles, y anduvieron vagueando por varias partes hácia las costas del Norte por espacio de cuarenta y nueve años, hasta que movidos de la fama de Xolotl, que se habia ya extendido por toda la tierra, que le respetaba como á monarca universal, determinaron dirigirse á él, para que les diese tierras en que establecerse.

El principal de estos señores se llamaba Aculhua, y de él dieron á todos la denominacion de aculhuas; pero este acaudillaba la nacion Tecpaneca. El segun-

do se llamaba Chiconquauh, que acaudillaba á los otomies; y el tercero Tzontecomatl que acaudillaba la tercera cuadrilla á que dieron tambien el nombre de aculhuas; y aunque vinieron á un tiempo, y todos juntos, con todo conservaron siempre la division de sus cuadrillas y separacion de sus naciones.

Presentáronse al emperador diciéndole, que venian llamados de la fama de su grandeza, poder y benignidad, á que les diese tierras en que poblar con aquellas gentes que les seguian. Admitiólos Xolotl con su acostumbrada benignidad, é informado de quienes eran los caudillos, y de su alto linage é ilustre prosapia, no solo les ofreció dar establecimientos correspondientes á sus personas y calidad, sino que teniendo dos hijas que le habian nacido despues que vino á estas tierras, pensó desde luego en casarlas con los dos primeros, y dar al tercero esposa correspondiente á su calidad, y dotándolas á todas, establecer á estos señores en ilustres señoríos, para que fuesen los primeros personages de su reino. A la hija mayor, llamada Chetlaxochitl, la casó con Aculhua, dándole en dote un dilatado terreno á la banda del Sur de la corte de Tenayocan, comprehendiendo hasta la ciudad de Azcaputzalco, que dista hoy una legua de la ciudad de Méjico al Norueste, para que fuese la corte y cabecera de su señorío, y sus vasallos poblasen todo aquel territorio. A la segunda, llamada Cihuacxochitl, la casó con Chiconquauh, dándole otro igual territorio al Nordeste de Tenayocan, y para su corte y cabecera la ciudad de Xaltocan. Para dar á Tzontecomatl, que era el tercero, esposa igual á su calidad, y correspondiente á la esfera de sus hijas, que habia dado á los

dos primeros, eligió á Cihuatetzin, hija única de Chalchiuhtlanetzin, caballero tolteca, señor de Tlamanalco, hijo de Pixahua, y nieto de Mitl, uno de los principales señores toltecas, que quedaron en esta tierra, y de quien hemos dicho al capítulo III, que quedó establecido con su familia en la ciudad de Tlazàlan.

Esta es otra prueba de la grande estimacion que hacia Xolotl de la sangre tolteca, pues teniendo en su corte y reino tantos nobles y principales señores chichimecas, que le acompañaron en su jornada, con ninguno de ellos pensó casar á sus hijas, y las casó con estos señores por ser de la sangre tolteca, y no teniendo mas hija con quien casar Tzontecomatl, le dió por esposa á una señora tolteca á quien dió en dote la ciudad de Cohuatlican, con un competente territorio en que poblasen sus vasallos, y á todos ofreció atender en adelante con nuevas mercedes. De esta suerte acomodó á los tres señores aculhuas, haciéndoles reyes de aquellos territorios y primeros grandes de su imperio, libres de todo feudo y tributo, pero con la calidad de reconocer siempre su suprema autoridad y dominio, y el de sus sucesores en su trono.

Aunque estas naciones eran diversas, se conformaban mucho en las costumbres, especialmente aquellas que podemos llamar características de los toltecas. Lo primero en la policía, porque no habitaban en cuevas como los chichimecas, sino en casas que sabian el arte y método de fabricar. No estaban atenidos para su sustento á la caza y pezca solamente, ni á las voluntarias producciones de la tierra, sino que ejercian la agricultura, sembrando y cultivando aquellas semillas mismas que los toltecas, entre las cuales cultivaban

tambien el algodon, que sabian beneficiar y fabricar de él las ropas de que se vestian, aunque de diferentes hechuras, y acomodadas al cuerpo de diverso modo. Tenian religion y daban culto exterior á un Dios que trajeron consigo llamado Cocopitl, á cuyo honor dedicaron templos, y sabian el arte de construirlos, y le adoraban con sacrificios de aves y animales, y ofrendas de las producciones de la tierra, de las cuales se aprovechaban los ministros que servian los templos y cuidaban de ellos, y con flores y perfumes.

No he hallado quien diga qué figura tenia este ídolo, ó en qué manera lo representaban, ni el orígen de su culto, ni que vuelvan á hablar de él en el discurso de la historia aun aquellos escritores que de propósito tomaron el empeño de instruirnos en su mitología: pero permítaseme exponer un discurso que me ha ocurrido por la significacion del nombre, fundado en tales congruencias, que me lo hacen verosímil.

Ya he dicho en otros lugares que todos los nombres, tanto de personas, como de lugares, eran significativos entre estas gentes, y que en muchos puntos dudosos y oscuros he recurrido para su inteligencia y averiguacion á descifrar el significado de las voces. El genuino de este nombre Cocopitl es *Hijo de Cocome,* porque es compuesto de las voces Cocome, plural de Cohuatl, que significa *culebra*, é ipitl, ó ipiltzin, que significa *hijo.* Ya hemos dicho tambien que á los discípulos de Quetzalcohuatl los llamaron cocomes, y al mismo Quetzalcohuatl dieron en algunas partes el nombre de Cocolcan, y tambien hemos dicho el significado, alusion y alegoría de estos nombres, que aplicaron á aquel insigne varon, que con gran fundamento se

cree haber sido el apóstol Santo Tomas. De todo esto nace mi discurso de que este Cocopitl fuese algun discípulo de Quetzalcohuatl, que habiéndoles predicado é instruido en la doctrina que él enseñó, le hubiesen venerado, como lo hicieron en Yucatan y en otras partes á otros de sus discípulos, y al mismo Quetzalcohuatl en todas las partes por donde anduvo, y que despues de su muerte le hubiesen tributado honores divinos, adorándole por Dios, al modo que los de Chollan adoraron por Dios de las lluvias á la Cruz, por haberles enseñado Quetzalcohuatl á venerar esta soberana señal, y pedir por medio de ella el socorro de la lluvia, y los de Tezcoco, Méjico y sus contornos que adoraron por Dios al mismo Quetzalcohuatl, representándole en diversas figuras; porque despues de la predicacion y enseñanza de este varon admirable, la ignorancia y la malicia mezclaron su doctrina de errores, y trastornando el culto, y su verdadero objeto, cayeron estas gentes miserablemente en la idolatría. El conjunto de todas estas circunstancias, y el ser estas gentes descendientes de aquellos toltecas que con tanto esmero procuraron conservar la memoria de los hechos y doctrina de Quetzalcohuatl, me hacen verosímil el discurso.

Y volviendo á sus costumbres digo, que aunque asientan que el lenguage de estas tres naciones era diverso, no lo era rigorosamente hablando el de la tecpaneca y aculhua, ni pueden llamarse tales y distintos de la lengua nahuatl ó mejicana, sino solamente en el dialecto y frasismos, al modo que el portuguez respecto del castellano. La otomí se diferencía mas de la nahuatl, y su acentuacion es enteramente diversa, porque

su pronunciacion es toda narigal, y algunas de sus voces incapaces de reducirse á nuestros caracteres; porque no siendo verdaderamente pronunciaciones, sino sonidos mudos, no tenemos letras con que explicarlos; pero sin embargo, ni á esta ni á otra alguna de las que se conocen en este reino las tengo por madres, sino por hijas todas de la nahuatl, aunque entre unas y otras se halle al presente tanta diversidad, provenida del decurso del tiempo. Así lo afirman la parte mayor de autores indios, y particularmente D. Domingo Muñoz Camargo, mestizo tlaxcalteca, que escribió por los años de 1586, la historia de su patria, cuyos manuscritos tengo copiados de los que recogió el caballero Boturini.

Celebráronse los matrimonios de los tres señores con toda la solemnidad correspondiente á la calidad y circunstancias de los contrayentes, y luego partieron cada uno á sus estados á tomar posesion de ellos y á dar las órdenes convenientes para la formacion de sus poblaciones y establecimiento de sus vasallos, que en todo lograron próspero suceso, y en pocos años se aumentaron tanto en vasallos y poder que llegaron á competir con el imperio, y aun á sojuzgarlo y tiranizarlo, como verémos mas adelante.

Todos tuvieron en sus matrimonios copiosa sucesion, y fueron despues enlazándose unos con otros con nuevos vínculos. El primero de quien nos dan noticias es de Izmitl, hijo primogénito de Tzontecomatl, señor de Cohuatlican, que casó como hemos dicho con la hija del señor de Tlamanalco, de cuyo matrimonio tuvo por primogénito á Izmitl, quien de poco mas de veinte años casó con Malinalxochitl hija de Cozcaquauh, uno de los

seis señores á quien dió Xolotl los estados por la banda del Sur, y una de las cabeceras de Mamalihuasco. De este matrimonio tuvo un hijo llamado Huetzin, y habiendo ya muerto Tzontecomatl, y heredado Izmitl el señorío de Cohuatlican, dicen que siendo él niño todavía de poca edad, le llevó su padre á presentar al emperador, y pedirle alguna merced, en cumplimiento de la palabra que habia dado á su padre de atender á él y á sus sucesores en adelante.

Hallábase Xolotl á la sazon entretenido en hacer cercar un monte inmediato á Tezcoco y su laguna, y en la fábrica de un palacio y jardines de recreo, para cuya obra habia convocado cuatro provincias que fueron Tepepulco, Zempohualan, Tolantzinco y Tollan, y cada una habia concurrido con un gran número de operarios, y contribuido con gran cantidad de venados, conejos, liebres y otros animales que se habian metido en el cercado para que procreasen. Llegó pues Izmitl con su hijo, y lo presentó al emperador, haciéndole su peticion en los términos mas humildes y reverentes, sin pedir cosa alguna en particular, dejando la merced á la liberalidad del emperador. Recibiólo este benignamente, y habiendo acariciado al niño, le hizo merced de la ciudad de Tepetlaostoc, situada al Oriente de Tenayocan (que hoy subsiste con el mismo nombre en una cortísima poblacion), y con ella un competente terreno en sus contornos, y despues fué uno de los señores mas lucidos. Por esta causa, y las guerras que despues referirémos, anotan con puntualidad su orígen y el año en que se hizo esta donacion, que dicen haber sido señalado con el geroglífico de una caña, mas de setenta años despues de la venida de los últimos chichime-

cas tributarios, de que dimos razon en el capitulo IV, que segun las tablas corresponde al año de 1207.

CAPITULO VII.

Dase noticia del orígen y principio de los señoríos de Tlazalan, Zacatlan y Tenamitec, casamientos de Tlotzin primogénito del príncipe Nopaltzin, y de los hijos del rey Aculhua de Azcaputzalco. Rebelion de Yacanex por los amores de Atotoztli contra su señor Huetzin que le vence, y escapa la vida con la fuga.

Trece años despues de haber hecho el emperador la merced del señorío de Tepetlaostoc á Huetzin, en uno que dicen fué señalado con el geroglífico de un pedernal, que corresponde en las tablas al de 1220, asignan el principio y orígen de otros tres ilustres señores, que son los de Tlazalan, Zacatlan y Tenamitec en esta manera. Le habian nacido al príncipe Nopaltzin en su matrimonio tres hijos. El primero, y heredero presuntivo de la corona, se llamaba Tlotzin Pocothl, el segundo Toxtequihuatzin, y el tercero Atencatzin, y fuera de matrimonio un hijo bastardo, llamado Tenancacaltzin, que despues fué tirano del imperio. Considerando pues que en el primogénito solo habia de recaer la corona, y deseando colocar á los otros dos correspondientemente á su esfera, determinó pedir al emperador su padre algunas tierras y vasallos, para cuyo efecto pasó personalmente á reconocer las ciudades de Zacatlan, y Tenamitec, para que siendo de la bondad

y circunstancias que le habian informado, pedirlas á su padre para sus hijos.

Partió pues, y reconoció personalmente uno y otro territorio, que le pareció muy á propósito para su intento; y hallándose no muy léjos de Tepeyacac pasó á visitar á su ayo Mitlitac, á quien conservaba mucho amor y gratitud, y se restituyó á presencia del emperador, que se hallaba en sus bosques de Tezcoco. Hízole presente su deseo, y pidió para sus dos hijos menores aquellas ciudades y territorios. Concedióselos luego el emperador, haciéndoles merced de estos señoríos, con la misma franqueza y libertad de todo feudo ó tributo, con solo el reconocimiento del supremo dominio al imperio: pero no sufriendo su amor que los nietos menores quedasen desde luego colocados en aquellas dignidades y señoríos con vasallos y tributarios, y que el primogénito, por la espectativa á la sucesion del trono, hubiese de quedarse entretanto sin este honor ni distintivo alguno, determinó colocarlo en otro correspondiente señorío, en que mandase con igual libertad y soberanía, interin llegaba el caso de suceder en el trono imperial, y para que al mismo tiempo fuese aprendiendo el arte de mandar y gobernar, y actuado en ello en ménos esfera, á vista de su padre y abuelo, pudiese despues gobernar con acierto la monarquía.

Con esta mira le hizo donacion de la ciudad de Tlazalan, y un competente número de poblaciones en su contorno, dándole el dominio y señorío sobre ellos y sus moradores, en la misma amplitud y libertad que á los otros dos nietos, y cediéndole enteramente todos los tributos y rentas que le pagaban de aquellos pueblos. Pero mandó que así él como sus hermanos pasasen per.

sonalmente á residir en las capitales de sus estados, gobernando los suyos el príncipe Tlotzin por sí mismo, respecto á tener ya edad suficiente para hacerlo, y que para los estados de los infantes nombrase su padre personas que los gobernasen por ellos, ínterin que llegaban á edad de hacerlo por sí mismos, respecto á sus pocos años, pero estando ellos presentes, porque su fin era que fuesen aprendiendo á mandar, é instruyéndose en las máximas necesarias del gobierno.

Pero hallándose ya el príncipe Tlotzin en proporcionada edad, quiso el emperador casarlo ántes que se separase del lado de su padre, y para esto eligió á una hija de Quahuatlapal, uno de los seis señores de quien dejamos dicho que les dió estados hácia la banda del Sur. Llamábase esta Icpacxochitzin, hermosa, y de tan singulares prendas, que la hacian digna de la eleccion que de ella hizo el emperador para esposa de su nieto y sucesor en el trono. Envió á pedirla á su padre, destinando para ello á algunos de los principales señores de su corte, á quienes recibió Quahuatlapal con muchas demostraciones de afecto y expresiones de gratitud á la honra que recibia de su señor, y obedeciendo al punto su real órden, entregó á la princesa para que la condujesen á la corte imperial. Así lo ejecutaron los caballeros comisionados, sirviéndola y obsequiándola en toda la jornada hasta la corte de Tenayocan, en donde luego que llegó se efectuó el matrimonio, con aquellos ritos y solemnidades que acostumbraban, que parece eran ya los mismos que usaban los toltecas.

Pasados algunos dias del desposorio partió el príncipe Tlotzin á tomar posesion de sus nuevos estados,

en donde fué recibido con sumo aplauso y regocijo de sus vasallos, y fijó su asiento y corte en la ciudad de Tlazalan, que era la mas numerosa poblacion. Al mismo tiempo marcharon tambien los infantes á sus estados, habiéndoles puesto su padre personas de talento, juicio y discrecion, que mandasen y gobernasen en su nombre, ínterin que la edad les permitia hacerlo por sí mismos.

En el año de 1231 determinó el emperador casar á sus nietos Aculhua y Acamapichtli, hijos del rey Aculhua de Azcaputzalco, que como dejamos dicho casó con la hija mayor de Xolotl. Para el primogénito, que era Aculhua, eligió á una hija de Iztaquauhtli uno de los seis señores que trajo consigo, á quien he dicho al capítulo V que le dió el señorío de Amazahuacan, pero no dicen el nombre de la señora: para el hijo segundo llamado Acamapichtli eligió á la hija mayor del rey Achitometl de Culhuacan, llamada Ilancueitl, y al mismo tiempo quiso que la hija segunda del mismo Achitometl llamada Atotoztli casase con Huetzin, señor de Tepetlaostoc, de quien hemos hablado arriba, nieto de Tzontecomatl, uno de los tres señores aculhuas, é hijo de Izmitl, quien por muerte del padre y abuelo habia heredado ya el señorío de Cohuatlican, para cuyo efecto mandó á su hijo el príncipe Nopaltzin, que personalmente pasase á tratar estos desposorios con los reyes Iztaquauhtli de Amazahuacan, y Achitometl su cuñado. Ejecutólo prontamente el príncipe, y el rey de Culhuacan condescendió gustoso en la voluntad del emperador, dándole á sus hijas para que se desposasen con dichos príncipes.

Era Atotoztli la menor, pero la mas celebrada

por su hermosura, y por tanto pretendida de otros príncipes y señores de lo mas ilustre del imperio, entre los cuales se mostraba el mas apasionado un caballero chichimeca, llamado Yacazozòlotl, ó Yacanex, que por ambos nombres era conocido, vasallo del mismo Huetzin, que vivia tambien en el mismo Cohuatlican, y era gobernador de Tepetlaostoc y otros seis pueblos de los mismos estados.

Todos los pretendientes callaron en vista de la determinacion del emperador, ménos Yacanex, que mas altivo, ó mas amante, no pudiendo sufrir ver enagenada á Atotoztli, ciego de sus zelos, sin atender ni al respeto que debia á su particular señor Huetzin, á cuyo tálamo le destinaba Xolotl, ni al de este supremo monarca, se arrojó á la temeridad de ir á pedírsela á su padre el rey de Culhuacan, y esto con tales circunstancias, que hicieron mas grave su delito; porque levantó una porcion de la gente de los pueblos que estaban á su comando, é hizo que armados le acompañasen á Culhuacan, donde habiéndose presentado al rey Achitometl, le pidió á su hija para esposa, con tal osadía, que mas que súplica parecia precepto, acompañada de amenazas, si no condescendia con su deseo.

Hallábase Achitometl desprevenido, pero no por esto falto de ánimo y resolucion para responderle como debia. Díjole, pues, que el gran emperador Xolotl, á quien él y los demas reyes y señores de estas regiones veneraban por supremo monarca de toda la tierra, le habia pedido á su hija para el rey Huetzin su señor, y él la habia concedido, y que estando empeñada su palabra no podia faltar á ella: pero aunque esta no estuviese de por medio, y el respeto del emperador, nun-

ca daria á su hija á quien tan desatentamente venia á pedirla, mas en tono de amenaza, que de súplica; y que sin embargo de haberle cogido desarmado, no temia su furor, pues con sola la nobleza que le acompañaba en su corte, tenia bastante para contrastar su orgullo.

No se atrevió Yacanex á moverse, y despicando su enojo con palabras descomedidas, se salió con su tropa de Culhuacan, y retirándose á los pueblos de su gobierno, comenzó desde allí á tramar una sublevacion contra su señor Huetzin, no solo de los vasallos de sus estados, sino tambien convocando gente de otras provincias. Apénas salió de Culhuacan envió Achitometl á dar cuenta de todo al emperador, el cual sin pérdida de tiempo mandó llamar á Tochintzin, señor de Cohuacan, general de sus armas, cuya pericia y conducta tenia experimentada, y le mandó que levantando toda la gente que pudiese pasase prontamente á unirse con Paintzin, rey de Xaltocan (en cuyos dominios poco ántes habia sucedido por muerte de su padre Chiconquauh, uno de los tres Aculhuas), y marchasen sobre Yacanex y su tropa rebelada, avisando al mismo tiempo al rey Huetzin de Cohuatlican para que por su parte levantase tropas, y saliese á unirse con ellos para castigar á este atrevido, cuya persona procurasen con todo empeño haber á las manos, vivo ó muerto, y encargándole que para con la tropa rebelada usasen de moderacion, porque fuese con la menor carnicería y efusion de sangre posible, atento á ser todos vasallos suyos, en cuya sangre no queria teñir sus manos, sin embargo del delito que cometian engañados sin duda por Yacanex.

Obedeció prontamente Tochintzin, y habiendo le-

vantado brevemente un gran número de tropas, pasó á unirse con el rey de Xaltocan, que estaba ya prevenido con numeroso ejército de sus otomies, y ambos pasaron á juntarse con el rey Huetzin, que tambien habia levantado un buen grueso de tropas de sus vasallos fieles, sin embargo de los muchos rebelados que se habian salido de sus poblaciones en seguimiento de Yacanex, que iba de una en otra provincia sublevando los pueblos, hasta juntar un numeroso ejército con que volvia ya sobre Cohuatlican á destruir al rey Huetzin su señor. Avistáronse los dos ejércitos, y vinieron luego á las manos con bastante ardor de ambas partes; pero cargados los rebeldes del número y valor de los imperiales, comenzaron á retirarse hasta que la noche puso fin al combate.

Al dia siguiente procuraron fortificarse los rebeldes en sitios ventajosos, desde donde salian á escaramusar, y se retiraban siempre con pérdida. Así se mantuvieron algunos dias, hasta que confiado Yacanex en algunos refuerzos que le habian llegado, determinó salir de sus trincheras, y presentar la batalla á los imperiales. Hallábanse estos acampados en los contornos de la ciudad de Xuexotla, y no deseaban otra cosa que el venir á una accion general; y así embistiéndose furiosos los unos á los otros, fué muy sangrienta y reñida la batalla, en que se señaló el rey Huetzin, metiéndose en lo mas vivo de la accion en busca de Yacanex, por si lograba tomar por sus manos la venganza de aquel atrevido vasallo; y no hallándole por uno ni otro lado, exponia por todas partes su persona con singular bizarría. Duró muchas horas el combate, hasta que comenzando á desmayar las tropas de Yacanex, huyó este, y tras él toda su gente desordenadamente,

dejando libre al vencedor el campo de batalla. Cumpliendo los generales la órden del emperador, procuraron seguir el alcance á Yacanex por diferentes rumbos, perdonando á la tropa, y dando la órden á las suyas de que á nadie hiciesen daño.

CAPITULO VIII.

Dase noticia de otra traicion intentada por Yacanex coligado con el capitan Ocotox, la que descubierta, se castiga; del valor con que se portó en esta ocasion el príncipe Quinantzin, á quien dió el emperador en premio la ciudad de Tezcoco, para que mandase en ella en calidad de rey; y de los otros premios que dió al general y reyes, que vencieron á Yacanex.

Entre tanto que esto pasaba en la campaña habia tramado el rebelde Yacanex otra secreta conjuracion que pudo ser mas perniciosa. Coligóse con un valeroso capitan chichimeca, llamado Ocotox, que estaba mal satisfecho del emperador, y quejoso del príncipe Nopaltzin, (no se dice la causa), y convinieron en quitar la vida al príncipe y á su primogénito Tlotzin, que tenia ya un hijo de nueve á diez años, llamado Quinantzin, y habia venido en su compañía de sus estados de Tlazalan á visitar á su padre que á la sazon se hallaba en los bosques de Tezcoco. Tenia Ocotox la entrada franca, y así se dispuso que cuando los príncipes estuviesen dentro divirtiéndose con solo los caballeros de su corte que les acompañaban, entrase Ocotox con la gente que tenia á su mando, y dando sobre los príncipes y su comitiva, los matasen á todos.

Dispuesta de este modo la traicion con gran sigilo, señalado el puesto en que habia de juntarse la gente, asignado el dia y la hora, llegó esta; y ya que se comenzaban á juntar uno de los mismos soldados de Ocotox, vasallo fiel, cuyo nombre era digno de haberse conservado en la historia, dió aviso de todo á los príncipes, que á la sazon se hallaban divirtiéndose en sus bosques. No pudo ménos que sorprenderles la noticia de un peligro tan inminente, en ocasion de hallarse enteramente desapercibidos; pero saliendo prontamente del bosque los señores de la comitiva de los príncipes, y con ellos el niño Quinantzin, cuyo bizarro aliento, comenzando á manifestarse desde sus tiernos años, no sufrió quedarse retirado á vista del peligro, y juntando brevemente la gente que pudieron, que la mayor parte era de la nobleza, se avanzaron así al lugar en que supieron que se estaban juntando los coligados, y echándose intrépidamente sobre ellos, hicieron tan horrible estrago que en su mayor parte quedaron muertos, siendo pocos los que escaparon con la fuga, y entre estos el capitan Ocotox, que tuvo buen cuidado de ponerse en salvo, y fué á juntarse con Yacanex, y ambos se metieron la tierra adentro, sin que las grandes diligencias que se hicieron para haberlos á las manos pudiesen tener efecto: despues en el reinado de Quinantzin dieron harto que hacer al imperio, como se dirá en su lugar.

Grande admiracion causó á todos la bizarra accion del niño Quinantzin, cuyo valor y ardimiento haciéndole meterse en lo mas vivo del combate, fué su brazo terror del enemigo; tanto mas admirable cuanto ménos correspondiente á sus tiernos años; y á propor-

cion de la admiracion fué el aplauso, pronosticando todos desde luego en aquel niño un heroe esclarecido, que habia de ver la gloria de su nacion, y el terror de sus enemigos. Volvió el belicoso niño á vista de su padre y abuelo cubriendo (1) gallardamente la victoriosa tropa que le habia acompañado, y cubierto él de polvo, teñidas las manos en sangre de los rebeldes, y oyendo los príncipes de boca de su tropa la singular bizarría con que se habia portado en el ataque, no cesaban de abrazarle y acariciarle, y al punto determinaron pasar á la corte de Tenayocan á presentarle al emperador su bisabuelo y darle cuenta de todo el suceso. Llegados á presencia del emperador, le hicieron prolija relacion de todo lo acaecido, la que oida atentamente por el anciano monarca, lleno de regocijo prorrumpió en palabras y acciones, estrechando tiernamente en sus brazos al bisnieto, colmándole de aplausos y multiplicadas caricias, y en premio de accion tan señalada le hizo merced y donacion de la ciudad de Tezcoco, que ya por estos tiempos era una considerable poblacion, para que en ella y su contorno mandase en calidad de soberano, cediéndole las rentas con que sus moradores contribuian al imperio.

Los principios de esta famosa ciudad de Tezcoco, que despues fué capital del imperio, y corte de sus monarcas, y subsiste en nuestros dias todavía poblada de numeroso vecindario, seis leguas al Este de la ciudad de Méjico, son muy antiguos, porque fué ciudad numerosa en tiempo de los toltecas, llamada Catenihco.

(1) *Conduciendo* parece que debia decir; pero en ambos manuscritos se lee *cubriendo*, sin duda por equivocacion de los copiantes.—*E.*

Despues que vinieron los chichimecas y emprendió Xolotl la fábrica de los cercados, de bosques, palacios y jardines que hemos dicho en su inmediacion, hizo venir un gran número de gente de las cuatro provincias de Tepepulco, Zempohualan, Tolantzinco y Tollan, que con este motivo, comenzaron á formar allí su poblacion, y fué el principio de sus cuatro principales barrios: y como para este efecto se quedaban allí, y duró tantos años la obra, dieron á este lugar el nombre de *Tezcoco*, que significa *detencion*, que despues corrupta la voz llamaron Tescoco y Tescuco.

No habiendo podido dar alcance á Yacanex las tropas imperiales, recogieron sus gefes la gente, y los reyes de Xaltocan y Cohuatlican se retiraron con las suyas respectivas á sus cortes; mas el general Tochintzin volvió á Tenayocan á dar cuenta de todo al emperador, que quedó muy gustoso y satisfecho de lo bien que se habian portado todos, y del próspero suceso de sus armas, y no pudiendo su magnánimo corazon dejar sin premio los buenos servicios, hizo merced á Tochintzin de la dignidad de Tecuhtli, y al mismo tiempo mandó que casase con la infanta Tamiyauh, hija del rey de Xaltocan, dándole la ciudad de Huexotla, con los pueblos de su contorno, en cuyo territorio habia sido la última batalla, con lo que dejó tambien premiado al rey de Xaltocan. Mandó que inmediatamente se efectuasen los desposorios de el de Cohuatlican con la infanta Atotoztli, por quien tan bizarramente habia peleado, y todo se ejecutó puntualmente, quedando muy gustosos y agradecidos á la liberalidad y benignidad del monarca los reyes y el general, y Xolotl muy contento de haber dado tan presto fin á esta guerra, sin notable es-

trago de sus vasallos á quienes amaba tiernamente; y así mandó luego publicar un perdon general para todos aquellos que habian seguido el partido de Yacanex en la guerra y en la fuga, y que pudiesen libremente volver á establecerse en sus poblaciones, como efectivamente volvieron muchos y quedó por entónces todo sereno y tranquilo.

La dignidad de Tecuhtli de que Xolotl hizo merced á Tochintzin en esta ocasion era un distintivo con que se decoraban hasta los mismos monarcas, y al tiempo del ingreso de los españoles tuvieron bastante noticia de ellos por el número de personas distinguidas á quienes daban el título de Tecuhtli, y así hablan de ella algunos escritores, entre los cuales el padre Torquemada trata de este dictado en varias partes de su obra. En el primer tomo (1) dice que este título se daba á los mayorazgos, que descendian de las casas principales.

En el tomo 2.° (2) dice que la dignidad ó dictado de Tecuhtli era en estos indios como la que nosotros tenemos de caballeros de las órdenes militares, y que era la mayor honra que entre ellos habia, y así les costaba grandísimo trabajo y excesivos gastos el obtenerla, y prosigue haciendo una prolija descripcion de las ceremonias que usaban para entrar en esta órden de caballería, y los grandes gastos que erogaban. Esto segundo es lo cierto, y conforme á los manuscritos de los indios que he reconocido y tengo entre manos, y concuerda con ellos en la mayor parte su narrativa de las ceremonias y gastos de esta funcion.

---

(1) Monarquía Indiana tom. 7, lib. 3, cap. 17.
(2) Tom. 2, lib. 77, cap. 29.

Dicen pues nuestros historiadores indios contestes, que esta era una órden de caballería con que los soberanos premiaban las señaladas acciones de sus valientes soldados, pero en cuanto á su orígen y principio están muy discordes entre sí. Las historias toltecas dicen que la instituyó el gran Topiltzin, último rey de los toltecas; pero no hallo en alguno de ellos que ni al mismo rey Topiltzin, ni á otros de los muchos señores y principales caballeros toltecas de que hasta aquí se ha hecho mencion, les den semejante dictado, ni tampoco nos refieren que tuviesen guerras algunas en que pudiera haberse señalado el valor de los soldados para merecer este premio. Las historias tlaxcaltecas atribuyen la institucion de esta caballería á los señores de su república, y esto tiene ménos fundamento; pues aunque por estos tiempos habia ya algunas poblaciones en el territorio de Tlaxcallan, ni se habia fundado esta capital, ni habia nacido todavía esta célebre república, ni habian tenido gueras algunas los que se habian avecindado en este territorio. Las historias chichimecas atribuyen esta institucion á los emperadores de aquel imperio septentrional de donde vino Xolotl y sus gentes; mas siendo su policía tan limitada, como ellos mismos nos declaran, no parece verosímil que lo fuesen ellos; fuera de que no se halla en todas sus historias que diesen el dictado de Tecuhtli ni á Xolotl, ni á algun otro de tantos y tan principales señores y capitanes que le acompañaban y vinieron despues en su demanda, como queda referido, de que se infiere que hasta entónces no era entre ellos conocida esta dignidad, y así me persuado á que fué Xolotl el fundador de esta caballería, y es muy verosímil y conforme á la política, libe-

ralidad y magnanimidad de este príncipe, que para tener con que premiar las bizarras acciones, y estimular á la nobleza á dedicarse al manejo de las armas instituyese esta caballería, tomando él por honor y como cabeza de ella el dictado de *gran chichimeca Tecuhtli* que usaron despues constantemente todos sus sucesores añadiéndolo al nombre propio; y es muy regular que Tochintzin fuese uno de los primeros caballeros de esta órden, porque nos dicen que por estos tiempos no se concedia este honor sino á las personas reales de edad provecta, y á los grandes generales y soldados consumados en el arte de la guerra que hubiesen obtenido señaladas victorias; y segun hemos visto por la historia, hasta los tiempos de que hablamos no se le habian ofrecido á Xolotl otras guerras que las de Nauhyotl, y esta de Yacanex, ambas concluidas en breve tiempo. En aquella mandó en gefe el ejército el príncipe Nopaltzin, y en esta el general Tochintzin, y los reyes de Xaltocan y Cohuatlican; con que no podia haber otros generales, soldados veteranos, fuera de estos, que hubiesen obtenido señaladas victorias, puesto que no habia habido otras guerras.

Despues en el discurso del tiempo fueron los emperadores abriendo mas la mano á estas mercedes, haciéndolas no solo á los que habian servido en la guerra, sino tambien á los que habian servido bien en la paz, esto es, á magistrados, gobernadores de provincias y ciudades, cobradores de tributos, y justicias particulares de los pueblos; y aun se extendió á los hijos y descendientes de los señores y nobles que aun no habian servido ni en paz ni en guerra y eran jóvenes de pocos años, con la esperanza de que, eslimulados de este ho-

nor, servirían en adelante á imitacion de sus mayores. Tambien se extendió á los sacerdotes mas venerados y respetables. Y no solo eran los emperadores los que hacian estas mercedes en los tiempos posteriores, sino tambien el senado de Tlaxcallan, despues que se gobernó por república libre, y los reyes de Méjico y Tlacopan; y el rey Montezuma segundo de Méjico, á quien hallaron reinando los españoles, habia instituido otras tres órdenes de caballería, con ceremonias é insignias particulares á cada una, para premiar y al mismo tiempo estimular á la nobleza á dedicarse al servicio de la república, así en los empleos políticos, como en la carrera militar, de que darémos razon en su lugar.

CAPITULO IX.

Dícese lo que era la dignidad ó caballería de Tecuhtli, las ceremonias que practicaban los que la recibian, y sus preeminencias. Muerte del rey de Culhuacan Achitometl, y del gran emperador Xolotl.

Antes de pasar adelante con la narrativa de nuestra historia, me ha parecido conveniente dar noticia en este lugar, como el mas propio para ello, de lo que era esta dignidad ó caballería de tecuhtlis, y las ceremonias con que se armaban caballeros; pues aunque es constante que estas no se pudieron haber establecido en estos tiempos, sino en los posteriores, no todas á un tiempo, sino sucesivamente, como quiera que desde este se habla ya de esta dignidad, y con este motivo nos refieren los historiadores las ceremonias de su recep-

cion en los tiempos sucesivos, me ha parecido hacerlo ya en este lugar.

Luego que alguno obtenia del soberano la merced de la caballería de Tecuhtli, que no consistia en otra cosa que en decirlo el príncipe, avisaba el pretendiente á los tecuhtlis que habia en la poblacion haber obtenido este honor, y los convidaba para que le acompañasen al templo el dia que asignaba para comenzar su penitencia; que en estos tiempos últimos tuvieron muchas supersticiones para elegir el dia, buscando aquel signo ó carácter que creian les era propicio, y asímismo el número del dia de la semana, si era de pares ó nones; y confrontándolo con el dia de su nacimiento, y otros disparates semejantes, llegado el dia, se juntaban en la casa del nuevo caballero todos los tecuhtlis, y le acompañaban al templo, en donde luego que llégaba le horadaban el labio inferior, la ternilla de la nariz y las orejas, sirviéndose para esto de huesos de tigres, leones, águilas y otros animales, segun cada uno elegia, y segun era su deseo y peticion á los Dioses de que le diesen valor como el del leon, astucia como la del tigre, fortaleza como la del águila, ligereza como la del corzo, y así de los demas. Por aquellas heridas le pasaban unas cañitas muy delgadas, se las dejaban metidas, y cada dia se las iban mudando, y metiendo otras mas gruesas, para que fuesen anchando mas aquellos agujeros, los que durante el tiempo de la penitencia se cicatrizaban.

El sacrificio de taladrar los labios, narices y orejas lo hacia el sacerdote del templo, profiriendo al mismo tiempo ciertas deprecaciones á sus ídolos, y él mismo era el que diariamente iba mudando las cañas.

Despues le hacia al nuevo caballero una exhortacion ó plática, poniéndole presentes las obligaciones de que se hacia cargo con la dignidad que habia de recibir, y cómo habia de ser mas humilde, sufrido, abstinente, sobrio, prudente y arreglado á las leyes que los demas, y asímismo le amonestaba del modo con que debia portarse durante la penitencia.

Concluida la plática le despojaban de las buenas ropas de que iba vestido, y le daban unos pañetes, y una manta ordinaria, que era todo lo que le habia de servir de abrigo y vestido durante la penitencia; un taburetillo bajo, y una estera (que en su idioma se llama *Petlatl*, y el dia de hoy castellanizada la voz llaman petate) para que se recostase el corto tiempo que le permitiesen dormir. Ponianle delante del altar del ídolo todas sus armas, de las mejores y mas bien trabajadas que ellos usaban, y se retiraban todos, dejándole en el templo.

Tres meses, que entre ellos componian sesenta dias, debia mantenerse allí en penitencia. Esta comenzaba por tiznarse todo el cuerpo de negro, y seguir todo este tiempo un ayuno tan riguroso, que no le era permitido comer vianda ninguna caliente, ni aderezada, ni dulce, ni frutas, sino solamente su pan de maiz, y en tan corta cantidad, que solo era una tortilla cada veinte y cuatro horas, que cuando mas podia tener dos onzas de peso. Exceptuábanse del ayuno los dias de festividades principales que ocurriesen durante el tiempo de su penitencia, porque en ellos podian comer de toda suerte de manjares, y la cantidad que quisiesen, pero una sola vez en el dia, á la hora que el sol estaba mas alto, que es al medio dia. Tampo-

co durante la penitencia podia beber bebida alguna embriagante ni aun los dias festivos, sino solamente agua, y solo en estos podia beber la que quisiese, pero no en los demas, que habia de reducirse á una corta cantidad.

Los sacerdotes y los tecuhtlis se alternaban por dias á ir á comer al templo, y llevaban todo lo mejor que podian de viandas, ponianse á comer delante del caballero penitente, para que le fuese mas sensible su abstinencia á vista de los manjares y comedores, y al mismo tiempo le improperaban y daban vejámen, llenándole de oprobios los mas injuriosos y sensibles, y pasando de las palabras á las obras, le tiraban de los cabellos, le dadan pescozones, pellizcos y otras cosas semejantes, y á todo habia de estar inmoble, sin airarse, ni quejarse, ni responder palabra alguna ménos comedida, sino con gran paciencia y humildad. De noche, apenas conocian los veladores del templo que se habia dormido, iban, y le despertaban á empellones y punta pies, acompañados de palabras injuriosas y picantes, de suerte que era muy poco el tiempo que le dejaban reposar.

Las puertas del templo se mantenian entornadas y cubiertas por fuera con ramos de laurel, durante el tiempo de la penitencia; y concluidos los sesenta dias, en el último de ellos el sacerdote tomaba las cañas que le habia ido mudando en los ahujeros de labios, narices y orejas, y que casi todas estaban enteramente ensangrentadas, y puesto él de rodillas en la última grada del altar del ídolo, y delante un bracero encendido, las echaba en él á quemar el sacerdote, ofreciéndolas en sacrificio á su Dios, y haciéndole varias

deprecaciones sobre el nuevo caballero, el cual se retiraba luego á su casa, donde se bañaba y descansaba algunos dias de su penitencia.

Si estaba ya pronto todo lo necesario para la funcion, se hacia esta luego; pero si no lo estaba, se diferia hasta que todo estuviese á punto, porque era mucho. Algunos dicen que si no se hacia prontamente la funcion de armarle caballero, todo el tiempo que se diferia se prolongaba la penitencia; pero lo mas probable es que solo duraba los sesenta dias, y si se diferia la funcion, todo el tiempo que mediaba se mantenia el caballero retirado en su casa, y sin mudar los vestidos humildes de la penitencia. Cuando estaba todo pronto asignaban el dia, y volvia á convidar no solo á los tecuhtlis de su pueblo, sino tambien á todos los de las poblaciones comarcanas, enviando mensajeros para ello, y á todas las demas personas principales, á sus parientes, deudos y amigos.

Llegado el dia, se prevenian en el templo asientos para todos los tecuhtlis, y delante de cada asiento se proponia el regalo ó propina que á cada uno se le hacia, que era de mantas y todo género de ropas de que usaban, mas ó ménos finas y costosas, y en mayor ó menor número, segun era la posibilidad del caballero que se armaba, y tambien respecto al carácter y circunstancias de los tecuhtlis. Ponianles tambien plumas, joyeles de oro y plata, piedras de aquellas que tenian por preciosas y estimables, rodelas, arcos, flechas y macanas, y en los tiempos posteriores, dice D. Fernando de Alva, que llegó tambien el caso de regalar esclavos y esclavas, y finalmente el regalo se propor-

cionaba á la posibilidad y caudal del caballero, pero siempre les era muy costosa esta funcion, porque regalaban á todos los tecuhtlis que convidaban, aunque no asistiesen, pues el que por algun impedimento no podia asistir enviaba otro en su lugar, mas este no ocupaba el asiento del señor por quien asistia, sino que se quedaba siempre vacio, y á él le ponian al lado otro asiento inferior, y le hacian su regalo correspondiente, sin disminuir nada el del señor por quien asistia.

Estando todo á punto iba al templo el nuevo caballero, acompañado de sus parientes, vestido de aquellas ropas humildes con que habia hecho la penitencia. Ya estaban esperando los tecuhtlis en sus asientos, colocados en dos alas por el uno y otro lado del templo, desde la grada del altar para la puerta. Entraba el caballero solo en aquel circo, haciendo cortesías á uno y otro lado á cada señor en particular, hasta llegar á la grada del altar, donde puesto de fachada al simulacro, el mas anciano de los tecuhtlis le desnudaba de aquellas ropas humildes, y le ponia otras mas ricas y sobre todas una mas fina y primorosa, en que estaban curiosamente labradas las insignias de la órden, que eran leones, tigres, águilas y otros animales. Atábale despues el cabello con una cinta colorada, de cuyas puntas pendian unas como borlas hechas de pluma, y le ponia en la cabeza un adorno de las mismas plumas en forma de corona, que tenia por delante una targeta en que estaba pintado el animal ó ave á que deseaba asemejarse en el valor, fortaleza, ligereza &c. Despues le ponia en la mano siniestra el arco, y en la diestra unas flechas, y últimamente en los ahujeros de las orejas y narices le ponia unos granos de oro, á manera

de cuentas gruesas, que quedaban como engastadas en aquellas partes, y en el del labio inferior una piedra preciosa, y esto último era el principal y especialísimo distintivo de los tecuhtlis, y que no podia traer otro que ellos.

Hecho esto comenzaba el sacerdote á hacerle una grave exhortacion, diciéndole que aquella dignidad á que habia sido elevado no habia de servirle de vanidad y soberbia, sino de mayor humillacion; y que así como durante la penitencia habia sido sufrido en cuanto le habian dicho y hecho, así lo habia de ser en adelante, y que del mismo modo que habia guardado abstinencia en aquellos dias, habia de procurar en adelante el ser sobrio y medido en la comida y bebida. Encargábale la defensa del estado si era militar, y la buena administracion de justicia si era político: el buen trato de los vasallos, así propios si los tenia, como los del soberano que estaban á su cargo, el socorro de los pobres, el amparo de las mugeres, la reverencia y culto á los templos, y finalmente la educacion de sus hijos, si los tenia, el porte de su muger, y el buen gobierno de su familia, de suerte que duraba mucho rato esta plática del sacerdote, y contenia todos los mas sanos consejos de la mejor moral.

Ciertamente causa admiracion el alto conocimiento de estas virtudes á que llegaron estos gentiles, el aprecio que de ellas hicieron, y el esmero con que procuraban que se ejercitasen, especialmente por los nobles y señores, queriendo que fuesen características de la nobleza. Toda la plática escuchaba en pie el nuevo caballero con mucha modestia y humildad, y concluida hacia reverencia al ídolo y al sacerdote, y volvia ha-

ciendo cortesías á uno y otro lado del mismo modo que cuando entró, hasta tomar su asiento, que le estaba prevenido en el último lugar, y con esto se concluia la ceremonia.

Salia luego del templo adornado de todas sus insignias, y acompañado de toda la comitiva, y lo llevaban á pasear las calles mas públicas de la ciudad al son de sus instrumentos teponaxtli y tlapahuehuetl que eran á manera de tambores y timbales, yendo delante unos bufones y chocarreros, haciendo visages, y diciendo gracias y donaires que hiciesen reir á las gentes. De esta manera daban vuelta á lo principal de la poblacion, é iba á parar todo el concurso á la casa del caballero en donde era espléndido el banquete para todos cuantos concurrian á ella, sin exceptuar el menudo pueblo, y así se gastaban por miles las aves, conejos, liebres y demas carnes de que usaban, y no ménos las ollas y tinajas de la bebida, y era exhorbitantísimo el gasto, por cuya causa algunos, cuyas facultades y caudal no era suficiente á reportarlos, dejaban de tomar este dictado, sin embargo de tener la merced del soberano, y otros despues de obtenida, diferian por mucho tiempo el tomarlo, hasta juntar y preparar lo necesario para sus gastos.

Gozaban estos tecuhtlis muchos privilegios y exenciones, siendo en todo el reino los primeros y principales personages á quien todos veneraban y respetaban con sumo obsequio. Obtenian los gobiernos, presidencias y demas empleos de primera esfera, y de ellos se componian los consejos y gabinetes de los reyes para todas las consultas y determinaciones en todas materias. Ellos eran los cobradores de los tributos, los tesoreros

de la hacienda real, y por su mano tambien corria la distribucion de ella, segun las órdenes del soberano.

Volviendo pues á la narrativa de la historia, nos dicen los escritores que á fines de este mismo año de 1231, despues de efectuados los desposorios del rey Huetzin con la hermosa Atotoxtli, murió su padre el rey Achitometl de Culhuacan á los noventa años de reinado: príncipe no ménos justo que prudente y animoso, en quien volvió á renacer el esplendor de la real sangre tolteca, y digno nieto del gran Topiltzin: en cuyo gobierno se aumentaron considerablemente sus poblaciones, y volvieron á revivir las ciencias y artes de que fueron inventores sus antepasados, las que con sus calamidades y destruccion habian quedado enteramente decaidas; mas aplicando Achitometl todo su cuidado en hacer que volviesen á florecer, logró que fuese su reino el seminario de donde se propagaron despues á todo el imperio chichimeca, venciendo su policía la rusticidad inculta de esta nacion. Heredóle en el reino su hijo primogénito Xohualatonac.

En el año siguiente que señalan con el geroglífico de tres pedernales, y es en nuestras tablas el de 1232, pagó el comun tributo el emperador Xolotl, á los ciento y doce años de reinado, contando desde el de 1120 en que tomó posesion de la tierra, dejando á todos sus vasallos anegados en lágrimas, y sumergidos en un mar de penas y desconsuelo con la falta de un monarca tan justo y tan amante de la paz, tan benigno y misericordioso, tan magnánimo y liberal, y finalmente tan adornado de virtudes morales y singulares prendas, que con justa razon le merecieron el renombre de grande, sin que el haber sido tan respetado y venerado, tan pode-

roso y tan temido, le hubiese engreido, ni ensoberbecido, ni podido borrar ú obscurecer su precioso natural carácter de afabilidad, benignidad y clemencia; siendo entre todas tan relevantes prendas la mas brillante su liberalidad.

Adornaron su cadáver con las insignias de su suprema dignidad, á la usanza tolteca, cuyas costumbres y policía se iban extendiendo por todo el imperio. Tuviéronle un dia entero expuesto en una de las principales piezas de su palacio, donde se dió puerta franca á todo el pueblo, que entrando en ella, era un lastimoso espectáculo de clamores, suspiros y lágrimas con que sus amantes vasallos desahogaban en alguna parte sus penas á vista de su cadáver. Enterráronle al dia siguiente en una cueva, en lo bajo de su mismo palacio, que para esto habia destinado desde que le fabricó; á cuya ceremonia asistieron todos los señores principales de su corte, y otros muchos reyes y dinastías de la comarca que pudieron venir en aquel corto tiempo, manifestando todos así en sus semblantes como en el desaliño de sus personas el dolor y pena que penetraba sus corazones. Dicen que pasaba de doscientos años de edad.

CAPITULO X.

Sucede en el imperio el príncipe Nopaltzin. Dase noticia de las nuevas leyes que estableció. Muere el rey Xohualatonac de Culhuacan, y le sucede su hijo Calquiyauhtzin. Muere el rey Aculhua de Azcapuzalco, y le sucede Aculhua segundo, su primogénito. Refiérese lo demas que acaeció en el reinado de Nopaltzin, hasta su muerte y la del rey Huetzin de Cohuatlican, á quien sucede su primogénito Acolmiztli.

Luego que se concluyeron los honores funerales del difunto emperador pasó todo el concurso á saludar al príncipe Nopaltzin, á quien juraron solemnemente por emperador supremo, como á primogénito y sucesor legítimo de Xolotl, y desde este comienzan á darles ya á todos los emperadores el dictado de gran chichimecatl tecuhtli, de que se infiere, como ya dije, que en el reinado de Xolotl fué la institucion de esta caballería de tecuhtlis; porque ántes de él á nadie dan semejante dictado. Juráronle, pues, solemnemente por gran chichimeca tecuhtli, consolándose en su pérdida con que recayese la corona en un príncipe tan amable, de cuyas prendas tenian tan larga experiencia; y cuya avanzada edad, empleada siempre al lado de su gran padre en el manejo del gobierno, y de los principales negocios de paz y guerra que habia fiado á su conducta, les aseguraba un reinado feliz, aunque no muy durable.

No se engañaron en su concepto, porque el nuevo emperador, muy semejante á su padre en la afa-

bilidad y clemencia, siguió en todo sus huellas, procurando mantener en paz sus dominios por medio de la recta administracion de justicia, aumentar su lucimiento y policía, fomentando las artes y ciencias que hicieron célebres á los toltecas, y abolir las bárbaras costumbres que les habian quedado de su nacion chichimeca.

Para lo primero reformó algunas leyes de sus mayores, restauró otras á su observancia, y promulgó otras nuevas. Estas dicen que fueron siete, mas solo nos han conservado los historiadores el contenido de cinco de ellas, que son las siguientes. La primera que so pena de la vida nadie se atreviese á poner fuego á los campos suyos, ni agenos, con pretesto alguno, sin licencia suya, que la otorgaria en caso necesario y provechoso.

La segunda que nadie pudiese tomar la caza que hubiese caido en redes agenas, en cualquier parte pública ó realenga en que otro las hubiese puesto, pena de perder el arco y flechas de su uso, y quedar privado de poder cazar en manera alguna sin nueva licencia suya.

La tercera que ninguna persona fuese osada á tomar la caza á que otro hubiese tirado, aunque la hallase muerta en el campo.

La cuarta que estando como estaban señalados y amojonados los cazaderos de personas particulares, ninguno se atreviese á quitarlos ni mudarlos por su arbitrio, pena de muerte.

La quinta que todos los que fuesen cojidos en adulterio, así hombres como mugeres, pagasen con la vida su delito, muriendo asaeteados.

Para reducir a mayor policía á sus vasallos, mandó que labrasen casas en que vivir, aboliendo la costumbre de habitar en cuevas, que subsistia todavía en algunas poblaciones. Mandó que en todas partes se ejerciese la agricultura, haciendo sementeras de maiz, frijol, chile, y las demas semillas que cultivaban los toltecas, alimentándose de ellas en guisados y viandas, como ellos acostumbraban. Cuidó de que así á la corte como á las demas ciudades principales fuesen á establecerse maestros que ejerciesen y enseñasen las artes de platería, lapidaría, pintura y otras que alcanzaron los toltecas. Fomentaba y premiaba á los estudiosos, y aplicados á la astrología y judiciaria, á la historia en sus geroglíficos y pinturas, y á entender y descifrar las antiguas, y finalmente, no omitió diligencia alguna que pudiese contribuir á ilustrar, ennoblecer y aumentar su reino.

En el séptimo año de su reinado, que señalan con el geroglífico de siete cañas, y corresponde al de 1239, murió el rey Xohualatonac de Culhuacan, á quien sucedió su hijo primogénito Calquiyauhtzin, sin que en el corto tiempo de su reinado, que apénas fueron ocho años, se refiera suceso alguno memorable, ni otra cosa de su gobierno que el haber mantenido en paz su reino.

El mismo año murió el rey Aculhua de Azcapuzalco, el principal de los tres señores aculhuas, y caudillo de la nacion tecpaneca, á los setenta y un años de reinado, dejando dos hijos, el primogénito y sucesor en el reino, llamado tambien Aculhua, y el segundo Acamapichtli, que como dejamos ya referido, habian casado por órden de su abuelo Xolotl, el primogénito con la hija del se-

ñor de Amazahuacan, y el segundo con Ilancueitl hija de Achitometl, rey de Culhuacan.

Aquí me es preciso detenerme en dos cosas, la primera en justificar la conducta que sigo en mi narrativa, y la segunda advertir un equívoco en que han incurrido, no solo nuestros escritores, sino tambien algunos historiadores indios; habiéndome sido necesario para llegar á penetrar la verdad y deshacer la multitud de enredos, contradicciones, é inconsecuencias en que se implican los autores que en él han caido revolver muchos papeles é impender mucho trabajo. En cuanto á lo primero debo decir, que sin embargo de haber sido este reino tecpaneca, ó de Azcapuzalco, una de las mas famosas y pujantes monarquías que hubo en esta tierra, especialmente en los reinados de Tetzozomoc y Maxtla, tiranos del imperio tezcocano, no he podido hallar entre tanto cúmulo de documentos que he reconocido una historia formal de ella, como se hallan de las de los toltecas, chichimecas, mejicanos y otros, y solo se encuentra tal cual relacion mal ordenada y llena de despropósitos, de suerte que las mejores, y mas bien fundadas noticias que han quedado de esta monarquía son las que nos dan los historiadores de las otras, con motivo de sus mutuas alianzas ó negociaciones. Pero para cumplir yo con las leyes de historiador me es preciso decir las noticias que contienen estas relaciones, así porque se hallan en algunos de nuestros autores, como para manifestar los motivos que tengo para no apreciarlas ni valerme de ellas.

Dicen, pues, que el primer rey que mandó esta monarquía se llamó Huetzintecuhtli, que fué el caudillo que los condujo desde su patria que es al Poniente

respecto á su ciudad de Azcapozalco, y que él fué el que fundó esta ciudad, mil y quinientos años ántes de la venida de los españoles. No dan noticia alguna de su gobierno, y solo dicen que por ser hombre anciano reinó poco tiempo. Por las historias chichimecas y mejicanas sabemos que el primer rey fué Aculhua, uno de aquellos tres señores que vinieron acaudillando otras tantas cuadrillas de gentes, á los cincuenta y un años del reinado de Xolotl en el de 1168, segun dejo referido al capítulo VI. No reparo en que le den el nombre de Huetzintecuhtli; porque ya hemos visto y verémos adelante que estas gentes, especialmente siendo de las principales, tenian tres y cuatro nombres, y en unas provincias eran conocidos por unos, y en otras por otros; pero sí en que pongan el principio de esta monarquía y fundacion de su capital mil y quinientos años ántes de la venida de los españoles; porque esto quiere decir que fué por los años de 1019, en que todavía reinaban los toltecas, y no pensaba en venir á poblar, ni Xolotl con sus chichimecas, ni ménos otra alguna de las naciones que despues de él vinieron á estas tierras.

Dicen que muerto Huetzintecuhtli le sucedió su hijo Cuecuex; á este Quauhtzintecuhtli, á este Ilhuicamina, á este Matlacohuatl, á este Tezcatlipuchtli, y á este Teotlehuac, que son seis reyes, de los cuales no refieren cosa alguna de sus gobiernos, ni siquiera los años que reinaron, porque dicen que en el ingreso de los españoles, se perdieron las pinturas que tenian las historias de los monarcas. Todo esto es evidentemente falso, ó por ficcion de los escritores, ó por falta de inteligencia en las pinturas; y á mí me parece que uno

y otro concurre. Cada una de las otras historias de chichimecas, mejicanos y tlaltelolcas traen muy bien ordenadas las series y sucesiones de sus monarcas, las alianzas que contrajeron por sus matrimonios con los reyes tecpanecas, sus negociaciones de paz, ligas y guerras con ellos, y finalmente un continuado tejido de sucesos, en que ya con unos ya con otros hacen papel en la historia los reyes de Azcaputzalco, y sin embargo no se halla mencion alguna de estos seis reyes, ni los otros que fueron sus coetaneos tuvieron en tanto tiempo motivo alguno de alianza ó discordia, estando tan vecinos, ni aun se puede adivinar quienes fueron estos sus coetaneos en las otras monarquías, ni puede haber hueco de tiempo en que acomodar estos seis reinados. Por el contrario la uniforme noticia de las otras historias, y el continuo tejido de sucesos de paz y guerra, en que entran siempre á la parte los monarcas tecpanecas, ya con este, ya con aquel príncipe, nos aseguran de la coexistencia de unos con otros, y por consiguiente que no fueron mas que cuatro los reyes de Aztcapozalco: Aculhua primer fundador de la monarquía, que reinó setenta y un años como dejo sentado, Aculhua segundo su hijo, á quien en estas relaciones llaman Trihuactlatonac, y dicen que reinó setenta años, pero no fueron sino ciento y cuatro; sucedió Tetzotzomoc su hijo, que reinó ochenta y cuatro; y últimamente Maxtla que solo reinó un año, con cuya muerte espiró esta monarquía como irémos viendo.

En cuanto á lo segundo, el equívoco es que habiendo tenido un mismo nombre estos dos primeros reyes de Azcaputzalco, los han confundido y hecho de dos personas una sola, á quien han dado ciento seten-

ta y cinco años de reinado, y mas de doscientos de vida. Esto seria lo de ménos, á vista de las largas edades de otros; pero á consecuencia de esto, y en el órden progresivo de los sucesos de la historia caen en muchos errores, que iré anotando, los que por largo tiempo me han confundido, hasta que á fuerza de trabajo pude penetrar la verdad. Esta es que el segundo rey de Azcaputzalco tuvo el mismo nombre que el primero, de suerte que padre é hijo se llamaron Aculhua, y así los distinguiré, llamando al padre Aculhua primero, y al hijo Aculhua segundo. Hubo tambien dos personages llamados Acamapichtli, el primero fué hijo de Aculhua primero, y por consiguiente hermano de Aculhua segundo, el cual casó con Ilancueitl hija del rey de Culhuacan, por donde vino á ser rey de Culhuacan, como luego verémos. El otro Acamapichtli no fué hijo ni de uno ni de otro Aculhua, sino de Huitzilihuitl primer rey de los aztecas mexicas, y yerno de Coxcox, que tambien fué rey de Culhuacan por su muger, como se irá viendo en sus lugares, deshaciendo los equívocos.

En el reinado de Nopaltzin, aunque no asignan el año, dicen que casó el príncipe Quinantzin, su nieto y primogénito de su primogénito Tlotzin, con Quauhtzihuatzin, hija del general Tochintecuhtli, primer señor de Huexotla, de quien hablamos en el capítulo VIII. Tambien casó por estos tiempos Epcoatzin, hijo segundo de Aculhua segundo, con Chichimecazcatzin hermana del rey Huetzin de Coautlican de quien descendieron los reyes de Tlaltelolco; y despues á los fines del reinado de Nopaltzin casó Chalchiuhtlatonac, hijo de Acamapichtli y de Ilancueitl, con una hija de

su sobrino Epcoatzin, que fué despues el primer señor de Coyohuacan.

No dicen otra cosa particular del reinado de Nopaltzin, sino que habiendo mantenido en paz sus reinos, aumentado mucho la policía con las disposiciones que dejamos referidas en órden á la agricultura y ejercicio de las artes y ciencias, y hermoseado muchas poblaciones con el gran número de casas que hizo fabricar en ellas, á los últimos años de su vida se retiró á sus bosques de Tezcoco, á los que daban el nombre de Xolotcopan que significa templo de Xolotl, por haberlos fabricado este emperador. Allí le acompañaba con frecuencia su hijo el príncipe Tlotzin Pochotl, sin embargo de que vivia y tenia su corte (1), y se dice que ocupaba muchos ratos del dia, en instruir al príncipe en las máximas de gobierno que debia practicar, y el método y conducta que debia seguir para mantener en sujecion y en buen órden y concierto los muchos poderosos señores que habia ya en su imperio, y se iban aumentando cada dia en poder y grandeza, trayéndole al mismo tiempo á la memoria las virtudes y acciones singulares de su abuelo Xolotl, para que mirándose en ellas como en un espejo las tuviese siempre presentes para su imitacion, arreglando á ellas su conducta, para lograr igual acierto y aplauso.

Finalmente habiendo reinado treinta y dos años, y siendo de ciento y sesenta de edad, en el que seña-

(1) *En Tlazalan* debia agregar, segun se dice en el capítulo 7, porque de otra manera queda incompleto el sentido. En ambos M. S. faltan estas palabras, sin duda por negligencia de los copiantes.—*E.*

lan con el geroglífico de cinco cañas, que corresponde á las tablas al de 1263; habiendo pasado á su corte de Tenayocan, le asaltó allí la última enfermedad, de la que en pocos dias acabó la vida, con universal sentimiento y lágrimas de sus vasallos, que perdieron en él un príncipe sabio, prudente y pacífico á quien justamente colocan entre los legisladores de este nuevo mundo, no siendo ménos digno de colocarle entre los grandes capitanes de su siglo, pues dió á conocer bastantemente su valor y conducta en la guerra de Culhuacan, felizmente concluida en una batalla, en que sobre todos se señaló su bizarro aliento. El dia que acaeció la muerte de Nopaltzin se hallaba ausente el príncipe Tlotzin, que habia pasado á su ciudad de Tlazalan, y habiéndole avisado luego del suceso, vino en diligencia á la corte de Tenayocan, para hallarse presente á las exequias de su padre, manifestando con sus lágrimas el dolor y pena que afligia su corazon. Expúsose el cadáver del difunto emperador del mismo modo que el de su padre en una de las piezas principales de su palacio, adornado de sus reales insignias, con las que fué sepultado en la misma cueva en que yacia su padre, habiéndose celebrado sus funerales con toda la ostentacion debida á su dignidad, y con asistencia de muchos reyes y señores del imperio.

Este mismo año de 1263, pocos dias ántes que Nopaltzin, murió el rey de Cohuatlican, príncipe valeroso y esforzado, que manifestó tanto su valor en la rebelion de Yacanex, como su benignidad en el perdon de los culpados, y su prudencia y conducta en el gobierno para sofocar aquel incendio que se habia excitado de rebelion en sus dominios, consiguiendo que du-

rante su reinado, no volviese á encenderse. Dejó siete hijos, cinco varones, y dos hembras. Aquellos fueron Acolmiztli, el primogénito que le sucedió en el reino; Quecholtecpantzin, llamado tambien Quauhtlaxtzin; Tetliouhpequi, que se llamó tambien Tlacatlanetzin; Itzitlolinqui, llamado por otro nombre Memexoltzin; y Matzicolque, á quien llaman tambien Chicomacatzin, de los cuales este y Tlacatlanetzin fueron los primeros señores de Guezutzinco, y los otros dos fueron de Tlaxcallan, como luego diré. Las hembras fueron Coxxochintzin y Coaranac, que casaron con otros señores principales. Luego que murió Huetzin entró su hijo Acolmiztli en la posesion del reino, y fué reconocido solemnemente por sus súbditos y confirmado por el emperador.

CAPITULO XI.

Sucede en el imperio Tlotzin Pochotl; su coronacion y ceremonias de esta funcion. Hace jurar por rey de Tezcoco á su hijo Quinantzin, y se da noticia del principio y orígen de los señoríos de Huexotzinco y Tlaxcallan.

Luego que se concluyeron las exequias del difunto emperador, juraron solemnemente por gran chichimeca tecuhtli á su primogénito Tlotzin Pochotl, y con esta ocasion nos dicen los historiadores indios las ceremonias y solemnidad con que se ejecutó esta funcion. Concurrieron á ella los reyes y grandes señores del imperio, y en una de las piezas principales de palacio, sentado el emperador en una silla elevada sobre algu-

nas gradas, llegó el rey Aculhua segundo de Azcaputzalco, como primer príncipe del imperio, y tomando una corona que estaba prevenida, y no era otra cosa que un haro ó círculo de oro, cubierto de una especie de yerba pachxochitl, que se cria sobre las peñas, y adornado de un penacho de plumas de aguila real, y de las mas verdes del papagayo, encajadas en unos anillos de oro al rededor del dicho haro en toda la mitad de él por la parte anterior; se la puso sobre la cabeza, afianzándola por detras con unas correas encarnadas de piel de venado, saludándole al mismo tiempo con el dictado de gran chichimecatl tecuhtli, y haciéndole profundas reverencias. Hecho esto los demas príncipes le fueron poniendo desde los hombros unas mantas muy finas y curiosamente labradas, de variedad de colores, saludándole del mismo modo, y con las propias reverencias; y finalmente el mismo rey de Azcaputzalco le puso la última manta sobre todas las otras, la cual era muy fina y bien labrada de colores en todo su contorno, y en el centro una calavera, haciéndole entender su significado, que era el que toda su pompa y magestad, grandeza y señorío habia de acabarse con la muerte. Notable accion de gentiles, que manifiesta su probidad y el alto concepto que habian formado de ser la humildad basa y fundamento de todas las virtudes, como la soberbia y orgullo raiz y principio de todos los vicios, y de ser la memoria continua de la muerte el medio mas eficaz para desterrar esta y adquirir aquella, y para ordenar sabiamente las acciones de la vida.

Hecho esto todo el concurso le saludó, ofreciendo obedecerle, servirle y venerarle como á supremo mo-

narca, que era una obligacion en que se constituian y con que se ligaban á la obediencia, equivalente á nuestro juramento. Concluida la ceremonia, salió el emperador con toda su comitiva á un bosque inmediato á su palacio, donde se divirtió con la caza, y en demostracion de regocijo algunos señores y demas personas que le acompañaban hicieron varias habilidades de tiros dificiles, carreras, saltos y vueltas; y en medio de la diversion se les sirvió á todos un espléndido banquete á su usanza, con abundancia de bebida, hasta que acercándose la noche se concluyó el festejo, y el emperador se retiró á su palacio.

Apénas entró Tlotzin en el gobierno, empezó á manifestar que su talento, zelo y conducta en nada eran inferiores á los de sus mayores, y así á pocos dias de jurado salió de su corte á visitar personalmente todos sus dominios, así para reconocer por sí mismo su extension, y la situacion de todas sus poblaciones, como para ver el estado en que estaban las fábricas de las casas y edificios públicos, y la cultura de los campos que con tanto empeño habia promovido su difunto padre; y finalmente para darse á conocer á todos sus vasallos, y poder libremente oir las quejas y peticiones de ellos, poniendo remedio á los daños, y enmienda á los desórdenes; y habiendo encontrado en algunas poblaciones de sus chichimecas descuido notable en órden á las fábricas y agricultura, porque bien hallados con sus rústicas antiguas costumbres, se les hacia muy duro abandonarlas, le fué preciso renovar los decretos de su padre, imponiendo graves penas á los inobedientes, para obligarlos á vivir en policía, y á procurar su sustento por medio del trabajo en las producciones de la tie-

rra, de lo que se originó que algunos de sus vasallos endurecidos en su barbaridad, por no desnudarse de ella, desampararon las poblaciones, y se retiraron á su antigua patria, y otros aunque obedecieron, lo hicieron forzados y á su disgusto, y así quedaron desabridos y murmuraban libremente de la novedad. Mas no por eso se entivió su zelo, ni aflojó un punto en su cuidado, como que tenia bien conocido cuan útil era la agricultura y que de ella dependia principalmente la felicidad de un reino; porque habiendo tenido por ayo á un señor tolteca, llamado Tecpoyo Achacuatli, señor del peñol de Xicco, no solo le habia instruido en esta y otras políticas máximas, sino que le habia enseñado á cultivar la tierra por sus propias manos, haciéndole conocer los tiempos y sazones en que deben hacerse las siembras, la calidad de las tierras, las labores y cuidado de cada planta, y finalmente el uso provechoso de sus frutos; y así logró que desde su tiempo se cultivase ya toda la tierra, y usasen sus vasallos todos de las legumbres y semillas para alimento, ó solas, ó sazonadas con las carnes, cuyo uso no prohibió.

A los seis años de su gobierno, su hijo el príncipe Quinantzin, señor de Tezcoco, que con singular esmero habia procurado aumentar é ilustrar esta poblacion, y con efecto era ya una de las mayores y mas hermosas del reino, determinó hacer en ella dos grandes cercados, uno para caza, y otro para siembra de maiz; y con efecto se comenzó la obra en este año de once casas, que corresponde al de 1269, y en poco tiempo quedaron concluidos, y hecha en uno de ellos una gran siembra de maiz, y el otro abastecido de todo género de caza.

A imitacion del príncipe, y obligados de sus órde-

nes, se dedicaron sus vasallos á complacerle, adornando y hermoseando la ciudad de número copioso de edificios, y cultivando en la campaña de su contorno todo género de semillas. Complacióse mucho de esto el emperador su padre, y viendo que se acercaba ya el príncipe á los cincuenta años de edad, que su alto espíritu y ánimo grande, junto con una singular viveza y genio oficioso, no le permitian estar ocioso, y que para tener en que ocuparse formaba cada dia nuevos proyectos, resolvió con maduro acuerdo y sabia política darle la investidura, y hacerle jurar rey de Tezcoco, agregando á esta capital otros varios pueblos de su comarca de que se formase un reino, cuyas rentas le cedió, dándole al mismo tiempo el mero mixto imperio en él, sin feudo ni obligacion alguna, para que de esta suerte, satisfecho su corazon con el esplendor de la magestad, y ocupado continuamente su entendimiento en los negocios del gobierno, estuviese léjos de proyectar alguno que le fuese perjudicial.

La funcion de la coronacion quiso el emperador que se hiciese con toda solemnidad y asistencia de todos los reyes y señores del imperio, siendo él mismo el que le pusiese la corona, que todo se ejecutó con la mayor magnificencia, ostentacion y aplauso, con las mismas ceremonias que la de su padre, para que no le quedase nada que desear en su corte de Tezcoco: esto fué el año de un pedernal que corresponde al de 1272.

Mandó al mismo tiempo el emperador que su hijo segundo el infante Nopaltzin se quedase en Tezcoco acompañando á su hermano Quinantzin y ayudándole en el gobierno.

Al infante Tochintzin su hijo tercero le hizo merced

de la poblacion de Huexotzinco, situada de la otra banda de la sierra nevada y á su falda por el Oriente, la cual era ya ciudad grande, poblada de chichimecas vasallos de Xolotl, á la que agregó otros pueblos y tierras de su comarca, y le dió el señorío de ellas. Dióle tambien por acompañados á dos hijos del difunto rey Huetzin de Cohuatlican, llamados Chicomaccatzin y Tlacatlanetzin, y á otro señor principal llamado Quauhtlitentzin, para que todos cuatro gobernasen juntos el señorío, y dividiesen por iguales partes sus rentas.

Al cuarto hijo el infante Xiuhquetzaltzin le dió el señorío de Tlaxcallan, qne tambien era de la otra banda de los montes, á la falda de la famosa sierra de su nombre, conocida entónces por el de Matlalcueye, en que habia ya bastante número de poblaciones. Dióles tambien por acompañados á otros dos hijos del rey Huetzin, llamados Quauhtlaxtzin y Memexoltzin.

Algunos quieren que este fuese el orígen y principio de la célebre república y senado de Tlaxcallan; pero es constante por las historias de esta nacion que en estos tiempos, y muchos años despues, mandó y gobernó solo y absoluto el infante Xiuhquetzaltzin, á quien dieron el renombre de Culhua Tecuhtli Quanex, que quiere decir *el caballero Culhua que es cabeza*, y en las historias tlaxcaltecas no se hace mencion de estos infantes hijos del rey Huetzin ni de su sucesion. La fundacion de la ciudad de Tlaxcallan la asignan los mas historiadores muchos años despues, como diré en su lugar, y dicen que por estos tiempos solo era una corta poblacion en el parage que despues llamaron la cabecera de Tepeticpac, de la cual, y de algunos otros lugares cortos de su comarca, fué señor este infante Xiuh-

quetzaltzin cuya sucesion mantuvo despues el primer lugar entre los cuatro señores de esta república. Pero á mí me parece que debe anotarse su fundacion y contarle su antigüedad, no solo desde estos tiempos, sino mucho ántes, pues es constante por todas las historias que ya por este tiempo existia la poblacion de Tepeticpac, que con este mismo nombre y en el mismo sitio fué conocida en los tiempos sucesivos, y permanece hasta los nuestros; y así la ampliacion y mayor poblacion que despues tuvo, como diré en su lugar, no debe llamarse fundacion, ni contarse por ella su antigüedad, sino por la primitiva poblacion que allí se hizo, y sin interrupcion continuó siempre en aumento en el mismo lugar, y con el propio nombre.

Mucho se holgaron los tlaxcaltecas de que el emperador les hubiese dado por señor á su hijo Quiuhquetzaltzin, que desde luego pasó á establecerse en su nuevo señorío. A los dos acompañados que llevó les asignó estados y pueblos en que mandasen absolutos é independientes, y de ellos se fueron formando despues los tecallis, que quiere decir *mayorazgos*, y los pilcallis, esto es, *casas solariegas*, que poseyeron muchas familias de sus descendientes. Cuanto se holgaron los tlaxcaltecas de la eleccion de su nuevo señor, sintieron los de Huexutzinco que el infante Tochintzin no se hallase en su ciudad; porque apenas entró en ella se disgustó mucho, no hallando el bullicio de la corte de Tezcoco ni la concurrencia de la ciudad de Huexotla, en que se habia criado al lado del general Tochintecuhtli, señor de allí, y así á pocos dias obtuvo el permiso de su padre para volverse, estimando mas el vivir como particular en Tezcoco, ó Huexotla, que como señor de

Huexotzinco; y así solo quedaron los infantes hijos del rey Huetzin, y el señor Quauhtiltentzin, de quienes procedieron los demas señores que en lo sucesivo gobernaron esta república, y Tochintzin poco tiempo despues casó con Tomiauh hija del dicho general Tochintecuhtli, señor de Huexotla, á quien heredó en el señorío por falta de varon. Al mismo tiempo hizo el emperador merced de la ciudad de Tlazalan en que habia vivido á otro hijo natural llamado Tlacateotzin.

CAPITULO XII.

Dase noticia de otra rebelion intentada por el capitan Ocotox. De la venida de las naciones Xochimilca, Teochimecas y aztecas mexicas.

Habia puesto el príncipe Quinantzin la guarda y gobierno de sus cercados al cuidado de dos caballeros llamados Icuex, ó Quauhxoxin, y Ocotox. Este era aquel capitan chichimeca, de quien dijimos al capítulo VIII que, coligado con Yacanex, habia intentado quitar la vida alevosamente á los príncipes Nopaltzin y Tlotzin dentro de sus bosques de Tezcoco. Este, pues, habiendo escapado entónces la vida con la fuga, entrándose la tierra dentro, tuvo allá noticia de que Quinantzin se habia coronado en Tezcoco y confiado en la fama que se habia divulgado de su gran generosidad y benignidad, resolvió venir á presentársele y rendírsele, y á pedirle perdon de su delito.

Hízolo así, y no solamente lo obtuvo de su cle-

mencia, sino que conociendo su espíritu y valor, le nombró á él y á Icuex para superintendentes y guardas de sus cercados y bosques: mas faltando al cumplimiento de su obligacion, se propasaron al exceso de ser ellos mismos los que mataban la caza para aprovecharse de ella. Llegó esto á noticia del rey, quien ántes de tomar providencia alguna, procuró averiguar con mucha exactitud la verdad del hecho, y constándole ser cierto, sin embargo de ser merecedores de grande castigo, se contentó su piedad con deponerles de los empleos y mandarles salir desterrados, mas ellos en vez de mostrarse agradecidos á la suavidad de la pena para tan grave delito, se propasaron al atrevimiento de responder á los que el rey envió á intimarles la órden que no querian obedecerle, y tomando las armas sublevaron mucho pueblo, y emprendieron el arrojo de quererse apoderar de la ciudad. Con la brevedad que la ocasion demandaba juntó el rey la tropa que pudo, con la que oponiéndose á los rebeldes, y dando sobre ellos bizarramente los rechazó y deshizo, quedando muertos mucha parte de ellos en la refriega, y los demas salvando las vidas con la fuga, con lo que apagada enteramente la sedicion volvió á quedar todo en quietud. Los dos traidores caballeros huyeron, y fueron á unirse con Yacanex para nueva traicion, como luego verémos.

En el reinado de este emperador, aunque no señalan el año, vino una cuadrilla de gente de hácia la parte occidental de estas regiones, de un territorio que llamaban Aquilazco, descendientes de los toltecas, dispersos en su destruccion; los que traian por caudillo á un señor llamado Xochimilco, de donde les dieron la denominacion de xochichimilcas. Presentáronse al em-

perador, pidiéndole tierras en que fundar, el cual les señaló un terreno al sur de Tenayocan, á las riberas de la laguna de Chalco, donde poblaron una famosa ciudad á que llamaron Xochimilco, que hoy subsiste con el mismo nombre reducida á un corto pueblo; y extendiéndose por aquella comarca, formaron otras poblaciones y se hicieron considerables en los tiempos subsecuentes.

Al mismo tiempo, ó poco despues, llegaron á estas tierras las dos famosas y valerosas naciones Theochichimeca y mejicana; unos dicen que eran distintas, y otros las tienen por una misma. Yo me persuado á que unos y otros dicen bien; porque segun se percibe de las historias de una y otra, su orígen y peregrinaciones fueron unas mismas, como luego diré.

Varian los escritores en asignar el año de su venida. Unos la ponen en el de 1276, otros en el de 1298 y otros en el de 1299. La primera y última opinion no se ajustan bien con los demas sucesos coetaneos, ni con el carácter del año que ellos anotaron en sus mapas, asentando constantemente que el año de su llegada á la tierra de Anáhuac fué señalado con el geroglífico de un conejo, que es el primero de la tercer indiccion del calendario tolteca; y por eso los mejicanos y tlaxcaltecas, que fueron de estas dos naciones, comenzaban á contar su siglo por este año, en memoria de su venida, como dejé establecido cuando hablé de sus cómputos. Esto supuesto es constante en sus tablas que el año de 1276 fué señalado con el signo de cinco pedernales, y el de 1299 con el de dos cañas; y así ni en uno ni en otro debe fijarse su llegada, sino en el de 1298, que fué señalado con el dicho símbolo de un conejo, po-

co tiempo ántes de la muerte del emperader Tlotzin, como ellos asientan.

A una y otra nacion dan los autores los nombres de Azteca, Atlaneca, Chicomozteca y Theochichimeca, y á la mejicana la dan tambien los nombres de Mexica, y Tenuhca, por las razones que luego diré. Ambas eran gente belicosa y arrogante, no ménos hábil é instruida en las ciencias y artes que alcanzaron los toltecas que ellos mismos, muy peritos en la agricultura, y mas que todos idólatras y supersticiosos, porque fueron los que trajeron la multitud de Dioses que hasta entónces no eran aquí conocidos, y propagaron el falso culto. Entre los documentos que tengo entre manos para la formacion de esta obra son muchos los que tratan de la historia de estas dos naciones, interpretando sus pinturas y mapas en que fueron muy diestros; y aunque escriben con bastante método y difusion por lo respectivo á los sucesos posteriores á su llegada y establecimiento en estas partes, no es lo mismo por lo que mira á su antigüedad, orígen y peregrinaciones, porque de este tiempo son las noticias mas oscuras y escasas que las de la historia Tolteca, envolviendo los sucesos verdaderos en relaciones fabulosas.

Los dos mas famosos historiadores de la nacion mejicana que han interpretado sus mapas con mas claridad y órden son D. Hernando de Alvarado Tetzotzomoc, descendiente de los reyes de Azcaputzalco, que escribió por los años de 1598 un abultado volúmen, con el título de *Chronica Mexicana*, y D. Domingo de San Anton Muñon Chimalpain Quauhtehuanitzin, que escribió en su lengua nahuatl con el título de *Chronica Mexicana*, y en la nuestra la misma obra con el

título de *Historia Mexicana* por los años de 1626. Los dos mas famosos en la historia Theochichimeca son D. Domingo Muñoz Camargo, mestizo tlaxcalteca, que escribió con el título de *Chronica de Tlaxcallan* por los años de 1585, y D. Juan Ventura Zapata y Mendoza, cacique de Tlaxcallan, de la cabecera de Quiyahuiztlan, que escribió en su idioma nahuatl con el título de *Chronica de la muy noble y gran ciudad de Tlaxcallan* por los años de 1689.

En todo son muy escasas, oscuras y turbadas las noticias de su antigüedad; pero todos contestes dan á estas naciones un mismo orígen. Todos convienen en que una y otra salieron de la tierra de Aztlan, que interpretan *lugar de la Garza*, por cuya razon los llaman aztlanecas, ó aztlantlacas, que quiere decir *gente de Aztlan*. La situacion de este pais la asignan en la parte mas septentrional de esta América, mas adelante de la provincia de Sonora y Sinaloa. De allí salieron en busca de nuevas tierras que poblar siete cuadrillas, á que algunos llaman barrios, cuyos nombres nos dan contestes los dichos historiadores mejicanos y son estos: Yopica, Tlacochalco, Huitznahuac, Cihuatecpaneca, Chalmeca, Tlacatecpaneca é Itzcuintecatl. Dicen que cada barrio traia su Dios particular á quien adoraba y daba culto, y eran los siguientes. Quetzalcohuatl, Tlazolteotl, Macuilxochiquetzalli, Chichilticcenteotl, Piltzinteuhtli, Tezcatlipuca, y Mictlanteuhtli.

Todos los siete barrios venian sujetos y mandados por un gran capitan llamado Huitziton, cuyo valor, prudencia y conducta le ganaron la mas alta reputacion.

El año que estos siete barrios salieron de Aztlan, dicen haber sido señalado con el signo de un pedernal,

y Chimalpain asienta que fué el de 1064 de la Era Cristiana. Estaba ya la tierra muy poblada, y así á cada paso hallaban resistencia y oposicion, siendo preciso abrirse camino con la espada, pero el valor y conducta de su capitan Huitziton los sacó siempre victoriosos, y al cabo de algunos años de peregrinacion llegaron á establecerse en un terreno á que dan el nombre de Chicomoztoc, que quiere decir *siete cuevas*, cuya situacion parece haber sido hácia la costa del estrecho de California, y en él se mantuvieron, segun asientan algunos escritores, nueve años, y tardaron una edad, que son ciento y cuatro años, en el viaje desde Aztlan hasta Chicomoztoc; pero no declaran con individualidad todos los lugares por donde transitaron, ni las mansiones que hicieron hasta allí, como lo ejecutan en el viaje que siguieron desde Chicomoztoc hasta Chapoltepec, como voy á referir.

Mal contentos en la habitacion de Chicomoztoc, determinaron por dictámen de su caudillo continuar su derrota en busca de otro mejor pais en que poblarse, y emprendieron nuevamente su marcha, bajo de su conducta, atravesando las sierras y montañas que hoy habitan las bárbaras naciones chichimecas, hasta venir á entrar por Xalizco á la provincia de Guadalajara, de donde pasaron á la de Michoacan: se extendieron por esta, é hicieron en ella muchas poblaciones, especialmente hácia la costa, y dicen que por todo el camino y tierras que anduvieron fueron dejando poblaciones de su nacion en todos aquellos parages en que se detenian algunos años, sembrando y cultivando las semillas que traian para su provision, las cuales eran en mas número que las que cultivaron los toltecas.

El capitan Huitziton los condujo muchos años en estas sus largas y peligrosas peregrinaciones, en que tuvieron muchos reñidos encuentros con la variedad y multitud de naciones qne estaban ya apoderadas del dilatado terreno por donde vaguearon, las cuales, ó les disputaban el paso, ó les impedian hacer mansion y sementeras en sus territorios; y no teniendo ellos otro arbitrio para su subsistencia, les era preciso valerse de la violencia, abrirse paso, y proveerse de lo necesario á fuerza de armas, logrando siempre feliz suceso, bajo la conducta, valor y esfuerzo de su caudillo Huitziton, que velaba siempre infatigable en todo lo que conducia al mayor bien de su pueblo.

Murió este una noche repentinamente cargado de años, y aquí fué donde empezaron los embustes de los viejos y sacerdotes que con mas inmediacion trataban á Huitziton; porque, ó concebido ya el ambicioso deseo de quedarse con el mando del pueblo, ó para disminuirle á este el dolor que debia causarle tan gran pérdida, fingieron que aquella noche habia sido arrebatado y llevado á presencia del Dios Tezcatlipoca, que estaba sentado en figura de un dragon espantoso (por cuya causa le dieron tambien el nombre de Tetzauhteotl, que quiere decir *Dios espantoso*), y que este le mandó sentar á su mano siniestra y le dijo: „Bien „ venido seas, capitan esforzado, á este asiento que „ tienes bien merecido. Estoy agradecido á lo bien que „ me has servido y gobernado mi pueblo; tiempo es ya „ que descanses, y que por tus hazañas seas sublima- „ do al coro de los Dioses. Vuelve á tus hijos, llama- „ dos tlamacazques (esto es sacerdotes), y diles que no „ se aflijan de tu ausencia, pues aunque no te tengan

„ presente como hasta aquí, no dejarás por esto de mi-
„ rarlos, atenderlos y gobernarlos desde los nueve lu-
„ gares (esto es *desde los nueve cielos*, porque otros
„ tantos numeraban ellos), y fuera de esto haré que
„ consumidas tus carnes, les queden á tus hijos tu ca-
„ lavera y huesos, para que con ellos se consuelen y
„ aplaquen su dolor, y para que te consulten los cami-
„ nos que han de seguir, y todo lo conveniente á su
„ gobierno, y tú los dirijas, y á su tiempo les mani-
„ fiestes la tierra que les tengo destinada, en donde
„ tendrán un largo y próspero imperio.

Engañado con esto el pueblo, y mitigada su pena, comenzó á tributar á Huitziton honores divinos, dándole desde entónces el nombre de Huitzilopuhctli, compuesto de su nombre propio, y de la voz mapoche, que significa la *mano siniestra*, como quien dice *Huitziton sentado á la mano siniestra.* Colocaron sus huesos en una urna, y desde entónces comenzaron á mandar los ancianos, que fingian que todos los asuntos del gobierno los consultaban con la calavera y huesos de Huitziton, y él les respondia y dirigia para el acierto.

Este es el orígen de la famosa deidad Huitzilopuchtli, á quien tributaron tanto culto en los siglos posteriores todas las naciones que habitaron estas regiones, venerándole por Dios de la guerra, y á cuyo honor erigieron el famoso templo de Méjico que alcanzaron á ver los españoles.

Gemelli Carreri en su viaje de vuelta del mundo trae la copia de un mapa de estos naturales, que dice la hubo de D. Cárlos de Sigüenza, con quien trató y comunicó cuando pasó por Méjico el año de 1697, y sin duda se copió del que recogió el caballero Bo-

turini, y en su archivo he visto, que le tiene por original, y dice que representa las peregrinaciones de la nacion mejicana, desde la tierra de Aztlan hasta Chapoltepec; pero la concisa explicacion que he dicho trae Gemelli del orígen y establecimiento de estas naciones no puedo creer que la tomase de Sigüenza, cuya fama en órden á la instruccion en las antigüedades de los indios dura todavía en este reino, y no concuerda con los documentos de los indios de que se instruyó Sigüenza. No es de admirar que equivocase estas noticias, como equivocó las otras que le corrige Boturini, siendo extrangero, poco perito en la lengua española, y que estuvo en Méjico muy pocos dias.

De los cuatro autores que he nombrado y que con mayor difusion tratan la historia de esta nacion, ninguno trae el itinerario ó derrotero que siguieron en su viaje; y aunque en general dicen que atravesaron las montañas que hoy habitan los chichimecas bárbaros, y vinieron á salir á la provincia de Guadalajara, de donde pasaron á la de Michoacan, y de ella vinieron á las espaldas de Chapoltepec, no especifican los lugares por donde pasaron, ni las mansiones que hicieron. Solo tengo un anónimo muy sucinto, que en mi juicio se formó sobre el dicho mapa de Sigüenza, y por ventura es el mismo ó semejante al que sirvió al padre Torquemada para lo que escribió en los cuatro capítulos primeros del libro segundo, porque está muy conforme. Referiré el derrotero que trae, omitiendo las fábulas que mezcla, que pueden verse en dicho autor.

Dice, pues, que el capitan Huitziton, á quien llaman tambien Chalchiuhtlatonac, que es epíteto honorífico y le interpretan *piedra preciosa admirable*, les

hizo creer que un pájaro que posaba de ordinario sobre la copa de un árbol, y formaba un silvo que parece que decia *tihui*, que en lengua nahuatl quiere decir *vamos*, les mandaba que saliesen de aquel pais y buscasen mejores tierras en que establecerse.

Persuadiólos de suerte Huitziton, que se resolvieron á salir del pais de Aztlan; y acaudillados de este famoso capitan, emprendieron su viaje, en que gastaron ciento y cuatro años, hasta llegar al parage que llamaron Chicomoztoc, que quiere decir *siete cuevas*.

En esta primera derrota no individúan los lugares por donde pasaron, ni las mansiones que hicieron; solo dicen que allí se dividieron algunas familias que pasaron adelante, y los restantes se detuvieron en Chicomoztoc nueve años, molestados de tan largo viaje, y con poca gana de pasar adelante; pero alentados de Huitziton, volvieron á emprender su viaje, y llegaron á un lugar llamado Cohuatlicamac, que otros escriben Cohuacicamad, donde se detuvieron tres años; de allí pasaron á Matlahuacallan, donde se detuvieron seis años; de allí fueron á Apanco, y allí se detuvieron cinco; de ahí á Chimalco donde estuvieron seis; pasaron á Pipiolcomic, y se detuvieron tres años; de allí vinieron á Tollan, donde estuvieron seis años; de allí á Cohuactepec, donde estuvieron tres; pasaron á Atlitlalacayan, donde estuvieron dos, un año en Atotonilco, cinco en Tepexic, tres en Apasco, de donde se pasaron á Tzonpanco, y aquí se detuvieron siete años, porque el señor de este lugar llamado Tochpanecatl los recibió con mucho agrado y benevolencia.

Tenia este un hijo llamado Ilhuicatl, mozo de buen aspecto, que se aficionó de una doncella principal de la

gente Azteca llamada Tiacapapantzin, y quiso casarse con ella. Condescendió su padre, y los Aztecas se la dieron de muy buena voluntad, y se celebraron los desposorios con muchas fiestas y regocijos. De Tzompanco se pasaron á Tizayocan, donde estuvieron un año. Fuese con ellos Ilhuicatl, separándose de su padre, acaso porque la muger no quiso apartarse de los suyos; y estando en Tizayocan parió un hijo á quien pusieron por nombre Huitzilihuitl, que despues fué el primer rey de esta nacion, y descendieron de él todos los reyes de Méjico. De Tizayocan se pasaron á Ecatepec, donde se detuvieron un año; de allí se mudaron á Tolpetlac, donde estuvieron tres años; de aquí á Chimalpan, donde estuvieron cuatro años; despues á Cohuatitlan donde estuvieron dos; pasáronse á Huexachtitlan, donde se mantuvieron tres años; de aquí á Tecpayocan, donde estuvieron otros tres; pasaronse á las faldas del cerro de Tepeyacac, donde ahora está el cerro del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y estuvieron allí otros tres años: mudáronse de allí á Pantitlan, y á los dos años la dejaron tambien, y se pasaron á las faldas del cerro de Chapoltepec, donde se establecieron.

Este es el itinerario que trae este autor; pero á mí me parece que está diminuto, especialmente en las jornadas y mansiones que pone de Chicomoztoc á Tollan, en que solo se hallan treinta y dos años de mancion; y aunque en los viajes gastasen algunos, no pudo ser sin detenerse en otros lugares, porque la jornada mas larga que hacian era de veinte dias. Confirmo mi sospecha, porque de los otros historiadores se colige que se detuvieron bastantes años en la provincia de Mi-

chohuacan, donde hicieron muchas poblaciones, y hacen expresa mencion de la de Pazcuaro, como luego verémos, y el autor de este itinerario ninguna hace de esta poblacion. Fuera de esto aunque á los treinta y dos años que suman las mansiones que pone hasta llegar á Tollan se agreguen los cuarenta y nueve que peregrinaron desde Tollan hasta Chapoltepec por lugares inmediatos unos á otros, solo componen ochenta y un años, que juntos á los ciento y cuatro que gastaron desde Aztlan hasta Chicomoztoc, suman ciento ochenta y cinco, y faltan todavía cuarenta y nueve, para ajustar los doscientos treinta y cuatro que se computan desde el de 1064 en que dicen haber salido de Aztlan hasta el de 1298, en que dejamos sentado haber llegado á Chapoltepec.

Las fábulas que mezcla el autor, y refiere Torquemada, si no fueron invenciones de la vulgaridad en los tiempos posteriores de la mayor supersticion, como otras muchas, pudieron serlo entónces de los sacerdotes despues de la muerte de Huitziton, como inventaron la del rapto de este. Hácele distinto de Huitzilopuchtli, pero en su misma narrativa se descubre el error y la sencillez con que los otros autores manifiestan haber sido uno mismo, porque desde que empieza á referir las apariciones y locuciones del diablo en diversas figuras, no vuelve á hablar mas de Huitziton.

Lo que dice de la hechicera Quilaztli, lo refieren otros con mas extension de esta manera. Dicen que les acompañó en su peregrinacion una célebre muger, á quien dan el nombre de Malinalxochitl, y Alvarado dice que era hermana de Huitzilopuchtli, esto es, del capitan Huitziton, y es muy verosímil. Era heroina de

varonil aliento, que al lado de su hermano en todos los reencuentros, se señaló siempre su bizarría con singulares hechos: al valor acompañaba el talento, discrecion y conducta en el gobierno, en que no ayudaba ménos á su hermano que en los lances de la guerra. De esta dicen que habiendo muerto su hermano se dio á la magia y hechicería, con la que hacia cosas portentosas. Con solo mirar airada mataba á las gentes; sin ser sentida les comia las pantorrillas, los brazos, los labios, ú otro qualquier miembro en que fijaba la vista; trastornaba los montes, mudaba el curso de los rios, hacia venir en su socorro animales fieros y sabandijas ponzoñosas; y finalmente se transformaba en toda especie de animal, ó ave, segun queria y le convenia. Enojado por esto el Dios su hermano, hostigado de su mal genio y perversas artes con que causaba tantos daños, habló desde la urna á los viejos, y les mandó que la dejasen abandonada en un monte, y con ella á otros cuatro ancianos que la cargaban, cuyos nombres eran segun Alvarado Tetzotzomoc los siguientes: Quauhtlonquetzqui, Axoloa, Tlamacazqui y Ococaltzin, que obedeciendo el precepto de su Dios, los dejaron dormidos en un monte. Refieren los grandes lamentos y quejas de Malinalxochitl cuando despertó, quejándose del engaño é impiedad de su hermano, mas con toda su magia y hechicería, no pudo saber por donde se habian ido los que allí la dejaron, ni ménos seguirlos y alcanzarlos.

Hallándose en aquel desamparo consultó con sus viejos lo que haria, ó á donde iria á vivir; pues estando ya la tierra tan poblada, no discurria parage alguno donde establecerse. Por dictámen de sus viejos resolvió ir á un cerro peñascoso, llamado Texcaltepetl;

mas llegando á él le hallaron muy poblado y así les fué preciso valerse del rendimiento y la súplica para que les permitiesen los texcaltepecas, moradores de aquel cerro, establecerse en él. Otorgáronselo de buena gana, y á poco tiempo parió la Malinalxochitl un hijo que se llamó Cohuitl. Con esto da fin la historia de esta muger, y no se vuelve á hablar mas de ella.

Esta relacion fabulosa envuelve un suceso verdadero, porque de esta especie de fábulas alegóricas usaron mucho estas gentes, principalmente en los cantares. El suceso verdadero de esta es que conociendo Malinalxochitl el embuste del rapto de Huitziton, que finjieron los ancianos por quedarse con el mando, y llevando á mal que no se le diese parte en el gobierno, en que tanta habia tenido en tiempo de su hermano, comenzó á disgustarse, y á procurar atraer gente á su partido: esta era su magia y hechicería. Algunos de los ancianos mas sabios y prudentes la siguieron, y esto quieren significar con decir que les comia las pantorrillas, brazos y labios porque se hacia dueño de sus acciones y palabras; pero la multitud del pueblo, siempre propensa á dar acenso á lo mas portentoso y admirable, y preocupada del brillante suceso del rapto de su caudillo, seguia ciegamente á los otros sacerdotes, los cuales para deshacerse del embarazo y contrapeso que les causaba Malinalxochitl, fingieron que enojado Huitzilopuchtli por la alttivez y presuncion de su hermana, les mandó desde la urna que se separasen de ella y de sus partidarios: esto significa el decir que la dejasen abandonada en un monte, y con ella á los viejos que la cargaban; expresion con que dan á entender que eran sus secuaces, y así giraba tambien contra ellos el odio

de los sacerdotes, á cuya persuasion ejecutó el pueblo sus órdenes, separándose de ellos, ó acaso ella con los de su partido se separó voluntariamente del resto de la nacion, y se retiró al cerro de Texcaltepec, que ya estaba poblado, y fueron bien recibidos de los moradores, que les dieron terreno en que establecerse, y poco tiempo despues, quizá por obviar algunas disenciones, les compraron la tierra á los texcaltepecas, que eso quiere decir el haber parido Malinalxochitl un hijo llamado Cohuitl, que significa el *comprador*, porque este pueblo, ó cuadrilla de gentes que siguió á Malinalxochitl, la veneró como á madre.

CAPITULO XIII.

Contin úan las noticias de la v nida de los mejicanos y theochichimecas, hasta su llegada á estas tierras de Nueva España, y sus primeros establecimientos; y se da noticia del juego de la p lota. Eleccion del primer rey de los Mexicas. Muerte del emperador Tlotzin.

Aunque el principal caudillo de los mejicanos era Huitziton, venian tambien con él otros personages respetables; unos dicen que eran tres, otros que cuatro, y Chimalpain dice que siete. Todos concuerdan en el nombre del uno, á quien llaman Ocelopan, pero algunos creen que este era el mismo Huitziton, y estos son los que dicen que le acompañaban otros tres señores, á quienes dan los nombres de Itzcahui, Yopiatzone y Cuexpalatl.

D. Cárlos de Sigüenza parece que sigue la opinion

de que Huitziton y Ocelopan eran uno mismo; no lo dice expresamente, pero asienta que Malinalxochitl era hermana de Ocelopan. Yo me persuado á que es distinto, y que Ocelopan y los otros tres sus compañeros fueron los cuatro Tlamacazquis que fingieron el embuste del rapto de Huitziton. Chimalpain en su historia mejicana dice que fueron hasta siete los gefes que los condujeron desde Chicomoztoc, incluyendo en ellos al capitan ó gobernador Tenunctzin, que fué el que vino con ellos hasta estas tierras, y de quien hablaré en su lugar, el otro dice que se llamó Chalchiuhtlatonac, y el otro Mexitzin, de quien tomaron la denominacion de mexicas. De los demas, ni él dice los nombres, ni yo los he hallado en otro de sus historiadores. Otros dicen que este Mexitzin se quedó en Michoacan con un trozo de estas gentes, que se estableció allí y que de ellos fueron los que vinieron despues en el reinado de Techotlalatzin, como se dirá á su tiempo.

Los que escriben la historia de los theochichimecas no mencionan á Huitziton, sino á otro llamado Camaxtle, que dicen fué su caudillo, á quien despues de muerto adoraron por Dios, guardando sus huesos en una urna. Pero Muñoz Camargo que escribe con mas discrecion, dice que Camaxtle es el mismo que Huitzilopuhctli, que este nombre le dieron los mejicanos, y Camaxtle los tlaxcaltecas, y que cuando se separaron dividieron tambien sus huesos. A este Camaxtle dicen unos que acompañaba otro personage llamado Mixcohuatl, otros dicen que este era el mismo Camaxtle, y otros creen que era aquel señor á quien los mejicanos llaman Ocelopan.

Despues de la dilatada y peligrosa peregrinacion

por sierras y montañas, dicen que vinieron á la provincia de Michohuacan, en donde hallaron ya muchas poblaciones, que sin duda serian las que se habian propagado de las que dejaron los toltecas, cuando vinieron á establecerse á la tierra de Anáhuac; pero sin embargo en unas partes admitiéndolos de paz los moradores, y en otras valiéndose de la fuerza de las armas, se establecieron y extendieron sus poblaciones en toda la provincia.

No dan noticia de las que fueron estas, ni sus nombres, sino solamente de la ciudad de Pazcuaro, que fué despues la corte del gran reino de Michohuacan, y subsiste en nuestros dias con bastante vecindario; porque algunos de los historiadores de la nacion mejicana afirman que de ella fué de donde salió la cuadrilla de esta nacion que vino por estos tiempos á la Nueva España. La causa que tuvieron para emprender esta jornada fué segun estos autores la disension y discordia que se suscitó entre los vecinos de esta ciudad, originada de un ligero motivo.

Dicen que un dia se echaron á bañar en el rio muchos hombres y mugeres juntos, y miéntras se divertian y holgaban dentro del agua, jugando y retozando unos con otros, algunos sacerdotes y señores principales (de los que dejo dichos, en cuyo número y nombres varian) que desde la orilla los miraban, pareciéndoles mal aquella diversion, les hicieron quitar todas las ropas, que en ella habian dejado, obligándoles con esto á salir desnudos, y retirarse de esta suerte avergonzados á sus casas; de esto se originó la queja entre los nadadores y los dichos señores, á quienes se agregaron otros, y dividida en bandos la ciudad, crecian cada dia los distur-

bios, porque determinaron los dichos señores abandonar la ciudad, y salir con los de su partido en demanda de otras tierras en que poblarse; para lo cual fingieron que su Dios Huitzilopuchtli, desde la urna en que estaban sus huesos, que tenian consigo en aquella ciudad, se los habia mandado. Engañados de esta suerte sus partidarios emprendieron su marcha, guiados y gobernados de los dichos sacerdotes, que para todas sus determinaciones fingian que consultaban á su Dios á quien llevaron en la urna. No dicen el año de su salida, ni el tiempo que tardaron en su viaje, ni es fácil averiguarlo.

Los escritores theochichimecas cuentan de otro modo el suceso. Dicen que viniendo todos juntos, se adelantaron algunas cuadrillas, y llegando á un estrecho ó brazo de mar, que algunos asientan fué el rio de Toluca, que desemboca en la mar del Sur, por la parte occidental, respecto de la Nueva España, se determinaron á pasarle, formando balzas de troncos de árboles, y no teniendo con que amarrarlos, se quitáron los maxtlis, que eran unas bandas de mas de cuatro brazas de largo, y palmo y medio de ancho, de tela de algodon, con que se cubrian lo mas inhonesto, como una especie de braguero, y esta era la única ropa que usaban. Afianzaron con ellas los maderos, y formaron balzas en que pasaron de la otra banda del rio con sus mugeres ó hijos. Con esta maniobra se les rompieron y perdieron los maxtlis, y hallándose enteramente desnudos, pidieron á sus mugeres las camisetas que usaban, que eran cortas, de suerte que no pasaban de los muslos, sin mangas, y con una abertura en la parte superior para sacar la cabeza, y dos á los lados para sacar los

brazos: hoy se llama esta pieza de ropa coton, y le usa mucho toda la gente pobre. Con esto se cubrieron los hombres desde el cuello á los muslos, y las mugeres quedaron con solas las enaguas, y descubiertas de medio cuerpo arriba. Como los hombres no tenian cosa alguna que les sujetase de la cintura abajo, descubrian las partes genitales, que al andar les azotaban los muslos, y las mugeres con la falta de las camisetas ó cotones llevaban descubiertos los pechos.

Las otras cuadrillas que quedaron atras, y dicen haber sido las de los mejicanos, teochimecas y otros pasaron tambien el estrecho en balsas; pero se dieron maña para afianzarlas sin despojarse de sus ropas. Habiendo llegado á alcanzar á los primeros, y viendo aquella desnudez é inhonestidad, se hostigaron de ella, y este fué el motivo de separarse, quedándose en las tierras de Michoacan los primeros á quienes dieron el nombre de tarascos, por el sonido que les hacian las partes genitales en los muslos al andar, y los otros pasaron adelante hasta estas tierras del imperio tezcucano.

No es de omitir la noticia que nos dan en este lugar del orígen y principio del juego de la pelota, cuya invencion atribuyen á su Dios Huitzilopuchtli en esta jornada. Siguieron en ella como hemos visto el mismo método que los toltecas, esto es, caminaban algunos dias seguidos, y en llegando á parage cómodo que les agradase, hacian alto y se mantenian en él algun tiempo. En unos la mansion seria solamente de dias ó de meses para descansar; en otros era de años, en que cultivaban la tierra y hacian sus sementeras para proveerse de bastimentos con que poder seguir su caminata. En estas largas mansiones dicen que lo primero

que hacian era fabricar cue, que quiere decir *templo*, en que colocar la urna de su Dios, y darle culto y adoracion.

En una de estas, pues, aunque no se dice en qué parage, habiendo fabricado el templo colocaron en él la urna, y al pie de ella pusieron una gran basija de jícara, que es la corteza del fruto de un árbol silvestre de este nombre, de la que fabrican basijas de todos tamaños para beber agua y chocolate, lavarse las manos, y otros usos, porque las hay muy grandes, y las pintan de varios colores, y sobre ellos un barniz muy lustroso y permanente. La dicha jícara que pusieron al pie de la urna, era para recoger en ella las ofrendas y oblaciones que hiciesen á su Dios de todos sus frutos, de las que se aprovechaban los sacerdotes. Hecho esto oyeron la voz de su Dios que les habló, mandándoles que colocasen á sus lados en aquel templo los bultos de otros dioses aunque no están acordes los escritores en asignar el número de ellos, ni sus nombres; pero de la confrontacion de unos con otros infiero que fueron todos ó los mas de los que dejo nombrados en el capítulo anterior.

Colocados los dioses á los lados de Huitzilopuchtli les mandó este que para festejarle y divertirse formasen delante del templo el juego de la pelota, dándoles la idea y forma para ejecutarlo, que dicen haber sido la misma que observaron en los tiempos sucesivos. Mandóles picar unos árboles que habia allí inmediatos, y que de la goma que destilasen formasen las pelotas. A esta goma dan el nombre de ulli ú olli; pero en realidad esta voz lo que significa es *bola* ó pelota redonda, derivada ó del verbo ollinia, que significa *mo-*

verse al rededor, ó del verbo ollala, que significa *redondear*, y así la goma tomó el nombre de la figura de la pelota.

La dicha goma es muy espesa, y apénas sale del árbol se cuaja, por lo que es necesario servirse de ella con mucha prontitud, ya sea para formar las pelotas, ó para otros usos á que en nuestros tiempos la aplican, como son untarla y extenderla sobre ropas de seda, lino ó algodon, que quedan como enceradas, y no les penetra el agua, y tambien la extienden sobre zapatos y botines. Las pelotas que se hacen de ella quedan sólidas, duras y pesadas, pero es tanta su elasticidad, que con solo dejarlas caer en el suelo levantan un gran bote, y rechazan con igual violencia; y así para este juego son muy buenas, pero por su dureza no se pueden manejar sin forro y alguna lana ó borra, que al mismo tiempo que perfeccione la figura de la pelota, embote algo su violencia.

Las que hacian los indios en su antigüedad eran solo de olli, y muy grandes, porque las menores tenian un palmo de diámetro; mas no jugaban con las manos, sino con las sentaderas, de suerte que el que hacia el saque dejaba caer la pelota, y al bote que levantaba volvia el cuerpo, y con las nalgas la despedia: del mismo modo la recibian en el rechazo, y la volvian á despedir, y de esta manera la mantenian mucho tiempo en el aire sin dejarla caer al suelo, porque perdia el que la dejaba caer. Enmedio del juego habia un agujero ú hoyo con agua, y el que la dejaba caer allí perdia toda la ropa que llevaba, y habia de sufrir que todos le llenasen de injurias, oprobios y dicterios los mas

horrendos, entre los cuales era el mayor y mas comun el llamarle huey tetlaxinqui, que quiere decir *gran adúltero*, y decian que habia de morir á manos del marido ofendido, ó en la guerra á manos de sus enemigos, y otros semejantes desatinos. En los tiempos sucesivos usaron mucho este juego de pelota, y era una de las diversiones mas frecuentes de los reyes y señores mas principales.

Asientan, pues, los historiadores que en esta ocasion y viaje tuvo su orígen este juego, y toda la idea y método de ejecutarlo se los dió su Dios Huitzipuchtli. Pudo ser Huitziton el que halló esta goma, y advirtiendo su propiedad elástica, que ella misma le indujese á inventar este juego, y acaso por esto le jugaban despues en memoria suya delante de los templos en que colocaban la urna de sus huesos: si no es que lo inventase despues de su muerte alguno de los sacerdotes, y para hacer mas plausible su invento, les fingió é hizo creer la revelacion.

Continuaron su viaje hasta las tierras de Nueva España, donde llegaron segun la opinion mas probable el año de 1298 como dejo ya dicho. Luego que llegaron dicen que se dividieron los mejicanos de los teochichimecas, y estos entre sí, porque habiéndose presentado al emperador pidiendo tierras en que poblarse, este les señaló los llanos de Poyauhtlan cerca de Tezcoco, al lado y faldas de su sierra; y pareciéndoles muy corto el terreno, y rodeado de poblaciones, determinaron pasar adelante, y dejando un buen número de ellos que se poblase allí, tomaron los otros el camino por las faldas del volcan á la banda del Sur, y vinieron á salir al valle de Atlixco, y se fueron exten-

diendo por este territorio hasta Tlaxcallan, fundando muchas poblaciones.

La nacion mejicana dicen sus historiadores que se estableció toda en las faldas del cerro de Chapoltepec, situado una legua corta al Poniente del sitio en que despues fundaron la ciudad de Méjico.

No hallo escritor alguno que diga que para avecindarse allí precediese el presentarse al emperador, como se dice de las demas naciones que vinieron, para que se les señalase terreno en que poblarse, ó diese su venia para establecerse en Chapoltepec. Pero parece inverosímil que dejasen de hacerlo, y mucho mas que un tan poderoso emperador, y tantos reyes y señores respetables lo hubiesen tolerado y disimulado, sin hacerles oposicion alguna, mayormente siendo el terreno perteneciente al rey de Azcapozalco, y á poca distancia de su corte, donde era mayor la poblacion y el concurso, y mucho mas diciéndonos que poco tiempo despues de haberse establecido en Chapoltepec, emulando á las demas naciones que estaban aquí pobladas, determinaron elegir un rey que los gobernase.

Oponianse á ello los viejos sacerdotes por no dejar el mando, fingiendo locuciones de su Dios, que se enojaba y les amenazaba porque pensaban elegir quien los gobernase, declarándoles que él solo queria gobernarlos por medio de sus sacerdotes á quienes hablaria desde la urna para dirigirlos en sus determinaciones. Mas no les valió la industria; porque el pueblo encaprichado en su idea, hizo poco caso de las amenazas de su Dios, y á pesar de los viejos eligieron rey.

Este fué un señor principal llamado Huitzilihuitl, hombre de mucho seso y cordura, y adornado de todas

las prendas apreciables de un príncipe. Era hijo de Ilhuicatl, y nieto de Toxpanecatl, señor de Tzonpanco, de quien hemos dicho en el capítulo pasado que nació en Tizayocan durante la mansion de los mejicanos en este pueblo, del matrimonio de Ilhuicatl con Tiacapantzin, señora mejicana, segun allí referimos; y si hemos de estar al itinerario del anónimo mejicano, no podia llegar á los treinta años de edad; pero en esto me persuado á que padecen equívoco algunos escritores nuestros y naturales modernos, que dicen era hombre anciano y respetable; y ya infiero la causa del error, y es que en el progreso de la historia, cuando se ofrece nombrar á este rey, le llaman Huitzilihuitl el viejo, para distinguirle de su nieto que tuvo el mismo nombre, y fué tambien rey de esta nacion, el segundo despues de fundada su ciudad de Méjico.

Hizo esta eleccion la aclamacion comun del partido opuesto á los sacerdotes, y apénas sonó en público, se aumentó considerablemente el número de partidarios, viendo que recaia en sugeto tan digno por su calidad y prendas personales; y así los sacerdotes hubieron de ceder á la mayor fuerza, y darle tambien obediencia, á pesar de las órdenes de su Dios Huitzilopuchtli, quien durante el gobierno de Huitzilihuitl no se atrevió á pretender el mando de la nacion. Estando en este estado las cosas, acometió al emperador Tlotzin un accidente de vehementes dolores de cabeza y cuerpo; y sin embargo de que le acudieron luego con todos aquellos remedios que les ministraba su arte médica, no solo no lograba alivio alguno, sino que cada dia le afligian mas los dolores, y con ellos se aumenta-

ba el decaimiento y falta de fuerzas, y sobre todo una suma tristeza y melancolía. Procuraban divertirle con juegos, bailes y otros entretenimientos de que solia gustar, y mas que todo con llevarle frecuentemente á sus bosques de caza, que habia sido para él la mayor diversion; mas no habia cosa que le alegrase ni divirtiese, ni medicina que alcanzase á aliviar sus dolores.

Corrian ya cuatro meses de enfermedad, y se hallaba el monarca tan postrado, que ya no podia moverse de la cama: rodeábanle continuamente en ella la emperatriz su esposa, los príncipes sus hijos y todos los mayores señores del imperio. Un dia pues, mas aquejado de sus males, y sepultado en una profunda melancolía y tristeza, sintiéndose ya muy cercano á su fin, prorrumpió en un gran suspiro. Uno de aquellos señores procurando consolarle le dijo de esta suerte: „Muy poderoso señor ¿qué es lo que te aflige, y te da tanta pena? ¿No eres señor de todo este mundo? ¿No te alegra el ver á tu cabecera á la emperatriz tu esposa y señora nuestra, y á los príncipes tus hijos? ¿No ves á tantos reyes y príncipes, que siendo grandes señores en sus estados, son en tu presencia humildes vasallos? ¿Pues qué te aflige señor? Alégrate y divierte tus males." A lo que el sabio monarca respondió: „¿De qué me sirve ser el mayor señor del mundo, y tener tanto poder como acabas de decir, si todo él no alcanza á aliviar una pequeña parte de estos dolores que me acaban la vida? Esta es dádiva del Dios criador, que me la ha conservado hasta ahora, y no sé cuando me la quitará; y pues nada de cuanto has dicho es capaz de dilatármela, ni un dia siquiera, quitaos allá todos, y dejadme morir en mi tristeza." Y

acabando de pronunciar estas palabras espiró, á los treinta y cinco años de reinado, á los fines del año de un conejo, que corresponde al de 1298, en su corte de Tenayocan.

Fué muy sentida la muerte de este príncipe, porque habiendo conocido por experiencia los vasallos la grande utilidad que les resultaba de la agricultura y demas artes que con tanto teson procuró establecer, lloraban en su muerte la pérdida de un verdadero y amoroso padre, que no tuvo otro objeto en todas las sabias máximas de su gobierno, que el mayor bien y felicidad de sus súbditos. No solo era accesible su trono á todos los vasallos, sin exceptuar el mas miserable, para oir sus quejas y escuchar sus peticiones, sino que él mismo personalmente salia á visitar los pueblos, y á convidar con su benévola y afable presencia para que todos acudiesen á pedirle; porque en darles, consolarles y remediar sus necesidades tenia su mayor contento y satisfaccion. No hubo en su reinado otra accion militar que la rebelion del capitan Ocotox que dejamos referida; pero no por eso dejó el sabio monarca de mantener un buen pie de ejército, ni se descuidaba en que se ejercitase continuamente, haciendo con frecuencia ciertos alardes y aparentes reencuentros entre ellos mismos, y premiando á los mas que se señalaban en ellos, como si efectivamente hubiesen hecho mérito en guerra viva.

Aunque el rey Quinantzin asistia de continuo al lado de su padre, especialmente en estos últimos años de su enfermedad, iba algunos dias á su corte de Tezcoco, para dar sus providencias en aquellas cosas de gobierno que ocurrian, y el dia del fallecimiento del emperador se hallaba ausente de Tenayocan en su corte. Fueron

luego á darle aviso, y él vino prontamente á hallarse á las exequias. Celebráronse estas con la mayor solemnidad, y con las mismas ceremonias que las de sus antepasados, dándole sepultura en la propia cueva en que asistian su padre y abuelo, con asistencia de todos los príncipes y grandes señores del imperio.

El padre Torquemada dice que quemaron el cuerpo y pusieron las cenizas en una caja de esmeralda, que algunos dicen tenia una vara en cuadro, y la cubrieron con una plancha gruesa de oro, guarnecida de muchas piedras preciosas; pero en esto hay error, ó engaño en quien le dió la noticia, porque en estos tiempos no acostumbraban quemar los cadáveres, sino enterrarlos; y así lo asientan contestes los autores indios de mejor nota; y aunque un anónimo de los que tengo refiere esta fábula de la caja de esmeralda, atribuyéndola no á este emperador, sino á su sucesor Quinantzin, no tiene autoridad. Tambien Boturini trae esta especie, atribuyéndola á el emperador Tecotlalatzin como diré en su lugar.

CAPITULO XIV.

Sucede en el imperio el rey Quinantzin, que traslada la corte a Tezcoco, dejando por gobernador de Tenayocan á su tio Tenancacaltzin, que se le rebela y se hace jurar emperador. Guerra de los culhuas con los xochilmicas, y hecho notable de los mexicas. Guerra de estos, auxiliados secretamente por Aculhua segundo de Azcaputzalco contra Tenancacaltzin, á quien vencen, y se declara Aculhua emperador.

Luego que se concluyeron las exequias del difunto emperador, fué solemnemente coronado su primogénito el rey Quinantzin Tlaltecatzin, con las mismas ceremonias que su padre, y con universal aclamacion y aplauso. Agradado de la hermosura de su ciudad de Tezcoco, muy ventajosa á la de Tenayocan, determinó trasladar á ella su corte, dejando por gobernador de Tenayocan á su tio Tenancacaltzin, hermano bastardo de su padre. No deseaba este otra cosa para poner en ejecucion los depravados ambiciosos intentos, que habia concebido de invadir al imperio; y así apénas partió para Tezcoco el emperador, comenzó á levantar gente, y á avivar sus negociaciones para atraer á su partido á los principales señores del imperio.

Consiguiólo en breves dias, entrando en la liga muchos de los reyes y señores, y entre ellos el rey Aculhua segundo de Azcapuzalco, que aunque miraba con aficion la corona imperial, hubo de ceder por entónces, con la esperanza de quitársela despues al usur-

pador, y poniendo este en ejecucion su proyecto, se hizo proclamar emperador, y se coronó solemnemente en Tenayocan el año siguiente de 1299, señalado con el signo de dos cañas.

Un suceso tan impensado sorprendió á Quinantzin, que en un momento quedó despojado de la corona imperial, sin arbitrio para recobrarla, habiéndosele rebelado la mayor parte de los príncipes que pudieran ayudarle en la empresa, sin quedar á su devocion mas que los tres reyes de Culhuacan, Xaltocan y Cohuatlican, y el señor de Huexotla, cuyas fuerzas y poder eran muy inferiores al de los otros reyes enemigos, y al considerable número de vasallos del imperio que tomaron luego las armas en favor de Tenancacaltzin, con el fútil pretexto de queja de haber abandonado Quinantzin la antigua corte de Tenayocan para trasladarla á Tezcoco.

A este principal golpe se le añadió al mismo tiempo otro muy sensible, porque el señor de Cohuatepec, llamado Yohualtzintzin, se apoderó con engaño y traicion de la ciudad de Tlazalan, de la que el difunto emperador habia hecho merced á su hijo natural Tlacateotzin, echándole de ella, y declarandose rebelde á su señor Quinantzin, levantó tropas para invadir por aquel lado las tierras del imperio.

Enmedio de tormenta tan deshecha mostró Quinantzin la grandeza de su ánimo, no solo llevando con tolerancia tan grandes golpes, sino conformándose con la situacion de las cosas, sin querer empeñar ni á los reyes sus aliados, ni á sus fieles vasallos en una guerra tan desigual; y así solo les pidió á los primeros que le ayudasen á defender su reino de Tezcoco; y levantan-

do las tropas que pudo de los segundos, procuró fortificarse en su reino, para guardar prudentemente lo que le habia quedado, sin exponerse á perderlo todo, si intentaba recobrar lo perdido.

Enmedio de todas estas turbaciones se mantuvieron quietos los aztecas mexicas en sus tierras de Chapoltepec, sin que nadie les incomodara. Pero viendo la situacion de las cosas, le pareció á su rey Huitzilihuitl que era conveniente y necesario contraer alguna alianza con una de las potencias mas poderosas, que pudiese ampararles y protegerles en cualquiera fortuna. Ninguna le era mas conveniente que la del rey Aculhua segundo de Azcapuzalco, así por la mayor vecindad, como por lo pujante que estaba la nacion tecpaneca; y así para conseguirla, determinó tratar casamiento con una hija del infante Acamapichtli, hermano del rey de quien dejamos dicho al capítulo VII que por disposicion de su abuelo Xolotl casó con Ilancueitl, hija del rey Achitometl de Culhuacan, de cuyo matrimonio tuvo entre otros á la princesa Atotoztli, y esta era con quien pretendia casarse el rey Huitzilihuitl; pero temia la repulsa y el desaire, por ser estos señores los primeros príncipes del imperio. Con todo se resolvió á enviar á pedirla al rey de Azcapuzalco, nombrando para ello á algunos de los sacerdotes y señores principales de conocida prudencia, talento y elocuencia.

Desempeñaron estos muy bien su comision, porque habiendo pasado á Azcapuzalco, y presentádose al rey con las demostraciones mas atentas y reverentes, le expusieron la pretension de su señor con expresiones elocuentes y obsequiosas, exaltando la grandeza, poder y nobleza del rey con cuya alianza y á cuya som-

bra pretendian vivir felices, y lograr los mayores aumentos. Oyó benigno el monarca la pretension, y condescendió en ella gustoso. Mandó llamar á su hermano el infante Acamapichtli, padre de la señora, y le hizo saber la pretension del rey Huitzilihuitl y su anuencia á ella. Aceptóla igualmente gustoso el infante, y se entregó la novia á los embajadores, segun lo tenian de costumbre, para que la condujesen á su ciudad. Volvieron gustosos á presencia de su rey, quien recibió á la esposa con todas las demostraciones de afecto y obsequio que eran debidas, y luego se efectuó el desposorio con toda solemnidad, y con universal aplauso y regocijo de toda la nacion. De este matrimonio nació el segundo Acamapichtli, que fué el primer rey de la ciudad de Méjico, á quien confunden los escritores con su abuelo el infante de Azcapuzalco, como irémos viendo.

Por este mismo tiempo, aunque no señalan el año, murió el rey Calquiyauhtzin de Culhuacan, y sucedió en el reino Coxcox, hijo primogénito de Acolmiztli rey de Cohuatlican, y su heredero en el reino, que habia casado con Xiloxochitzin, hija única de Calquiyauhtzin, y apénas entró en la posesion del reino, comenzaron á suscitarse muchas inquietudes con motivo de los nuevos pobladores xochilmicas, cuya vecindad repugnaron desde el principio los culhuas, y se aumentó su ojeriza viendo que se iban extendiendo por la ribera de la laguna que hoy llaman de Chalco á la banda opuesta de Culhuacan, queriendo señorearla toda, cuya posesion tenian los culhuas de tiempo muy antiguo. De aquí nació el que los mas dias hubiese encuentros particulares de unos con otros, sobre el paso

y pezca de la laguna, en que habia por lo regular desgracias de heridas y muertes. No les era tan molesta la vecindad de los mexicas en Chapoltepec, así porque estaban mas retirados que los xochimilcas tambien á la banda opuesta de la laguna, como porque no habian avanzado tanto terreno, y estaban mas apartados de la ribera, en parage donde tenian algunas ciénegas y lagunetas que les proveian de ranas y mariscos, y así no transitaban la laguna, ni se aprovechaban de su pesca. Fué creciendo la enemistad, y encendiéndose mas el fuego entre los culhuas y xochimilcas, hasta llegar el caso de venir estos con ejército formado sobre las costas de Culhuacan. Recibiéronlos los culhuas con valor, y en las mismas costas se trabó la escaramusa, que duró algunos dias, al cabo de los cuales hubieron de retirarse los xochimilcas con bastante pérdida, amenazando á los culhuas de volver sobre ellos con mayor poder. No fué ménos el estrago que sufrieron los culhuas, y no dudaban que sus enemigos cumplirian sus amenazas.

Viéndose el rey Coxcox en esta situacion, le parecia que si pudiese juntar un ejército con que dar prontamente sobre los enemigos en sus propias tierras, lograria vengarse de su atrevimiento, y dejarles escarmentados; mas no teniendo en el dia proporcion, pensó valerse de los nuevos vecinos de Chapoltepec. Envió sus mensajeros á su rey Huitzilihuitl, pidiendo socorro para ir contra sus enemigos á vengar el agravio que le habian hecho. Concediólo luego Huitzilihuitl; pero dijo á los mensajeros que no podia ser tan prontamente, porque sus vasallos no tenian suficiente provision de armas, y así era preciso, ó que se las die-

sen, ó les diesen tiempo para fabricarlas. No las tenia tampoco Coxcox, ni le era conveniente demorarse en la ejecucion de su proyecto, por no dar tiempo al enemigo de que se rehiciese; y así envió á decir á Huitzilihuitl la imposibilidad en que se hallaba para lo primero, y los inconvenientes en lo segundo; por lo que le parecia acertado que vinieran los aztecas prontamente, armándose lo mejor que pudiesen, que la falta que hubiese de armas la supliria su valor.

En este estrecho arbitró prontamente el rey Huitzilihuitl que de la abundancia de carrizos que tenian en sus ciénegas, majándolas y tejiéndolas, formasen las rodelas, y llevasen unos palos largos y de competente grueso con que pelear en lugar de flechas ó macanas, y que cada uno llevase un cuchillo en la cinta de los que les servian para sus usos domésticos y que fabricaban de pedernales.

Algunos autores dicen que el consejo de armarse de esta suerte se los dió su Dios Huitzilopuchtli, asegurándoles del vencimiento; pudo ser inventiva de los sacerdotes.

Armados prontamente de este modo los aztecas, marcharon luego á unirse con los culhuas, mandados por su rey Huitzilihuitl. Recibiólos con mucho agrado el rey Coxcox, y sin detenerse repasaron unos y otros la laguna, y fueron á desembarcar en la costa occidental de ella, algo retirados de las tierras de los xochimilcas. Luego que desembarcaron, hizo uu razonamiento á todos el rey Coxcox, exhortándolos á pelear valerosamente, y ofreciendo premios á los que matasen ó prendiesen mayor número de enemigos. Determinó acometer por tierra y agua, de suerte que unos se em-

barcasen en las canoas en que habian venido y acometiesen por la laguna, y otros por la parte de tierra; pero mandó que fuesen separados los mejicanos de los culhuas, llevando aquellos la vanguardia, y que marchasen delante con bastante distancia de los otros.

Concibió el rey Huitzilihuitl, y con harto fundamento, que el fin era entregar al sacrificio á sus vasallos, para que cebados en ellos los enemigos, pudiesen los culhuas viniendo de refresco, y cogiéndolos cansados, vencer con mas facilidad, y llevarse la gloria de la accion. Mas con todo calló y marchó prontamente con su tropa, unos por agua, y otros por tierra. Luego que los tuvo harto distantes de los culhuas, les mandó que no matasen ni cautivasen á ningun enemigo, sino que á los que venciesen los desarmasen, y con el cuchillo que llevaban en la cinta les cortasen la oreja derecha, y las fuesen guardando en unas espuertas de palma (que en su idioma llaman tenatli, y corrupta la voz por los españoles las llaman tanates ó tenates) en las que en lugar de mochila llevaban su provision, que en su lengua llaman itacatl.

No estaban descuidados los xochimilcas, y así luego que vieron irse acercando aquella gente les salieron al encuentro por tierra y agua; mas los mexicas les embistieron con tanta furia con sus palos, que los arrollaron, y despavoridos volvieron la espalda, y huyeron para la ciudad. Los mexicas siguiendo la órden de su rey, comenzaron á cortar orejas á los vencidos, y desarmándolos los dejaban ir libres, y ellos corrian adelante en alcance de los que huian. Así entraron á la ciudad, haciendo tal desmocha, que los xochimilcas, aterrorizados de su valor, y asombrados de aquel ex-

traño modo de pelear, comenzaban á desamparar la ciudad, y huian á los montes. A esta sazon llegaron los culhuas, que embistiendo furiosos á los que encontraban ya desarmados, y avergonzados con la falta de la oreja, hicieron muchísimos prisioneros, y se apoderaron de la ciudad. Viéndose en tal conflicto los xochimilcas, se rindieron y pidieron la paz, ofreciendo no inquietar á los culhuas, ni perjudicarles, propasando de sus límites en la pesca de la laguna, que fué el orígen de esta guerra. Contentóse Coxcox con esta promesa, y mandó retirar la gente, y salir de la ciudad.

Vinieron los culhuas á presentarse á su rey, con el gran número de prisioneros que cada uno habia hecho para recibir los premios prometidos, burlándose de los aztecas que no traian prisionero alguno. Callaban estos por órden de su rey, hasta que estando todos juntos culhuas y aztecas, habló el rey Huitzilihuitl al de Culhuacan de esta suerte: « Bien conocí que el haber « mandado que fuesemos delante á embestir primero á « los xochimilcas, fué para que descargando en noso- « tros su mayor furia, tuvieran ménos que hacer tus « culhuas, y á ménos costa se apropiaran el logro de « la victoria. Así ha sucedido, y ahí los tienes jactán- « dose de su valor por los muchos prisioneros que hi- « cieron; pero mándales reconocer, y hallarás que á « todos les falta la oreja derecha, porque ántes que lle- « gasen tus culhuas ya los habian vencido y desarmado « mis vasallos, cortándoles las orejas que traen en sus « tanatlis.» Y mandando entónces á los aztecas que las manifestasen fué cada uno vaciando de su tanatli las que traia, que contadas aventajaron con mucho exce-

so al número de prisioneros que traian los culhuas, y reconocidos estos todos tenian cortada la oreja derecha. Continuó entónces el rey Huitzilihuitl diciendo: „ Ya „ ves que es incomparablemente mayor el número de „ los que vencieron mis aztecas, que los que apresaron „ tus culhuas; los que les quitaron las armas y las ore- „ jas pudieron muy bien haberles muerto ó apresado; „ mas yo les mandé que les dejasen vivos, para que se „ aprovechasen de ellos tus vasallos, y lograsen los „ premios que ofreciste."

Confuso quedó Coxcox y todos los culhuas á vista de esta accion, admirando el valor y ardid de los mexicas. Procuró satisfacerles, acariciarles y regalarles por mantener su amistad para lo que se le pudiese ofrecer, y mas que todo temeroso de tenerlos por enemigos. Aquí es donde comenzaron los aztecas mexicas á dar á conocer su bélico aliento y espíritu marcial, y á hacerse respetables de todos sus vecinos.

El rey Aculhua segundo de Azcapuzalco, que como queda dicho habia concebido el intento de quitarle la corona imperial al usurpador Tenancacaltzin, habiendo tenido noticia de todo lo acaecido en la guerra de los xochimilcas, pensó que era esta favorable coyuntura para conseguir su intento, valiéndose del esfuerzo y valor de los mexicas, con quienes habia contraido la alianza que he dicho por el casamiento de su rey Huitzilihuitl con su sobrina la hija de Acamapichtli, el cual por este motivo estaba adicto al de Azcapuzalco, y dedicado á complacerle. Propúsoles, pues, su intento de despojar de la corona imperial á Tenancacaltzin; pero que esto habia de ejecutarse sin dar á entender que era por órden suya, ni que él coadyuva-

ba al intento; y les ofreció dar secretamente toda la provision necesaria de armas, y alguna tropa, que mezclada con ellos y disfrazados aumentasen su número. Convinieron en ello los mejicanos, y se previnieron para la empresa, que pensaban ejecutar por sorpresa; y así ya que tuvieron pronto un buen número de tropa, marcharon á la deshilada (1) para Tenayocan; y una noche la asaltaron improvisamente; pero no lograron su intento, ó por no haber ordenado bien el asalto, ó porque la muchedumbre de la poblacion era muy superior á su tropa, y así fueron rechazados con no poca pérdida, y se retiraron precipitadamente á su poblacion.

En vez de abatir su ánimo esta pérdida, encendió su enojo para tomar con mayor empeño la empresa, aumentando considerable número de tropa, así de su nacion, como de la de Azcaputzalco, cuyo rey les envió secretamente un crecido número de ella, fingiendo que iban voluntarios á unirse á los mejicanos, sin permiso ni noticia de su rey.

No se descuidó Tenancacaltzin en prevenirse y levantar un considerable ejército, con que no solo pudiese defenderse en su corte, sino salir en demanda de los enemigos advenedizos á castigar su atrevimiento, y dejarlos escarmentados, para que no intentasen segunda vez poner en ejecucion su proyecto, que él creia que se reducia solo á robar la ciudad, y estaba

(1) Expresion que denota la marcha de alguna tropa cuando van los soldados unos tras otro. Los lectores militares no necesitaban de esta explicacion; pero los demas entiende el editor que sí.—*E.*

muy léjos de pensar que fuese su intento despojarle de la corona.

Teniendo ya á punto toda su prevencion, salió con su ejército de Tenayocan, y dirigió su marcha para Chapoltepec con ánimo de dar sobre ellos en su misma casa. Noticiosos los mejicanos de la marcha de sus enemigos, salieron de Chapoltepec mandados por su rey Huitzilihuitl, y emprendieron la marcha por la falda de los cerros, para ir á encontrar al enemigo, por el camino que sabian que traia. Avistáronse los dos ejércitos cerca del cerro de Tepeyacac, en el parage donde está ahora el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y dada la señal de embestir por entrambos generales, se dió en el mismo sitio la batalla, tan cruel y sangrienta, que contaron por miles los muertos; mas siendo mucho mayor la pérdida de los imperiales, comenzaron estos á retirarse precipitadamente. Siguieron furiosos los mejicanos el alcance, persiguiendo á sus enemigos hasta la corte de Tenayocan, la que entraron espada en mano, haciendo en ella horribles destrozos, y habiéndola saqueado, dejando en ella competente guarnicion, se retiraron cargados de despojos, y dirigieron su marcha derechamente á Azcapuzalco, á dar cuenta de todo á Aculhua, y de allí se volvieron á Chapoltepec. Esta fué la primer guerra y señalada victoria de los mejicanos en esta tierra, que les grangeó un tan gran concepto, y tan alta reputacion de valerosos, que comenzaron desde entónces á hacerse respetables.

Viendo Tenancacaltzin derrotado su ejército, saqueada su corte, y en peligro su persona, con pocos que le siguieron huyó á Xaltocan á implorar el socorro

de su rey Paintzin, y del de Cohuatlican; mas siendo estos partidarios de Quinantzin, no solo le negaron el socorro, sino que prontamente avisaron á Quinantzin para que se aprovechase de la ocasion, y apoderándose de su enemigo vengase su traicion. Pero el generoso monarca les respondió sin detenerse: que nunca habia pensado manchar sus manos en la sangre de su tio, ni creia digna accion de un monarca vengarse en un fugitivo; que ántes bien le parecia mas propio y conforme á su real sangre perdonar al ofensor, que afligia al afligido; y que así puesto que no podian ni debian darle el socorro que pedia, por lo ménos le defendiesen de sus enemigos, si le perseguian, puesto que habia venido á ampararse de ellos; que él por su parte le ofrecia salvo conducto y paso franco por sus dominios, para que se retirase la tierra dentro á guardar el corto resto de vida que le quedaba. Heroica accion de un gentil, digna de eterna memoria, que tiene raros ejemplares, pero debidamente aplaudidos en la historia.

Cumplieron los reyes la órden de Quinantzin, y dándole á Tenancacaltzin alguna gente que le acompañase para el seguro de su persona, tomó el camino para la tierra dentro, y no se supo mas de él.

Este fué el desgraciado fin de Tenancacaltzin, á quien no le duró el imperio mas que un año, porque su derrota la señalan en el de dos casas, que corresponde al de 1299.

Viendo Aculhua lograda la accion, no tardó en declarar su intencion, y convocando á los príncipes del imperio para su ciudad de Azcapuzalco, les hizo saber que él habia sido el autor de la guerra de los mejicanos para destronar á Tenancacaltzin que tenia usurpada la

corona imperial, viendo que Quinantzin no daba paso, ni se movia á recobrarla, ántes bien parece que la habia abandonado, y teniendo el derecho preferente por nieto de Xolotl de linea legítima, aunque por hembra, era sin duda él en quien debia recaer, y no le parecia justo ni decente desentenderse de ello, dejándosela poseer al usurpador; y habiéndola recobrado de él á fuerza de armas, tenia otro nuevo justo título para coronarse, y debia ser reconocido por supremo emperador. Bien conocieron los príncipes que no era la razon, sino la ambicion la que le movia; pero el gran poder de Aculhua, y la alianza con los mejicanos, cuya accion y victoria habia infundido terror en toda la tierra, les hizo condescender y reconocerle por gran chichimeca tecuhtli, aunque muchos concibieron desde luego el intento de negarle el feudo, y hacerse despóticos é independientes en sus dominios, como despues lo ejecutaron; pero por entónces callaron, y en la misma ciudad de Azcapuzalco se celebró solemnemente la jura y coronacion en el mismo año de 1299.

CAPITULO XV.

Guerra de Acamapichtli con Coxcox de Culhuacan, á quien destrona, y se corona él; muere, y le sucede su hijo Xiuhtemoc en el reino de Culhuacan. Muerte de Huitzilihuitl rey de los mejicanos, quienes eligen en su lugar á Xiuhtemoc, y se trasladan á Culhuacan donde viven algun tiempo, hasta que los expele su rey. Acuden al emperador para que les asigne terreno, y este lo deja á su eleccion. Fingen los sacerdotes la fábula del águila y el nopal, y se separan los nobles de los plebeyos. Levantan aquellos rey, y fundan á Tlatelolco.

A ejemplo de Aculhua intentó su hermano Acamapichtli coronarse en Culhuacan, haciendo valer los derechos de su muger Ilancueitl hija de Achitometl, contra los de Xiloxochitzin, hija de Calquiyauhtzin, nieto del mismo Achitometl, y muger de Coxcox actual rey de Culhuacan; y valiéndose tambien de los mejicanos, comenzaron estos tambien á cometer algunas hostilidades en las tierras de Culhuacan, sin embargo de que Coxcox habia mantenido con ellos buena correspondencia, y habia permitido que algunos de ellos se avecindasen en sus dominios, y aun en su misma corte.

Procuró á los principios contenerlos por buenos medios, con mucha moderacion y mansedumbre; mas como el fin de los mejicanos era tomar pretexto para declarar la guerra á los culhuacanos, para cuyo efecto tenian ya hecha toda su prevencion, en vez de contenerse, se propasaron á mayores hostilidades, viniendo en tropas tumultuariamente á talar los campos, robar

y matar á los que encontraban. Vióse Coxcox obligado á contenerlos y á oponerse á sus insultos, y habiendo juntado el mayor número de tropas que pudo, se puso en campaña con ellas el año de cuatro casas que corresponde al de 1301.

Dividió el ejército en dos trozos, uno por tierra, y otro por agua en considerable número de canoas. Ya estaba Acamapichtli apercibido, y el modo de declararse contra Coxcox fué salirle al encuentro con un ejército numeroso, igualmente por tierra y agua; se avanzaron unos contra otros con igual ardimiento, y despues de un combate de muchas horas, se retiraron unos y otros, dejando indecisa la victoria, y casi con igual pérdida de ambas partes.

Duró la guerra como dos meses, repitiéndose los avances con frecuencia y con varios sucesos, sin declararse por ninguna de las dos la fortuna; hasta que habiéndole venido á Acamapichtli tropas de socorro, así de sus estados, como de los del emperador su hermano, cargó con tanto ímpetu sobre los enemigos, que hizo en ellos horrible estrago; y aunque los culhuacanos se defendian vigorosamente, no pudieron contrastar al ventajoso número de sus enemigos; y así habiendo perdido mucha gente, procuraba el rey Coxcox salvar las reliquias que le habian quedado para retirarse con ellas á su corte, y fortificarse en ella. Mas cargando reciamente sobre ellos los mejicanos, se vieron precisados á huir precipitadamente, y siguiendo el alcance los enemigos llegaron hasta la corte de Culhuacan, donde no permitió Acamapichtli que se hiciese daño alguno, sino que mandó suspender el furor de las armas.

Hizo juntar la nobleza y mucha parte del pueblo, á quienes convidó con la paz, si se convenian en jurarle por rey, atento á los derechos que le asistian por su muger Ilancueitl, que como mas inmediata en parentesco al rey Topiltzin, debia preferir á Xiloxochitzin, y amenazándoles si no condescendian, con que proseguiria el estrago hasta asolar el reino y no dejar persona viva. En tal estrecho no les quedaba arbitrio, y así condescendieron al punto con su gusto, y le juraron por rey.

Noticioso Coxcox de todo lo acaecido por algunos de sus criados que le llevaron el aviso á un pequeño lugar donde se habia retirado, emprendió su fuga para la corte de su padre el rey de Cohuatlican, en donde de antemano habia hecho marchar á la reina su muger y á sus hijos. Recibióle su padre con aspereza, tratándole de cobarde y afeminado; y aunque le mantuvo en su casa todo el tiempo que vivió, le exheredó del reino, como diré en su lugar.

Mucho se aumentó el crédito de los mejicanos con esta nueva victoria, y el rey Acamapichtli, agradecido á su socorro, y conociendo por experiencia el valor de esta nacion, procuró estrechar mas la liga con ella, permitiéndoles y convidándoles á que viniesen á establecerse á sus dominios los que quisiesen ó no tuviesen bastante comodidad en Chapoltepec, y con efecto muchas familias pasaron á avecindarse en Culhuacan, donde eran atendidas del rey, como si fuesen vasallos suyos, y á estos procuraba por todos medios atrerlos con la benevolencia, el alhago y el beneficio, para que la obediencia que le habian dado obligados del poder de las armas se convirtiese en voluntaria y afectuosa.

Así procuraba Acamapichitli grangearse las voluntades de sus súbditos, para hacer feliz su gobierno; pero la muerte le atajó los pasos, y le duró poco el esplendor de la corona de Culhuacan, porque el año de seis cañas, que corresponde al de 1303, pagó el comun tributo, muriendo de enfermedad natural en su corte, en donde se le dió sepultura en uno de sus templos á usanza de los toltecas, y segun sus ceremonias, con la pompa correspondiente á su dignidad. Pasaba ya de ochenta años, y habia vivido lo mas de su edad en la corte del rey su hermano, que le habia dado algunos estados en su reino. No se refiere de él en toda su historia sino su casamiento, de que traté al capítulo VII, y esta guerra y su coronacion en Culhuacan.

Sucedióle en el reino su hijo primogénito Xiuhtemoc, que fué reconocido y jurado por rey, y apénas entró en el gobierno, comenzó á manifestar su gran política y acertada conducta, procurando con dádivas y beneficios, con afabilidad y alhago, hacerse dueño de las voluntades de sus súbditos, cuya obediencia á su difunto padre conocia poco segura, no estando radicada en el amor, sino en el temor; y estimando él en mas lo primero que lo segundo, procuró con suma industria por todos los medios posibles el conseguirlo, como efectivamente lo logró, habiendo sido uno de los reyes mas amados, no solo de sus vasallos sino tambien de todos los que conocian sus singulares prendas.

En el año de 1318, que fué señalado en su xiuhmolpia ó calendario con el geroglífico de ocho conejos, y murió el rey Huitzilihuitl de los mejicanos; y aunque dicen algunos que era muy anciano, es error originado de lo que he dicho al capítulo XIII, y este ha mo-

vido á otros á pensar que fuese uno de aquellos ancianos que vinieron acaudillando la nacion ; pero no es así, sino que nació en Tisayocan de una señora mexica, y del señor de Tzonpanco con quien casó como allí dije, y así aunque se aumenten algunos años de los que faltan al itinerario mejicano despues de su nacimiento, no podia llegar á sesenta de edad, y segun asientan reinó veinte años.

No fué su muerte universalmente sentida, porque los sacerdotes, que no habian depuesto su ambicioso deseo del mando, esperaban en su muerte recobrarlo; y así apénas murió, comenzó á hablar de nuevo Huitzilopuchtli desde su urna. Mas no pudieron atraer á su intento suficiente número de partidarios, porque con el permiso del rey Acamapichtli, que renovó su sucesor Xiuhtemoc para que se avecindasen en el reino de Culhuacan, se habian establecido allí muchas familias, y por ellas se habia extendido en todas las demas la fama de las amables prendas de Xiuhtemoc, y agradados de ellas habian concebido el designio de entregarse á él y elegirle por su rey, prefiriéndole á un hijo varon que habia dejado el rey Huitzilihuitl, llamado Acamapichtli, de corta edad; y por tanto no tuvieron por conveniente elegirle, creyéndose mas felices bajo de la dominacion de Xiuhtemoc su tio.

Juntáronse como acostumbraban los principales señores, y determinaron irse á presentar al rey Xiuhtemoc y darle cuenta de la eleccion qne habian hecho de él para su rey. Así lo ejecutaron con todas las expresiones del mayor rendimiento, repugnando al principio Xiuhtemoc, creyendo que no debia admitir esta eleccion en perjuicio de su sobrino Acamapichtli; pero los

mejicanos se esforzaron á obligarle diciéndole que en nada perjudicaba á su sobrino, porque cuando ellos eligieron por rey á su padre no fué su ánimo hacer hereditaria la corona, sino electiva, quedando siempre en el arbitrio de los ancianos y principales de la nacion la eleccion del monarca que los habia de gobernar. Alegáronle los servicios que habian hecho á su padre y tio, y que mediante su esfuerzo se hallaba él colocado en el trono de Culhuacan, y así no podia escusarse á aceptar su eleccion y admitirlos por sus vasallos.

Obligado Xiuhtemoc de estas razones hubo de aceptar la eleccion y admitirlos por sus vasallos ofreciéndoles con mucha afabilidad y benevolencia su amor y proteccion, como á los demas súbditos suyos. Con esto determinaron abandonar las faldas de Chapoltepec, en que habian vivido mas de veinte años; y trasladarse todos al reino de Culhuacan. No fué esto á gusto de los culhuas, pero el gran amor que tenian á su rey les hizo sufrir y consentir en ello.

Bien conocia Xiuhtemoc con su gran talento y larga experiencia lo intrépido y belicoso de esta nacion, y que para tenerlos sujetos era preciso no dejarlos ociosos, sino que estuviesen siempre ocupados; y así procuró hacerlo, trayéndolos en continuo movimiento en todas las obras y trabajos mas fuertes que se ofrecian; mas no por eso consiguió sujetar su altivez, ni sosegar sus naturales inquietos: porque huyendo el cuerpo al trabajo se mudaban de unas á otras poblaciones, y de todas venian incesantemente quejas de sus robos y excesos, unos verdaderos y otros falsos, por la ojeriza y desafecto con que los miraban los culhuas.

Viendo esto Xiuhtemoc, y conociendo por una

parte lo perjudiciales que eran en sus dominios, y por otra la enemistad irreconciliable que reinaba entre ellos y los culhuas, y cuanto le convenia tener á estos contentos y no fiarse inconsideradamente de los mejicanos, determinó expelerlos de sus tierras para dejar en quietud á sus vasallos, y así lo ejecutó en el año que señalan con el geroglífico de dos casas que corresponde al de 1325.

Arrojados de Culhuacan, dicen algunos, que vinieron á establecerse á un parage llamado Acatzintitlan que es donde está hoy el pueblo de Mexicaltzinco, que significa *lugar de las casitas de los mexicas*, que por esto dicen haber tomado este nombre; pero que no pareciéndoles acomodado se movieron de allí, y pasaron á otro lugar, media legua mas hácia el Norte, llamado Nextipac, y hoy Ixtacalco, que quiere decir lugar de casas blancas, en la misma ribera. Pero esto es falta de inteligencia en la interpretacion de sus pinturas, ó pasion de los intérpretes mejicanos. Ellos mismos asientan que el rey de Culhuacan los expelió, no solo de su capital, sino de todo su reino; y así mal podian haber venido á establecerse en estos dos lugares, que eran pertenecientes á sus estados, los cuales se extendian hácia el Norte hasta el peñol que hoy llaman de los baños.

Lo que sucedió fué que mandados salir todos los que estaban dispersos en varias poblaciones, se juntaron en Acatzintitlan, y de allí pasaron á Nextipac con ánimo de restituirse á Chapoltepec. Mas los sacerdotes que no habian depuesto su antigua ambicion, creyeron que era esta la coyuntura mas favorable que pudieran desear para volver á empuñar el mando de la na-

cion: y así teniéndolos allí congregados á todos, les hicieron una larga plática, diciéndoles que ya tocaban bien á su costa los efectos de la inobediencia á su Dios, que tantas veces les habia declarado que él queria ser el único que los gobernase por medio de sus tlamacazquis ó sacerdotes, á quienes hablaria para advertirles cuanto debian ejecutar conducente al acierto en su gobierno; y sin embargo de esto, llevados de su propio dictámen, habian resuelto elegir reyes, de los cuales el primero les habia tenido en una opresion fuerte, con la severidad de sus leyes, y el segundo les habia expelido ignominiosamente de sus estados; y que si proseguian en su pertinaz intento de elegir reyes, experimentarian mas terribles castigos de su Dios: que este viendo su trabajo, y apiadado de ellos, habia vuelto á hablar desde la urna, y mandaba les dijesen que no era de su agrado que volvieran á Chapoltepec, sino que fuesen á presentarse al emperador Aculhua, y le pidiesen tierras en que poblarse, donde viviesen separados de las otras naciones, y gobernados por sus tlamacasquis; y que si así lo hiciesen les prometia ampararles, y darles muchas victorias con que se hiciesen poderosos, y aumentasen la gloria de su nacion.

Engañado el comun con este razonamiento, determinaron luego obedecer el mandato de su Dios, y partieron sin dilacion á presentarse al emperador Aculhua, y proponerle su demanda. Recibiólos este benignamente, y les dijo que aunque estaba muy poblada ya la tierra, si acaso hallasen algun terreno desocupado que les fuese cómodo, viniesen á avisarle, y se los daria; y que entre tanto procurasen acomodarse en su corte de Azcapuzalco, y en los pueblos de su

comarca. De esta respuesta del emperador tomaron motivo los sacerdotes para inventar nuevo embuste, porque fingieron que consultaban con su Dios sobre el terreno que debian elegir, y que este les habia respondido que el sitio en donde hallasen un nopal, ó arbol de tunas, y sobre él una águila despedazando una culebra, en él era en el que habian de establecerse y fundar su principal poblacion. Con esto empezaron á inquirir por todas partes, y ver en donde encontraban el tunal que les demarcase el terreno que su Dios les destinaba para su establecimiento.

No hizo en la gente noble grande impresion esta vision; y conociendo que todo esto era ficcion de los sacerdotes, por mantener en sí el gobierno de la nacion, determinaron separarse de la gente vulgar, que era el mayor número, y preocupada fácilmente de aquellos engaños seguia ciegamente las órdenes de los tlamacasquis, y sin esperar á hallar la seña del tunal, habiendo encontrado en la laguna una isleta de arena, hácia la parte del Norte, que les pareció suficiente para poblarse, por ser corto el número de familias respecto á el de la gente vulgar, determinaron poblarse en ella. Algunos escritores nacionales modernos dicen que esta separacion no fué precisamente entre nobles y plebeyos, sino que ocho familias ó tribus, en que habia de unos y otros, fueron las que se separaron, porque estaban mal avenidas con el resto de la nacion; y para dar la causa de esta desavenencia se valen de unas fábulas alegóricas inventadas en los tiempos posteriores, cuando nació la emulacion entre mejicanos y tlatelolcas, de que compusieron cantares.

Dicen, pues, que cuando estuvieron en Chico-

mostoc les mandó su Dios Huitzilopuchtli que se sentasen á comer bajo de cierto arbol muy frondoso, y habiéndolo ejecutado, oyeron un gran ruido en la copa de él. Asustados todos comenzaron á clamar á su Dios, para que les declarase lo que aquello significaba, y con efecto el ídolo que habian colocado al pie de dicho arbol, en un pequeño altar, les habló diciéndoles que despidiesen ocho familias, que les nombró, y les dijesen que se adelantasen y siguiesen su viaje; que los demas se habian de quedar allí, hasta que él dispusiese otra cosa. Que obedecieron á su Dios, aunque con harto sentimiento, por separarse de sus parientes, amigos y compatriotas, y siguieron su camino las ocho familias. Luego que se fueron volvió el ídolo á hablar á los que quedaron, y les dijo que los habia separado de los otros, porque ellos eran los mas queridos, y á quienes habia de hacer mayores favores: que no queria que en adelante se llamasen aztecas, sino mexicas; y para que fuesen conocidos de todas las naciones los señaló poniéndoles unos pegotes de trementina en la frente y orejas, que les tapasen los oidos, y les dió un arco, unas flechas y una red, significando con esto que con la flecha y el arco habian de hacerse respetables, y con la red habian de buscar su sustento en la laguna, donde se habian de establecer.

Otros, engañados de igual fábula, dicen que durante su mansion en Chicomostoc, estando un dia todos juntos, se aparecieron repentinamente enmedio de ellos dos envoltorios, sin saberse quien pudiera haberlos traido allí. No ménos admirados que curiosos de saber lo que contenian, se acercaron á desenvolver el uno, y encontraron una hermosísima esmeralda, primorosa-

mente labrada y de extraordinario tamaño. Codiciosos todos de la alhaja, se suscitó luego una reñida contienda sobre su posesion; porque algunas familias que tenian entre sí alianza querian quedarse con ella, sin que las demas tuviesen parte en su dominio. Hallábase presente su capitan Huitziton, que viendo la contienda les dijo: „ Admirado estoy de ver vuestra contienda tan „ reñida por cosa tan despreciable como una piedra, „ mayormente cuando no habeis abierto el otro envolto- „ rio, ni sabeis si será alguna cosa de mayor estima- „ cion; y pues le teneis delante, cese vuestra contienda, „ y abridle." Así lo ejecutaron, y abriendo el otro envoltorio, solo hallaron dos palos ordinarios, que no excitaron su codicia y así volvieron á su contienda. Entónces Huitziton para aquietarlos les dijo: „ Bien se „ conoce vuestra ignorancia, y que no teneis eleccion, „ pues tan tenazmente contendeis por una cosa inútil, „ y despreciais la mas provechosa. Dejad esta esme- „ ralda á los que la quieren, y tomad vosotros esos palos „ que os han de ser mas útiles y provechosos en el discur- „ so de vuestro viaje." Cedieron luego al mandato de su caudillo, pero le instaron á que les dijese ¿cual era la utilidad que podian esperar de aquellos palos? tomándolos Huitziton entónces en las manos, comenzó á estregar uno con otro y con la frotacion brotaron fuego y se encendieron. Muy admirados quedaron todos ellos, que hasta entónces ignoraban este secreto, y conociendo la mayor utilidad de los palos, quisieron cambiar por ellos la esmeralda los que se la habian apropiado; mas los otros no lo consintieron. De aquí se originó el dividirse la nacion en dos bandos; y aunque continuaron juntos su marcha, se miraban siempre con emula-

cion, hasta que en esta ocasion, culpándose unos á otros de haber dado motivo al rey de Culhuacan para que los expeliese de sus dominios, se separaron, y los de la esmeralda, que eran en ménos número que los otros, se establecieron en Tlatelolco.

Finalmente algunos de nuestros autores, á cuya noticia llegaron los cantares que sobre estas fábulas compusieron, los adaptaron ciegamente en su material sentido, y aun las unieron entrambas; y así resultaron de la narrativa una multitud de inconsecuencias y errores. Estas fábulas, como he dicho, fueron inventadas por los mejicanos en los tiempos posteriores, cuando comenzó la emulacion entre ellos y los tlatelolcas. Ya dije que la gente noble, que era en menor número que la plebeya, fué la que se estableció en Tlatelolco. Por eso dice la primera fábula que solo fueron ocho familias las que mandó su Dios se separasen y marchasen delante, porque se adelantaron en la fundacion de su ciudad; pero los mejicanos cerrando los oidos á las persuasiones de sus compatriotas, y obedeciendo á los sacerdotes, por cuyo medio les hablaba su Dios, que eso significan los parches de trementina que les tapan las orejas, lograron mas ventajoso establecimiento en la laguna, donde por su valor, que esto significa el arco y la flecha, se habian hecho respetables, y con la invencion de las redes para pescar abundaban de lo necesario para su sustento. En la segunda fábula quisieron dar á entender que aunque los tlatelolcos poseian la piedra preciosa de la nobleza, esta les era inútil, no floreciendo entre ellos como entre los mejicanos el ejercicio de las ciencias naturales, en que habian descubierto muchos secretos útiles para la comodidad de la vida, sig-

nificados en el invento del fuego que sacaron de los palos, por ser entre ellos estimado este elemento por el mas noble de los cuatro, y el mas necesario y provechoso para la conservacion de la vida.

Quien hubiere tratado con indios principales y tuviere alguna instruccion de su idioma nahuatl, conocerá facilmente cuan genuina es la explicacion de estas fábulas, y propia de su carácter, por ser entre ellos muy familiares los fracismos y expresiones alegóricas, aun en las conversaciones ordinarias. El caballero Boturini comprendió muy bien el significado de estas fábulas, y no puedo negar que de él aprendí yo; pero habiendo reconocido despues los mismos documentos de que él se instruyó, he advertido que padeció algun engaño en la de los envoltorios; porque dándome la explicacion de ella, me decia que él creia que en la circunstancia de los dos palos de que sacaron fuego querian significar que sus gentes mayores hallaron este elemento al estregar un palo con otro, y así lo da á entender en su obra tantas veces citada; mas yo no hallo fundamento en que apoyarlo en sus historias.

Las mas antiguas que tenemos son las de los toltecas, que fueron sin disputa los mas sabios entre ellos, y por muchos pasages y razones se comprueba que estos aztecas eran de la misma raza, hablaban el mismo idioma, seguian sus mismos cómputos, se gobernaban por los propios calendarios, usando de las mismas figuras y geroglíficos, y finalmente estaban ilustrados de todas las noticias y conocimiento de las ciencias y artes que ejercitaban los toltecas. Estos, pues, estaban persuadidos á que el fuego elemental de la tierra era mas antiguo que el sol, y así lo manifiesta la fábu-

la de que dí noticia en el capítulo IV del libro primero; y por consiguiente era preciso que creyesen que el conocimiento de este elemento era entre los hombres tan antiguo como su existencia. Y aun en cuanto al modo de extraerlo para el uso comun de las necesidades de la vida, me persuado á que el primero fué el golpeo de un pedernal con otro, y por esta causa eligieron esta piedra para el geroglífico del fuego, dándole el primer lugar entre los cuatro principales que servian de clave á sus cómputos, como dejo dicho en sus propios lugares.

Resueltos, pues, los nobles aztecas á establecerse en Tlatelolco, creyeron que nada les era mas conveniente y necesario, que elegir un rey de alguna de las casas reinantes, para asentar desde luego su gobierno, bajo una segura proteccion; y sabiendo que el legítimo sucesor del imperio era Quinantzin, determinaron írsele á presentar, y pedirle que les hiciese merced del terreno, y les diese uno de sus hijos para que los gobernase en calidad de rey. Oyó Quinantzin su demanda, y les manifestó en sus expresiones lo mucho que estimaba que hubiesen usado con él de esta atencion, reconociéndole por legítimo sucesor del imperio; pero que estando el rey de Azcapuzalco reconocido de los principales señores del imperio por supremo monarca, al paso que él se hallaba despojado y sin las proporciones necesarias para recobrar su imperio, no queria exponerlos al enojo de Aculhua, que sabia muy bien que habia de llevar á mal y no habia de pasar por la donacion que él les hiciese del terreno que pedian, y mucho ménos condescenderia en que uno de sus hijos los gobernase en calidad de rey; y así esto no seria

otra cosa que entregarlos á él y á ellos á ser víctima del enojo de Aculhua. Que acudiesen á él con una y otra demanda, que desde luego les atenderia, y él por su parte les ofrecia, si en algun tiempo volvia á recobrar su imperio, confirmarles cualquier donacion, gracias ó privilegios que les concediese Aculhua.

Admirados quedaron los nobles mejicanos con la respuesta de Quinantzin, cuya moderacion, discrecion, benignidad y afabilidad les cautivó las voluntades, y habiéndole dado muchas gracias, y ofrecídole servirle en cuanto les mandase, se retiraron de su presencia y determinaron acudir al emperador Aculhua, para que les hiciese merced de aquella isleta, y les diese por rey á uno de sus hijos, á quien jurarian obediencia. Oida su peticion por Aculhua, condescendió en ella, haciéndoles merced del terreno, con la calidad de pagarle anualmente á él y á sus sucesores cierto feudo de todos los productos de la laguna, y les dió por rey á su hijo segundo llamado Mixcohuatl, ó Epcoatzin. Gozosos y satisfechos los nobles mejicanos se dedicaron con el mayor empeño á la fábrica de su ciudad á que dieron el nombre de Xaltelolco, que se interpreta *terreno arenisco*, y despues corrompiendo la voz llamaron Tlatelolco; y en breves dias la tuvieron ya en estado de que pudiese trasladarse á ella su nuevo rey, como en efecto se trasladó el mismo año de dos casas, que segun queda dicho corresponde al de 1325, que es el que asignan los mas escritores á la fundacion de esta ciudad, que hoy es uno de los barrios de Méjico. Y continuando su trabajo en la formacion de su ciudad, lograron en breve tiempo concluir sus fábricas, y vivir tranquilos en aquel corto recinto.

Despues fueron aumentando su territorio sobre las aguas de la laguna, con la industria que dicen haber inventado los plebeyos cuando se fundó la ciudad de Méjico. Esta fué sacar del fondo de la laguna, como lo hacen hasta hoy, una especie de raices muy ligeras y enmarañadas que llaman céspedes, las que sacudidas de la tierra, tienden sobre las aguas, afianzadas unas con otras, hasta formar un camellon de cincuenta ó sesenta, y hasta de cien varas de largo, y dos, tres y hasta cinco de ancho, que á causa de su ligereza nada sobre el agua. Echanle encima media vara de tierra, ó poco mas, que sacan del mismo fondo de la laguna y en ellas hacian sus sementeras y plantíos de verduras y flores, como lo hacen todavía, dándoles el nombre de chinampas; y entónces sobre ellas mismas formaban sus casas, con la gran conveniencia de mudar de sitios, siempre que querian, porque aquel campo flotante con la industria de los remos, se movia como una barca, y lo colocaban en el sitio que les era mas conveniente. Entretanto el resto de su nacion y la muchedumbre del vulgo, engañados por los tlamacasquis, andaban como locos buscando por todas partes el tunal con el águila, inventando cada dia los tales sacerdotes nuevos embustes con que entretener el tiempo y mantener en sus manos el gobierno.

CAPITULO XVI.

Mueven guerra á Quinantzin los señores de Meztitlan, Tototepec y Tolantzinco, ligados con los traidores Yacanex, Ocotox é Icuex. Sáleles al encuentro Quinantzin, y los derrota completamente. Muere el infante Nopaltzin. Quinantzin se hace jurar y reconocer nuevamente por emperador, y perdona á los culpados que hizo prisioneros.

Ya dije que muchos de los régulos habian llevado á mal la exaltacion de Aculhua al trono imperial; pero seducidos de su mal ejemplo, formaron el dictámen de no reconocerle, ni pagar feudo á él ni á Quinantzin sino hacerse absolutos en sus dominios. Así lo ejecutaron pocos años despues de su exaltacion los de Meztitlan, Tototepec, Tolantzinco, y otros señores particulares, sin que se atreviese Aculhua ni á requerirles ni á sujetarlos.

En este año, pues, de 1325, se habian coligado los tres dichos régulos, á diligencias y negociaciones de los rebeldes Yacanex, Ocotox é Icuex, que conservando su encono contra Quinantzin, sin embargo de verle despojado del imperio, intentaban todavía quitarle el reino de Tescoco, y si pudiesen la vida; y habiendo levantado un formidable ejército, emprendieron el designio de venir sobre Tescoco y su comarca.

Quinantzin en todo este tiempo retirado en su corte, al mismo paso que procuraba aumentarla, ennoblecerla y hermosearla, habia ido juntando una cuan-

tiosa provision de armas, y disimulando el haber levantado un gran número de tropa, que con el pretesto de guardar sus fronteras tenia repartido en todas sus poblaciones, cuidando mucho de su ejercicio y disciplina. Lo mismo habian hecho por su órden sus amigos y parciales, los reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y el infante Tochintzin, que ya era señor de Huexotla, por muerte de Tochintecuhtli con cuya hija habia casado.

No tuvo aviso Quinantzin del designio de sus enemigos, ni de su marcha. Ya estaban muy cerca de sus dominios, y venian creyendo hallarlo desprevenido; mas juntando prontamente sus tropas y las de sus aliados, se puso en campaña con un lucido ejército que él personalmente mandaba en gefe, y á sus órdenes los dichos reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y sus dos hermanos Nopaltzin y Tochintzin. Marchó en demanda de sus enemigos, dividido su ejército en cuatro trozos, porque supo que en la misma órden venian ellos á embestirle dentro de su corte por cuatro lados diversos, en esta manera.

Por la parte de Quauhximalco, que es á lo último de la sierra de Tlaloc, venia un trozo mandado por los señores de Meztitlan y Tototepec, compuesto de las naciones tepehuas y mezcas. Otro por Zoltepec mandado por Icuex, aquel caballero rebelado, á quien habia puesto Quinantzin por gobernador de sus cercados. Otro por Chiuhnauhtla mandado por Yacanex; y el otro por Patlachiuhcan, de la gente de Tolantzinco, mandada por su señor, y por Ocotox.

Sabiendo, pues, Quinantzin que por la parte de Quauhximalco venian los dichos señores y el trozo mas considerable de su ejército, marchó él con uno del su-

yo á encontrarlos por este lado. Al infante Nopaltzin le dió el mando de otro trozo, con la órden de que marchase contra los que venian de Zoltepec. Al infante Tochintzin mandó que con otro trozo fuese á encontrar á los que venian por Chiuhnauhtla; y á los dos reyes que mandaban el otro trozo, compuesto de sus tropas auxiliares, mandó que saliesen al encuentro á los que venian por Patlachiuhcan.

Marcharon todos á un tiempo á sus destinos, y en las cercanías de Quauhximalco encontró Quinantzin y su tropa á la del enemigo, y dando sobre ellos con ímpetu furioso hizo horrible estrago, sin embargo de que ellos se defendian vigorosamente, y retirándose en buen órden procuraban fortificarse en los puestos ventajosos: pero repitiendo Quinantzin los avances, y trabándose todos los dias sangrientas escaramusas, logró en breve tiempo vencerlos y derrotarlos enteramente, haciendo en ellos mucha matanza, y cogiendo prisioneros á los generales que mandaban aquella tropa, que como he dicho eran los señores de Meztitlan y Tototepec, y á otros de los principales gefes; y fingiendo seguir el alcance á los que huian, llegó hasta Tepepolco, con el fin de castigar al señor de este lugar que era su vasallo llamado Zacatitechcochi, que habia dado paso franco á sus enemigos: mas él sabiendo que iba el rey, y conociendo su culpa, huyó de tal manera, que ni entónces ni despues, sin embargo de las diligencias que hizo, pudo haberle á las manos ni saber de su paradero; y así se contentó con llevar presos á otros caballeros del mismo lugar, indiciados en la traicion.

Mientras Quinantzin peleaba animosamente por este lado, cumplian bizarramente con su obligacion los

otros generales con la tropa de su cargo por las demas partes por donde habian sido destinados, logrando todos derrotar á los enemigos, haciendo en ellos sangriento estrago, y quedando muertos en los reencuentros los traidores Yacanex, Ocotox, é Icuex, de suerte que hubiera sido completo el gozo de la victoria, si la muerte de este último no hubiera costado una desgracia, que mezcló de amarguras el triunfo; porque habiéndole encontrado el infante Nopaltzin con su tropa por el lado de Zoltepec, le embistió valiente; y aunque encontró vigorosa defensa, continuó los ataques y escaramusas por varios dias, hasta que en el último, debilitados ya los enemigos con la mucha falta de gente que habian perdido, los derrotó enteramente, quedando la mayor parte de ellos muertos, y huyendo los pocos que habian quedado con su general Icuex: mas no sufriendo el infante que se le fuese de las manos aquel traidor, se empeñó con tanto ardor en seguirle, que dándole alcance, riñó bizarramente con él cuerpo á cuerpo, hasta que le derribó difunto á sus pies; volvió entónces sobre sí, y hallándose solo y retirado de su tropa, volvia á juntarse con ella, á tiempo que batidos los enemigos por la tropa que mandaban los reyes de Xaltocan y Cohuatlican por la parte de Patlachiuhcan, muertos ya sus generales Ocotox y el señor de Tolantzinco, venian á juntarse con la tropa de Icuex, y hallando solo al infante Nopaltzin, dieron todos sobre él; y no pudiendo defenderse contra tan crecido número de enemigos, aunque peleó bizarramente, perdió por fin la vida en el ataque, bien que todos los agresores pagaron con la suya el delito; porque con lo que se demoraron en la accion, tuvieron tiempo de alcan-

zarlos los dichos reyes con su tropa llegando justamente á tiempo que acababa de expirar el infante, y dando sobre ellos con indecible furia, hicieron tal carnicería, que no dejaron ninguno vivo.

Cargaron el cuerpo del infante, y tomaron el camino para Tezcoco, á donde habia llegado ya el rey con su tropa y prisioneros, y el infante Tochintzin, que llegó casi al mismo tiempo con su tropa victoriosa, habiendo derrotado por Chiuhnauhtla la que mandaba Yacanex, que quedó muerto en el campo. Dieron cuenta al rey del desgraciado suceso del infante, al mismo tiempo que el del feliz de sus armas, y hubiera sido el dia de un completo júbilo, si no lo hubiera embarazado esta desgracia. Sintióla vivamente el rey, que á mas de que lo que amaba tiernamente, conocia las relevantes prendas que le adornaban, y que la gran pérdida que habian tenido en su persona balanceaba la ganancia de su victoria. Mandó que se le diese sepultura con los honores debidos á su real sangre y sobresaliente mérito; lo que se ejecutó con la mayor pompa y solemnidad.

Bien merecido tenian los prisioneros el que se ejecutase en ellos un ejemplar castigo; pero la incomparable clemencia de Quinantzin, que siguiendo el impulso de su piadosa inclinacion, creia ser mas plausible en un monarca el perdonar benigno, que el castigar justiciero, á todos perdonó las vidas, y pasando á mas su liberalidad, les restituyó á la posesion de sus señoríos y dominios, haciéndoles nuevamente merced de ellos, excepto á los de Tepepulco, Chocayan, y otros pequeños señores de aquel lado á quienes quitó el señorío de los pueblos que tenian, incorporándolos en

la corona; pero les hizo gobernadores de ellos. En Tolantzinco mandó que entrase en posesion del señorío el hijo primogénito del señor de allí que murió en la batalla, y para asegurarse de la lealtad de todos ellos en lo futuro, mandó que reconociéndole nuevamente por supremo emperador y gran chichimecatl tecuhtli de toda la tierra, le prestasen de nuevo homenage y protesta de obediencia y fidelidad, y á mas de esto mandó venir á la corte á todos los herederos y primogénitos de todos los señores, con órden de mantenerse siempre empleados en aquellos cargos y empleos que les daria para tenerlos entretenidos; y él, con esta especie de rehenes, aseguraba la lealtad de sus padres. Manifestó al mismo tiempo su gratitud, no solo con palabras, sino con dádivas á los reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y al infante señor de Huexotla su hermano, por el socorro que le habian dado y la bizarría con que pelearon; con lo que cada uno se retiró á su corte victorioso, contento y satisfecho.

El rey de Culhuacan envió luego sus mensajeros á dar la enhorabuena de su victoria. Lo mismo hicieron el nuevo rey de Tlatelolco, sin embargo de ser hijo de Aculhua, á instancia de sus vasallos, que le habian quedado muy afectos, y los señores de Chalco y Cohuatepec. A todos los recibió con mucha afabilidad y benevolencia, y correspondió á sus mensajes con expresiones de gratitud; pero añadió que no podia ménos que extrañar y quejarse de que habiéndolo visto en el conflicto en que se halló, no se hubiesen movido á ayudarle en algo. Disculpáronse los de Culhuacan con las inquietudes que les causaban incesantemente sus vecinos los xochimilcas, por cuyo motivo no habia po-

dido el rey su amo auxiliarle con tropa. Los de Tlatelolco se disculparon con lo reciente de su establecimiento y su corto número, que aun no era suficiente para lo que dentro de su casa necesitaban. Los de Cohualtepec y Chalco dijeron, que al mismo tiempo que supieron la invasion de los mezcas y tepehuas, tuvieron la noticia de que se habian movido los tlalhuicas, con intento de invadir el reino por aquellas partes en que ellos estaban poblados, y así levantaron gente para fortificar y defender sus fronteras: lo que sabido por los tlalhuicas, se habian sosegado, y ellos habian hecho á su magestad este servicio de guardarle sus dominios por aquella parte, impidiendo esta invasion. Admitióles benignamente las disculpas, y repitiéndoles muchas afables expresiones para sus reyes, los despidió contentos de su presencia. Este fué el fin de esta guerra, que segun dicen los escritores duró cuarenta dias, y fué el principio de la exaltacion de Quinantzin como vamos á ver.

CAPITULO XVII.

Restituye Aculhua la corona á Quinantzin, y nuevamente le juran en Tezcoco con fiestas y regocijos. Rebelion de los Cholol ecas, y su castigo.

Mucho cuidado le dió á Aculhua la victoria de Quinantzin, y las consecuencias que de ella habian resultado de haberse hecho reconocer de todos los vencidos por legítimo sucesor del imperio, con lo que se aumentaba considerablemente su poder y fuerzas; y viendo al

mismo tiempo que otros muchos señores de los que tenia él por sus parciales, y aun su mismo hijo Mizcohuatl, rey de los tlatelolcas, habian enviado sus mensageros á darle la enhorabuena de su victoria, y á congratularse con él del próspero suceso de sus armas, temiendo que hallándose ya en estado de recuperar al corona que le tenia usurpada, viniese sobre sí todo el nublado, y le despojase no solo de la corona imperial, sino tambien de su reino de Azcapuzalco, y no teniendo él fuerzas suficientes con que poder resistir á tan gran poder, tomó el partido de ceder voluntariamente la primera, para no quedarse sin entrambas.

Resuelto, pues, á ejecutarlo así, convocó á su corte de Azcapuzalco á todos los señores que habian quedado á su devocion, y teniéndolos juntos les dijo: *Que aunque se habia hecho reconocer emperador con justo derecho, así por ser nieto del gran Xolotl, como por haber recobrado la gran corona del traidor Tenancacaltzin que la tenia usurpada, y á quien parece que la habia ya abandonado el legítimo sucesor Quinantzin, que retirado en su corte de Tezcoco, no se habia opuesto á la invasion de su tio; nunca habia sido su intento despojar del trono al legítimo heredero; y así viendo ahora que este habia sujetado á tantos reyes y señores de los que se habian rebelado contra el imperio, queriéndose hacer despóticos en sus dominios, y se hallaba con sobrado poder para defender su corona, no le parecia ya justo el mantenerse en la posesion de ella, sino restituirla á su legítimo dueño, puesto que nunca fué su ánimo usurparla, sino quitarla de las sienes de un traidor.*

Todos los asistentes estaban poseidos de igual te-

mor que Aculhua, y así convinieron prontísimos en su determinacion, para guardar cada uno su persona y sus estados. Solo el príncipe Tetzotzomoc, primogénito de Aculhua, á quien pocos años ántes habia hecho merced su padre de la ciudad de Tenayocan, antigua corte del imperio, llevó á mal la determinacion de su padre; porque en la ejecucion perdia él la ciudad, que debia entregarse á Quinantzin como la mas principal de las poblaciones que se le restituian; pero calló por entónces, guardando en su interior su disgusto, para manifestarlo á su tiempo como se verá.

Propúsoles Aculhua que su ánimo era pasar personalmente á Tescoco á hacer su entrega y cesion, y que le acompañasen. Ofreciéronse desde luego á ello; mas no se atrevió Aculhua á ponerse en marcha sin saber primero como seria recibido, y si podia correr algun riesgo su persona; y así envió ántes una solemne embajada á Quinantzin, con algunos de los principales caballeros de su corte, que con las mas atentas, y reverentes expresiones le diesen cuenta en su nombre de todo su designio, y la determinacion en que estaba de pasar personalmente á su corte á hacerle entrega de la corona imperial, acompañado de los príncipes y señores que se habian mantenido fieles al imperio, y renovar el homenage y promesa de fidelidad que habian hecho en su coronacion.

Recibió Quinantzin á los embajadores con su acostumbrada benignidad, y habiendo oido su embajada, respondió á ella con mucha afabilidad diciendo: *Que agradecia la memoria que de él hacia su tio el rey de Azcapuzalco, y la buena voluntad que le mostraba en querer devolverle la corona que habia quitado á fuerza*

de armas de las sienes del usurpador, y la habia tenido como en depósito, interin que él se ponia en estado de poderla guardar y defender, como ya lo estaba; y que así podia venir seguro con todos los señores que le acompañaban, que serian bien recibidos, porque él no acostumbraba valerse de traiciones, ni emplear su enojo y castigo en los rendidos, sino en los rebeldes; y que cualquiera ofensa que le huviesen hecho, no solo la tenian perdonada, sino olvidada, y solo se acordaria de la accion presente para atender en adelante á todos en cuanto pudiese.

Quedó asignado el dia para esta funcion, y los embajadores volvieron muy contentos con la respuesta, que oida por Aculhua, y satisfecho de la sinceridad y buena fe de Quinantzin, se preparó para ejecutar su marcha.

Hízose esta con una pompa y magnificencia extraordinaria, nunca vista hasta entónces, echando todos el resto en el lucimiento y adorno de sus personas, en el número y galas de sus criados, en la órden y disposicion de su marcha, y en la profusion de las mesas. Acompañaban tambien á Aculhua todos los caballeros tecuhtlis, los gobernadores de los pueblos imperiales, los jueces, cobradores de tributos, y los demas ministros de la corona. Quinantzin avisó luego de la determinacion de Aculhua á todos los reyes sus aliados, á los señores de Chalco, Cohuatepec y Tepeyacac, al infante Xiuhquitzaltzin, señor de Tlacallan, y á otros muchos señores de ménos nota que le habian sido amigos, convocándolos á todos para el dia señalado en su corte de Tezcoco.

Así lo ejecutaron, y todos llegaron á ella ántes

que viniese Aculhua. Llegó este con toda la comitiva, y avisado Quinantzin, le esperó en el salon principal de su palacio, acompañado de todos los señores y de lo mas lúcido de su corte, que en galas y adornos no cedian ni eran inferiores á los otros. Todos estaban en pie formados en dos alas, y en el centro Quinantzin, sentado en su trono con grande magestad y señorío. Entró con los suyos en el salon Aculhua, que llevaba puesta en la cabeza la corona imperial: quitósela luego que llegó cerca de Quinantzin, haciéndole una profunda reverencia, y comenzó su razonamiento, que en sustancia contenia lo mismo que habia enviado á decirle con sus embajadores, añadiendo algunas otras expresiones de aparentes razones que disculpaban su accion de haberse hecho reconocer por emperador; pero conociendo que era Quinantzin el legítimo sucesor del imperio, devolvia á sus sienes la corona, con la misma lealtad y buena fe con que se la habia puesto en su coronacion, á cuyo tiempo le puso en la cabeza la corona, saludándole repetidamente con el dictado de gran chichimecatl tecuhtli, haciéndole profundas reverencias, y reiterando aquel homenage ó especie de juramento de fidelidad y obediencia que acostumbraban. Lo mismo ejecutaron todos los demas señores que acompañaban á Aculhua, con grande órden, sumision y seriedad.

Correspondió el gran Quinantzin con mucha afabilidad y benevolencia, tanto en la apacibilidad de su semblante, como en la dulzura de sus expresiones, sin defraudar en nada al decoro y circunspeccion de la magestad; y sin hacer memoria de los sucesos pasados, les ofreció á todos su amparo y proteccion, confirmándolos en la propiedad y posesion de sus reinos y seño-

ríos. Para todos tenia prevenido alojamiento con la ostentacion y magnificencia correspondiente, tanto á su persona, como á la de los huéspedes, para que gozasen de las fiestas y regocijos que habia mandado prevenir, así en aplauso de su victoria, como en muestra de su gozo y complacencia en la reconciliacion de estos príncipes, y de su nueva jura, y homenage; las que se ejecutaron en los dias subsecuentes con la mayor solemnidad y pompa y con universal regocijo de todos en el mismo año de 1325.

Poco despues de este suceso hubo otra rebelion en Chalollan, cuyo famoso templo del Dios Ce Acatl (1) habia vuelto á su antigua grandeza y esplendor. Conservábase el mando y gobierno de esta ciudad, y de otras muchas considerables poblaciones de su contorno, en mano de los sacerdotes de dicho templo. En la destruccion de los toltecas ya dije que fué una de las poblaciones mas bien salvadas y que ménos padeció, quedando en ella bastante gentío; y que aunque quedaron despoblados los demas lugares de su jurisdiccion, con la venida de los chichimecas se volvieron á poblar considerablemente, no solo de los de esta nacion, sino tambien de los otros muchos toltecas dispersos que volvieron á establecerse allí, y se mantuvieron siempre al mando de los sacerdotes, y estos á la obediencia del anciano Xiuhtemoc.

Despues que Nauhyotl se hizo coronar por rey, le prestaron tambien obediencia, y continuaron en la de

(1) Así se lee en ambos M. S.; pero cualquiera conocerá que es error de los copiantes, y que debe ser *Quetzalcohuatl*. —*E.*

sus sucesores los reyes de Culhuacan. En esta ocasion, pues, se amotinaron contra el gobierno algunas de estas poblaciones, especialmente Cuetlaxcohuapan (situada donde hoy está la Puebla de los Angeles) Quauhquecholan y Ayotzinco; y llegó á tanto el motin, que le fué preciso al gran sacerdote llamado Izamantzin venir á pedir socorro á su rey Xiuhtemoc para sujetar á los rebeldes, y reducirlos á la obediencia. Dióle el rey de Culhuacan un buen número de tropas escogidas con que volvió á Chalollan, y juntándose á ellas las de su ciudad y jurisdiccion, compuso un razonable ejército, que dividido en dos trozos, tomando para sí el mando del uno, y dando el del otro á otro sacerdote llamado Nacaxpipilaxochitl, y embistiendo por distintos lados á las poblaciones de los amotinados, hicieron en ellos horrible estrago, quedando muertos muchos en la refriega, y rindiéndose los demas, pidiendo por merced las vidas, y culpando en la accion á los chichimecas; lo que justificado por los sacerdotes, tomaron la providencia de echar de aquellas poblaciones algunas familias chichimecas, las que se retiraron á la provincia de Tlaxcallan, quedando en ellas las de toltecas, y algunas pocas de las chichimecas que se habian enlazado con ellas por los matrimonios, y no resultaron tan culpadas; con lo cual restablecieron la paz y tranquilidad pública en su territorio.

CAPITULO XVIII.

Habiendo hallado los mejicanos los señas que les dió su Dios en una isleta de la laguna, se la piden al rey de Azcapuzalco, y fundan en ella la ciudad de Méjico, bajo del gobierno de los sacerdotes. Nombran un caudillo que los defienda de sus enemigos, mas no con el título de rey. Venida de los Tlailotlacas, y su establecimiento. Muerte de Xiuhtemoc de Culhuacan, á quien sucede su sobrino Acamapichtli. Muerte de Aculhua segundo de Azcapuzalco, á quien sucede su hijo Tetzotzomoc.

Dos años anduvieron los miserables mejicanos plebeyos engañados por los sacerdotes, buscando el nopal con la águila, por seña del terreno que les destinaba su Dios Huitzilopuchtli para fundar su poblacion; hasta que en el que señalaron con el geroglífico de cuatro cañas, que corresponde al de 1327, vinieron á ellos muy gozosos dos de los mismos sacerdotes, llamados Quauhcohuatl y Axolohua, diciéndoles que en otra isleta que formaba la laguna, á la banda del Sur de Tlatelolco, habian hallado el tunal, y sobre él la águila, despedazando una culebra, segun y como se lo habia anunciado Huitzilopuchtli; y que aquel era el terreno que les destinaba para su establecimiento.

Apénas oyó el pueblo la deseada noticia de boca de sus sacerdotes, cuando corriendo todos en tropa á saciar su curiosidad, se embarcaron en cuantos acalis ó canoas pudieron encontrar, y fueron á reconocer la isleta y el nopal que tanto habian buscado por otras

partes; y volviendo á Azcapuzalco, se presentaron al rey Aculhua, pidiendo les hiciese merced de aquella isleta en la laguna, que era perteneciente á sus dominios, para poblarse en ella. Otorgósela el rey con obligacion de pagarle cierto feudo anual de los productos de su laguna, y al punto se trasladaron todos á dicha isleta, y empezaron á trabajar en la fábrica de sus casas, dando de este modo principio á la fundacion de su ciudad, á la que dieron el nombre de Mexico, que quiere decir *poblacion de los mexicas*, y luego la añadieron el de Tenuhctitlan, del nombre del primer gobernador que eligieron, como luego diré.

Mucha variacion hay entre los autores, así naturales como españoles, en asignar el año en que se fundó esta ciudad de Méjico, que fué tan famosa en tiempo de su gentilidad, y lo es ahora mucho mas, despues de reducida á nuestra santa fe, bajo el dominio de nuestros reyes católicos.

El padre Torquemada pone su fundacion en el año de 1341. Enrico Martinez en su repertorio de los tiempos en el de 1357. Entre los indios D. Fernando de Alba la pone en una de sus relaciones en el año de 1140, en otra el de 1142, y en otra el de 1220. Muñoz Camargo en su historia de Tlaxcallan lo pone en el de 1131. Alvarado Tetzotzomoc da á entender que fué el año de tres conejos, que puede referirse al de 1326. Chimalpain lo pone expresamente en el de 1325. D. Juan Ventura Zapata, cacique de Tlaxcallan, la pone en el año de 1321, que dice fué señalado con nueve pedernales, pero segun las tablas este año no fué señalado sino con el signo de ocho cañas. Finalmente el erúdito D. Cárlos de Sigüenza y Góngora dice en el ma-

nuscrito que tengo suyo, que por las exquisitas diligencias que hizo para averiguar el año en que se fundó la ciudad de Méjico, le consta que el hallazgo del tunal fué el *dia diez y ocho de Julio de dicho año de mil trescientos veinte y siete;* y yo me arrimo á esta opinion, porque es su cómputo el que viene mas bien ajustado al órden de los sucesos que he referido y referiré, siguiendo las épocas que señalan los monumentos de que me valgo en esta obra, y porque de cualquiera de los otros cómputos resultan dificultades y enredos imposibles de conciliar. Fuera de que el crédito y autoridad de Sigüenza es para mí de mucho peso, pues fué muy notoria su grande instruccion y las singulares noticias que adquirió de la historia antigua de estas gentes.

El mismo afirma en su citada óbra que el dicho nopal ó tunal estaba en el mismo sitio donde hoy está la capilla del Arcángel San Miguel en la Santa Iglesia Catedral. Chimalpain y otros de los naturales anónimos dicen que estaba donde hoy está la iglesia del Colegio de San Pablo de religiosos agustinos, y otros que donde está la de San Antonio Abad. Segun estas dos últimas opiniones, estaria muy cerca de las orillas de la laguna; y segun la de Sigüenza estaba en el medio, y en lo mas alto de la isleta, y esto me parece mas verosímil.

En mi dictámen aquello del águila despedazando la culebra fué ficcion y embuste de los sacerdotes, que viendo ya al pueblo inquieto, cansados de buscar y no hallar la imaginaria seña que les habian prometido, empezaban á desconfiar de ellos, y viendo á sus compatriotas establecidos en Tlatelolco ir aumentando y ennobleciendo su ciudad, deseaban tambien ellos fijar el

pie y establecer su fundacion. Temieron, pues, los sacerdotes que se les fuesen de las manos como los otros; y así para mantener su crédito, y en sus manos el gobierno, fingieron el hallazgo de este sitio que les pareció á propósito para la poblacion, y en que es regular que hubiese no solo este tunal, sino otros muchos (porque esta planta abunda mucho en todo este terreno), haciéndoles creer que en uno de ellos habian hallado la tal águila y culebra prometidas; con lo que afianzando su crédito para con el vulgo, le dejaron satisfecho, y lograron mantener algun tiempo mas el gobierno, como en efecto le mantuvieron otros tres años, hasta que disgustados de esta especie de aristocracia, que toda se reducia á disputas y diversidad de pareceres, determinaron elegir uno que los gobernase, aunque no en calidad de rey, sino de caudillo ó capitan, bajo de cuyo mando pudiesen defenderse de las continuas molestias con que los afligian y perseguian todos sus comarcanos, especialmente los culhuas y xochimilcas; y así al tercer año de su fundacion, que corresponde al de 1330, señalado con el geroglífiico de siete conejos, eligieron por capitan gobernador á un respetable anciano llamado Tenuhctzin, de cuyo nombre tomó despues su ciudad, llamándola Mexico Tenuhctitlan, aunque algunos dicen que no tomó este nombre del caudillo, sino de la fruta del tunal, que en su lengua se llama nochtli; pero lo primero parece mas regular y conforme á su costumbre.

Este los gobernó con mucha prudencia y acierto, y bajo de su conducta no solo lograron defenderse de los insultos de sus vecinos, sino tambien asentar con todos ellos una buena amistad y correspondencia, y por este medio aumentar su ciudad, dilatando su terre-

no por sobre las aguas, y lo mismo hacian sus compatriotas los de Tlatelolco.

Cuatro años despues de la segunda jura de Quinantzin, en el que señalan con el geroglífico de seis casas, y corresponde al de 1329, vino otra cuadrilla de pobladores de hácia la costa del Sur adelante de la Misteca, á quienes dieron el nombre de Tailotlacas, y eran descendientes de los toltecas dispersos en su destruccion. Traian por caudillo á un señor principal de su nacion llamado Itempantzin, y sabiendo la benignidad con que estos emperadores admitian á los que venian á establecerse en sus dominios, dándoles tierras en que poblar, resolvieron volverse á estas, que miraban con el afecto natural de haber sido su antigua patria y cuna de sus mayores. Llegaron á Chalco preguntando por la corte del emperador, é informados allí de todo, y con guias que les dieron para que los condujesen á Tezcoco, se presentaron al emperador, quien los recibió benignamente, é informado de su patria y circunstancias, y de la distinguida ciudad de su caudillo, mandó que este con una parte de su gente se estableciese en un terreno muy inmediato á su corte de Tezcoco, de suerte que en el discurso del tiempo, ampliándose mas esta, y aumentándose por su parte la dicho poblacion, vino á unirse y quedar en barrio de la ciudad de Tezcoco, á quien dieron el nombre de tlailotlacan. Al resto de la nacion lo repartió en otras poblaciones, de las cuales algunas tomaron despues el nombre de tlailotlan.

En el año de 1340 que señalan en el geroglífico de cuatro pedernales, murió el rey Xiuhtemoc de Culhuacan, sin dejar sucesion. Mas como quiera que es-

ta nacion se gobernaba por las leyes toltecas, segun las cuales era hereditaria la corona de padres á hijos, prefiriendo el mayor al menor, y el varon á la hembra, por falta de la sucesion de Xiuhtemoc declararon luego el derecho á favor de Acamapichtli, hijo de su hermana Atotoztli, que como queda dicho casó con Huitzilihuitl rey que fué de los mejicanos en Chapoltepec. Hallábase Acamapichtli en la ocasion en Cohuatlican, porque habia casado con Tezcatlamiahuatl, hija de Coxcox, aquel á quien destronó del mismo reino de Culhuacan Acamapichtli primero, abuelo de este. Luego que murió Xiuhtemoc pasaron los principales señores de Culhuacan á darle la noticia, y presentarle obediencia, y con todo el obsequio y pompa debida le condujeron á su corte, donde se celebró solemnemente la coronacion habiéndole confirmado en su dignidad el emperador Quinantzin, que hacia de él particular estimacion por las singulares prendas que le adornaban.

En el año de 1343, que señalan con el geroglífico de siete cañas, murió el rey Aculhua de Azcaputzalco, á los ciento y cuatro años de reinado, en que se incluyen los veinte y seis años que mandó el imperio, desde que venció á Tenancacaltzin hasta que restituyó á Quinantzin la corona. Mantuvo en buena armonía á sus vasallos, y en tranquilidad su reino, habiendo logrado la fortuna de ser muy temido y respetado, sin embargo de no haber dado nunca muestras de su valor, porque jamas salió á campaña, ni por propios intereses, ni por agenos; pues el vencimiento de Tenancacaltzin se le debió á los mejicanos, á quienes secretamente fomentaba con gente y armas. A los príncipes que le negaron el feudo haciéndose indepen-

dientes del imperio, ni les reconvino, ni pensó jamas en sujetarlos y reducirlos á su obligacion. En la guerra de Quinantzin con ellos se mantuvo neutral. Todo esto manifiesta un ánimo tímido y apocado; pero al mismo paso ambicioso con astucia, pues de este modo se portó en la accion de Tenancacaltzin; y cuando se vió en peligro de que Quinantzin le declarase la guerra, se despojó voluntariamente de la corona imperial, por no perder tambien con ella la hereditaria de Azcaputzalco. Sucedióle en esta su hijo primogénito Tetzotzomoc, que fué coronado en su corte de Azcapuzalco, y confirmado por el emperador en su real dignidad.

CAPITULO XIX.

Rebélanse contra el emperador sus cuatro hijos mayores, que atraen á su partido muchas provincias. Los vence y derrota el emperador: perdónales las vidas, los exhereda y declara incapaces de sucederle en la corona, y los destierra á Tlaxcallan. Va con ellos su madre que se separa de su esposo disgustada. Declara el emperador por sucesor en el trono al quinto hijo llamado Techotlalatzin.

Veinte y cinco años habia que reinaba Quinantzin, reconocido por universal monarca de esta tierra, despues que le fué restituida la corona; y aunque no habian faltado en ellos algunas inquietudes, no habian sido de la mayor monta. Con su prudencia, cordura y valor las habia facilmente desvanecido, y restituido la quietud á sus pueblos; y cuando mas seguro debia

creerse y vivir mas descuidado, fiado en el amor, lealtad y obediencia de sus súbditos, se levantó contra él la mayor tormenta.

Ya dije en el capítulo X que casó Quinantzin con Quauhtzihuatzin, hija de Tochintecuhtli, primer señor de Huexotla, de cuyo matrimonio tuvo cinco hijos varones. El primogénito que debia sucederle en la corona se llamaba Chicommacatzin, el segundo Memexoltzin, el tercero Manahuatzin, el cuarto Tochintzin, y el último Techotlalatzin. Habianse mantenido todos al lado de su padre, hasta que reasumió la corona imperial, y desde entónces les habia destinado á diferentes gobiernos, donde en ménos esfera fuesen aprendiendo el arte de gobernar, pero sin darles señoríos, ni títulos algunos, ni mas facultades que las que tenian los demas gobernadores de las ciudades y pueblos del imperio.

No estaba contenta su ambicion, y pareciéndole al primogénito que duraba ya mucho la vida de su padre, intentó acabarla para subir mas breve al trono. Comunicó el intento á sus hermanos, ofreciéndoles grandes señoríos, si coadyuvando a él le abrian paso á la posesion de la corona, poniendo en ejecucion su proyecto, que se reducia á grangear parciales de los señores y príncipes confinantes á las tierras de la gubernacion de cada uno, y á aquellos que sabian estar mal contentos con el gobierno de su padre, y sublevando á un mismo tiempo los pueblos de su comando, venir todos sobre Tezcoco, y cogiendo desapercibido al emperador, despojarle del reino y de la vida, y hacerse reconocer por legítimo sucesor del império.

Los tres mayores convinieron de veras en el in-

tento; pero el último que era Techotlalatzin, fingiendo convenir tambien en él, resolvió luego en su interior dar cuenta de todo á su padre. Mas no pudiendo ejecutarlo tan prontamente, y creyendo que no pudieran tan facilmente sus hermanos poner en práctica su proyecto, se demoró algunos dias en hacerlo, hasta que supo repentinamente haberse rebelado las provincias de Huastepec, Totolapan, Huehuetlan, Mizquic, Cuitlahuac, y otras aun mas distantes, cuyos términos llegaban hasta la mar del Sur, y al mismo tiempo muchos pueblos sujetos á los reyes de Culhuacan, Cohuatlican y Xaltocan, especialmente los teochichimecas que se habian establecido en los llanos de Poyauhtlan, como dije al capítulo XIII.

Todos tomaron las armas con el pretesto de estar muy oprimidos y molestados por haber vuelto á reiterar Quinantzin los decretos de sus antecesores en órden al cultivo de los campos, á la policía de las ciudades, y especialmente para embarazar la ociosidad, y venian sobre la corte de Tezcoco por diferentes lados á destruirla. Partió luego el infante á dar cuenta de todo al emperador, quien tuvo al mismo tiempo estas noticias por otras partes; mas no sabia hasta entónces que fuesen sus mismos hijos los motores de la sedicion.

Mucho afligió su corazon esta inaudita ingratitud, y tomando prontamente las providencias necesarias, hizo juntar toda la gente que pudo, y dando aviso á todos los dichos tres reyes de Culhuacan, Cohuatlican y Xaltocan, al de los tlatelolcas, á Tenuhctzin, caudillo de los mejicanos, á los señores de Chalco y otras partes, les previno que levantando toda la gente que

pudiesen, viniesen á juntarse todos á Tezcoco, para dar las órdenes convenientes.

En breves dias se juntaron todos en dicha corte, acampando sus tropas en sus contornos, y habiéndolas reconocido el emperador, y pasado revista á todas ellas, halló que pasaba su número de cien mil combatientes. Dividiólos en seis ejércitos, de los cuales dió el mando del primero á Acamapichtli, rey de Culhuacan, á Mixcohuatl de Tlatelolco, y á Tenuhctzin, y puso á sus órdenes otros señores, con las tropas respectivas de sus mismos vasallos, para que fuesen mas sujetos, y les ordenó que marchasen á la provincia de Cuitlahuac, cuyos moradores eran muy temidos, tanto por su belicoso espíritu, como por el concepto en que estaban de ser todos nigrománticos y hechiceros. El segundo lo entregó al mando del rey Xaltocan y de Itlaminatzin, señor de Chalcoatenco, para que fuesen sobre la provincia de Misquic. El tercero al comando del rey de Cohuatlican y de su primogénito Motezuhzuma, para que entrase por la provincia de Huehuetlan. El cuarto lo entregó á Atoxmixatzin, señor de Tlalnuctepec, para que fuese sobre la provincia de Huaxtepec. El quinto al comando de Tlacaximaltzin, señor de Chalco, para que fuese sobre la provincia de Sayula; y el último para sí, llevando consigo á su hijo el infante Techotlalatzin, á su hermano Tochintzin, señor de Huexotla, y á Huitzilohuitl, primogénito del rey de Culhuacan, para ir sobre la provincia de Totolapan, porque supo que allí estaba el nervio y la mayor fuerza del enemigo.

Partieron todos á un tiempo á sus destinos al principio del año de trece casas, que seria por marzo ó

abril del año de 1349, dejando los reyes en sus estados personas que los gobernasen en su ausencia, y que les fuesen enviando nuevos socorros de gente y armas. Todos trabajaron bizarramente, porque por todas partes encontraron valiente resistencia y crecido número de gente armada: pero se señalaron los reyes de Culhuacan y Tlatelolco, y el capitan Tenuhctzin, por la gran fuerza, valor y destreza de los de la provincia de Cuitlahuac, que les dieron mucho que hacer para poderlos sujetar.

No fué ménos la resistencia y el copioso número de enemigos valerosos y diestros en el manejo de las armas que tuvo que vencer el emperador en Totolapan, donde se habian juntado sus cuatro hijos: mas no tuvieron valor para ponerse en campaña contra su padre: ántes sabiendo que iba por aquel rumbo, se retiraron á los llanos de Poyauhtlan.

Tuvieron noticia de su retirada todos los rebelados, y hallándose batidos por todas partes de las armas de la liga imperial, todos los que huian iban en solicitud de los infantes á los dichos llanos, de que se originó el haberse juntado en ellos un número tan crecido de gente, que formaba un formidable ejército, y comenzando á hostilizar el pais bajaban hasta la laguna, corriendo sus riberas desde Chimalhuacan á Culhuacan, y de allí pasaban á la otra orilla, que era territorio de Azcapuzalco; lo que obligó á su rey Tetzotzomoc á levantar gente, y salir contra ellos.

Sobrevinieron despues las tropas mandadas por los reyes de Xaltocan y Cohuatlican, y las que mandaban los señores de Chalco y Tlamiltepec, que fueron los que con mas brevedad derrotaron á los enemi-

gos que les tocó combatir, y sujetaron las provincias á que fueron destinados; y últimamente llegó el campo del emperador, victorioso ya de los de Totolapan, y dieron todos sobre el ejército de Poyauhtlan, haciendo en los enemigos tanta carnicería, que corriendo arroyos de sangre, tiñeron las aguas de la laguna; y en los tiempos posteriores dijeron que cierto marisco que se cria en ella, á manera de espuma de color de sangre renegrida, lo era efectivamente de los que murieron en esta batalla, y le dieron el nombre de ezcahutli de la voz eztli que significa *sangre*, y despues corrupto el vocablo llaman izcahuitli. Lograron las tropas imperiales una completísima victoria en que se contaron por miles los muertos de los enemigos y los prisioneros, con muy poca pérdida de las tropas aliadas.

Esta fué la última batalla en que se halló el emperador en esta guerra, que dicen haber sido á los fines del año de un conejo, que corresponde al de 1350; por consiguiente duró esta guerra poco mas de dos años, y así la llaman los escritores la gran guerra de Quinantzin, porque ninguna de las otras que tuvo duró tanto tiempo. Los que escaparon las vidas huyeron por diversos rumbos; pero la mayor parte huyó hácia las faldas de la sierra nevada, y por los pueblos de Amaquemecan y Tochimilco pasaron del otro lado á las provincias de Atlixco, Chalollan, Huexotzinco y Tlaxcallan, y se derramaron por todas las demas tierras de la otra banda de la sierra nevada, hasta las costas de Veracruz.

Sin embargo de que en todas ellas habia muchas poblaciones de los ulmecas, xicalancas, de los tolte-

cas dispersos en su destruccion, y de los mismos chichimecas que vinieron con Xolotl y despues de él, la mayor parte de la gente principal y mas lucida se quedó en la ciudad de Tlaxcallan y sus provincias.

Los que escriben la historia de ella toman regularmente el principio de su poblacion de esta batalla de Poyauhtlan, haciendo pobladores de ella á los que huyeron vencidos en esta funcion; pues aunque es cierto que estaba ya muy poblada la provincia de Tlaxcallan de gente de todas las naciones que hasta estos tiempos habian venido desde los ulmecas y xicalancas, y cada una tenia sus poblaciones separadas, no es ménos constante que con la mucha gente que pasó á ella de los fugitivos de esta batalla, aumentó considerablemente, y que los teochichimecas dominaron despues, y supeditaron á todas las demas naciones que poblaron este territorio.

Los autores tlaxcaltecas disculpan grandemente á los teochichimecas, diciendo que tomaron las armas contra los tecpanecas y culhuacanos porque los tenian muy oprimidos y forzados á una dura servidumbre. Otros dicen que por no caber ya en las tierras de Azcapuzalco, Chalco y Culhuacan, salieron de ellas con permiso del emperador de Tezcoco, para venir á poblarse de la otra banda del volcan y sierra nevada, y que les dió á sus cuatro hijos para que los gobernasen, y de ahí tuvieron principio los cuatro señoríos y cabezas de Tlaxcallan; pero que llevando á mal los de las dichas provincias de Culhuacan, Chalco y Azcapuzalco el que emprendiesen este destino, tomaron contra ellos las armas y los persiguieron en su viaje, y ellos obligados de la necesidad por la natural defensa, tu-

vieron algunos choques y batallas con varios sucesos hasta que lograron retirarse á su destino.

Pero nada de esto tiene verosimilitud, ni conviene con los sucesos de la historia de Tezcoco y Méjico, y los mismos historiadores tlaxcaltecas confiesan contestes que fué esta una de las mayores guerras de los teochichimecas de Tlaxcallan, que vinieron huyendo de Poyauhtlan, y para ello cita Muñoz Camargo á un gran señor llamado Tequanitzin Chichimecatecuhtli, que compuso unos cantares de las hazañas de sus antepasados los teochichimecas, primeros pobladores de Tlaxcallan.

Finalmente de sus mismas historias consta que Tlaxcallan y Huexutzinco habia muchos años que estaban poblados, y tenian señores propios, como dejamos dicho al capítulo XI, y así estos no pudieron ser los primeros pobladores, sino que con el gran número de gentes que huyeron en esta ocasion se aumentó muchísimo la poblacion de esta provincia, y la nacion teochichimeca se señoreó sobre todas las otras.

Tampoco en esta batalla de Poyauhtlan se pusieron en campaña los infantes hijos de Quinantzin y motores de la rebelion, sino que retirándose, y huyendo por veredas no frecuentadas, se metieron con gran secreto en la corte de Tezcoco á valerse de la proteccion de la madre, para no experimentar el castigo que merecia su enorme delito.

El emperador con los reyes y señores sus aliados y sus tropas victoriosas volvió triunfante á la misma corte. Recibióle la emperatriz con las demostraciones de alegría que correspondian á tan feliz suceso, congratulándose de verle vuelto á sus brazos, triunfante de

sus enemigos, y libre de todo daño, pidiéndole alguna merced en albricias de su victoria. El emperador, que ignoraba la venida de sus hijos á la corte, y creyéndolos fugitivos habia dado las providencias correspondientes para buscarlos y que los trajesen á su presencia, estaba muy léjos de presumir que á esto pudiese dirigirse la demanda de su esposa. Correspondióla con iguales expresiones de afecto, y usando de su innata generosidad, dejó en su arbitrio la merced que quisiese en albricias ofreciendo hacerle la que pidiese. Con este seguro le declaró el secreto de estar allí sus hijos, y pidió por merced el perdon para ellos.

No era dificil el empeño, porque aquel ánimo grande siempre estaba pronto á perdonar agravios; y así al punto le concedió lo que pedia: pero cerrando la puerta á nueva peticion, que no queria conceder, le dijo que les perdonaba la vida, que justamente debian perder al rigor de un justo castigo, para público escarmiento, pero con la calidad de salir de la corte, é ir á establecerse á la provincia de Tlaxcallan, donde el rey les daria tierras en que mandasen, cediéndoles los tributos que de ellas cobraba, pero exheredados del derecho de la sucesion en el trono imperial: de suerte que ni el primogénito, ni alguno de los otros tres hermanos, ni sus descendientes habian de poder en ningun tiempo aspirar á la corona imperial; que esta habia de recaer en Techotlalatzin el menor de todos, no solo en premio de su obediencia y lealtad, sino por ser acreedor á ella su valor y el bizarro aliento conque le habia visto pelear á su lado contra sus enemigos, al mismo tiempo que sus hermanos, cobardes, como traidores, no habian tenido aliento para ponerse en campaña, en de-

fensa de aquellos miserables á quienes ellos mismos habian inducido á la sedicion. Que amaba mucho á sus fieles vasallos, y no habia de dejarlos en manos de un príncipe cobarde, que exponiéndolos al sacrificio, huyese á esconderse, para no oir siquiera el rumor de la batalla, sino á la sombra de un príncipe valiente y esforzado, que supiese exponer su vida en su defensa; y siendo tal Techotlalatzin, este, y no ellos, habia de suceder en su trono. Mucho sintió la emperatriz esta resolucion, pero no perdió por entónces la esperanza de obtener de la clemencia de su esposo la revocacion.

Casi al mismo tiempo que se restituyó á la corte el emperador volvieron tambien á ella los reyes de Culhuacan y Tlatelolco, y el capitan Tenuhctzin, y con ellos el señor de Chalcoatenco, que despues de haber concluido su comision, y sujetado la provincia de Mizquic, fué con su tropa á socorrer á dichos reyes, y todos juntos despues de reñidos ataques y continuados choques, lograron sujetar y reducir á Cuitlahuac, á pesar de sus mágicos y hechiceros. Celebróse la victoria con muchas fiestas y regocijos públicos, y fué esta la última guerra de este emperador, que en los siete años que sobrevivió logró de una paz y sosiego universal en todos sus dominios, sin que volviese á haber la menor alteracion, ni quien pretendiese separarse de la corona, venerándole todos por supremo monarca de la tierra, y entónces fué cuando le dieron el sobrenombre de Tlaltecaltzin, que quiere decir *el que allana la tierra*, por haber sojuzgado y reducido á su obediencia á tantos señores, pueblos y naciones.

Enmedio de los regocijos y fiestas públicas hizo el emperador publicar un edicto, por el cual declaraba

que usando de piedad con el príncipe Chicommacatzin y los infantes Memexoltzin, Manahuatzin y Tochintzin sus hijos, gefes y motores de la rebelion, por cuyos delitos eran reos de muerte, los habia condenado á perpetuo destierro de su corte y de todos sus dominios, exheredados del derecho de sucederle en el trono imperial, no solo ellos, sino todos sus descendientes, que en ningun tiempo pudiesen aspirar á ello. Declaraba por sucesor en la corona en todos sus estados al príncipe Techotlalatzin, quinto hijo suyo, y mandaba que todos le diesen obediencia y reconociesen por su legítimo sucesor. Todos los reyes y príncipes que á la sazon se hallaban en la corte de Tezcoco pasaron luego á saludar á Techotlalatzin, prometiendo en su nombre, y cada uno por sus respectivos vasallos la obediencia, reconociéndole por su legítimo sucesor en el trono imperial.

Esta determinacion despojó enteramente á la emperatriz de toda esperanza, y aunque esforzó sus ruegos para obtener á lo ménos que no saliesen de los estados imperiales, no pudo conseguirlo de la rectitud del monarca. Irritóla tanto esto, y tanto pudo en ella el desordenado amor á sus hijos, que concibió la resolucion de separarse de su esposo é irse con ellos á Tlaxcallan.

Mucho sintió Quinantzin esta desatentada determinacion, y aunque procuró disuadir á su esposa de ella, nada fué bastante á reducirla á la razon, ni á sacarla del dilema que formaba de que ó habian de quedarse allí sus hijos, ó habia de irse con ellos.

En este estrecho creyó el emperador que debia tolerar antes su separacion, que revocar su decreto, y así la dejó libre para que cumpliese su deseo. Partió,

pues, la emperatriz con sus hijos á Tlaxcallan, y allí se mantuvo hasta su muerte, sin que volviesen á juntarse, ni aun á verse los dos consortes, en todo el resto de tiempo que sobrevivieron.

CAPITULO XX.

Trátase de la fundacion de la ciudad de Tlaxcallan, y desde qué tiempo debe contarse su antigüedad, su aumento, y el de la poblacion de toda la provincia, con la gente que huyó de Poyauhtlan. Muerte del emperador Quinantzin y sus exequias. Del casamiento del príncipe Techotlalatzin, y nacimiento de su primogénito Ixtlixochitl Ome Tochtli.

No están de acuerdo los escritores en asignar el año de la fundacion de la insigne ciudad de Tlaxcallan, como les sucede en muchas otras épocas, sobre las cuales, aunque concuerden en el carácter del año que señalan los indios en sus mapas en que acaecieron las cosas que refieren, discordan en la confrontacion de los años con los nuestros, ó por haber formado diversamente los cómputos, ó lo que es mas cierto, por falta de tablas cronológicas.

Los mas asientan que Tlaxcallan se fundó despues de Méjico, cual cuatro, cual seis, cual diez y mas años, porque varian igualmente en asignar la fundacion de Méjico. La razon de esto es, porque toman la fundacion de Tlaxcallan por la ampliacion de su poblacion y principio de su célebre república, que con efecto fué posterior á la fundacion de Méjico, y á la batalla de Poyauhtlan, de la cual se originó que los vencidos huye-

sen, y fuesen á establecerse á esta y otras provincias, como dejo sentado.

Pero no admite duda, y así lo asientan contestes todos los escritores, tanto toltecas como chichimecas, teochichimecas y tlaxcaltecas, que la poblacion de Tepeticpac era antiquísima, y tanto, que algunos dicen que estuvo en ella Quetzalcohuatl, cuya venida fué mucho ántes de la de los toltecas, cuando solo habian venido los ulmecas, xicalancas y zapotecas, y sin duda fueron los primeros fundadores de ella. Las historias toltecas que son las mas expresivas, difusas y puntuales, asientan que desde el año de mil trescientos setenta y dos tuvo esta provincia señor propio é independiente que la mandase en calidad de soberano, y que á este tiempo estaba ya fundada Tepeticpac, como dejo dicho al capítulo XI: y así me parece que no puede confundirse la fundacion de la poblacion con la de la república, porque si á las cortes, y famosas ciudades del orbe no se les hubiera de contar la antigüedad sino desde el tiempo en que fueron capitales ó aumentaron su poblacion, no haciendo caso del tiempo de su infancia y pequeños principios, muchísimas carecerian del apreciable epíteto de antiguas, y siendo cierto que la poblacion de Tepeticpac es la misma que despues se llamó Tlaxcallan, y tuvo un incremento tan considerable como es notorio, debe contársele su antigüedad, no solo con preferencia á Méjico, que esto es indubitable, sino tambien á todas las poblaciones de los chichimecas, y aun de los toltecas, si es cierto que estuvo en ella Quetzalcohuatl.

Reinaba todavía en Tepeticpac el infante Xiuhquetzaltzin, ó Culhua Tecuhtil Quanex, como le nom-

bran los tlaxcaltecas, hermano menor del emperador, cuando este desterró á sus hijos de las tierras del imperio, y les mandó venir á las de Tlaxcallan, ordenando al infante que respecto á su grande extension, les diese en ellas establecimientos y señoríos con que pudiesen mantenerse. Acompañó la emperatriz á sus hijos como ya dije, y á todos los recibió con mucho afecto y benevolencia. Siguióles mucha gente de sus parciales, y particularmente se les agregaron la mayor parte de señores ilustres y gente noble que habia seguido su parcialidad.

Todos fueron bien recibidos de Culhua Tecuhtli Quanex, y desde luego procedió á repartirles tierras y asignarles sitios en que fuesen poblando. Dió á los infantes estados competentes, compuestos tanto de las nuevas poblaciones, como de las antiguas, aunque no he hallado historiador que especifique los que fueron, ni en qué parajes, ni vuelve á hablarse de ellos en la historia.

Aumentóse grandemente la poblacion de esta provincia, pero sobre todo tomó un gran incremento la capital de Tepeticpac, ó Texcaltipac. Era su situacion en un alto repecho de la sierra Matlalcueye, y desde allí se extendió hasta abajo hasta las orillas del rio Zahuapan por el parage que llaman Ocotelulco, que quiere decir *tierra ó lugar de pinos*, de suerte que se dilató mas que al duplo su terreno y vecindario. Aunque los nuevos pobladores mudaron de habitacion, no mudaron de genios, ni de inclinaciones. El orgullo y altanería de no querer sufrir superior que contuviese sus desórdenes y moderase sus acciones que les hizo tomar las armas en la sublevacion pasada, creyendo que á la sombra

de los infantes podrian soltar la rienda á sus apetitos, y vivir en una abominable libertad, este mismo les incitó despues á repetir su delito como verémos adelante.

Siete años sobrevivió el emperador Quinantzin á la guerra de Poyauhtlan, y en ellos logró una entera paz y tranquilidad, sin otra desazon que la separacion de su esposa; y cuando estaba en el mayor auge de su exaltacion, le asaltó la muerte en el año de ocho casas, que corresponde al de 1357, á los ciento treinta y seis de su edad, habiendo reinado casi sesenta años; y exceptos los últimos siete, todo lo restante estuvo casi siempre con las armas en la mano. Príncipe igualmente grande en la paz que en la guerra, en la prosperidad que en la desgracia, mostrando en una y otra admirable igualdad de ánimo, una generosidad suma, y una incomparable clemencia. Tan pronto y bizarro para castigar á sus enemigos soberbio, como humano y benigno para perdonar los humildes. Liberal, afable, modesto, y finalmente adornado de todas aquellas prendas y virtudes morales que hacen recomendables á los soberanos.

Fué muy sentida y llorada su muerte de sus fieles vasallos, que temian que con su falta se suscitasen inquietudes en el reino, por la exheredacion del primogénito; mas la sabia conducta y bizarro espíritu del sucesor les aseguró en breve tiempo de este recelo. Adornaron su real cadáver con las insignias de su dignidad, y algunos escritores dicen que asistieron á sus exequias setenta régulos y dinastas, y otro gran número de señores y caballeros de la primera distincion. D. Fernando de Alba no asigna el número de reyes, pero dice que fueron muchos, y que todos ellos asistieron á

la jura de su hijo Techotlalatzin, y cuando trata de ella, pone un catálogo de veinte y siete, que dice fueron los principales, como luego diré. Tambien dice un autor anónimo que quemaron el cadáver, y depositaron las cenizas en una urna de esmeralda, cubierta de una lámina de oro; pero el citado Alba y otros asientan que le enterraron en un templo que él habia fabricado en su bosque de Tecutzinco, y esto parece verosímil, si atendémos á que esta era la costumbre de los chichimecas, y vemos que así lo practicaron con los otros emperadores sus antepasados; pues aunque es cierto que en los tiempos posteriores acostumbraron quemar los cadáveres de los príncipes, esta costumbre la atribuyen á la nacion tecpaneca, que la introdujo en el imperio desde que lo tiranizó Tetzotzomoc en los tiempos subsecuentes.

Nadie dice á qué deidad era dedicado este templo de Tecutzinco; pero me persuado á que fuese el sol, porque hasta entónces no habia entrado la idolatría, ni la adoracion de muchas deidades en la corte y su comarca, sin embargo de que la nacion mejicana, que fué quien la trajo, la habia ya extendido en varias partes, especialmente en el reino de Culhuacan; pero por lo que se dirá en el reinado siguiente se verificará mi concepto de que no habia entrado todavía la idolatría en la corte imperial, y que sus monarcas se mantenian en la religion de sus mayores, adorando únicamente al Tloque Nahuaque, como Supremo Criador y conservador del Universo, y al sol como á padre de los vivientes, pero sin ceremonia alguna de culto exterior en ofrendas y sacrificios; y aunque habian ya eri-

gido algunos templos á emulacion de los toltecas, que no pudiendo ser dedicados al Tloque Nahuaque (porque nos dicen expresamente que el primero que se le dedicó fué en tiempo del emperador Nezahualcoyotl), y por otro lado, no adorando otras deidades y venerando solo al sol como á padre de los vivientes, me hago el juicio de que á este seria á quien dedicarian los templos; pero sus historiadores todo lo dejaron en silencio.

Antes de pasar adelante en mi narrativa debo advertir que D. Fernando de Alba asienta que Techotlalatzin casó despues de la muerte de su padre con una hija del rey Acolmiztli de Cohuatlican llamada Tozquentzin, la cual no tenia á la sazon mas que ocho años de edad, y el emperador esperó que cumpliese los cuarenta para consumar el matrimonio, porque en la nacion Chichimeca era costumbre el que las mugeres no pudiesen tener acceso carnal, ni aun colocadas en el matrimonio, hasta no cumplir currenta años; y aunque despues que esta nacion se estableció en estas regiones comenzó á abolirse esta ley ó costumbre con la comunicacion de los toltecas, entre quienes las mugeres casaban de veinte años, ó de ménos edad, con todo los príncipes y señores chichimecas dicen que la observaban rigorosamente, y de este emperador expresamente se afirma.

Esto supuesto, digo que me parece que no pudo dejar de haber error en asentar que se casó despues de la muerte de su padre, porque aunque hubiese sido el mismo año de ocho casas, que fué el de 1357, teniendo la infanta ocho años, debia esperar treinta y dos para cumplir los cuarenta, y estos no los hubiera cum-

plido hasta el año de una casa que corresponde al de 1389: y siendo una de las épocas fijas é inconcusas el nacimiento de su hijo Ixtlixochitl en el año de dos conejos, el primero que se halla señalado con este carácter es el siguiente de 1390, y en él debia colocarse el nacimiento del estado Ixtlixochitl. Hasta aquí no hay dificultad: pero no es compatible esta época con las dos subsecuentes, que son el nacimiento del príncipe Nezahualcoyotl en el año de un conejo, que corresponde al de 1402, y la muerte de Ixtlixochitl en el año de cuatro conejos, que corresponde al de 1418, porque es preciso decir que Ixtlixochitl de doce años tuvo á Nezahualcoyotl, cosa que, aunque no es absolutamente imposible, es muy irregular.

Para salvar estas dificultades era necesario una de dos cosas: ó retirar la muerte de Quinantzin, como lo hace el dicho Alba, variando en sus cómputos, porque aunque en todas sus relaciones asienta, siguiendo el mapa de los indios, que el año que murió Quinantzin fué señalado con el geroglífico de ocho casas, en una de sus relaciones dice que correspondió al de 1213, en otra al de 1249, y en otra al de 1253, y de todos los tres solo este último fué señalado con el dicho signo, pero ciento y cuatro años ántes; y así es incompatible con las épocas y sucesos que dejamos sentados, que no caben con esta rebaja de dos años, y es preciso enredarse en un millon insuperable de dificultades: ó hemos de acercar mas los nacimientos de Ixtlixochitl y Nezahualcoyotl, y esto es mucho ménos compatible con las épocas subsecuentes, que como mas inmediatas á los tiempos en que se escribieron estas historias son mas

fijas, constantes y asentadas; por lo que creo que Techotlalatzin casó ántes de la muerte de su padre.

Debe, pues, quedar establecido que el nacimiento del príncipe Ixtlixochitl fué el año de 1338, que señalaron con el carácter de dos conejos, y por eso dieron á este príncipe el sobrenombre de Ome Tochtli que significa *dos conejos*. Dióle á luz su madre á tiempo que se hallaba en uno de sus palacios de diversion que tenia en el bosque de Tzinacanostoc, y fué muy celebrado su nacimiento, y aplaudido con regocijos y fiestas públicas.

Púsole el emperador su abuelo por ama que lo criase á una principal señora, de la casa de los señores de Tepepolco, llamada Zacaquimiltzin, y para los gastos de la crianza y casa del príncipe señaló las rentas que producian doce lugares, con las que se crió con la mayor magnificencia. Nombró para su ayo y maestro á Tlatocatlatzacuilotzin, señor de Aculma, que estaba casada con una hija del rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco. En los años siguientes continuó la fecundidad de la princesa, dando á luz otros cuatro hijos, tres varones que fueron Tenancacaltzin, Acatlotzin, y Tenanahuacatzin, y una hembra llamada Choxochitzin.

En este mismo año de 1357, pocos meses ántes que Quinantzin, murió Acolmiztli rey de Cohuatlican, á los noventa y cuatro años de reinado, dejando dos hijos varones y una hembra. El primogénito llamado Coxcox, por haber casado con hija de Calquiyauhtzin, rey de Culhuacan, heredó este reino. Movióle guerra Acamapichtli primero, fundando su accion en los derechos de su muger Ilancueitl, hija del rey Achitometl,

contra Xiloxochitzin, hija del rey Calquiyauhtzin, hijo y sucesor del mismo Achitometl, y nieta suya; y sin embargo de lo injusto de la pretension, ayudó la fortuna á Acamapichtli, y habiendo vencido á Coxcox le depuso del trono, y se coronó en Culhuacan, como dejo ya dicho al capítulo XV. Retiróse Coxcox á la corte de su padre que le recibió con mucha aspereza, tratándole de cobarde por haber perdido el reino de Culhuacan; pero sin embargo le mantuvo en su corte con la decencia y esplendor debido á su persona. Llegando ahora el caso de morir Acolmiztli le exheredó del reino, privándole del derecho que le dió la naturaleza por cobarde y afeminado, diciendo que no queria dejarle expuesto á que le perdiese como perdió el de Culhuacan, y mandó que le sucediese el hijo segundo llamado Motezuhzuma, lo que efectivamente se ejecutó, y este fué reconocido y jurado por rey de Cohuatlican, sin que Coxcox se atreviese á oponerse á la determinacion de su padre, pues quedó viviendo como particular en la corte, aunque muy atendido del rey su hermano.

CAPITULO XXI.

Sucede en el imperio Techotlalatzin, quien luego que entra en el gobierno convoca cortes, á que concurren muchos reyes y señores. Trátanse en ellas diferentes negocios de gobierno. Se erigen tribunales, así en la corte como en otras ciudades principales. Muere Tenuhctzin, gobernador de Méjico, y á los cuatro años de interregno eligen por rey á Acamapichtli, que lo era de Culhuacan, segundo del nombre, quien traslada su corte á Méjico.

Con motivo de haber sido dilatada la enfermedad de Quinantzin, concurrieron á la corte el gran número de reyes que he dicho, y otros muchos señores que se hallaron presentes á sus exequias, y por consiguiente á la jura de Techotlalatzin. Alba nos da una lista de veinte y siete de ellos, que dice fueron los mas principales, y son los siguientes: Tetzotzomoc, rey de Azcapuzalco, primer príncipe del imperio, y señor de la nacion Tecpaneca: Paintzin, rey de Xaltocan, señor de los otomitas: Motezuhmatzin, rey de Cohuatlican: Acamapichtli, rey de Méjico y Culhuacan: Mixcohuatzin, rey de Tlatelolco: Quetzalatecuhtli, señor de Xochimilco: Izmatletlopac, señor de Cuitlahuac: Chiquauhtli, señor de Miccuit: Pochotl, señor de Teyacuac Chalcoatenco: Omaca, señor de Tlalmanalco: Cacama, señor de Chalco: Temacatzin, señor de Quauhquechollan: Tematzin, rey de Huexotzinco: Teocuitlapopocatzin, señor de Cuetlaxcohuapan: Chichimecatalpayatzin, gran sacerdote de Cho-

lollan: Chichitzin, señor de Tepeyacac: Mitl, rey de Tlaxcallan: Xihuilpopoca, señor de Zacatlan: Quauhquetzale, señor de Teunamitec: Chichihuatzin, señor de Tolantzinco: Tlaltecatzin, señor de Quauhchinanco: Tecpatl, señor de Atotonilco: Itztacquauhtzin, señor de los Mazahuas: Chalchiuhtlanetzin, señor de Coyohuacan: Yohuatl Chichimecatzin, señor de Cohuatepec: Quiyauhtzin, señor de Huexotla: Tecuhtlacacuilotzin, señor de Acolman.

Fuera de estos concurrieron otros muchos señores de estados mas cortos, y de ciudades y pueblos particulares, que se hallaron presentes á la jura de Techotlalatzin, la que se celebró en Tezcoco el mismo año de 1357 con la mayor pompa y solemnidad, y así los dichos príncipes y señores, como los de Quauhtemalan, Tecolotlan, Centizonac, Teoquantepec, Xalisco y otros mas retirados que no pudieron concurrir por las distancias, reconocieron é hicieron homenage de obediencia á Techotlalatzin, estando en paz toda la tierra, y los que estaban á ménos distancia concurrian frecuentemente á la corte de Tezcoco á hacerse presentes al emperador, en muestra de su lealtad y obediencia.

El nuevo príncipe comenzó desde luego á manifestar sus grandes talentos y su deseo del mayor bien de sus vasallos y beneficio de sus pueblos; para cuyo efecto poco tiempo despues de su exaltacion al trono convocó á cortes á su capital, en donde se juntaron todos los dichos príncipes y señores, y trató con ellos de todo lo conducente al gobierno y policía de sus reinos, al fomento de la agricultura, de las ciencias y artes, de la disciplina militar, y principalmente de la

ereccion y establecimiento de varios tribunales de justicia, entre los cuales fueron un consejo de estado que habia de residir en su corte, el que erigió desde luego, compuesto de un competente número de ministros de edad provecta, notorio juicio, sobresaliente talento y consumada experiencia para que le aconsejase en todos los negocios que ocurriesen de mayor importancia, todos vasallos de sus estados imperiales y reino de Tezcoco, y de este quiso ser él mismo presidente.

Otro fué el consejo de guerra, compuesto de todos los generales y capitanes mas famosos y esforzados, y de él hizo presidente á un señor pariente suyo, llamado Tetlahton.

Otro fué el consejo de hacienda, compuesto tambien de ministros idoneos y prácticos, así vasallos de sus dominios, como de los demas reynos feudales, bien instruidos en las circunstancias de los paises, sus vecindades y frutos, para saber cuales y cuantos debian contribuir, para ordenar el método en la exaccion de ellos, sin agravio ni molestia de los pueblos, y para la recta y económica distribucion de la real hacienda, y desde este tiempo comenzó esto á ordenarse de otro modo y con otra formalidad de la que hasta entónces habia tenido. De este consejo hizo presidente á otro señor principal de su casa llamado Tlami, dándole el título de mayordomo mayor de su reino.

Otro fué el consejo de embajadores, de que hizo presidente á un señor llamado Yolqui, con el título de embajador mayor. La incumbencia de este consejo era disponer y ordenar las embajadas que se hubiesen de enviar á otras potencias, habiendo de ser ministros de aquel consejo los sujetos á quienes se encar-

gasen. Tambien era de su inspeccion recibir á los otros embajadores de las otras coronas, conducirlos á la audiencia del emperador, hospedarlos y regalarlos. Habia en este consejo muchos señores del reino de Culhuacan, porque como eran los culhuas toltecas los maestros del idioma nahuatl, dispusiesen y ordenasen con elocuencia las arengas y razonamientos.

Otra especie de consejo formó de los criados de primera esfera de su real casa, del que hizo presidente á un gran señor deudo suyo, llamado Amechichi, con el título de camarero mayor, y su inspeccion era todo lo concerniente á su servicio, y asistencia de su persona, tanto en las funciones en que se presentaba en público, como en lo interior de su palacio, segun los diferentes empleos y oficios que cada uno en particular ejercia, y eran miembros de este consejo, y por consiguiente criados principales de la casa del emperador, muchos señores tecpanecas, aunque habia tambien de otros reinos, y de sus propios estados; porque siguiendo la máxima de su padre, quiso tener empleados en su corte á los principales señores de los otros reinos, para asegurarse de su fidelidad; y así en todos los consejos habia ministros naturales, y súbditos de las otras coronas; pero todos los presidentes y gefes eran deudos suyos, y de sus estados patrimoniales.

Erigió tambien tribunales particulares de justicia, para la decision de los negocios civiles y criminales, y pleitos entre partes, y para el castigo de los delincuentes, no solo en su corte, sino tambien en las de los reyes y señores feudatarios, y en las ciudades principales y pueblos mas numerosos, encargando á todos la vigilancia en sus respectivos estados sobre la obser-

vancia de las leyes y castigo de los delincuentes para escarmiento de los demas.

En el mismo año de 1357, poco despues que Quinantzin, murió el capitan Tenuhctzin, gobernador de la ciudad de Méjico, cuyo valor, conducta y demas prendas le habian grangeado de tal suerte el afecto de los mejicanos, que obedientes todos á sus órdenes, mandaba, ya en paz, ya en guerra, despóticamente, sin que tuviesen parte alguna en el gobierno los sacerdotes, de suerte que siendo rey en la realidad, solo le faltó el nombre. Fué generalmente sentida su muerte, y con razon, porque con sus insignes proezas y acertada conducta aumentó mucho la gloria de la nacion.

La ambicion de los sacerdotes no perdió la ocasion de volver á tentar si podian quedarse en el gobierno, persuadiendo al pueblo con razonamientos elocuentes, fingidas visiones y locuciones de sus Dioses, y aun con amenazas de su parte, si elegian otro rey ó caudillo, que apropiándose todo el mando, despojase de él á su Dios, que queria ser el único que los gobernase por el organo de sus sacerdotes: mas ellos, que habian experimentado un feliz gobierno con la acertada conducta de su difunto capitan, bajo de cuyo mando habian triunfado en la guerra, vivido contentos y gabernádose en justicia en la paz, no daban ya mucho ascenso á las persuaciones de los sacerdotes, ni temian mucho las amenazas de sus Dioses; y así la mayor parte se inclinaba á elegir nuevo caudillo á quien obedecer, y vivir como las demas naciones que los rodeaban.

Con todo no faltaron algunos tímidos que se oponian al comun dictámen, queriendo vivir sujetos á los

sacerdotes; pero finalmente prevaleció el mayor número, y despues de un interregno de cuatro años, que fué el último que lograron los sacerdotes, en el de 1361, que señalaron con el geroglífico de doce casas, eligieron de comun consentimiento á Acamapichtli, rey de Culhuacan, segundo de este nombre, para que los mandase en calidad de rey, uniendo al reino de Culhuacan su ciudad, que habia tomado ya mucho incremento, dominando la mayor parte de la gran laguna.

Recayó la eleccion en este príncipe porque, como dejamos dicho, era hijo de Huitzilihuitl el primer rey que tuvieron, estando en Chapoltepec, habido en Atotoztli, hija de Acamapichtli, hermano de Aculhua segundo rey de Azcapuzalco, y de Ilancueitl, hija del rey Achitometl de Culhuacan: con lo que queda desvanecido el error de los que escribieron que el primer rey de Méjico habia sido Acamapichtli, hijo segundo de Aculhua primero de Azcapuzalco, confundiendo al nieto con el abuelo por ser de un mismo nombre, y de este modo se han enredado despues en mil dificultades y anacronismos para componer los nombres y patrias de las mugeres, y para darle á Acamapichtli derecho justificado á los estados de Culhuacan, que incontestablemente poseyó; pues segun se ve por el órden de los sucesos referidos, y combinándolos siguiendo metódicamente la progresion de los tiempos, ajustados con las tablas, ya era Acamapichtli rey de Culhuacan cuando los mejicanos lo eligieron, y el justo motivo que tuvieron para hacerlo fué ser hijo de su rey Huitzilihuitl, y por ventura desde la muerte de su padre le hubieran elegido y jurado vasallage, si los sacerdotes ambiciosos del mando, en ocasion en que la tierna edad de Acama-

*

pichtli favorecia sus intentos, no hubiera dado motivo á que el pueblo resuelto á elegir rey que le gobernase, hubiese puesto los ojos en el rey Xiuhtemoc de Culhuacan; buscando un príncipe provecto y de experimentada conducta que les protegiese, no solo contra el poder de las demas naciones sus vecinas, sino tambien contra la ambicion de los sacerdotes.

Yo me persuado á que D. Cárlos de Sigüenza con lo mucho que trabajó en esta historia llegó á desenredar este laberinto de dificultades en los sucesos de los dos Aculhuas y dos Acamapichtlis. Concuerda tambien Sigüenza en el cómputo que sigo, poniendo la eleccion de Acamapichtli en el dicho año de 1361, y añade que fué á tres de mayo (1). Acamapichtli como rey de Culhuacan era feudatario del imperio, y por rey de los mejicanos quedó tambien feudatario del de Azcapuzalco; pues como he dicho, Aculhua segundo dió á los mejicanos la isleta de la laguna, que pertenecia á sus dominios, con la calidad de pagar anualmente cierto tributo de la pesca de ella; y aunque despues restituyó á Quinantzin la corona imperial, no entró la devolucion en el dominio directo de las ciudades de Méjico y Tlatelolco, que se mantuvieron feudales del reino Tecpaneca. Poco tiempo despues de la eleccion, agrada-

(1) Clavigero pone la eleccion de Acamapichtli en el año de 1352, que fué señalado con tres pedernales; y lo extraño es que tanto él como nuestro autor se apoyan en Sigüenza cuando hablan de la genealogía de los reyes mejicanos, y sin embargo de esto difieren no solo en el año de la eleccion de este príncipe, sino en su orígen, pues Clavigero no conviene en que fuese hijo de Huitzilihuitl. Vease el tomo 1. de su historia pág. 117.—*E*.

do Acamapichtli de la hermosa situacion y amenidad de la ciudad de Méjico, trasladó á ella su corte, y esto contribuyó mucho á su mayor aumento y esplendor.

CAPITULO XXII.

Muere el rey de Xaltocan, y le sucede el de Meztitlan. Muévele guerra el de Azcapuzalco, coligado con el emperador y los reyes de Méjico, y le vencen y despojan del reino, que dividen entre sí.

A los veinte y tres años del reinado de Techotlalatzin, en el que señalaron con el geroglífico de cinco pedernales, que corresponde en las tablas al de 1380, murió Paintzin rey de Xaltocan, y señor de la nacion otomita; y sin embargo de haber dejado sucesion femenina, porque era hija suya la infanta Taniauh, que casó con el general Tochintecuhtli, de quien procedieron los señores de Huexotla, como dejamos dicho al capítulo VIII, no le heredó esta, ni sus hijos, sino Tzompantzin, señor de Meztitlan. Unos dicen que este era su tio, y otros que era su hermano, y esto segundo es mas verosímil, porque Paintzin era hijo de Chiconquauh, uno de los tres señores Aculhuas, y debia ser muy anciano, porque reinaba en Xaltocan por lo ménos desde el año de 1231, que hasta este de 1381, son ciento cuarenta y nueve años de reinado, y por consiguiente se acercaba á los doscientos años de edad. ¿Cuantos, pues, tendria su tio, si hemos de suponerlo hermano de su padre? Por cuya razon le preferia á su hija para la sucesion en el reino, y así me parece mas natural que

fuese su hermano; si no es que el dicho Paintzin no fuese hijo, sino nieto de Chiconquauh, y que su padre tuviese el mismo nombre de Paintzin, que de esto hay mucho en esta historia, y ha sido causa de muchos errores, porque los han confundido y hecho de dos personas una sola, como sucede en los Aculhuas de Azcapuzalco.

Sea como fuere, quien sucedió en la corona de Xaltocan fué Tzompantzin, señor de Meztitlan; y dicen algunos que deslumbrado con la nueva dignidad, solo cuidaba de sus comodidades, haciéndose servir magníficamente, y empleando todo el tiempo en diversiones, descuidó enteramente del gobierno de sus súbditos, los cuales comenzaron á largar la rienda á los vicios, especialmente al hurto, saliendo de noche de sus poblaciones á robar á las ciudades y pueblos de los dominios vecinos, lo que causaba riñas y muertes de unas y otras partes, y quejas de los príncipes comarcanos: pero nada de esto estimulaba á Tzompantzin para poner el debido remedio.

El rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco, príncipe ambicioso y astuto, que á la sazon se hallaba muy poderoso, y no deseaba otra cosa que ocasiones en que servirse del número y valor de sus tropas para aumentar su reino y dilatar sus dominios, determinó apoderarse del reino de Xaltocan valido de la inaccion de su rey. Convidó á la empresa al emperador, y á los reyes de Méjico y Tlatelolco, proponiéndoles dividir entre todos el reino de Xaltocan.

Convinieron los monarcas no solo en hacer la guerra á los de Xaltocan, sino tambien en darles el avance sin avisarles, accion contraria á la política de la

guerra que entónces usaban, y quedó determinado que una noche, que desde luego asignaron, fuesen Tetzotzomoc y los dos reyes mejicanos con su ejército, y embistiesen las tierras de Xaltocan por el lado de Tepotzotlan y Quauhtitlan, que eran las fronteras del reino por la banda del Poniente, y que el emperador con su ejército avanzaria por Chiuhnauhtlan, que lo era por el Sur, confinantes con las tierras de Tezcoco. Llegada la noche asignada, entraron unos y otros por las fronteras del reino en los parages referidos, asolando y destruyendo cuanto encontraban, sin perdonar edad ni sexo.

Llegó velozmente la noticia á oidos de Tzompantzin, quien salió precipitadamente con la gente que pudo juntar, que sin embargo de lo improviso del suceso fué en tanto número, que compuso un razonable ejército. Con él esperó al enemigo media legua fuera de la ciudad por el lado de Quauhtitlan; y habiendo llegado Tetzotzomoc con su ejército, se embistieron uno y otro con tanto ardor, que quedó el campo cubierto de cadáveres, hasta que al amanecer, no pudiendo ya los otomites sostener el ataque, huyeron, desamparando el campo de batalla, y con ellos su rey que envió sus mensajeros por el lado de Chiuhnauhtlan á encontrar al emperador, que habia entrado por aquella banda con su ejército, asolando y destruyendo cuanto encontraba sin resistencia alguna, para que le dijesen de su parte, que él nunca habia pensado en faltarle á la debida obediencia ni habia tenido parte alguna en los excesos que habian cometido sus vasallos, pues ni habian sido de su órden, ni con su consentimiento, ni aun con noticia suya; que luego que los habia enten-

dido, habia procurado poner remedio, y que si este no habia sido suficiente, no por esto era él culpado, ni debia ser tan severamente castigado.

Estas y otras disculpas dieron los mensajeros al emperador de parte de su señor, mas sin otro efecto que el que mandase suspender el furor de las armas, sin seguir adelante con el destrozo, enviándole á decir que tomase la fuga, y procurase guardar su persona y antiguo señorío de Meztitlan, y nó pensase mas en restaurar su reino de Xaltocan.

El ejército victorioso de Tetzotzomoc siguió el alcance al enemigo, hasta la misma ciudad de Xaltocan, á donde se habia refugiado la mayor parte de los fugitivos con su rey: mas no pudo haber á este á las manos, porque viéndose desauciado del emperador, tomó su consejo, y salvando su vida, huyó á Meztitlan, y con él un gran número de sus vasallos otomies. Tetzotzomoc con su ejército hizo en Xaltocan horrible estrago, dándola á saco á sus soldados.

Huyendo del estrago salieron muchas bandadas de gentes, viejos, niños y mugeres, que pensando escapar del peligro, tomando el rumbo de Chiuhnauhtlan, fueron á dar con las tropas del emperador, que los hubieran hecho pedazos, si la clemencia de este príncipe no lo embarazara; porque conociendo que toda era gente miserable é indefensa, no solo impidió que se les hiciese daño, sino que los amparó en sus dominios, y les señaló en ellos terreno donde se estableciesen, en unos cerros inmediatos á Tezcoco, y les dió por señor á un caballero llamado Quauhquetzaltzin; y estos fueron los que fundaron la ciudad de Otompan, que fué despues tan famosa en los tiempos posteriores.

Otras cuadrillas de los fugitivos se avecindaron y establecieron en otras partes del reino con permiso del emperador, que no les consintió que se avecindasen en las ciudades y pueblos de sus dominios mezclándose con sus vasallos, sino que formasen separadamente sus poblaciones en lo mas retirado de los montes, y en los tiempos posteriores ocurrieron al emperador otras muchas familias de las que quedaron en las poblaciones que tomó para sí el rey Tetzotzomoc, porque este los afligia con la imposicion de intolerables pechos y tributos, á las que admitió benignamente el emperador, y las dió tierras en que establecerse en los territorios de Yahualican y Mazapan, y este es el orígen que tuvieron las poblaciones de esta nacion, que subsisten en nuestros dias, conservando todavía su lenguage.

Todas las tierras del reino de Xaltocan que caian á la banda del Sur respecto de su capital, y esta misma quedaron incorporadas en el imperio. Las que corrian desde la dicha capital hácia el Poniente las repartieron entre sí los reyes de Azcaputzalco, Méjico y Tlatelolco, tomando estos las que confinaban con sus dominios por las riberas de la gran laguna; con lo que aumentaron considerablemente sus estados, y el resto quedó en poder del rey de Azcapuzalco.

Este fue el fin que tuvo el reino de Xaltocan, una de las tres primeras monarquías que se levantaron en esta tierra despues de la venida de Xolotl, por la donacion que este hizo á Chiconquauh, uno de los tres señores Aculhuas, como dejo referido en su lugar.

Bien conocia el emperador que no era conveniente á la quietud de sus reinos que los príncipes y señores de vasallos estuviesen mucho tiempo en sus estados,

y así una de las máximas que siguió en su gobierno fué la de tenerlos lo mas del tiempo ocupados, ó dentro, ó fuera de la corte. En esta dándoles los empleos honoríficos de consejeros y ministros en los tribunales que estableció, y fuera de ella en los gobiernos de algunas ciudades y poblaciones, en la exaccion de tributos, y en la guerra que mantuvo siempre en las fronteras del reino, ya con unos, ya con otros de aquellos régulos que por tener sus estados muy retirados de la capital, querian substraerse de la subordinacion, haciéndose absolutos é independientes.

El gran cuidado y singular esmero que puso en la observancia de las leyes, siendo inexorable en el castigo de los transgresores, le hizo muy temido y respetado de todos, porque ni la calidad, ni la dignidad, ni el sexo servian de privilegio á ninguno para la transgresion de la ley, ni para la inmunidad de la pena. Habiale criado una señora tolteca llamada Papaloxochitl, de quien habia aprendido con perfeccion la lengua nahuatl; y conociendo las ventajas que hacia á las demas que se habian ya difundido en estas tierras con la venida de diferentes naciones, su fecundidad, señorío y pulidez, mandó que se hablase universalmente en sus dominios, y particularmente en la corte, prohibiendo otro cualquier idioma, sin exceptuar el suyo nativo chichimeca, para hablarle á él; y asímismo mandó que de él solo se usase en todos los tribunales en cualquier negocio que en ellos se agitase.

Para este efecto hizo venir de las principales ciudades de los culhuas toltecas, y singularmente de Méjico y Tlatelolco, sugetos peritos y capaces para enseñar este idioma, no solo en la corte, sino en otras

de las ciudades mas numerosas, señalándoles rentas de su real erario.

En lo que nó quiso entrar, ni fueron capaces de hacerle condescender las repetidas instancias de sus grandes y ministros, fué en abrazar la nueva religion de los mejicanos, dando culto á tantas deidades como ellos veneraban. Habiase extendido ya mucho la idolatría, primero en las poblaciones de los culhuas, de donde habia pasado á la de los chichimecas, de suerte que adoraban ya todos á los Dioses de los mejicanos, ofreciéndoles no solo oblaciones de flores, frutos é inciensos*, sino tambien sacrificios de aves y animales, y algunos de sangre humana. Solo la corte de Tezcoco se habia resistido á abrazar este culto, manteniéndose en la religion de sus mayores, y adorando solamente al Tloque Nahuaque, ó Dios Criador, sin ceremonia alguna de culto exterior. Mas viendo ya seguir á todos la religion de los mejicanos, lisongeados del aparato del culto en la grandeza de los templos, ceremonias de los sacrificios y autoridad de los sacerdotes, eran ya en el corazon secuaces de sus ritos los principales ministros y señores de la corte; y para profesar abiertamente el nuevo culto, procuraban inducir y persuadir al emperador su rectitud y verdad. Mas este nunca quiso condescender á sus instancias, ni reconocer por verdaderas deidades aquellos simulacros; ántes burlándose de sus ceremonias, se mantuvo siempre en el concepto de que no habia otra deidad que el Dios Criador, y que á este únicamente debia dársele adoracion; pero que no teniendo cuerpo ni necesitando de alimento, era inútil ofrecerle frutos ni flores, bebidas, ni inciensos; y que habiéndolo criado todo, y dado el

*

ser y la vida á todos los animales, no podia serle agradable el que se las quitaran, para no aprovecharse de sus carnes para alimentarse, que era el fin para que los habia criado, y mucho ménos se agradaria de los sacrificios de sangre humana, que causan horror á la misma naturaleza. Estas y otras sapientísimas respuestas daba siempre á los que intentaron persuadirle la nueva religion, manteniéndose hasta la muerte en la de sus mayores, sin reconocer otro Dios que al Criador de todo.

CAPITULO XXIII.

De la rebelion y guerra que hubo por estos tiempos en Tlaxcallan. Sitian la ciudad los rebeldes protejidos del señor de Huexutzinco, que envia á pedir socorro al rey de Méjico. El de Tlaxcallan lo pide al emperador, quien se lo envia muy copioso, y á otros príncipes que tambien se lo envian, y se fortifica en su capital.

Con la buena acogida que hallaron en Tlaxcallan los vencidos en Poyauhtlan, y el permiso que les dió el rey Culhua Tecuhtli para establecerse en sus dominios, y entre las poblaciones de sus antiguos vasallos, comenzaron desde luego á poblarse y extenderse por toda la tierra, con lo que se aumentó grandemente esta poblacion, pero especialmente tomó un incremento considerable la capital de Tepeticpac, en donde se avecindó un gran número de gente ilustre y principal.

Estaba situada Tepecticpac, ó Texcaltipac, en un alto repecho de la sierra de Matlalcueye. En po-

co tiempo creció tanto, que competia con las mas numerosas poblaciones. En todas habia un gefe, ó gobernador que en lo general era de aquellos mismos capitanes que les habian mandado en la guerra y les habian conducido en su fuga, á los cuales se agregaron todos los otros que huyeron dispersos, porque despues que llegaron á Tlaxcallan fueron reconociendo á sus gefes y agregándose á sus cuerpos, y así cada uno de estos capitanes con el trozo de gente que le obedecia formó su poblacion, unos en terreno realengo, y entre las antiguas poblaciones, y otros en aquellos terrenos de que el rey hizo merced á los infantes y á otros señores principales: aquellos mandaban sus lugares como gobernadores por el rey, y estos como subalternos de los señores dueños de la tierra, pero unos y otros, y los mismos señores, reconocian por supremo señor y monarca á Culhua Techutli Quanex, y este mandaba absoluto á independiente, dando todas las órdenes convenientes al buen gobierno y administracion de justicia.

Los mas de los señores vivian en la corte, y asistian continuamente en el palacio del rey; esto aumentó mucho su autoridad y esplendor, que cada dia iba á mas, grangeándose aquel príncipe con su afabilidad y benevolencia el amor de sus súbditos, y procurando por medio de la observancia de las leyes y la buena administracion de justicia mantener en su reino el buen concierto y armonía, pero aquellos mismos revoltosos, que repugnando sujetarse á las leyes, y apeteciendo una libertad criminal, habian tomado las armas contra sus príncipes en el imperio Tezcucano, aunque habian mudado de habitacion, no habian variado de costum-

bres; y conservando sus perversas inclinaciones, se les hacia duro y pesado el vivir ocupados en el cultivo de los campos, y en el ministerio de la república, el comer de su trabajo, y no del robo, y finalmente el estar sujetos y no vivir aun á su alvedrío.

Comenzaron á murmurar del soberano, atribuyendo á vanidad, soberbia y arrogancia el lustre y autoridad debido á su dignidad, que procuraba mantener sin faltar á la clemencia y afabilidad. A los señores y gente ilustre motejaban de aduladores y lisonjeros, diciendo que querian exaltarse á costa de la opresion de los pobres y del infeliz vulgo. Los señores particulares en sus estados, y los otros gobernadores en sus poblaciones realengas, procuraban atajar este daño, castigando severamente á los que descubrian ser inquietos y sembrar en el pueblo estas hablillas; pero esto en vez de apagar el fuego, lo encendió mas, y llegó á prender tanto, que no solo abrazó las poblaciones nuevas, sino tambien las antiguas, excepto la capital.

Resueltas ya á tomar las armas contra sus mismos gefes, caudillos y príncipes, no se atrevian á declararse, porque á este mostruoso cuerpo le faltaba cabeza, y les pareció que podria serlo el señor de Huexutzinco, y muy fácil hacerle entrar en la conjuracion, porque miraba con celos la exaltacion de su vecino el de Tlaxcallan.

Dicen que este señor se llamaba Xiuhtlehuitecuhtli. No es fácil averiguar si este es el mismo á quien Alba llama Tematzin, en la lista que trae de los reyes que asistieron á la jura de Techotlalatzin, y dejo referida al capítulo XXI. Pero es indubitable que era hijo, nieto, ó viznieto del rey Huetzin de Cohuatlican;

porque sabemos por las historias chichimecas que el emperador Tlotzin hizo merced de estas tierras á los dos hijos de este rey, llamados Chicomatcatzin, y Tlacatlanetzin, como dejo dicho al capítulo XI, y así seria alguno de estos, ó descendientes suyos: mas por el nombre no es posible averiguarlo; porque como facilmente se mudaban los nombres, especialmente cuando se armaban caballeros tecuhtlis, no podemos saber si era alguno de estos ni por qué le nombraban á él solo, siendo constante que á los dos hermanos se les hizo merced de estas tierras, por no haber querido permanecer en ellas el infante Tochintzin, y que de la sucesion de uno y otro tuvo principio esta república, aunque la razon de esto segundo puede ser el que fuese este el mas anciano y respetable, y por eso nombrarle á él solo. Pero sin duda era de la estirpe de estos señores, y tenia alianza con la casa de Cohuatlican, como consta de lo dicho hasta aquí, y de lo que luego verémos.

Dirigiéronse, pues, á él los conjurados quejándose de la opresion que fingian padecer, y haciéndole presente que el rey de Tlaxcallan habia ascendido en poco tiempo á una grandeza y autoridad excesiva, y que al paso que iba se haria señor universal de toda la tierra, porque este era su objeto, y el de todos los señores chichimecas y teochichimecas de su corte; con lo que creceria cada dia mas la opresion del pueblo, queriéndolos tener en una miserable servidumbre. Que si no se le procuraba contener, se echaria sobre los estados de Huexutzinco, que eran los mas inmediatos, y le despojaria á él de ellos, por lo que debia sacar la cara y oponerse á tanta exaltacion, que una vez que él le declarase la guerra, ellos tomarian las armas pa-

ra ayudarle, y le aseguraban que todo el reino estaba conmovido, y así podia lisonjearse de la victoria.

Poco habia menester Xiuhtlehuitecuhtli para moverse, porque habia muchos dias que miraba con zelo y temor la exaltacion del Tlaxcalteca, y facilmente entró en la liga de los conjurados; pero desconfiando justamente de su auxilio, y que á la mejor ocasion le dejasen solo, les respondió que estaba pronto á declararle la guerra á Culhua Tecuhtli Quanex, y á ayudarles en defensa de la causa comun; pero que para esto era necesario que ellos comenzasen y diesen principio al rompimiento, tomando las armas en todas las poblaciones á un tiempo, y volviéndolas contra sus respectivos gobernadores; que él entretanto levantaria tropas en sus dominios, y solicitaria socorros de sus amigos, con que ayudarles á sostenerles.

Convinieron en ello los conjurados, y partieron á sus poblaciones á disponer con gran sigilo todo lo necesario para ejecutar la accion en un mismo dia en todas partes.

El de Huexutzinco no se descuidó en dar las providencias convenientes para levantar tropas en sus estados, y despachó luego sus mensageros, pidiendo socorro á su pariente el rey de Méjico, que las historias tlaxcaltecas llaman Matlalihuitzin, pero por las chichimecas sabemos que quien reinaba en Méjico este año de la rebelion (que contestes le señalan con el geroglífico de nueve pedernales, y corresponde al de 1384), era Acamapichtli segundo, y ni en ellas, ni en las mejicanas se halla rey alguno de Méjico que se llamase Matlalihuitzin; y así se conoce que no pudo ser otro que Acamapichtli, á quien dieron el renombre de Ma-

tlalihuitzin, que quiere decir *el de las diez plumas*, así como á su rey le dieron el de Culhua Tecuhtli Quanex.

Estaba casado Acamapichtli con Tezcatlamiahuatl hija de Coxcox, como dije al capítulo XVIII. Este Coxcox era hijo de Acolmixtli, rey de Cohuatlican, y nieto de Huetzin, de quien descendian estos señores de Huexutzinco, y esta era la alianza y parentesco que tenian con Acamapichtli.

No tardaron los mal contentos en poner en practica su proyecto, y pocos dias despues, en uno mismo, se levantó el motin en todas las poblaciones, tomando las armas la plebe contra los señores, gobernadores y gente principal que no habia entrado en su liga, y se comenzó una guerra civil cruelísima en que matándose unos á otros, sin respetar parentescos, alianzas ni obligaciones, se derramó muchísima sangre; mas como era incomparablemente mayor el número de los sediciosos que el de los fieles, hubieron estos de ceder, y los que pudieron escapar la vida se retiraron á la corte.

Dió el rey prontamente la providencia de levantar en ella todo el número de gente que fuese posible para defenderse, considerando que toda aquella tempestad habia de descargar allí; y así procuró fortificarse cuanto le fué posible y le permitió el tiempo, haciendo abrir profundas zanjas, derrocando peñas que impidiesen el paso, y procurando guarnecer de tropa todos aquellos parages por donde pudieran asaltarle.

Envió luego sus mensajeros al emperador pidiéndole socorro, y por otro lado envió otros á varios príncipes sus feudatarios, como fueron al de Xicochimalco, Xalpan, Itztlotlan y otros.

Llegaron primero á Méjico los que habia despachado el señor de Huexutzinco, pidiendo socorro al rey Acamapichtli, quien al oir que Xiuhtlehui hacia la guerra á Culhua Tecuhtli, se admiró mucho de tan impensada novedad y repentina mudanza entre dos potencias que habian estado siempre tan unidas. Quedóse mucho rato suspenso sin saber qué responder, ni qué partido tomar en el estrecho en que se hallaba, porque con uno y otro tenia relacion de parentezco, mas inmediata con el Huexutzinca por su muger; pero aunque mas distante, era por consanguinidad con el tlaxcalteca, y á mas de esto era el tlaxcalteca tio del emperador.

La razon de este en defender su corona, y castigar unos vasallos revoltosos é infieles era de mucho peso: la del otro en procurar atajar la rapidez con que se iba elevando el vecino en poder y autoridad, quedando él expuesto á ser despojado de la suya, parece que se fundaba en buena política. Fluctuando, pues, entre estas dudas el rey de Méjico estuvo suspenso un gran rato, hasta que discurrió un medio con que le pareció quedar bien con entrambos sin auxiliar á ninguno.

Respondió á los embajadores que volviesen luego y dijesen á su señor, que prontamente le enviaria el socorro que pedia: sin dilacion mandó aprontar un buen grueso de tropas que marchase luego á Huexutzinco. Pero al mismo tiempo mandó llamar á dos señores principales, cuyos nombres no dicen, y les ordenó que partiesen sin dilacion á Tlaxcallan, y dijesen de su parte al rey Culhua Tecuhtli Quanex como el de Huexutzinco le habia pedido socorro de tropa con que hacerle la guerra; que él no habia podido escusarse de enviarlo, pero que iria con órden de no pelear contra los tlax-

caltecas, sino de mantenerse siempre reservada, de suerte que no seria mas que una apariencia de socorro; y en efecto esta misma órden dió á los gefes que la habian de ir mandando.

Partieron luego los embajadores á Tlaxcallan, y llegados a la presencia del rey Culhua Tecuhtli, dieron su embajada en estos términos, que traducen literalmente los historiadores del idioma mejicano al nuestro: „ Vos, señor de la alta cumbre de Tlaxcallan, sabed „ que somos mensajeros y embajadores del muy gran „ señor vuestro sobrino y pariente, que señorea y tie„ ne en guarda las aguas de la gran laguna de Tenuhc„ titlan, llamado Matlalihuitzin, quien nos envia á de„ cir y avisar que la gente de Huexutzinco y su caudi„ llo llamado Xiuhtlehuitecuhtli le ha enviado á pedir so„ corro, porque quiere venir sobre vosotros y moveros „ cruda guera; y ruega á este gran señor nuestro que „ á tí nos envia, lo favorezca y envie muchedumbre de „ gente, para que lo auxilie contra vosotros. El se la „ ha prometido, y se la empieza á enviar, pero de tal „ manera, que no le sea provechosa para efecto algu„ no, sino tan solamente que haga un alarde y aparien„ cia de socorro, sin que lleguen á combatir contra vo„ sotros; y nos envía á daros este aviso, para que esteis „ entendido que ni él, ni sus gentes vendrán á ofende„ ros, y por tanto os ruega que no seais contra los su„ yos, y que si hiciereis vuestros encantos (1), reserveis „ á los mejicanos y no les hagais daño." Agradeció mucho Culhua Tecuhtli Quanex la accion del rey de Mé-

(1) Así dice en ambos M. S.: tal vez deberia decir encuentros.—*E.*

jico, y respondió á sus embajadores con muchas expreciones de afecto, asegurándoles que los suyos no ofenderian en nada á los mejicanos, siempre que estos no se mezclasen en el combate.

No procedió de esta suerte el emperador con el Huexutzinca, sino que apénas oyó la embajada mandó aprontar sin dilacion un gran cuerpo de ejército, con órden de que marchasen inmediatamente al socorro de su tio, nombrando por general á un famoso capitan de experimentado valor y conducta llamado Chinametl, á quien entregó un hermoso vaso de alabastro, muy fino, primorosamente labrado, para que lo llevase y regalase en su nombre al rey Culhua Tecuhtli Quanex, asegurándole de su fiel amistad, y que á aquel socorro de gente seguirian otros que iria enviando.

Llegó Chinametl con su gente á vista de Tlaxcallan, que tenian ya sitiada los rebeldes, á los cuales se habian agregado las tropas de Huexutzinco, Chololla Tepeyacac, Quauhquecholan, Itzocan, Atlixco, y otros varios pequeños señores que habian entrado en la liga. Disputáronle el paso, y se trabó una escaramusa en que hubo algunos muertos, pero sin embargo á muy poca costa logró Chinametl entrar en la ciudad el socorro que presentó al rey, y le entregó el vaso de alabastro, haciéndole en nombre de su soberano las expresiones que le ordenó, á las que correspondió Culhua Tecuhtli con otras muy atentas, manifestando su estimacion y gratitud.

Tambien lograron entrar felizmente los demas socorros que habia enviado á pedir el rey á los otros señores que dije arriba, con lo que juntó dentro de su corte un ejército formidable; pero no era ménos numeroso

el de los sitiadores que continuamente se aumentaba con los refuerzos que les venian de toda la comarca.

CAPITULO XXIV.

Determinan los rebeldes asaltar la ciudad y envian á avisarlo á los sitiados. Supersticiones que estos practican por disposicion de sus sacerdotes. Dase el asalto general en que muere mucha gente de ambas partes, y queda la victoria por los sitiados. Piden perdon al rey los rebeldes, y se los otorga. Pídenle la paz las demas potencias, y se las concede. Pocos años despues muere el rey de Tlaxcallan, y deja dividido el reino entre sus dos hijos.

Cada dia se aumentaba el número de los sitiadores de la gran ciudad de Tlaxcallan; y aunque no habia accion de consecuencia, no dejaban los sitiadores de hacer sus tentativas ya por uno, ya por otro lado de la ciudad: mas los sitiados estaban alerta para rechazarlos, sin que la accion pasase á mayor empeño. Teniendo ya aquellos un ejército tan numeroso que, aunque nadie dice la suma á que llegaba, todos asientan que la multitud de gentes cubria todos los cerros y campos del contorno de la sierra de Matlalcueye, enviaron sus mensajeros á la ciudad, segun era entre ellos costumbre y política militar, haciendo saber á los sitiados que dentro de tres dias darian el asalto general por todas partes, para que estuviesen prevenidos á la defensa.

Respondieron los sitiados que viniesen en buena hora, que les hallarian prontos y prevenidos para rechazarlos. Entónces el rey mandó que todos ayunasen aquellos tres dias, y concurriesen cuatro veces al dia al templo de Camaxtle á hacer oracion y ofrecer sa-

crificios, que por entónces dicen que no eran otros que de codornizes, conejos y liebres, y las ofrendas papel cortado, espinas, abrojos, y la yerba llamada picietl, que es el tabaco de oja chica.

Para dar ejemplo, el rey salió luego de su palacio, acompañado de todos los señores de su corte, y se dirigió al templo, haciendo llevar una gran cantidad de varas tostadas, puntas de pedernal para flechas, plumas y aquellos nervios y correas de piel con que las ataban para formar las saetas, todo lo cual hizo poner ante el altar del ídolo, cubierto de ramas de laurel, y postrado en tierra comenzó á clamar con grandes voces y muchas lágrimas, pidiendo á su Dios que les socorriese en aquel conflicto, y pues habia mostrado hasta entónces su clemencia y amor para con ellos, dirigiéndoles y protegiéndoles en todas sus cosas, no se hiciese ahora sordo á sus clamores, sino que les ayudase, ostentando su gran poder para sacarlos victoriosos de sus enemigos, y que se dignase bendecir aquellas cañas, plumas, lengüetas y nervios de que habian de formarse las saetas, para que hiciesen grande estrago en ellos; y concluida su oracion ofreció algunos sacrificios de aves y animales, y muchos perfumes.

Estando en esto se levantó el sacerdote mayor, llamado Achautli, y les dijo que le habia hablado el Dios Camaxtle, asegurándole que los sacaria victoriosos de sus enemigos; pero que para esto habian de hacer una ceremonia que le habia ordenado, y para ella trajesen luego al templo á cierta doncella muy hermosa que habia en la ciudad, la cual tenia un pecho mayor que otro. Trágeronla luego, y el sacerdote le dió á beber cierto licor que tenia ya allí confecionado. Hí-

zola descubrir los pechos, y esprimiéndole el mayor salió de él una sola gota de leche, que recibió en un vaso muy preciado que habia en el templo, en que decian que bebia Camaxtle. Su hechura era semejante á la de un caliz pero en su material no están acordes los escritores. Unos dicen que era de madera negra como ébano muy lustrosa, otros que era de cierta especie de pedernal negro y trasparente, que se halla en muchas partes de este reino, y le llaman teotetl, que quiere decir *piedra de Dios*, de la cual labraban flechas y macanas. En este, pues, recibió la gota de leche, y le colocó sobre el altar del ídolo, cubriéndolo con ramas de laurel.

Atentos estaban todos á ver el efecto que esto producia, y de cuando en cuando se acercaba el sacerdote á reconocer el vaso, pero en todo aquel dia ni en la noche siguiente advirtió novedad alguna. Repitiéronse al otro dia los clamores, sacrificios, ofrendas y perfumes, y el sacerdote repetia incesantemente la diligencia de reconocer el vaso, en el cual solo hallaba la novedad de que aquella gota de leche se iba secando y consumiendo. Al tercer dia, que ya era el último, volvió el rey y todo el pueblo al templo á ofrecer los sacrificios é inciensos con mayores clamores y lágrimas; y entónces acercándose el sacerdote al vaso, estuvo un gran rato inclinado sobre el altar, y volviendo luego al pueblo les dijo que su Dios Camaxtle le habia hablado, y díchole que les asegurase del feliz éxito de la funcion; y para señas de ello se acercasen, y verian el vaso lleno hasta rebosar y derramarse sobre el altar de una espuma blanca en que se habia convertido la gota de leche de la doncella: que así mismo descubriesen las va-

ras, lengüetas y plumas que habian puesto allí, y hallarian que estaban hechas con ellas, y perfectamente acabadas, gran cantidad de flechas; que mojasen sus puntas en aquella espuma de leche, y fuesen á emplearlas contra sus enemigos, con el seguro de que cada una de ellas haria en ellos un horrible estrago. Pero que les mandaba Camaxtle que al primer prisionero que hiciesen lo tragesen luego á sacrificar á su templo.

Absortos y admirados quedaron todos á vista de tan maravillosos portentos como les hizo creer su venerable sacerdote: pero llenos de ánimo y valor para pelear, ciertos del vencimiento en la promesa de su Dios. Mojaron las puntas de las flechas en la espuma del vaso, y salieron con grandes alaridos y vocería tocando sus instrumentos músicos *teponaztli y tlapahuehuetl*, que eran los tambores, y el *tepuzquiquiztli*, que eran las trompetas ó pífanos que hacian de madera de diferentes hechuras y sonidos, caracoles y otros varios instrumentos con que hacian muchísimo ruido. A este tiempo vieron que se movian ya los enemigos, y venian con igual vocería y estruendo á dar el avanze á la ciudad por todos lados en tan crecido número, que cubrian toda la tierra. Solo las escuadras mejicanas se mantuvieron quietas sin moverse, puestas en órden sobre las sierras de Tlamacazcatzinco y Quauhtlicpac.

Ordenó el rey su tropa por todo el contorno de la ciudad, al mando de sus gefes y capitanes, dando las órdenes convenientes para recibir á los enemigos. Llegaron estos furiosos como á las diez de la mañana, y asaltaron la ciudad por todas partes. Trabóse el combate tan cruel y sangriento, que dicen sus historias que por las quebradas y barrancas corria la sangre como

agua llovediza, hasta que las mismas barrancas y quebradas se taparon y llenaron con los cadáveres (1). Al primer prisionero que hicieron los sitiados lo llevaron luego al templo de Camaxtle, como este lo habia mandado por boca de su sacerdote, á quien se lo entregaron, y este al punto lo abrió por un costado, y sacándole el corazon lo presentó á su Dios, poniéndolo sobre el altar con muchas súplicas y exclamaciones; luego mandó desollarlo, y que otro se vistiera la piel, y bailase con ella delante del ídolo hecho chipe, que este nombre daban á los que se vestian las pieles de los sacrificados.

Entretanto duraba el combate, y siempre mas sangriento. Peleaban unos y otros con bizarría, pero sin poder los sitiadores entrar por ningun lado á la ciudad, que defendian gallardamente los sitiados, aunque á costa de mucha sangre. El gran sacerdote continuaba sus clamores con mayor esfuerzo y eficacia ante el altar de su Dios; y viendo que iba ya el sol á ponerse, y duraba el combate con igual ardor, tomó una flecha, y mojándola en la espuma del vaso, la disparó al aire contra los enemigos, diciendo ciertas fórmulas de maldiciones é imprecaciones, y haciendo tender en el suelo al Chipe, que era el que tenia vestida la piel del sa-

(1) Esta exageracion es muy propia de los que suponian que en una guerra de tres años habian perecido cerca de seis millones de hombres. La credulidad de los antiguos escritores, inclusos los griegos y romanos, admitia sin exámen los hechos mas inverosímiles. Así es que los segundos nos refieren con mucha seriedad que despues de la batalla de Cánnas envió Annibal á Cartago tres fanegas de anillos de oro, pertenecientes á solo los caballeros romanos muertos en ella. Véase la nota de la página 297 del tomo I.—*E.*

crificado, vertió sobre él todo el vaso de la leche. Al punto se extendió una niebla tan espesa y oscura, que no se veian ni distinguian; y confundidos los enemigos comenzaron á embestirse entre sí, y á matarse unos con otros, con tal furia y horror, que en poco tiempo pereció la mayor parte de ellos, y dejando cubiertas de cadáveres las faldas de la sierra y todas las campañas de su contorno, se retiraron al anochecer los que escaparon, quedando la victoria por los sitiados, que aunque perdieron mucha gente, no fué la centésima parte de la que perdieron los enemigos, de los que hicieron muchísimos prisioneros. No dejaron memoria del dia en que se dió esta funcion, pero sí del carácter del año, que asientan contestes haber sido el de nueve pedernales, que segun mis cómputos corresponde al de 1384. Los mejicanos que solo habian estado mirando el combate desde sus alturas, visto su fin, se volvieron luego á Méjico. A la mañana siguiente, que amaneció clara y despejada, no se vió por todo el contorno de la sierra enemigo alguno vivo, porque todos se habian retirado á sus poblaciones, pero sí innumerables muertos; y así salieron de la ciudad todos los moradores, hasta los viejos, mugeres y niños á aprovecharse del despojo que fué muy copioso.

Fué tan grande la pérdida de los enemigos, y tanto el horror y espanto que concibieron, que ya los rebeldes no pensaron mas que en solicitar el perdon, y pedir clemencia al rey de Tlaxcallan, entregándosele enteramente, y protestando la enmienda. Vinieron luego de todas las poblaciones rebeladas unos en pos de otros á la ciudad de Tlaxcallan, y postrados en presencia de su soberano le pidieron perdon, con muchas

lágrimas y promesas de serle fieles en adelante, obedecer en todo y cumplir sus órdenes, venerándole como á su supremo monarca.

Admitiólos benignamente el rey, y les concedió el perdon general, mandándoles que se restituyesen á sus poblaciones, y viviesen en ellas sujetos á los gobernadores de ellas; y que si en alguna ocasion se creyesen agraviados de sus providencias ocurriesen á él, que les guardaria justicia. A los señores y gobernadores mandó que volviesen á sus respectivos pueblos, y continuasen como ántes en sus gobiernos y señoríos, mirando á sus súbditos con mucho amor, y procurándoles todo bien. Las potencias que habian entrado en la liga no pensaron tan poco otra cosa que en reconciliarse con el tlaxcalteca, y procurar ganar su amistad. El primero fué Xiuhtlehuitecuhtli, señor de Huexutzinco, que envió sus embajadores, procurando disculpar su hecho, pidiéndole perdon, y prometiendo guardarle en adelante una fiel amistad, como la habian mantenido hasta entónces. Recibidos benignamente por Culhua Tecuhtli, y oidas sus disculpas y protestas, les dió sus quejas del irregular proceder de su señor, que sin motivo ni causa alguna rompió una paz y alianza entre las dos monarquías que habia permanecido ilesa desde que se fundaron, mirándose uno á otro como hermanos, y esto sin guardar la política de la guerra, en hacer ántes la declaracion, y dar tiempo á las prevenciones, y con la notable circunstancia de proteger y aliarse con sus rebeldes vasallos, conspirando á su total ruina. Pero que sin embargo le perdonaba estas culpas, y volvia á admitirlo como ántes á su amistad.

A ejemplo del Huexutzinca fueron viniendo men-

sajeros de las otras potencias de Chololan, Tepeyacac, Quauhquecholan, Itzocan, Quauhticlan, Totomihuacan, Tecamachalco, Quecholac, Teocalco y otros muchos. A todos los recibió Culhua Tecuhtli con mucha benevolencia, les dió sus quejas y reprendió su accion, pero á todos los admitió á su amistad.

Despues de esto despidió las tropas auxiliares con muchas expresiones de gratitud para sus respectivos señores; y sin embargo de que todos iban ricos con los despojos, procuró regalarlos, especialmente á los gefes, y mas que todos á Chinametl, comandante de las tropas imperiales, á quien encargó llevase de su parte al emperador un gran regalo en correspondencia del vaso de alabastro que le trajo. No dicen de qué se componia este regalo, pero sin duda seria de cosas preciosas y estimables, correspondientes así á la persona á quien iba como á la que lo enviaba, que con esta demostracion procuraba manifestar su agradecimiento. Todos partieron satisfechos y contentos, y él quedó ufano y victorioso, logrando en adelante paz y tranquilidad con mayor aumento de autoridad y grandeza.

No sobrevivió mucho Culhua Tecuhtli Quanex á esta victoria, porque pocos años despues murió, aunque no señalan el de su muerte. Aquí hay una notable discordancia entre los autores; pues unos dicen que ántes de morir dividió su reino con un hermano suyo llamado Teyohualminqui, partiendo tambien con él la ciudad capital, y haciéndole señor del nuevo barrio de Ocotelulco, con otras muchas poblaciones por aquel lado, de las cuales percibiese los tributos y rentas, para su subsistencia. Hízolo asimismo su colega en el gobierno, de suerte que ninguno de los dos pudiese re-

solver cosa alguna sin el concurso y consentimiento del otro; y asientan que este fué el principio de esta famosa república.

Otros dicen que al morir Culhua Tecuhtli hizo esta division entre sus dos hijos, de los cuales al mayor, á quien las historias chichimecas llaman Mitlque, que significa *saeta*, y las tlaxcaltecas Texchallihuehue, que quiere decir *el tlaxcalteca anciano*, dejó la mitad de la capital, que era el barrio de Tepeticpac; y al segundo llamado Cuicuetzcatl, que significa *golondrina*, la otra mitad que era el barrio Ocotelulco, para que juntos mandasen el reino. Este Cuicuetzcatl dicen que vivió poco tiempo, y le sucedió su hijo llamado Papalotl, que quiere decir *mariposa*, á quien heredó su hermano Teyohualminqui, que interpretan *el famoso guerrero que mata*, porque fué muy valiente y esforzado; y por eso no haciendo cuenta del poco tiempo que reinaron el padre y abuelo, toman el principio del señorío de Ocotelulco del dicho Teyohualminqui.

Otros finalmente dicen que habiendo heredado el rey Mitl, ó Texchallihuehue, primogénito de Culhua Tecuhtli, este partió el reino con su hermano en la forma que queda dicho. La segunda opinion me parece mas probable y verosímil que la tercera, y la primera absolutamente falsa; porque siendo Culhua Tecuhtli Quanex el mismo que Xiuhquetzaltzin, infante de Tezcoco, como se verifica por muchos pasages de la historia, es constante que no tenia tal hermano; porque sabemos por las historias chichimecas quienes y cuantos fueron los hijos del emperador Tlotzin Pochotl, y sus destinos, y ninguno pudo ser este Teyohualminqui ó Cuicuetzcatl, y así tengo por mas cierto que al morir Culhua Tecuhtli dejase dispuesta esta division entre sus dos hijos.

CAPITULO XXV.

Convoca segundas cortes el emperador, en que se tratan varios asuntos tocantes al gobierno, y hace reconocer en ellas por sucesor al príncipe Ixtlixochitl. Muere el rey de Tlatelolco y le sucede su primogénito. Casa el príncipe Ixtlixochitl con la infanta de Azcapuzalco, y la repudia. Casa despues con la infanta de Méjico, y se da noticia de su sucesion. Muere el rey de Méjico, y eligen en su lugar á su hijo primogénito Huitzilihuitl.

En el año de seis conejos que corresponde al de 1394, convocó el emperador Techotlalatzin segundas cortes en la suya de Tezcoco, á que concurrieron setenta y tres reyes y señores, que fueron los veinte y siete que dejamos referidos en el capítulo XXI de este libro, á los que se agregaron otros cuarenta y seis: los mas de ellos eran hechuras suyas, habiéndoles dado estados y señoríos, y condecorado á todos con la dignidad y caballería de tecuhtli.

Estos eran los siguientes: Totoquihuaztli, primero de este nombre, señor de Tlacopan: el segundo de Tolocan: el de Acapiztlan: Puitlahuatzin, primero del nombre, señor de Iztapalapan: el señor de Huitzilopoxco: el señor de Mexicatzinco: el señor de Quauhnahuac: el señor de Mazatepec: el señor de Xochitepec: el señor de Zacatepec: Cohuatecatzin, señor de Xiuhtepec: el señor de Contlan: el señor de Tlatlamatlacco: el señor de Texocoac: el señor de Tzacoalco: el de Chichinquahuazco: el de Tepetla: el de Petlaco: el de Tlatanexco: el de Tochimilco: el de Tlacuacui-

tlapilco: el de Ayotzingo: el de Itzocan: el de Atlixco: el de Quiahuiztlan: el de Xaltepetlapan: el de Xalatzinco: el de Totomihuacan: el de Teocalco: el de Techatopan: el de Topoyanco: el de Xantocanteapasco: el de Hueimollan: el de Xicotepec: Quauhquetzaltzin, señor de Otopam: Aculhua, señor de Teotihuacan: Tochintzin, señor de Chiauhnauhtlan: Xamettzin, señor de Tepechpan: Tlaltecatzin, señor de Tezoyocan: el señor de Meztitlan, hijo de Tzompantzin: el destronado de Xaltocan: el de Tototepec: el de Tollan: Huipilmanatzin, señor de Chauhtla: Tecauhtlatohuatzin, señor de Papalotlan: y Ixtlacoltzin, señor de Tepetlaoztoc.

Tratáronse en esta corte muchos puntos conducentes al gobierno, especialmente en dos asuntos, que fueron uno de tributos y tributarios, dividiendo clases y proporcionando los impuestos, para aliviar algunos pueblos que estaban muy gravados, y gravar mas á otros que no contribuian respectivamente, lo que les correspondia, y el otro la graduacion de los señoríos, y órden diverso que debia guardarse en ellos, tanto para la sucesion, como para el gobierno, y para el modo de juzgar y sentenciar las causas. Con este motivo dicen que Techotlalatzin instituyó en esta ocasion ciertas nuevas leyes conducentes á los dichos asuntos, pero no especifican las que fueron, y así no se puede saber con individualidad el reglamento que por entónces se hizo en estas materias, y respecto á que su policía y gobierno, tanto en ellas, como en otras, no llegó á su mayor perfeccion hasta el reinado del emperador Nezahualcoyotl, reservo para entónces el dar la completa noticia de todo lo respectivo á sus tribunales,

jueces y leyes, exaccion de tributos y su distribucion, y de todo lo demas perteneciente á su gobierno.

Tambien miró la política del monarca en la convocacion de estas cortes á asegurar en su hijo la sucesion del reino, dándole á conocer en ellas, y haciéndole reconocer de todos aquellos príncipes y señores por su legítimo heredero y sucesor en el trono, lo que efectivamente se ejecutó, y fué Ixtlixochitl solemnemente reconocido por legítimo inmediato sucesor á la corona.

Con haber extendido sus dominios los reyes de Tlatelolco y Mexico Tenuhctitlan, se dedicaron uno y otro con mayor esmero á dilatar y hermosear sus capitales, de suerte que llegaban ya casi á unirse las dos poblaciones, cuyo terreno por naturaleza lo estaba por medio de un istmo de tierra angosto que corria de una á otra isleta, y solo se descubria cuando menguaban las aguas de la laguna, quedando enteramente anegado en tiempo de aguas, que era cuando crecia. Mas como quiera que con la industria de las chinampas habian dilatado su sitio por uno y otro lado, y estaban ya tan inmediatos los unos á los otros, no parecian dos, sino una sola poblacion.

Al mismo tiempo habian procurado uno y otro establecer, tanto en sus capitales como en todos sus dominios, la mejor policía, á usanza de la nacion tolteca, en el ejercicio de las artes y ciencias que conocian, y en la agricultura no solo por lo que mira al cultivo de las plantas útiles, sino tambien de las deliciosas, en abundancia y diversidad de flores; y finalmente en el ejercicio de la religion, en la observancia de las leyes, que renovaron y establecieron, y en la disciplina militar. Reinó Mixcohuatl en Tlatelolco setenta y cinco

años, y en el de 1400, señalado con el geroglifico de doce pedernales, murió con universal sentimiento y lágrimas de sus vasallos, y le sucedió en el reino su hijo primogénito Quaquauhpitzahuac.

El príncipe Ixtlixochitl, que segun el cómputo que dejo sentado al capítulo XX se acercaba ya á los sesenta años de edad, se habia mantenido sin casarse, divertido con la multitud de concubinas de que se habia cargado, á usanza de la nacion tolteca, que introdujo en la chichimeca esta costumbre; y aunque los príncipes y señores se habian conservado mucho tiempo exentos de ella, ya por estos tiempos habia llegado á infestar hasta el trono esta corrupcion.

Tenia el príncipe varios hijos en las concubinas, pero carecia de sucesion legítima que le heredase en el reino. Por lo que el emperador su padre le obligó á que se casase, destinándole para esposa una hija del rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco, llamada Tecpatlxochitl. Pidióla á su padre por medio de sus embajadores con las acostumbradas ceremonias, y obtenido su beneplácito, fué conducida por ellos á Tezcoco, y se celebraron solemnemente los desposorios. Túvola algunos dias el príncipe en su compañía, sin consumar el matrimonio, al cabo de los cuales dijo al emperador que el genio y modales de la infanta no le agradaban ni se conformaban con el suyo, y así habia de permitirle que la devolviese á sus padres, puesto que estaba vírgen, sin que hubiese llegado á ella. Repugnólo al principio el emperador, atribuyendo esta resolucion á induccion de las concubinas; pero finalmente hubo de condescender en ello, mas con la expresa calidad de que eligiese otra de su gusto con quien desposarse.

Devolvió con efecto á Tecpatlxochitl á Azcapuzalco, cuyo rey Tetzotzomoc sintió vivamente el desaire de su hija; mas disimuló por entónces su enojo, guardándolo en su corazon, para manifestarlo en mejor ocasion.

El príncipe Ixtlixochitl, por obedecer á su padre, se desposó poco despues con Matlachicatzin, como la llaman los historiadores chichimecas y mejicanos, ó Quetzalcihuatzin, como la nombran los tlaxcaltecas, infanta de Méjico, hija de su rey Acamapichtli, celebrándose estos deposorios con las fiestas y regocijos que acostumbraban; mas no señalan el año en que se efectuaron.

De esta union fué el primer fruto una hija, á quien dieron el nombre de Tozquentzin Atototzin, de la que tambien callan los escritores el año en que nació, y solo señalan con gran puntualidad el del nacimiento del príncipe que dió á luz despues, á quien dieron el nombre de Nezahualcoyotl, que significa *coyote en ayunas.* Coyote es un animal, tercer especie de entre zorra y lobo, que abunda mucho en estos paises. Este pues dicen que nació el año de un conejo, que corresponde al de 1402, al salir el sol la mañana del último dia del sexto mes de su año llamado Tozcotzintli, que se interpreta *ayuno pequeño*, y señalado con el geroglífico del venado en el número diez, por haber sido el décimo dia, de la semana. Es puntualísima esta noticia, y concuerda perfectamente con los cómputos que sigo, y corresponde al dia primero de junio de 1402.

Sobre el nacimiento de este príncipe y sus circunstancias hicieron los astrólogos y sabios judiciarios muchas observaciones, pronósticos y predicciones, erró-

den á las persecuciones y trabajos que padeceria, y al valor, fortaleza y constancia de su ánimo en superarlas, ganándose por sus heroicos hechos un ilustre nombre. Luego que nació le señaló el emperador su abuelo las rentas de varios pueblos para los gastos de su crianza, y le dió por ayo á un caballero tolteca que era á la sazon muy aplaudido y estimado por su sabiduría, y universal instruccion en todas las ciencias y artes que hasta entónces conocian y practicaban, y singularmente en la astrología y adivinacion, llamado Huitzilihuitzin.

No tuvo Ixtlixochitl mas hijos legítimos que estos dos que dejo nombrados, pero tuvo muchos otros naturales habidos en el gran número de concubinas que tuvo, habiéndose introducido, como ya dije, esta mala costumbre, que trajeron algunas de las naciones que vinieron á estas regiones en los últimos tiempos, especialmente los mejicanos y demas descendientes de los antiguos toltecas, en quienes permanecia la propension á la sensualidad, nacida en el reinado de Topiltzin que fué la causa de su ruina, y de la destruccion de su reino; y aunque la nacion chichimeca, y especialmente sus monarcas, habian observado su antigua costumbre de no tener mas de una muger, el mal ejemplo de los vecinos habia arrastrado al comun del pueblo á abandonarla, y pasando de la gente comun á la principal, llegó finalmente en estos tiempos hasta la casa real, siendo este príncipe Ixtlixochitl el primero de quien nos dicen que ántes y despues de casado tuvo muchas concubinas, en las que tuvo otros varios hijos naturales. Pero para la sucesion en los estados prefirieron siempre los legítimos.

Este mismo año de 1402 (á ocho de diciembre se-

gun afirma Sigüenza) murió Acamapichtli, primer rey de Méjico Tenuhctitlan, y segundo en el nombre de Culhuacan, á los cuarenta y un años de reinado, con universal sentimiento de sus vasallos, que perdieron en él un príncipe tan sabio, afable, y benigno en la paz, como diestro y valiente en la guerra. Despues de haberle sepultado con la pompa debida á su dignidad, se juntaron los sacerdotes y señores mas principales y ancianos, que componian el consejo ó senado supremo de la nacion, para elegir nuevo rey, y volvieron nuevamente á suscitarse las pretensiones de los sacerdotes para empuñar el mando, queriendo que gobernase el senado, y solo se eligiese un caudillo para el mando de las armas, siempre subordinado al mismo senado, y dependiente de sus órdenes. Tenian á su favor muchos votos, mas tambien eran muchos los que se oponian á esto; y bien hallados con el gobierno monárquico, instaban por la eleccion de nuevo rey.

Disputóse mucho el punto, multiplicándose las juntas y conferencias; pero finalmente venció el partido de los que pedian rey, y á los cuatro meses de interregno, en diez y nueve de abril del año de 1403, señalado con el geroglífico de dos cañas, fué electo Huitzilihuitl, que interpretan *pajarito de rica pluma*, y alegóricamente querian significar, *jóven de alto talento.* Era hijo primogénito del difunto, y en quien por derecho hereditario habia recaido tambien la corona de Culhuacan. Aunque mozo, manifestaba en sus acciones la madurez, cordura, valor y demas prendas que podian desear en su soberano; y no les engañó su concepto, porque fué uno de los mas sabios reyes que tuvieron.

Pasó luego el senado á saludarle, y á darle la noticia de su eleccion, la que recibió con demostraciones de gratitud y benevolencia, ofreciendo dedicarse con el mayor esmero al gobierno en beneficio de su pueblo; y haciéndole luego todos el homenage de obediencia, se celebró solemnemente su coronacion, y habiendo dado cuenta de su eleccion al emperador y al rey de Azcapuzalco, uno y otro la aprobaron y confirmaron.

Para dejar contento al partido contrario determinaron elegir tambien un caudillo, general de las armas, que fuese el primer personage del reino despues del rey, al cual y al senado de los ancianos habia de estar subordinado. Tenia Huitzilihuitl dos hermanos, uno menor que él, pero hijo legítimo de Acamapichtli y Tezcatlamiahuatl su esposa, llamado Chimalpopoca: el otro era bastardo, que le hubo Acamapichtli en una esclava suya aunque de sangre ilustre, llamado Itzcohuatl Quatlecohuatzin: era de mas edad, pero tambien mozo de gallarda presencia, de mucho valor y conducta, con que se habia ganado gran fama y aplauso. En este, pues, recayó la eleccion de general de las armas, con el dictado de Tlacochalcatl que lo significa, con general aplauso de toda la nacion, que no se engañó en la eleccion, porque supo desempeñarla bizarramente, como verémos adelante, y fué despues uno de los mayores reyes que tuvieron.

CAPITULO XXVI.

Dase noticia del casamiento del rey de Méjico con la infanta de Azcapuzalco. Nacimiento de su primogénito Moteuhzuma, con cuyo motivo el rey de Azcapuzalco liberta de tributos á los mejicanos. Casamiento del rey de Tlatelolco: sabias providencias del rey de Méjico.

Era muy mozo Huitzilihuitl cuando los mejicanos le eligieron por su rey. Hallábase todavía sin estado, y el senado le propuso que era ya tiempo de que eligiese esposa, y que le parecia conveniente que esta fuese la infanta Miahuaxochitl, hija del rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco, su prima segunda. Convino luego en ello, tanto por ser la alianza muy correspondiente á su persona, como por ser á gusto y eleccion del senado, y desde luego nombró á algunos de aquellos mas respetables varones de su mismo cuerpo, para que en nombre suyo, del senado y pueblo la pidiesen á su padre.

Partieron luego, y llegados á presencia del rey Tetzotzomoc, dijeron de esta suerte: „Señor, y rey „ poderoso, aquí venimos ante tu grandeza, postrados „ y humillados hasta la tierra, á pedirte una gran mer- „ ced; porque ¿á quién hemos de acudir sino á tí los „ que nos confesamos y gloriamos de ser tus vasallos y „ esclavos, y esperando tus reales mandatos estamos „ siempre pendientes de tus labios, para cumplir los „ deseos de tu corazon? Esto supuesto, señor, el ne- „ gocio á que venimos de parte de tus siervos los ancia-

„ nos mejicanos, y de tu hijo y criado su rey Huitzili-
„ huitl, que los gobierna y manda entre aquellos espe-
„ sos carrizales, es el que apiadándose del dicho rey,
„ que se halla soltero, abras tu real mano, y le enri-
„ quezcas con una de tus joyas, plumas ricas, y pie-
„ dras preciosas, que son tus hijas, para que vayan,
„ no á tierra extraña, sino á la suya propia, á tener
„ el mando y dominio de toda ella, sentada al lado de
„ su rey. Esto te suplican humildes y rendidos, para
„ que llenes de regocijo sus corazones."

Muy atento escuchó Tetzotzomoc la embajada de los mejicanos, y pagado de su elocuencia y rendimientos, les respondió: „ Me han agradado tanto, ó meji-
„ canos, vuestras palabras y humildes expresiones, que
„ no tengo otra respuesta que daros sino conceder vues-
„ tra peticion, dejando en vuestras manos la eleccion de
„ la que quereis de mis hijas para esposa de vuestro rey."
„ Siendo, pues, tanta," dijeron ellos „ vuestra benig-
„ nidad para con vuestros siervos, que dejais en su ar-
„ bitrio la eleccion, la que desean para su señora y rei-
„ na es la piedra preciosa de tu hija Miahuaxochitl."
„ Yo os la otorgo" respondió el rey „ con mucho gusto
„ de mi corazon;" y mandándola venir á su presencia les hizo entrega de ella, segun tenian de costumbre; y ellos muy gozosos la condujeron con el mayor obsequio y aplauso á la ciudad de Méjico Tenuhctitlan, donde se celebraron luego los desposorios con universal regocijo, aclamacion y fiestas.

Al año de su matrimonio en el de 1404, señalado con el geroglífico de tres pedernales, dió á luz la reina un príncipe á quien pusieron por nombre Moteuhzuma. Luego que nació, envió el rey Huitzilihuitl á participar

la noticia á su suegro el rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco con algunos de los senadores mas ancianos y respetables, los cuales, llegados á presencia de Tetzotzomoc, le hicieron una elocuente arenga, dándole la noticia del nacimiento del príncipe, y la enhorabuena en nombre de su soberano. Mucho se complació Tetzotzomoc al ver el pomposo aparato, y al oir la bien ordenada y elocuente arenga de los ancianos, y habiéndoles respondido con las expresiones correspondientes de gratitud, y demostracion de júbilo que la ocasion pedia, mandóles hacer algunos regalos, y les previno dijesen á su soberano que inmediatamente le enviaria sus embajadores que en su nombre le diesen la enhorabuena.

Partieron contentos los ancianos, y llegados á Méjico, apénas tuvieron tiempo para dar cuenta al rey de su embajada, porque á poco rato llegó el mismo Tetzotzomoc acompañado de toda su corte, todos magníficamente adornados á su usanza á dar la enhorabuena al rey, á visitar á su hija, y conocer á su nieto. Fué recibido con el decoro debido á su grandeza, mas no con el acompañamiento correspondiente por lo inopinado de su venida.

Despues de los primeros saludos y enhorabuenas mutuas de los monarcas, dijo el de Azcapuzalco al de Méjico que hiciese juntar su consejo, y convocase toda la nobleza de su corte, porque tenia que hablarles. Juntáronse todos en breve rato, y teniéndolos presentes les dijo: „Bien sabeis, ó valerosos mejicanos, que el sitio „en que estais poblados os le dió mi difunto padre con „la condicion de tributarle anualmente, no solo de to„dos los frutos de pezca y caza de que os aprovechais „en esta laguna, sino tambien de los que vuestra indus-

„tria recogiese en las sementeras y plantíos que haceis „sobre vuestras chinampas, los que se han ido aumen-„tando á proporcion que ha crecido vuestra poblacion, „y se han adelantado vuestras sementeras; y les habeis „pagado puntualmente, con mas los que extraordina-„riamente se os han pedido, ó para las funciones parti-„culares de mi casa, ó para mi diversion. Sé que os „considerais gravados, y que os parece pesada esta car-„ga, que si bien fué justa en su imposicion, por la do-„nacion que se os hizo de la tierra, para que en todo „tiempo reconocieseis el directo dominio de ella en los „reyes de Azcapuzalco, considerandoos extrangeros y „advenedizos, el dia de hoy que ya por la union de los „matrimonios somos todos unos, y debemos mirarnos co-„mo hermanos, no me parece justo dejaros gemir deba-„jo de este pesado yugo, que no puede dejar de ser sen-„sible á vuestro rey; y queriendo daros una prueba de „mi amor y benevolencia, tanto para con él como para „con vosotros, y daros unas albricias en demostracion „de mi regocijo por el nacimiento de vuestro príncipe, „que alcancen á todos en comun, y á cada uno en par-„ticular, he resuelto libertaros, y efectivamente os li-„berto de esta pesada contribucion, haciéndoos francos „y libres, para que vivais alegres y contentos, dueños „de vuestras tierras, y gozando por entero del fruto de „vuestro trabajo, sin otra pension que la de enviar una „corta cantidad de patos y peces, de los que se cazan „y pezcan en comunidad, para el regalo de mi mesa. „Espero de vuestra leal correspondencia que no olvida-„reis el beneficio recibido del rey mi padre, y el que „ahora os hago yo, sino que unidos siempre á mis tec-„panecas, y mirándolos como hermanos vuestros, les

„ayudareis en todo, como ellos lo harán con vosotros „en cualesquier trance, de paz ó de guerra."

Mucho regocijo causó á los mejicanos esta accion de Tetzotzomoc; porque á la verdad se hallaban sumamente recargados de contribuciones, que cada dia se aumentaban; y tomando la voz uno de aquellos senadores ancianos y mas respetables, dió las gracias por todos al rey de Azcapuzalco, con todas las expresiones mas reverentes, gratas y alegres que facilmente le ministró su elocuente idioma nahuatl. Desde entónces comenzaron á respirar los mejicanos, á aumentarse su ciudad y reino y á florecer mas en ella sus ciencias y artes, su policía y religion.

Por estos mismos tiempos, aunque no señalan el año, casó tambien Quaquauhpitzahuao rey de Tlatelolco con Coaxochitzin, señora principal de la casa de los reyes de Cohuatlican, en la que tuvo tres hijos que fueron Amantzin, Tlacateotzin, y la última hembra, llamada Matlalatzin, que casó despues con Chimalpopoca, tercer rey de Méjico Tenuhctitlan, hermano de Huitzilihuitl, como dirémos adelante.

Luego que Huitzilihuitl comenzó á gobernar, se dedicó enteramente á procurar á sus vasallos el mayor beneficio y utilidad que les podia proporcionar con las sabias máximas que concibió su hábil talento; y conociendo la grande utilidad que habia de producirles el tener abundancia de embarcaciones con que navegar y traficar no solo dentro de la ciudad, sino en toda la laguna, dió luego las mas prontas y oportunas providencias para proveer á todos sus súbditos de un prodigioso número de canoas; y para que correspondiesen los efectos á sus deseos, les obligó con la dádiva de

ellas á adiestrarse en su manejo, así en el ejercicio de la pesca, como en el tráfico mercantil, para conducir los frutos y flores de sus chinampas á otras poblaciones, en donde siendo apreciables las permutaban por aquellas cosas de que ellos carecian, las que á beneficio de las mismas canoas conducian mas fácil y prontamente á su capital, siendo entre ellas la piedra, cal, arena y madera de las mas principales y necesarias para la fábrica de sus edificios, con que aumentaron y ennoblecieron á su ciudad.

No paraba en esto solo la sabia máxima del rey, sino que adelantándose á mayor beneficio, luego que los vió diestros en el manejo de las embarcaciones, tomó el empeño de adiestrarlos en un nuevo ejercicio militar, para pelear en las mismas canoas con órden y método arreglado, que hasta entónces no conocian, sin descuidarse por esto de ejercitarlos tambien por tierra en el manejo de las armas, con cierto método y arte de escuadronar que ideó, y fué el primero que los arregló de esta suerte, para no embestir atropados y confusamente como hasta entónces habian practicado, y asímismo á recibir en buen órden el avanze de los enemigos.

Pero su principal esmero consistió en hacer observar las leyes y castigar los delitos, renovando unas, aboliendo otras que no eran adaptadas al tiempo y circunstancias presentes, y publicando otras de nuevo, dirigidas á embarazar los robos y usurpaciones, á reformar la modestia y compostura debida en hombres y mugeres, y principalmente en los sacerdotes, y á ordenar el modo de contribuciones de su pueblo, tanto en su reino hereditario de Culhuacan, como en el de

Méjico; por lo que justamente le numeran entre los legisladores de este nuevo mundo.

CAPITULO XXVII.

Venida de las naciones Metzitzin, Culhuaques, Huitznahuaques y Tecpanecas, y sus establecimientos. Muerte del emperador Techotlalatzin, y sus exequias.

En el año de 1405, que señalaron con el geroglífico de cuatro casas, llegaron á estas regiones otras cuatro cuadrillas de pobladores de la misma nacion tolteca: las tres de ellas venian de la costa del Sur, y tierras de Culhuacan, mas adelante de Xalisco, y la otra de Michohuacan. Esta era de aquellos aztlanecas mexicas que dijimos que se habian quedado en Michohuacan cuando los otros pasaron hasta estas tierras, y así llamaron á esta cuadrilla metzintzin ó mexicas, cuyo caudillo se llamaba Tenahuacatzin.

De las otras, la primera llamada de los culhuaques traia por caudillo á Nauhyotl; la segunda llamada huitznahuaque traia por caudillo á Tlaminatzin; y la tercera era llamada tecpaneca, porque efectivamente era de los mismos tecpanecas que vinieron con Aculhua, y poblaron á Azcapuzalco, cuyo caudillo se llamaba Achitometl.

Todos eran gente sabia y bien instruida en la policía tolteca, y los mexicas traian la misma religion que sus compatriotas. Los culhuaques y huitznahuaques eran de una gran ciudad llamada Tlaxicalincan en la tierra de Cibola, en donde habian tenido ciertos

bandos y rebeliones en que fueron vencidos, y huyeron hácia estas partes.

Presentáronse al emperador, pidiéndole tierra en que poblarse. Recibiólos benignamente; pero estaba la tierra tan poblada, que no habia sitio ni terreno separado que poderles asignar, y así á los metzitzin ó mexicas los envió al rey Huitzilihuitl, para que los admitiese en sus dominios, avecindándose en ellos y recibiéndoles por sus vasallos, puesto que eran de una misma nacion que los mejicanos. Fueron muy bien admitidos así por el rey como por sus compatriotas, y con su venida tuvo un grande incremento, no solo la ciudad de Méjico donde se avecindó la mayor parte de ellos, sino tambien las otras poblaciones del mismo estado y del reino de Culhuacan, donde se agregaron los restantes.

Lo mismo ejecutó con los tecpanecas, enviándolos al rey de Azcapuzalco, de quien fueron igualmente bien admitidos que de sus vasallos; habiéndose avecindado la mayor parte de ellos en la misma capital, tomó esta tambien un aumento tan grande, que despues de la corte de Tezcoco no habia otra de igual extension.

A las otras dos cuadrillas de culhuaques, y huitznahuaques las señaló terreno en que se poblasen, en las inmediaciones de su corte de Tezcoco, con separacion la una de la otra, como lo ejecutaron, y en los tiempos sucesivos llegaron á unirse con la ciudad y á numerarse entre sus barrios.

Cuatro años despues de la venida de estas cuadrillas, en uno señalado con el carácter de ocho casas, que corresponde puntualmente al de 1409 dicen que hallán-

dose el emperador Techotlalatzin en su palacio de Oztoticpac, uno de los que tenia en su corte de Tezcoco, le acometió un accidente que al principio pareció ligero, pero en pocas horas se declaró su gravedad, y conociéndola el monarca, y que se acercaba su fin, habló al príncipe Ixtlixochitl su hijo que estaba presente en esta manera: „ hijo mio muy amado, yo muero, y llega „ ya el fin de mis dias y de mi imperio. Este ha de „ quedar en vuestras manos, y para que podais gozar- „ le con seguridad, y pasarlo á vuestros hijos, me es „ preciso advertiros que el rey Tetzotzomoc de Azcapu- „ zalco, hombre astuto y ambicioso, con el largo tiem- „ po que ha reinado se ha conciliado la veneracion y el „ respeto de muchos señores, que unos por amor, y „ otros por temor, han de seguir ciegamente sus dictá- „ menes. Yo que conozco bien su altivez, temo que „ reuse daros obediencia, y reconoceros por supremo „ señor, porque sois mozo, y él anciano. Por esto con- „ viene portaros con mucha prudencia y cordura, tra- „ tándole con mayor atencion y respeto del que corres- „ ponde, atento á su mayor edad, tolerando y disimu- „ lando cuanto se pueda, hasta que ganeis las volunta- „ des de los príncipes y señores principales del imperio, „ y podais de este modo afianzaros en el trono. No es „ ménos importante el que os asegureis del amor y leal- „ tad de vuestros vasallos, y esto lo conseguireis mirán- „ dolos y atendiéndolos como si fuesen vuestros propios „ hijos, haciendo que se observen las leyes, premiando „ al bueno y castigando al malo, y siguiendo en todo „ las máximas y ejemplos de vuestros mayores.”

Concluido su razonamiento cerró los ojos, y á poco rato espiró: no señalan el dia, pero dicen que fué á los

fines de dicho año de 1409. Don Fernando de Alba dice que murió de ciento y cincuenta años de edad, y reinó ciento y cuatro: esto segundo es error manifiesto, aun en el caso de admitir cualquiera de los años en que variamente señala en sus relaciones la muerte del emperador Quinantzin su padre, las que no admito; y segun los cómputos que dejo sentados solo reinó cincuenta y dos años. En cuanto á la edad no he hallado monumento alguno, ni noticia por donde poder señalarla con fijeza, porque la primera vez que se habla de este príncipe es en la rebelion de sus hermanos contra su padre, que segun dejamos sentado al capítulo XIX, fué el año de 1350, y entónces se dice que era el menor de los hermanos. Pero segun mi cómputo en que dejo establecido el nacimiento de su hijo primogénito Ixtlixochitl el año de 1338, despues de haber esperado treinta y dos años para que su esposa Iztquentzin cumpliese los cuarenta de edad para consumar el matrimonio, y dándole á él de diez y ocho á veinte cuando lo contrajo, pudo acercarse á los ciento veinte y cinco años.

Luego que murió despachó el príncipe Ixtlixochitl sus mensajeros á todos los príncipes del imperio, avisándoles el suceso para que concurriesen prontamente á los funerales, segun la costumbre: mas de todos ellos solo vinieron cuatro, que fueron Huitzilihuitl, señor de Aculma, á quien otros autores llaman Teyolcocohuatzin, Chichimecatlpaintzin señor de Quauhquechollan, Huitzilihuitl, señor de Tetlanexco, Ciuhcohuatl, señor de Teocalco, y un caballero principal de la casa de Cohuatlican, llamado Tochintzin. Todos los demas se escusaron con varios pretextos, por no malquistarse con el rey de Azcapuzalco.

No le engañaba el corazon al difunto monarca, que con su gran talento y larga experiencia conocia muy bien los riesgos que preparaba á su hijo, la altivez y ambicion del rey Tetzotzomoc: pues habia llegado á tan alto punto la grandeza, la veneracion y obsequio que se habia conciliado, que á pesar de su avanzada edad habia concebido el ambicioso designio de apoderarse del imperio, haciéndose reconocer por supremo monarca, para cuyo logro se habia confederado secretamente con los principales señores, de los que unos por ambicion y otros por temor habian condescendido y ofrecido ayudarle en la empresa; mas ni él, ni ellos se atrevieron á declararse ni á hacer movimiento alguno mientras vivió Techotlalatzin; pero apénas supieron que habia muerto, procuraron observar los movimientos del de Azcapuzalco; y sabiendo que habia sido el primero á quien se le participó la noticia, y que se habia escusado de concurrir á los funerales del difunto emperador, siguieron ellos escusándose tambien con varios frívolos pretextos.

Por esta causa no hubo en las exequias de este gran príncipe la solemnidad y pompa que en la de sus predecesores, no siendo ménos digno que ellos de estos honores, y de perpetua memoria, habiendo sido su gobierno un tejido continuo de aciertos, con que logró no solo restaurar el antiguo esplendor de su trono, sujetando á su obediencia á cuantos habian intentado injustamente eximirse de ella, sino que con las máximas de su sabia política supo mantenerlos en la misma sujecion, haciéndose amar y temer al mismo tiempo, logrando en su reinado una casi perpetua paz: pues la guerra que mantuvo algunas veces en las fronteras

fué, mas que necesidad, máxima de su política, para tener entretenidos á algunos señores, y ejercitar sus tropas en el manejo de las armas.

Dióle tambien un gran realce á su gobierno la policía que estableció, promulgando leyes, y erigiendo tribunales para la mas recta administracion de justicia, libertando á sus vasallos de los agravios que sufrian, especialmente de los cobradores de tributos, y procurándoles en todo el mayor alivio y beneficio.

Boturini en su citada obra (1) dice que á las exequias de este monarca, asistieron mas de sesenta reyes, y que fueron colocadas sus cenizas en la arca de esmeralda, como lo dejo referido en la muerte de su antecesor; en lo que conocidamente padeció equívoco, por no tener presentes sus papeles, como lo padece en escribir el nombre de este emperador, llamándolo Texotlalatzin.

(1) § 22.

CAPITULO XXVIII.

Toman mas cuerpo las turbaciones, y comienza Ixtlixochitl á levantar tropas. Convoca el rey de Azcapuzalco á los de Méjico y Tlatelolco, y disfrazando sus intentos los trae á su partido, con el pretexto de obligar á Ixtlixochitl por medios suaves á deponer la grande autoridad que se habian arrogado los emperadores, para cuyo efecto le envia, por primera y segunda vez, porcion de algodon para que le fabriquen mantas, como por via de tributo. Ixtlixochitl disimula, y las hace fabricar.

En las últimas cortes que celebró Techotlalatzin el año de 1394 habia hecho reconocer al príncipe Ixtlixochitl por su inmediato sucesor en el trono, y por tal le habian reconocido todos los reyes y señores que concurrieron á ellas, con lo que parece que no podia ofrecerse dificultad en jurarlo ahora, y coronarlo como á sus pasados: pero el gran poder del rey de Azcapuzalco tenia tan intimidados á todos los señores del reino, que no se atrevian á dar paso alguno hasta ver lo que él hacia; y así se mantuvieron todos en sus capitales sin concurrir á la corte de Tezcoco para asistir á las exequias del difunto rey, por no verse obligados á coronar al sucesor, ó á declararse rebeldes exceptos los señores que dejamos dicho en el capítulo anterior, que concurrieron á las exequias del difunto emperador, los cuales, sin temor del rey de Azcapuzalco, se manifestaron parciales de Ixtlixochitl, ménos el señor de Acul-

ma que era nieto de Tetzotzomoc; y aunque concurrió, fué con cautela y disimulacion; y así luego que se concluyeron las exequias, se retiró de la corte, y pasó inmediatamente á la de Azcapuzalco á dar cuenta de todo á su abuelo y ofrecerse enteramente á sus órdenes.

Viéndose Ixtlixochitl en situacion tan crítica, revolvia sin cesar en su imaginacion las últimas razones de su padre, y conocia muy bien que toda la turbacion nacia de la ambicion del rey de Azcapuzalco, quien hasta entónces no habia hecho movimiento alguno que manifestase claramente su intencion de invadir el imperio, pero se habia arrogado tanta grandeza y soberanía, fiado en su edad y poder, y por medio de sus diestras negociaciones con los demas príncipes, que mirándole todos con sumo respeto, y temerosos de incurrir en su desagrado, nadie se atrevia á moverse hasta ver lo que él ejecutaba; y así procuró Ixtlixochitl no perder tiempo, sino tomar prontamente sus medidas para oponerse á su ambicion, y defender su corona.

Hizo levantar un buen número de tropas, nombrando para mandarlas á todos aquellos capitanes que tenia mas esforzados y prácticos en el arte de la guerra, haciéndolas acampar en los contornos de su corte; y fortificado de esta suerte, viendo que no se movia el de Azcapuzalco, resolvió llamarle á él y á los demas señores de su corte, para que lo jurasen.

No se hallaba en tal ánimo el de Azcapuzalco, y así envió sus embajadores á Ixtlixochitl, bien instruidos en hacerle de su parte todas las expresiones de sumision y rendimiento que pudieran satisfacerle; pero escusándose de obedecer por hallarse á la sazon sumamente achacoso, y que este habia sido el motivo de no haber

concurrido á las exequias del difunto emperador; que sin embargo de esto y de su avanzada edad, procuraba alentarse para pasar lo mas presto que pudiese á su corte á celebrar su jura y coronacion. Cumplieron muy bien con su cargo los embajadores, procurando esforzar las razones del rey su amo, cubriendo con este velo de aparentes expresiones su depravada intencion.

Bien conoció Ixtlixochitl la falsedad y malicia con que procedia el de Azcapuzalco, dilatando con frívolos pretextos el jurarle por emperador, y llevado de su ardiente espíritu hubiera desde luego marchado contra él, si sus ministros y consejeros no lo hubieran disuadido del intento, recordándole las advertencias de su difunto padre, temerosos de que si lo ejecutaba se declararian á favor de su enemigo algunos de los príncipes que se mantenian como neutrales y retirados en sus cortes, haciendo todos prevenciones de guerra, pero ignorándose á favor de quien se habian de emplear; y así le aconsejaron que disimulase por entónces, y esperase á mejor coyuntura. Hízolo así, y respondiendo benignamente á los embajadores, les dijo que sentia los achaques del rey su amo, y desde luego esperaria á que se mejorase para que viniese á celebrar su coronacion.

Entretanto convocó el de Azcapuzalco secretamente á su corte á los reyes de Méjico y Tlatelolco, sin embargo del recelo que tenia de que el primero, aunque era su yerno, tenia tambien alianza inmediata con Ixtlixochitl, pues estaba casado con su hermana, y por esto reusase entrar en su partido; pero esto mismo le estimulaba á procurar ganarle para sí, con el poderoso motivo de ser su feudatario, de tenerle obligado con haberle levantado los tributos, y con el temor

de que volviese á imponérselos, y de esta suerte libertarse de un poderoso enemigo.

Convocó tambien á otros señores sus parciales aunque ménos poderosos, y les hizo un razonamiento muy serio en que les manifestó el gran poder y autoridad que se habian arrogado los emperadores de Tezcoco, la opresion y sujecion en que habia tenido á los señores el difunto Techotlalatzin, sin dejarles gozar de la quietud de sus casas, empleados siempre en el servicio del imperio, sin tener de señores mas que el nombre, porque el mando y dominio de los emperadores se extendia á todas sus ciudades y pueblos, donde habian puesto tribunales y jueces para el conocimiento y decision de todas las causas civiles y criminales, fulminando en estas las sentencias, y poniendo en ejecucion los suplicios, sin dar cuenta de nada á los señores, como si aquellos no fuesen vasallos suyos. Que habiendo recaido la corona imperial en Ixtlixochitl, príncipe belicoso, de ardiente espíritu, no ménos hábil y avisado que su padre, tenia justo motivo para temer que apretando mas la cuerda á la sujecion, llegase el caso de despojarlos enteramente de sus estados hereditarios, obligándolos á vivir á merced suya y empleándolos en su servicio sin distincion alguna de los demas vasallos. Que él no intentaba despojar al emperador de la sucesion al trono, sino obligarle á contenerse en aquel justo dominio y señorío que le competia, segun lo gozaron sus mayores, y esto no con estrépito de armas ni rebelion, sino por medios suaves y pacíficos; y no consiguiéndolo de esta suerte, le parecia preciso valerse de la fuerza para defender su libertad, y aun en tal caso despojarle del trono y que recayese

la corona imperial en él, por los derechos que tenia á ella, siendo viznieto del gran Xolotl.

Estas y otras razones bien ponderadas por el astuto viejo, juntas con el respeto y veneracion que se habia conciliado, inclinaron de tal suerte los ánimos de los oyentes, que todos unánimes se le ofrecieron á coadyuvar á sus intentos, y á obedecer sus órdenes. Encargóles mucho el secreto, y les hizo retirar á sus capitales, ofreciéndoles darles aviso de todo lo que practicase y la órden de lo que deberian ejecutar, interin que él ponia los medios suaves que meditaba para la consecucion de su intento.

El primer medio que puso en práctica pocos dias despues de esta junta fué enviar sus mensajeros á Ixtlixochitl, remitiéndole con ellos una porcion de algodon, y enviándole á decir que le hiciese merced de ordenar á sus vasallos que de aquel algodon le fabricasen mantas de las mas finas y superiores que acostumbraban tejer, porque él en su reino carecia de fabricantes que supiesen trabajarlas de tan superior calidad. No dejó de hacer novedad á Ixtlixochitl un tan extraordinario mensaje, pues aunque por una parte, haciéndose cargo de su avanzada edad, se inclinaba á atribuirlo á decrepitud, por otra, conociendo la astucia y altivez de Tetzotzomoc, le irritaba el atrevimiento. Mas con todo, resuelto á disimular y contenerse, mandó recibir el algodon, y que se le fabricasen las mantas con el mayor esmero, y luego que estuvieron concluidas, se las mandó llevar, diciéndole que se holgaria mucho de que hubiesen salido á su gusto.

Todo el año pasó sin que Tetzotzomoc se moviese ni alguno de los otros príncipes á hablar siquiera de

la coronacion de Ixtlixochitl, sino que todos estuvieron retirados en sus estados, sin concurrir á la corte de Tezcoco. Ixtlixochitl callaba y disimulaba, dejando correr el tiempo, pero no se descuidaba en aumentar tropas, y tenerlas bien disciplinadas.

Al año siguiente, que fué el de 1411, envió segunda vez Tetzotzomoc, mayor cantidad de algodon, sin mas cumplimiento que mandarle á decir hiciese tejer el número de mantas que pudiese salir de aquel algodon, y que necesitándolas con prontitud lo repartiese entre los señores sus amigos, para que distribuyéndolo estos entre sus vasallos mas prontamente se fabricasen las mantas. Muy mal recibió el mensaje Ixtlixochitl, penetrando ya la mala intencion de Tetzotzomoc; pero hallándose presentes Paintzin, rey de Cohuatlican, Tlacotzin, señor de Huexotla, Tomihuatzin, señor de Cohuatepec, Izcontzin, señor de Iztapalocan, y poseidos del temor procuraron contenerle y persuadirle á que disimulase y recibiese el algodon, ofreciendo ellos hacerse cargo de él para que se le tejiesen las mantas á Tetzotzomoc. Condescendió Ixtlixochitl, recibiendo el algodon y enviándole á decir que mandaria fabricar con la brevedad posible las mantas que pedia; y con efecto aquellos señores que se hicieron cargo de ello, cumplieron prontamente su oferta, y en breves dias entregaron las mantas, las que Ixtlixochitl remitió inmediatamente á Tetzotzomoc. Recibiólas este con entereza, manifestando en sus expresiones, mas bien aquella benevolencia de un superior que se da por satisfecho del buen servicio de un súbdito, que la gratitud de quien recibe un obsequio de un igual, y mucho ménos de un superior, lisongeándose su orgullo de

conseguir por estos medios hacer su feudatario á Ixtlixochitl, como vamos á ver.

CAPITULO XXIX.

Piensa Tetzotzomoc en declararse supremo monarca, y le disuaden sus parciales: envia tercera vez algodon á Ixtlixochitl para que le fabriquen mantas, y este responde airado, y resuelve la guerra. Comiénzanse las prevenciones para ella de una y otra parte, sin formal declaracion.

Engañóse la soberbia del rey de Azcapuzalco con el disimulo de Ixtlixochitl, lisongeándose de haber ya conseguido su arrogante intento con tan fútiles medios; y viendo la puntualidad con que habia sido obedecido en la segunda remesa de algodon, y que el emperador no se daba por entendido en órden á la instancia de que le coronasen, juzgó que ya estaba en estado de declararse por supremo monarca, y llamando á los reyes de Méjico y Tlatelolco, les dió noticia de lo que habia ejecutado, y de la sumision y prontitud con que Ixtlixochitl le habia obedecido, y á su ejemplo los reyes y señores sus aliados, obligando á sus respectivos vasallos á fabricarle las mantas, sin atreverse á volver á hablar en la pretencion de su coronacion; y así le parecia conveniente declararse ya, enviándole á decir que anualmente le enviaria la cantidad de algodon que tuviese por conveniente de la que sus vasallos y los de los demas reyes y señores sus amigos, particularmente los de los aculhuas, le fabricarian las mantas y demas ropas que pidiese, sin pretender por esto paga ni extipen-

dio alguno, como no lo habian pretendido en las dos ocasiones anteriores, sino ejecutándolo por via de reconocimiento y feudo á su supremo dominio.

No les pareció bien á los reyes de Méjico y Tlatelolco este pensamiento, y así procuraron disuadir de él á Tetzotzomoc, representándole que esta era una declaracion tan violenta é inusitada, que era fuerza que causase mucha conmocion, pues aunque Ixtlixochitl no habia vuelto á hacer instancia alguna en órden á que se le reconociese por supremo monarca, no estaba tan abatido que no se hubiese de creer que habia abandonado esta pretension, y cuando así fuese era lisongearse facilmente el persuadirse á que, despojado de este honor de que gozaron sus mayores, condescendiese luego en pagar feudo al rey de Azcapuzalco, solo porque en las dos ocasiones en que se le habia remitido el algodon como por via de súplica habia hecho fabricar las mantas, y así eran de parecer que se estuviese quedo, y continuase á enviar todos los años el algodon, hasta que insensiblemente se fuesen acostumbrando á sufrir esta pension, y entretanto él aumentando de fuerzas y poder, procurando ganar para sí á los señores que favorecian el partido de Ixtlixochitl, se pusiese en estado de obligarle á ello en caso de resistirlo.

Cedió Tetzotzomoc al dictámen de los reyes, y el año siguiente de 1412, envió á Ixtlixochitl otra cantidad de algodon mayor que la de los años anteriores, sin mas expresion que decir que lo enviaba, para que con toda prontitud se le fabricasen la cantidad de mantas que produjese de tan buena calidad como las de los años pasados, repartiendo entre los señores sus amigos

el dicho algodon, para que igualmente trabajasen los vasallos de todos en la fábrica de las mantas.

No pudo ya sufrir Ixtlixochitl tanto atrevimiento, y así respondió á los mensajeros de Tetzotzomoc: „Decid al rey vuestro amo que he recibido el algodon que „trajisteis, y se lo agradezco, por que lo repartiré „entre mis vasallos, para que hagan sayos de armas y „otros aderezos de guerra que necesitan, para servirme en campaña y ayudarme á sujetar rebeldes, que „negándome el vasallage que me deben, no solo se escusan de jurarme y reconocerme por supremo señor de „toda esta tierra, sino que tienen desvergüenza y atrevimiento para pretender que yo les tribute. Que si tiene „mas algodon que me lo envie que no dejarán de aprovecharlo mis vasallos para el dicho uso, aunque estoy seguro que su valor y esfuerzo es suficiente á defenderlos „de las flechas de mis enemigos, sin necesidad de sayos de armas; mas con todo, siendo estos fabricados „del buen algodon que envian los tecpanecas, saldrán á campaña lucidos y galanes."

Confusos partieron los mensajeros con esta respuesta, y habiéndola dado á su señor Tetzotzomoc, se quedó este por un gran rato suspenso y pensativo, y vuelto de su sorpresa, hizo á los mensajeros diferentes preguntas de lo que habian observado en el semblante y acciones de Ixtlixochitl, en el aparato de su corte y otras cosas semejantes. Al dia siguiente hizo llamar á los reyes de Méjico, á los demas señores sus aliados, y á los principales caballeros de su corte, y teniéndolos juntos en su presencia, les dió puntual noticia de todo el suceso, refiriéndoles la respuesta de Ixtlixochitl, ponderando su atrevimiento, por lo que se hallaba ya resuelto á

valerse del poder de sus armas, para sujetar su altivez, y obligarle á que le reconociese por supremo monarca de la tierra; y así les exhortaba á que sin pérdida de tiempo aprontasen las tropas con que habian de auxiliarle, para ir sobre Tezcoco con el mayor poder que fuese posible, y que una vez conquistado dividirian en tres partes los estados de Ixtlixochitl y de los señores sus aliados, de las que tomaria una para sí, y las otras dos serian para los dichos reyes de Méjico y Tlatelolco, separando algunas poblaciones que repartir entre los demas señores que concurrian con sus personas y vasallos á ayudarle.

Mas de fuerza que de grado condescendieron todos en la propuesta, y partieron desde luego á sus estados á levantar gente, y hacer las prevenciones necesarias, procurando guardar el mayor sigilo, para coger de improviso y desapercibido á Ixtlixochitl. Mas este determinado ya á declarar la guerra al de Azcapuzalco, convocó á su corte á los señores sus aliados, que fueron Paintzin, rey de Cohuatlican; Tlacotzin, señor de Huexotla; Tomihuatzin, de Cohuatepec; Ixcontzin, de Iztapalocan: Tochintzin, de Tepepolco; Omacatzin, de Tlamanalco; Cacamatzin, de Chalco; y algunos otros señores, caballeros y gente ilustre, así de los estados de Tezcoco, como de los de dichos señores sus aliados, y tambien de los estados y tierras de Chinhuantlan y Acolman, pero no al señor de este último estado, por desconfiar de su amistad, respecto á ser nieto de Tetzotzomoc, llamado Teyococohuatzin.

Concurrieron pues á Tezcoco, y teniéndolos en su presencia les dió noticia de todo lo acaecido con el rey de Azcapuzalco, quien engreido en su poder y alianzas,

y en la veneracion y respeto que su edad y astucia le habia conciliado, aspiraba abiertamente al supremo señorío de estas regiones, pretendiendo no solo que le reconociesen vasallage todos los señores que hasta entónces habian sido feudatarios del imperio, sino que él en quien habia recaido por justo derecho la corona imperial, y por tanto en vida del difunto emperador, en las últimas cortes que celebró, habia sido reconocido por su legítimo sucesor, le pagase tambien tributo, y se reconociese feudatario suyo, sin mas causa ni título que satisfacer á su ambicion. Que este habia sido el motivo de haber diferido por tanto tiempo con frívolos pretextos la solemnidad de su coronacion, lo que él no hubiera consentido, á no haberse hallado falto de amigos y aliados, que, unos por temor de Tetzotzomoc, otros por lisonjearle, y otros por sus propios intereses, le habian abandonado; y aunque hasta entónces no se le habian declarado enemigos, tampoco se le habian manifestado parciales. Mas estando como estaba resuelto á valerse de las armas y declarar la guerra á su enemigo, los habia convocado á su corte, para que en primer lugar le jurasen y coronasen solemnemente como á los emperadores sus antepasados, puesto que le habian reconocido por legítimo sucesor á la corona en vida de su padre; y si algunos de los circunstantes reusasen hacerlo por temor de Tetzotzomoc, desde luego se retirasen del congreso, que él con los pocos que le quedasen parciales, con el poder de su brazo y la fidelidad de sus súbditos, confiaba reducir á su deber, en primer lugar al rey de Azcapuzalco, y despues de él á todos sus aliados. Que los que cumpliendo con su obligacion le jurasen y reconociesen por legítimo emperador, ya ve-

rian la obligacion en que estaban en las circunstancias presentes de ayudarle con todo su poder y fuerzas en una guerra tan justa como la que emprendia.

Aunque habia en el congreso algunos que secretamente favorecian el partido del de Azcapuzalco, ninguno se atrevió á declararse, y todos unánimes respondieron que estaban prontos á presentarle el homenaje, y reconocerle nuevamente por su supremo emperador; pero que no era justo ni decente que la coronacion de un tan gran señor como él no se celebrase con igual pompa y solemnidad que las de sus mayores, y que estando la tierra tan revuelta, no era posible ejecutarlo ahora como se debia. Que lo mas conveniente y preciso en el dia era sujetar el orgullo del rey de Azcapuzalco y sus aliados, reduciéndolos á la debida obediencia, para cuyo efecto estaban prontos á ayudarle con sus personas y vasallos en la ocasion presente, hasta perder las vidas en defensa de la justicia de su causa.

No tuvo por conveniente Ixtlixochitl estrecharlos mas por entónces en el punto de la jura; y dándose por satisfecho de sus razones, les tomó la palabra del socorro de tropas para hacer la guerra al de Azcapuzalco, que era lo que mas le importaba, y les exhortó á que con la mayor presteza que pudiesen las levantasen, y se pusiesen con ellas en campaña.

Retiráronse con esto los señores á sus estados, y comenzaron desde luego á hacer sus prevenciones. En las tierras imperiales se habian levantado ya muchas tropas; pero sin embargo dió la órden el emperador á sus capitanes de continuar con fervor en aumentar todas cuantas pudiesen, y hacer todas las demas prevenciones necesarias.

CAPITULO XXX.

Mueren los reyes de Méjico y Tlatelolco, y sucede en Méjico Chimalpopoca, y en Tlatelolco Tlacateotzin, y ambos entran en la liga del rey de Azcapuzalco contra el emperador.

Hallábase ya por estos tiempos considerablemente aumentada y populosa la ciudad de Méjico, con la venida de los nuevos pobladores mexicas, de que dí noticia en el capítulo XXVII, los cuales desde luego se dedicarian á la construccion de chinampas, á la fábrica de sus casas y cultivo de sus sementeras, y al tráfico mercantil, conduciendo en sus canoas sus frutos á otras partes, y de estas á su ciudad aquello de que mas carecian, con el mejor método y gobierno, ordenado y dirigido todo por su sabio príncipe Huitzilihuitl, con lo que crecia cada dia la gloria de su nacion bajo de su acertada conducta.

Pero cuando mas alegres gozaban todos sus vasallos de la agradable sombra de su rey, se los arrebató la muerte de un accidente que le acometió, y en pocos dias de enfermedad le quitó la vida el dia primero de su año de tres (1) conejos, señalado entre ellos con el ge-

(1) Así dice en ambos M. S.; pero debe ser *trece conejos*, como lo podrá comprobar cualquiera que se tome el trabajo de recorrer una serie de diez años, comenzando desde el expresado de trece conejos hasta el de nueve cañas, que es al que se refiere el calendario que aparece en la pág. 121 del primer tomo. Corrobórase con las tablas cronológicas con que concluye el primer tomo, en las cuales se ve que el año de 1414 no fué señalado con tres, sino con trece conejos.—*E.*

roglífico de nueve conejos, por ser el noveno dia de la semana, y correspondió al dia dos de febrero del año de 1414.

Mucho lloraron los mejicanos esta pérdida acaecida cuando ménos la esperaban, fiados en su mozedad y robustez, y á la verdad era muy justo el motivo de su llanto, pues á mas de ser sus relevantes prendas personales acreedoras al mayor aplauso, el acierto, su liberalidad, su esmero en procurar, no solo el bien de todo el público en comun, sino de cada vasallo en particular, socorriendo al necesitado, consolando al afligido, castigando al delincuente para satisfacer al agraviado, y finalmente exaltando por estos y otros medios sabios y justos su nacion, haciéndola admirar y respetar de las demas, eran unos motivos muy poderosos para cautivar las voluntades de sus súbditos, que sobre todo lo dicho le miraban como á su libertador, pues por medio de su matrimonio, y la cordura con que supo manejarse con el rey de Azcapuzalco su suegro, logró libertarlos de la dura opresion en que estaban con la pesada carga de sus tributos. Diéronle sepultura al dia siguiente en el cerro de Chapoltepec, con todos los honores y pompa debida á su real dignidad, segun la costumbre de los toltecas.

El padre Torquemada en la vida de este rey dice que casó primero con la hija de Tetzotzomoc, á la que llama Ayauhcihuatl, y que despues viviendo esta casó tambien con Miahuaxochitl, á quien hace hija del señor de Quauhnahuac; y despues refiere que el príncipe Maxtla, disgustado de que hubiese casado con su hermana, le envió á llamar para hacerle matar; y habiendo ido Huitzilihuitl al llamado de Maxtla, le hizo cargo este de

que estaba casado con su muger, que se la tenia usurpada, y que su padre el rey Tetzotzomoc no podia habérsela dado, siendo muger suya, y dice el referido padre Torquemada entre paréntesis: (*segun esto, ó no era esta señora hija del emperador Tetzotzomoc, padre de este Maxtla, ó si lo era debia ser de diferente madre, y medio hermana suya, y en aquellos tiempos debian de casarse así*). Sigue despues su relacion del cargo que le hace Maxtla á Huitzilihuitl, la respuesta de este á quien deja ir libre y ejecuta su venganza en un hijo que tenia ya el rey Méjico en Ayauhcihuatl, llamado Acolnahuacatl, por temor de que su padre Tetzotzomoc no le deje por heredero y le despoje del reino; y finalmente concluye diciendo que de esto ha nacido que algunos hayan escrito que los tecpanecas mataron á Chimalpopoca, niño de nueve años, que es patraña, por no estar instruidos en la historia.

Yo me persuado á que tan fabuloso es lo uno como lo otro, y la misma relacion del suceso, segun la trae el autor, en sus inconsecuencias, contradicciones y extravagancias está manifestando su falsedad. Por lo ménos yo en ninguno de cuantos monumentos tengo he hallado la una ni la otra noticia, ni otra cosa que lo que dejo referido, ni ménos he hallado que entre estas gentes hubiese la costumbre de casarse los hermanos, aunque no fuesen mas que de padre ó de madre, ni he encontrado ejemplar alguno de esto en toda su historia.

Concluida la funcion, se juntó el senado para tratar de la eleccion de nuevo rey, y en el mismo dia, que fué el cuatro de febrero del propio año de 1414, eligieron á Chimalpopoca, hijo tambien de Acamapichtli y hermano del difunto rey, que á la sazon pasaba de

cuarenta años, y con el motivo de haber vivido siempre en la ciudad de Méjico al lado del rey su hermano, empleado en muchos graves negocios del gobierno, tenia toda la instruccion necesaria para poder continuar en él con acierto, siguiendo las sabias máximas de su antecesor.

Dieron cuenta luego al emperador, disimulando la colusion en que habian entrado con el rey de Azcapuzalco, y el emperador, dándose tambien por desentendido de saberla, confirmó la eleccion. Fué tambien esta agradable al de Azcapuzalco, á quien inmediatamente dieron noticia, porque creia que Cimalpopoca era igualmente adicto á su partido, y habia concurrido con su hermano á las juntas; y con esto pasaron inmediatamente á jurarle solemnemente segun su costumbre.

Hallábase todavía soltero porque con la mala costumbre introducida de tener concubinas en quien saciar sobradamente su apetito, les hacia poca fuerza no casarse; pero luego que se vió colocado en el trono, al que hasta entónces no ascendian sino los hijos legítimos (bien que no por el órden de sucesion de padre á hijo, sino de hermano á hermano, como ya he dicho) determinó casarse, y para ello eligió á una hija del rey de Tlatelolco, nombrada Matlalatzin, con quien efectivamente se desposó, siendo ella muy jóven, á gusto y satisfaccion de sus pueblos y de los de Tlatelolco, que con este nuevo vínculo estrecharon mas su union y amistad. Pero al regocijo de estas bodas siguió poco despues el grave pesar de la muerte de Quaquauhpitzahuac, rey de Tlatelolco, que era ya muy anciano, y falleció á los fines de este mismo año, y por su muerte dice D. Fernando de Alba en una de sus relaciones que le here-

dó su primogénito Amatzin, quien pocos dias despues de su exaltacion al trono murió, y heredó el reino el hijo segundo llamado Tlacateotzin; pero otros dicen que este sucedió inmediatamente á su padre Quaquauhpitzahuac, quien así lo ordenó en su muerte, privando de la corona á Amatzin su primogénito; por afeminado y cobarde, no juzgándole digno de reinar.

Si así fué, no es sin ejemplar, pero sí digno de admirar entre estas gentes, cuyos sabios príncipes mas cuidaban de dejar sucesor que gobernase con acierto sus estados, y mirase por el bien de sus vasallos, que no de que heredasen sus hijos las tierras y dominios, con daño de sus súbditos; y así escojian entre los hijos el mas á propósito, aunque no fuese el mayor, exheredando facilmente de la sucesion al primogénito, cuando no hallaban en él las prendas necesarias para reinar.

Así lo ejecutó el emperador Quinantzin con los cuatro hijos mayores, nombrando para sucederle al quinto que fué Techotlalatzin, y Acolmiztli, rey de Cohuatlican, que nombró al hijo segundo Motezuhzuma, exheredando á Coxcoz su primogénito, porque perdió el reino de Culhuacan. Pero siempre que en el primogénito hallaban suficiencia para gobernar, era preferido á los demas hijos en todos los reinos y señoríos de estas tierras, en que sucedian por herencia de padres á hijos.

No así en el reino de Méjico, que así como fué en los principios electivo, lo fué siempre hasta su destruccion, y el senado mejicano ó supremo consejo de los varones mas ilustres y ancianos, que era el que hacia la eleccion guardó otro órden y métodos en la sucesion de sus reyes pues aunque los eligió siempre de una misma familia y descendencia, que fué la de su antiguo rey

Huitzilihuitl, como se ha visto hasta aquí y se verá en adelante, no seguian la sucesion de padre á hijo, sino de hermano á hermano, por que decian que los hijos de un mismo padre eran todos igualmente acreedores á la dignidad, y debian suceder en el reino por sus edades; y acabados estos volvia la sucesion á los hijos del hermano mayor por el mismo órden. Así acabamos de ver que, sin embargo de que el rey Huitzilihuitl dejó sucesion, no eligieron sino á su hermano Chimalpopoca, pero observaron tambien la costumbre de elegir al mas á propósito, pretermitiendo al que no lo era, aunque fuese el inmediato, segun el dicho órden de sucesion que guardaban, como véremos adelante.

El nuevo rey de Tlatelolco era tan adicto al partido de Tetzotzomoc, que era el general de sus armas, y así es fácil de creer cuan agradable le seria su exaltacion al trono. Dieron tambien cuenta de ella á Ixtlixochitl, quien, con igual disimulo que en la del rey de Méjico, la aprobó, manifestándose muy satisfecho.

CAPITULO XXXI.

Determina el rey de Azcapuzalco invadir las tierras del imperio por Iztapalocan, cuyo gobernador se defiende vigorosamente, y muere á manos de un traidor. Marcha el emperador al socorro, y dejando bien fortificadas sus fronteras, se restituye á Huexotla, donde se hace jurar, y á su hijo, de los pocos señores que le seguian. Intentan segunda accion los tecpanecas por Huexotla, y son derrotados por los imperiales.

Aunque el rey de Azcapuzalco y sus aliados por una parte, y por otra Ixtlixochitl y los suyos levantaban tropas en sus respectivos estados, y hacian con diligencia todos los preparativos de guerra, ni esta estaba declarada, ni cortada la comunicacion y comercio entre los vasallos de unas y otras potencias, ni se cometian robos, insultos, ú otro género de hostilidades en las fronteras, guardándose en todas las cortes un gran silencio y disimulo, hasta que hallándose ya el de Azcapuzalco con un crecido número de tropa, y con las prevenciones necesarias para su subsistencia, resolvió romper la guerra con una accion, en que cogiendo de sorpresa al emperador, le asegurase el vencimiento.

Para esto hizo marchar secretamente, y á la deshilada, sus tropas de los lugares en que estaban repartidas, con órden de juntarse en el lugar de Aztahuacan, perteneciente al reino de Culhuacan, situado en las fronteras de los estados del señor de Iztapalocan, aliado del emperador, con ánimo de asaltar á un tiempo todas

las poblaciones de este estado, cogiéndolas desprevenidas, y abrirse paso por ellas hasta la misma corte de Tezcoco, que creyendo estuviese falta de guarnicion para su defensa, pensaba no solo apoderarse de ella, sino de la persona del emperador.

Así lo ejecutó, y estando ya todo en punto, una madrugada asaltó el ejército de Azcapuzalco á un tiempo todas las poblaciones de la frontera y estado de Iztapalocan, y derramándose como furiosa avenida sobre ellas, cuando mas descuidados estaban sus habitadores, hicieron considerable estrago en el primer avanze. Mas tomando luego las armas los de Iztapalocan, animados y gobernados por Quauhxilotzin, á quien el señor de Iztapalocan, que se hallaba ausente en la corte de Tezcoco, habia dejado por gobernador en su ausencia, pelearon tan vigorosamente, que rechazaron á los enemigos haciéndolos salir de sus poblaciones, y retirarse á su campo; mas no pudieron embarazar que se llevasen muchos prisioneros de los que hicieron en el primer ataque, cogiéndolos desarmados y desprevenidos, ni que saqueasen y robasen algunas poblaciones; y aunque los de Iztapalocan, irritados deseosos de vengarse, intentaban seguir al enemigo hasta su campo, y atacarle en él, no lo consintió el prudente gobernador Quauhxilotzin, contentándose con haberlos rechazado, procurando fortificarse y guardar sus fronteras hasta dar cuenta á su señor.

Pero miéntras el gobernador discurria por todas partes, dando las órdenes convenientes para fortificar sus poblaciones, y ponerlas en estado de defensa, un caballero de Cohuatepec, vasallo del imperio, cuyo nombre no dicen, que secretamente defendia el partido

de Azcapuzalco, y habia sido el que traidoramente habia advertido al enemigo el parage por donde habia de acometer, el camino que habia de seguir el ejército, y el dia y hora en que habian de dar el avance para lograr la faccion, viéndola malograda por la valiente y acertada conducta del gobernador, se resolvió á vengar en él su enojo, y acercándosele con semblante de amigo, de quien el gobernador no recelaba, teniéndole por parcial, acechó la ocasion de cogerle de espaldas, y acometiéndole á traicion, le quitó alevosamente la vida. La gente que estaba en las maniobras dió luego sobre él, mas no pudo haberle á las manos, porque huyó con ligereza, y se pasó á los enemigos.

Este suceso lo señalan los autores indios en sus mapas históricos en el año de una caña, y en un dia señalado con el geroglífico de un pedernal en el número trece; pero los intérpretes de ellos varian en el mes, y mucho mas en la confrontacion con nuestros cómputos. El mismo D. Fernando de Alba está discorde en sus relaciones, porque en una dice que fué en el año de 1359, á quince de abril, pero yerra en el carácter del año, porque este fué señalado con el de diez cañas. En otra dice que fué en el de 1363, á treinta de diciembre; y en otra en el de 1415, á quince de abril. Pero aun en la suposicion que él lleva, de que el primer mes del año era Tlaxipehualiztli, y comenzaba á contar sus dias en el veinte de marzo, en ninguno de estos años fué señalado el quince de abril con el símbolo del pedernal en el número trece. En la opinion que yo sigo de ser Atemoztli el primer mes del año indiano, y que este comenzaba el dia dos de febrero, hallo que este año señalado con el símbolo de la caña en el número

primero, fué efectivamente el de 1415; pero en todo él, solo el sexto dia del mes décimo llamado Tecuilhuitzintli, fué señalado con el pedernal en el número trece; y en la suposicion que igualmente llevo de que el año indiano comenzaba á contar sus dias en el dos de febrero, el sexto dia del décimo mes de ellos debió corresponder al dia seis de agosto del dicho nuestro de 1415, y en él debe fijarse este suceso.

Aquella misma mañana llegó á la corte de Tezcoco la noticia, así de la irrupcion de los enemigos y vigorosa defensa que habia hecho el gobernador de Iztapalocan, como de su desgraciado fin; pero que las gentes de aquellas poblaciones habian observado su órden, manteniéndose en ellas, sin intentar acometer al enemigo en su campo de Aztahuacan; porque segun se habia podido reconocer en aquella madrugada, y por las noticias que daban los prisioneros, era numeroso el ejército que allí se habia juntado, y que sin duda volveria sobre las mismas poblaciones, cuyo vecindario no era capaz de sostener el ataque, y así pedian socorro con que poder defenderse.

Con esta noticia mandó el emperador juntar prontamente toda la gente que se pudiese, y en ménos de una hora tuvo junto un ejército de mas de cuatro mil combatientes; y sin esperar á mas marchó con ellos personalmente, con ánimo de avanzarse hasta el campo contrario, y vengar allí su agravio. Los enemigos, escarmentados de la valiente resistencia de los iztapalocanos, no se atrevieron á volver á embestir á las poblaciones de la frontera, y se mantuvieron fortificados en su campo. Mas sabiendo por sus espías que marchaba en persona el emperador al socorro de ellas con

aquel grueso de tropas, no se atrevieron á esperarle; y dejando bien fortificadas y proveidas de gente las poblaciones de Mizcuic, Cuitlahuac, Culhuacan y Aztahuacan, se retiraron hácia la corte de Azcapuzalco á dar cuenta á su rey de lo acaecido: de suerte que llegando Ixtlixochitl con su tropa, no halló ya ejército con quien combatir, ni tuvo por conveniente empeñarse en atacar los poblaciones fortificadas; y así talando y saqueando algunas otras pequeñas de las fronteras del reino de Culhuacan, se retiró con su tropa, que repartió en sus fronteras, dejándolas bien fortificadas, y marchó derechamente á la ciudad de Huexotla.

Los enemigos llegaron á la corte de Azcapuzalco, y dieron cuenta del suceso á Tetzotzomoc, disculpándose de su retirada con el gran número de los Aculhuas que tomaron las armas para defenderse, y que cargandoles con furioso ímpetu los hubieran enteramente destruido, á no haber ejecutado prontamente la retirada, y hubieran perdido con las vidas el gran número de prisioneros que habian hecho en el primer ataque, y traian á su presencia, y el despojo que habian tomado: que fortificados en Aztahuacan, pensaban volver sobre los Aculhuas en ocasion oportuna; pero sobreviniendo Ixtlixochitl con el grueso de tropas que mandaba, no les pareció conveniente esperarle, exponiéndose á una entera derrota, y así se habian retirado dejando bien guardadas las poblaciones de la frontera.

Mucho sintió Tetzotzomoc no haber logrado el golpe como lo habia meditado; pues si esta primer ocasion hubiera surtido el efecto que deseaba, facilmente se hubiera apoderado de los estados de Tezcoco, y hubiera dejado á Ixtlixochitl y los suyos en postura de serles

muy dificil contrarrestar su poder. Mas á vista del s u ceso, mandó levantar mas número de tropas, ordenando lo mismo á los de Méjico y Tlatelolco, y á los demas señores sus aliados, para que se preparasen á la cruel guerra que esperaba. A mas de los lugares que habian fortificado en las fronteras, mandô fortificar y guarnecer de buen número de tropa á Hecatepec y Xaltocan, que eran tambien considerables poblaciones, y que en todas partes estuviesen con suma vigilancia, observando los movimientos de los enemigos.

Luego que Ixtlixochitl llegó á Huexotla resolvió hacerse jurar y coronar, y hacer reconocer á su hijo el príncipe Nezahualcoyotl por su legítimo sucesor en el trono. No se hallaban á la sazon allí otros señores que Tlacotzin, señor del mismo Huexotla, y Paintzin, rey de Cohuatlican, que le habian acompañado á la faccion de Iztapalocan: porque los demas sus aliados tenian harto que hacer en sus territorios, levantando gente y fortificando sus poblaciones, para defenderse de los tecpanecas. Así, para que supliesen á las ceremonias de la coronacion, mandó que asistiesen Tazatzin, gran sacerdote del templo de Huexotla, y Talhuacanamatzin, gran sacerdote del de Cohuatlican; lo que se ejecutó, y celebró una funcion en el mismo año de 1415 con la solemnidad que permitian las circunstancias del tiempo, segun el rito y ceremonial tolteca, habiendo sido este el primer emperador que se coronó á la usanza tol teca, y despues le imitaron todos sus sucesores, usando del mismo ceremonial, que era el que observaban los mejicanos.

Luego despachó el emperador sus mensajeros á los demas señores sus amigos y aliados, haciéndoles saber

su determinacion, y el modo en que se habia celebrado su jura y coronacion, sin haberlos convocado por considerarlos ocupados en los presentes negocios de la guerra, pero que esperaba lo tuviesen á bien, y que cada uno de por sí cuando sus ocupaciones le diesen lugar, pasase á la corte de Tezcoco á ratificar el homenage. Así lo ejecutaron; y habiéndose restituido el emperador á su corte, fueron viniendo todos á ella, segun pudieron desembarazarse de sus ocupaciones.

Todo era armamentos y prevenciones de guerra por todas partes. El rey de Azcapuzalco, que por su avanzada edad no podia salir á campaña, encargó el mando de sus tropas á su general Tlacateotzin, rey ya de Tlatelolco, y bajo de sus órdenes á su hijo Maxtla, príncipe heredero de Azcapuzalco y rey de Coyohuacan, y al rey de Méjico Chimalpopoca, encargándoles con la mayor eficacia que recorriesen incesantemente las fronteras, teniéndolas bien fortificadas, y guardando todas las entradas del reino, y al mismo tiempo levantasen toda la mas tropa que pudiesen, procurando disciplinarla, y ejercitarla.

Ixtlixochitl por su parte trabajaba igualmente en levantar y disciplinar sus tropas, que dividió en tres ejércitos. El uno lo repartió entre Aculhuacan, Chiuhnautlan, y las demas poblaciones de las fronteras de su reino, situada á la banda del Norte, y dió el mando de él á Tochintzin, nieto del rey Paintzin de Cohuatlican, jóven valiente, que en los reencuentros pasados se habia señalado mucho, y dado muestras de su bizarro aliento y acertada conducta. El otro lo repartió en Iztapalocan, Chalco, y las demas poblaciones de la frontera de la banda del Sur, al comando de Ixcontzin, se-

ñor de Iztapalocan, para que uno y otro cuidasen de la guarnicion y fortificacion de las respectivas poblaciones que ocupaban las tropas de su comando, y el emperador se quedó en un campo volante de igual número de tropa, que hizo acampar en los contornos de su corte, para acudir con él á donde lo pidiese la necesidad.

Tenia dada la órden de que nadie saliese de las fortificaciones, ni se internasen en el territorio del enemigo, sino que observando sus movimientos, estuviesen siempre prontos y apercebidos para la defensa. Esta inaccion de los imperiales, la atribuyeron á temor de los tecpanecas, y determinaron valerse de la ocasion, y hacer una entrada por agua en el territorio de Huexotla, que creyeron era el ménos fortificado, por entre el rio de Tezcoco y el de Cohuatepec, apoderándose facilmente por este lado de la misma corte de Tezcoco; y embarcándose de noche en un considerable número de canoas que previnieron para esta faccion, dieron el avanze una madrugada con furioso ímpetu á los lugarcitos de la ribera: mas no cogieron desprevenidos á los imperiales, que ya por sus espías estaban advertidos de la marcha de los enemigos, y no solo estaban apercebidos para la defensa, sino que habian dado aviso á las demas poblaciones del contorno, para que estuviesen prontas al socorro, y habian despachado con toda diligencia un correo á la corte con la noticia del movimiento de los enemigos; y así fueron recibidos los tecpanecas con vigorosa resistencia, perdiendo mucha gente, y siéndoles preciso retirarse precipitadamente á sus canoas: mas viendo que los imperiales no salian de sus fortificaciones, determinaron mantenerse en la laguna á vista de tierra, para repetir el asalto.

*

No le pareció preciso al emperador moverse por entónces de su corte, fiado en la conducta y valor del general Tochintzin, á cuyo cargo estaban aquellas fronteras; y así solamente envió alguna tropa de socorro para mayor refuerzo, repitiendo la órden de que no se moviesen de las fortificaciones, sino que esperasen en ellas el avance de los enemigos.

Reforzados estos con alguna mas tropa que les llegó de socorro pocos dias despues, dieron segundo asalto con mas infeliz suceso que el primero, por que fué mayor la mortandad que en ellos hicieron los imperiales, con muy poca pérdida de los suyos. Volviéronse á retirar á sus canoas los tecpanecas, y á quedarse quietos en sus fortificaciones los imperiales, y pareciéndoles á aquellos que con menudear los asaltos habian de lograr el triunfo, los repitieron en los dias subsecuentes, siempre con infeliz suceso, hasta que el último de ellos, conociendo el diestro general Tochintzin lo debilitados que estaban, dió órden á su tropa de que al tiempo de avanzar los enemigos hiciese una fingida retirada hácia las playas de Chiuhnautlan. Así lo ejecutaron; y creyendo los enemigos que la fuga era verdadera, los siguieron con empeño; mas cuando el general los tuvo retirados del asilo de sus canoas, mandó á su tropa volver sobre ellos, cargándolos con la que tenian de refuerzo en Chiuhnautlan, é hizo en ellos tal carnicería, que corrieron arroyos de sangre, y dejó cubiertas las playas de cadáveres, consiguiendo una de las mas completas victorias de que conservaron memória en sus historias, habiendo sido muy pocos los que tuvieron la fortuna de salvar las vidas; y embarcándose en sus canoas se retiraron de una vez á sus playas de Azcapuzalco á

dar noticia á su rey del infeliz suceso, lo que le causó mucha pena, y dió órden de que en adelante nó se hiciese entrada ninguna en las tierras enemigas, sino que se mantuviesen todos en sus fortificaciones, ínterin que levantando mas número de tropas, podia ponerse en estado de acometer al enemigo.

CAPITULO XXXII.

Envia el emperador una embajada al rey de Azcapuzalco, convidándole con la paz. Mas él, soberbio é irritado, la desprecia, y desafia al emperador para los campos de Chiuhnautlan. Bizarra accion con que el emperador acepta el desafio; enviste el de Azcapuzalco traidoramente por Huexotla, pierde la batalla, y queda derrotado.

A correspondencia del pesar de Tetzotzomoc, fué el júbilo de Ixtlixochitl por el feliz suceso de sus armas; y pareciéndole que esta era buena ocasion para obligar al de Azcapuzalco y sus aliados los reyes de Méjico y Tlatelolco á desistir de sus proyectos de inquietud, y reconocerle por legítimo y supremo emperador, cortando la guerra para que no prendiese mas el fuego, determinó enviarles una embajada, y para ella nombró á Chihuachnahuacatzin, hijo del gran sacerdote de Huexotla, y nieto de Tlacateotzin rey de Tlatelolco, de quien era hija su madre. Era este un gallardo jóven, de ardiente espíritu, pero gobernado de un gran talento y prudencia, y adornado de todas las demas prendas personales é instruccion científica, que le hacian recomendable y muy á propósito para el empleo.

Mandóle pues el emperador que pasase derechamente á Tlatelolco, cuyo rey, á mas de ser uno de los principales aliados de Tetzotzomoc, era el general de sus armas, y le dijese de su parte que ya habian visto y reconocido por propia experiencia y bien á su costa él y sus parciales cuánto era el poder de sus armas, y el valor de sus vasallos, cuyo número, aumentándose cada dia, le ponia en estado de entrar conquistando á fuego y sangre, nó solo por sus dominios y los del rey Chimalpopoca de Méjico, sino tambien por los del rey de Azcapuzalco, principal motor de estos disturbios, con bien fundada esperanza de salir victorioso. Pero que habiendo esto de ser á costa de muchas vidas, y á precio de mucha sangre, su natural clemencia le estimulaba á buscar primero los medios suaves y pacíficos que los crueles y rigorosos; y así habia resuelto convidarles con la paz, á tiempo que le miraban tan superior en armas y poder, y con el brazo levantado para castigarlos, para que á vista de su benignidad depusiesen las armas, y abandonando las ideas de inquietud y rebelion se redujesen á su deber, reconociéndole por supremo monarca y señor de la tierra: que si se resolvian á ejecutarlo así, pasasen luego á su corte á hacer el juramento y homenage como la habian practicado los demas señores: que estaba pronto á perdonarles la rebelion pasada, y olvidándose enteramente de ella, los recibiria benévolamente á su amistad, confirmándoles en sus señoríos. Mas si rebeldes se obstinaban en sus traidores intentos, les hacia saber que sin mas demora entraria por sus estados talando y destruyendo á fuego y sangre cuanto encontrase: y que aunque despues arrepentidos implorasen su piedad, hallarian cerradas las

puertas de su clemencia, y no desistiria del castigo hasta dejarlos enteramente destruidos.

Partió Chihuachnahuacatzin á Tlatelolco, y dió la embajada á su abuelo, segun la órden del emperador, con toda aquella energía, prudencia y cordura que le dictaba su valor y talento; y oida por Tlacateotzin, no se atrevió á responder á ella, sin dar primero aviso á Tetzotzomoc: y así mandó á su nieto que se mantuviese en Tlatelolco, y aguardase allí la respuesta, ínterin que él pasaba personalmente á dar cuenta á Tetzotzomoc.

Marchó inmediatamente á Azcapuzalco, y hallando allí á la sazon al rey de Méjico en compañía de Tetzotzomoc, á entrambos á un tiempo dió notica de la embajada de Ixtlixochitl. Indignóse mucho el de Azcapuzalco, y prorrumpiendo en amenazas contra el emperador, dijo á Tlacateotzin: „Vuelve luego á Tlatelolco, „y responde á ese mensajero de Ixtlixochitl que diga „de nuestra parte á su señor, que no ignoramos que „algunos pocos señores cobardes y traidores como él, „mas de miedo que de amor, le han jurado y reconocido „por emperador, negándome este supremo honor á mí „que soy á quien justamente pertenece, y en quien de„be recaer la sucesion del imperio, por ser mas inme„diato en parentezco al gran Xolotl, primer poblador „de estas regiones; y que así no tiene fuerza ni valor al„guno su homenage; que á él y á ellos reduciré á su de„ber bien presto con el poder de mis armas, sin que „que sea necesario que venga á buscarme á mis tierras, „porque para el dia de un pedernal (que correspondia „al quince de septiembre del año de 1415) estará mi „ejército en los campos de Chiuhnautlan; que lo espe-

„ ro en ellos y allí le haré conocer con las armas mi „ justicia, y castigaré su desvergüenza." Volvió Tlacateotzin á Tlatelolco, y dió al embajador esta respuesta; mas este, que iba prevenido para todo, hizo traer inmediatamente á presencia del rey de Tlatelolco una armadura muy lucida y galana, á su usanza, y vistiéndosela en presencia del rey, se adornó la cabeza con el plumage y especie de corona de que usaban en campaña los emperadores, y tomando en una mano el arco y flecha, y en otra una macana, le dijo: „ Veis „ aquí las armas del emperador, que por si acaso no ad„ mitiais rebeldes la paz con que os convida su benigni„ dad, me las ha entregado, nombrándome por general „ de sus ejércitos, para que adornado con sus reales ar„ mas mande sus tropas en su real nombre; y para „ que sepas cuales son y puedas buscarme en campaña, „ me las he puesto en tu presencia, y armado de ellas „ te declaro en su nombre la guerra á tí y á tus aliados „ como general de las tropas unidas; y para que podais „ defenderos de su enojo, os envia mi soberano esta „ porcion de arcos, flechas y macanas, para que no „ por falta de armas digais en tiempo alguno que os ven„ ció con ventaja." Y haciendo entrar al mismo tiempo á los que llevaban las dichas armas, que eran cinco hombres cargados de ellas, las hizo arrojar en tierra á presencia del rey, que sorprendido de la novedad de la accion, y de la bizarría con que la ejecutó el jóven Cihuachnahaucatzin su nieto, luchando entre contrarios afectos, se quedó inmóvil, sin acertar á proferir palabra alguna, y el embajador se retiró con su comitiva á dar cuenta al emperador de su embajada.

Llegó á Huexotla, donde á la sazon se hallaba el

emperador y habiéndole dado cuenta de su comision lo aprobó todo, y le mandó que sin demora procediese á ordenar todo lo conveniente al mejor reglamento de la tropa y provisiones necesarias, y marchase toda la gente á los campos de Chiuhnauhtlan á esperar al enemigo. No era la intencion del astuto Tetzotzomoc, embestir por aquel lado, sino engañar á Ixtlixochitl, para que abocase allí toda su tropa, y poderlo coger desprevenido por otro parage. Para esto convocó á su corte á los señores sus aliados, y habiendo consultado con ellos sobre el asunto, quedó resuelto que no se acometiese por tierra, sino por agua, respecto á que el mayor vigor del ejército consistia en la gente mejicana y tlatelolca, mas diestra por agua que por tierra, y con la facilidad que le ofrecian para el transporte la multitud de sus canoas, quedó determinado que en ellas se embarcase todo el ejército, y fuesen á dar de improviso sobre el territorio de Huexotla, pero que esto se ejecutase con gran sigilo, para que no llegase á noticia de Ixtlixochitl, que esperaba con toda su tropa por Chiuhnauhtlan.

Mas un secreto entre tantos era muy dificil que se guardase, mayormente teniendo Ixtlixochitl muchas espías repartidas en el reino de Azcapuzalco, para que le diesen pronta noticia de todos los movimientos de sus enemigos; y así pocas horas despues de determinado el negocio, tuvo Ixtlixochitl el aviso con toda la individualidad que podia desear, y avisando prontamente de ello á solo su general Cihuahchnahuacatzin, le mandó que con sigilo, destreza y prudencia hiciese marchar prontamente un buen número de tropas al pais de Huexotla, repartiéndolas en todas las poblaciones inmediatas á las playas de la laguna, con las órdenes

convenientes para estar prontas y apercibidas á la primer seña de acometer.

Mas procediendo con cordura y retentiva, no quiso dejar desamparados los campos de Chiuhnauhtlan, por si acaso mudando de intento los enemigos volviesen al primero, y así mandó que quedase en ellos un competente ejército al mando del infante Cihuaquequenotzin, su hijo natural, habido en una de sus concubinas, quien aun joven se habia señalado mucho por su valor y conducta en los reencuentros pasados, y para que pudiesen facilmente ayudarse y socorrerse uno á otro ejército, mandó guarnecer toda la costa de la laguna, que corre desde las playas de Chiuhnauhtlan hasta las de Huexotla, con nuevas tropas que prontamente hizo levantar, para no disminuir las de los ejércitos, los cuales con esta providencia venian á quedar unidos. y toda la tropa muy proveida así de armas como de bastimentos, que mandó aprontar por todas partes con singular esmero.

Llegado el dia señalado por el rey Tetzotzomoc, amaneció sobre las playas del territorio de Huexotla el formidable ejército de los tecpanecas, mandado por el rey de Tlatelolco, que sobre innumerables canoas se habian transportado durante la noche desde las playas de Azcapuzalco, siendo estas tantas, que cubriendo la laguna formaban un puente continuado de unas playas á otras, ocupado enteramente de gente armada, en tanto número, que segun se explican sus historiadores, parecia un hormiguero. Creian que cogian desprevenidos á los imperiales; porque estos, aunque prontos y apercibidos para recibirlos, se mantuvieron ocultos en las poblaciones hasta dejarlos desembarcar. Luego que el general Cihuachnahuacatzin reconoció que es-

taba ya en tierra como la mitad del ejército, dió á sus tropas órden de acometer, y saliendo á un tiempo de todos los lugares en que estaban repartidas, dieron sobre los enemigos que no esperaban este recibimiento, con tal furia y ardimiento, que se trabó cruelmente la batalla, peleando unos y otros valerosamente todo el dia entero, hasta que al anochecer se vieron precisados los tecpanecas á retirarse á sus canoas, cediendo el campo á los imperiales, que hicieron en ellos tan horrible carnicería, que quedó cubierto el campo de cadáveres.

Al dia siguiente volvieron á acometer los tecpanecas, y volvieron á experimentar la misma adversa fortuna; porque cargados de los imperiales en ménos de dos horas que duró el combate, hicieron en ellos tal estrago que hubieron de retirarse á sus canoas. Mas no dándose por vencidos, continuaron sus avances por espacio de ochenta dias con igual infeliz suceso, perdiendo siempre mucha gente, y viéndose precisados á retirarse á sus canoas precipitadamente para salvar las vidas, siendo estas diarias retiradas en las que experimentaban la mayor pérdida. Disminuido considerablemente su ejército con los muertos y heridos, á los ochenta dias de guerra determinó su general Tlacateotzin retirarse de una vez á Azcapuzalco, quedando la gloria del vencimiento enteramente por los imperiales, cuya pérdida fué muy corta respecto de la de los tecpanecas.

Entretanto que triunfaron por este lado las tropas que mandaba Cihuachnahuacatzin, triunfaron tambien por el lado de Chiuhnauhtlan las del ejército que mandaba el infante, quien por órden de su padre se avanzó por las tierras del enemigo que confinaban por aquel la-

do, y estaban poco guarnecidas, sin pensar que por allí pudieran ser invadidas; y entrando por el territorio de Ecatepec, saqueó varias poblaciones, quemándolas y destruyéndolas; volviendo sus tropas cargadas de despojos.

En una y otra parte pelearon bizarramente los imperiales, y se señalaron muchos valientes capitanes y sold dos así nobles como plebeyos; pero fué singularmente aplaudida la conducta y valor del general Cihuachnahuacatzin, así en las disposiciones y preparativos que precedieron á la guerra, como en las acertadas órdenes al tiempo de los ataques, y en la vigilancia y prontitud con que acudiendo á todas partes ejecutaba su brazo lo que su voz mandaba, siendo su ejemplo el mas poderoso estímulo á su tropa, y atribuyéndosele por eso con justa razon la mayor parte de este triunfo.

CAPITULO XXXIII.

Determina el emperador entrar con un poderoso ejército por las tierras de los enemigos; y despues de ganadas varias poblaciones importantes, y vencido en varios reencuentros, se pone sobre la corte de Azcapuzalco, la que al cabo de cuatro meses de sitio se rinde, y su rey pide paces, entregándose al arbitrio del vencedor, que le perdona generosamente, y le restituye á él y á sus aliados todas sus tierras. Disgusta tanta benignidad á los príncipes aliados del imperio, y muchos de ellos resuelven separarse del emperador.

Era ya el año de dos pedernales, que corresponde al de 1416, y hallándose el emperador con un ejér-

cito pujante y victorioso, saboreado con los felices sucesos que habia logrado, le aconsejaban los príncipes sus aliados, y sus generales que no perdiese tan oportuna ocasion de dar fin á la guerra, entrando á fuego y sangre por las tierras de sus enemigos, hasta rendirlos y sujetarlos á la debida obediencia: mas el benignísimo príncipe que habia heredado de sus mayores la singular prenda de la clemencia, y el amor á sus súbditos, no pudo resolverse á seguir este dictámen, esperando que los rebeldes á vista de tan repetidos golpes desistiesen de su tenaz capricho, y se sujetasen al suave yugo de su imperio.

Los reyes de Méjico y Tlatelolco, si obraran por sí solos, lo hubieran ejecutado así; pero el de Azcapuzalco estaba muy léjos del escarmiento, y poseido de su ambicioso deseo, los golpes que recibia en vez de humillar su orgullo irritaban su soberbia: y así, aunque le causó notable pena la pérdida que acababa de experimentar, determinó seguir su proyecto, y para lograr mas feliz éxito resolvió hacer todos sus esfuerzos para ganar á su partido á Quezatlcuixtli, que acababa de heredar el señorío de Octopam por muerte de su padre Quauhquetzaltzin, y al señor de Chalco, haciéndoles partidos muy ventajosos, porque estando los estados del primero en los confines del reino de Tezcoco por la banda del Norte, y los de el segundo por la del Sur, y siendo señores poderosos que podian poner en campaña numerosos ejércitos, entrasen á un tiempo por ambas partes, mientras él lo ejecutaba por el Poniente, que era la parte de la laguna, con sus tropas, y las de los mejicanos y tlatelolcas.

Se dieron tan buena maña los emisarios que des-

tinó á esta negociacion, que lograron ajustar la liga con los dichos señores, que lisongeados de las promesas de Tetzotzomoc que les ofrecia darles todo lo que conquistasen extendiendo cada uno por su lado los estados hasta donde llegase su conquista, y dándoles la investidura de reyes, se convinieron á seguir su partido, y mandando luego retirar á sus estados las tropas con que auxiliaban al emperador, se declararon abiertamente por el rey de Azcapuzalco.

A vista de este desengaño determinó el emperador seguir el dictámen de sus amigos y generales, ántes que sus enemigos teniendo tiempo de levantar mas tropas y hacer mayores prevenciones, y logrando por ventura envolver en su sedicion á otros de los príncipes que le seguian, invadiesen por todas partes sus dominios, y le destruyesen; y así, levantando prontamente todo el mayor número de gente que pudo, tanto de sus estados patrimoniales, como de Huexotla, Cohuatlican, Chiauhtlan, Tepetlaoztoc, Iztapalocan, Tlapacoyan; Cohuatepec, Tepechpan, Chiuhnauhtlan, Ahuatepec, Tizayocan, Tlanalapan, Tepepolco, Zempoalan, y Tolantzinco, cuyos señores eran solos los que seguian su partido, resolvió entrar por las tierras de Otompan, sin temor del señor de Chalco que dejaba á las espaldas, porque las fronteras de su reino, que lindaba con los estados del de Chalco, eran tierras pertenecientes á los señores de Cohuatepec, Tlapacoya é Iztapalocan, á las que servia de barrera el rio de Tlamanalco; y tanto de la fidelidad de estos señores, como de los demas pueblos que habitaban las riberas del Norte de el dicho rio hasta Quauhuatlapan, como de los que poblaban la laguna de Chalco hasta Iztapalapan confinan-

do con el reino de Culhuacan vivia muy seguro, y así les mandó que fortificando cuidadosamente sus fronteras cerrasen enteramente el paso por aquel lado á sus enemigos, para cuyo efecto toda la tropa que se levantó en estos parages quedase en ellos mismos de guarnicion al comando de los dichos tres señores de cuya fidelidad, valor y conducta fiaba la seguridad de sus reinos, sin temor de que el de Chalco pudiese por allí invadirlos, ínterin que él por el otro lado entraba la guerra en los de sus enemigos.

Tomada esta prudente determinacion, marchó inmediatamente el emperador á los principios del año de tres casas, que fué el de 1417, con el resto de su ejército, que segun asientan los historiadores fué de los mas numerosos que hasta entónces se habia visto en estas regiones, por lo que no pudiendo marchar todo junto, iba repartido en trozos, mandado por los señores sus aliados, y en gefe por el mismo emperador, y á sus órdenes el general Cihuachnahuacatzin y el infante Cihuaquequenotzin, que le servian de edecanes para distribuir sus órdenes.

Entró, pues, por las tierras de Otompan, talando y destruyendo cuanto encontraba, sin oposicion, hasta la ciudad de Xaltepeque que fué la primera que hizo alguna resistencia; pero fué facilmente vencida y saqueada. Pasó de allí á la misma capital de Otompan, donde fué mayor la defensa por el mayor número de tropa, que saliendo fuera de la poblacion, pelearon bizarramente unos y otros, hasta que finalmente fueron vencidos de los imperiales, la ciudad entrada á saco, y pasados á cuchillo todos los que no tuvieron la fortuna de

salvar la vida con la fuga. Así lo hizo el señor de la tierra, retirándose al reino de Azcapuzalco.

De Otompan prosiguió el ejército su marcha por Xapuchco, Quenecan, Aztecan, Temascalapan, y otras menores poblaciones, que destruyó y llevó á fuego y sangre, llegó á ponerse delante de la gran ciudad de Tollan, en donde se habia recogido la mayor parte de los fugitivos en las poblaciones vencidas, que unidas al gran número de tropas que en ellas se habian levantado y habian ocurrido de las demas poblaciones de los culhuas toltecas, formaban un lucido y numeroso ejército que intentaba impedir el progreso de los imperiales. Mas estos, orgullosos con las victorias pasadas, acometieron intrépidos á los enemigos, que aunque se defendian vigorosamente, no pudieron sostener el ataque, y despues de algunas horas de combate, se vieron precisados á retirarse á la ciudad, desde donde continuaron su defensa al abrigo de las fortificaciones que de antemano tenian levantadas. Mas el ejército imperial, continuando diariamente los avances, les hizo tan horrible estrago que en pocos dias los puso en estado de no poderse defender, y abandonando la poblacion los que habian escapado la vida la entró á saco el ejército imperial, pasando á cuchillo á todos los que en ella se encontraron, excepto los niños, mugeres y viejos inútiles, á quienes perdonó la vida la piedad del vencedor.

De Tollan pasó el ejército á Xilotepec, y de aquí á Xitlaltepec, que corrieron la misma fortuna que Tollan, y dando la vuelta hácia el Sur, entró con el mismo furor talando y destruyendo hasta la provincia de Tepotzotlan, donde le salió al encuentro el gran ejército de los tecpanecas, mandado por su general Tlaca-

teotzin rey de Tlatelolco. Luego que se avistaron los dos ejércitos en un llano inmediato á la misma ciudad de Tepotzotlan suspendieron ambos su marcha, y poniendo el emperador sus tropas en órden, mandó acometer al enemigo, que recibiendo bizarramente el ataque se dieron una cruel batalla, en que de una y otra parte murieron muchos, pero finalmente no pudiendo ya los tecpanecas mantenerse contra el furor de los imperiales, hubieron de cederles el campo y la victoria, y se retiraron á la ciudad, pero no pudiendo tampoco mantenerse en ella, la abandonaron, retirándose á Quauhtitlan.

Tepotzotlan fué entrada á saco por los imperiales, que siguieron el alcance á los enemigos, y despues de algunos reencuentros los hicieron desalojar tambien de Quauhtitlan, y sujetó el emperador esta poblacion, la de Teutitlan, y otras menores, con lo que quedó enteramente sojuzgada toda la provincia de Tepotzotlan. Los tecpanecas continuaron su retirada hácia la capital de Azcapuzalco; mas siguiéndoles el alcance los aculhuas, dieron con ellos cerca del pueblo de Tepatec, donde se trabó una tan recia escaramuza, que insensiblemente empeñados en la accion ambos ejércitos, duró algunas horas el combate, en que perdieron mucha gente los tecpanecas, y se vieron forzados á tomar precipitadamente la fuga.

Continuó su marcha el emperador en su seguimiento, ganando todos los lugares que se hallaban por el camino, hasta Temalpalco, lugar pequeño muy inmediato á Azcapuzalco, donde halló acampado y bien atrincherado otro numeroso ejército que habia prevenido el rey de Azcapuzalco. Habiase fortificado sobre

la ribera de la banda del Sur del rio, que del nombre de la ciudad se llama tambien de Azcapuzalco, el que le servia de foso, para impedir la entrada al enemigo. Acampó el emperador á vista del ejército contrario, y comenzó desde luego á fortificarse á la banda del Norte del mismo rio, entre él y el de Tanepantla, estendiendo sus líneas por Oriente y Poniente, hasta tocar por aquel viento con las riberas de la laguna, y por este con la cordillera de cerros que hoy se llaman de los Remedios, para estrechar cuanto pudiese al enemigo, y concluidas sus fortificaciones comenzó á incomodarle asaltando las suyas ya por uno ya por otro lado sin intentar accion general en que aventurase su reputacion, hasta que la continua molestia y sucesivas pérdidas que diariamente experimentaban, le facilitasen el vencimiento; pero ellos defendiéndose vigorosamente, aunque siempre con mucha pérdida de gente, se mantuvieron constantes cuatro meses, al cabo de los cuales quedó disminuido notablemente su ejército, cansada ya la gente, y sin recurso el rey de Azcapuzalco para reforzarle con nuevas tropas, *facilitándole todas las tierras y provincias que le habia conquistado* (1). Conociendo esto el emperador, determinó finalmente dar el asalto general, y acabar de una vez con los tecpanecas, para cuyo efecto mandó colocar su tienda sobre un cerrillo llamado Temacpatl, situado casi en la medianía de su campamento, que dominaba uno y otro campo, para poder

(1) Aquí faltan algunas palabras, que sin duda omitieron los copiantes por descuido; pues no hay sentido en las que van señaladas con letra cursiva, y son las mismas que se leen en ambos M. S.

desde allí registrar toda la accion y dar las órdenes convenientes.

Dividió su ejército en quince trozos, que á un mismo tiempo habian de asaltar por otras tantas partes las trincheras del enemigo, al mando de valerosos y diestros capitanes, y á los dos generales Cihuachnahuacatzin y Chihuaquequetzotzin mandó que corriendo á la derecha é izquierda del ejército distribuyesen sus órdenes por todas partes.

Todo estaba ya á punto, y señalado el dia, cuando Tetzotzomoc, que por sus espías tuvo puntual noticia de todo, viendo ya su pérdida irremediable, hubo de resolver aunque á su pesar el rendirse, y llamando á los reyes sus aliados les comunicó su determinacion. Ellos que no deseaban ya otra cosa, viéndose amenazados de igual ruina, convinieron prontísimos en ello, y el de Azcapuzalco envió sin dilacion sus emisarios al emperador, pidiendo la paz y entregándose enteramente á su arbitrio, pidiéndole perdon de sus pasados errores con muchas expresiones de sumision y rendimiento, y ofreciendo jurarle y reconocerle por supremo monarca en la forma que le ordenase.

Llegaron los emisarios á presencia del emperador, y cumpliendo puntualmente con su embajada fueron bien admitidos del monarca, que con su innata piedad y natural clemencia les respondió que estaba pronto siempre á perdonar al que humillado confesaba sus errores; que desde luego otorgaba el perdon á los reyes de Azcapuzalco, Méjico y Tlatelolco, y á los demas señores que habian seguido su partido, á quienes devolveria todas las tierras que les habia conquistado, y les confirmaria en sus señoríos, siempre que cumpliendo lo que ofre-

cian le reconociesen por supremo monarca, para cuyo efecto, y el de practicar las ceremonias acostumbradas del homenage pasasen á su corte de Tezcoco, donde él luego se restituiria, y se celebraria allí esta funcion con la solemnidad debida.

Este fué el paradero de tan ruidosa guerra, y á tan poca costa como la de un fingido rendimiento logró Tetzotzomoc y sus aliados escapar del fiero golpe que veian descargar ya sobre sus cuellos por la inmoderada y excesiva piedad de este gran príncipe, mal empleada con enemigo tan cauteloso, y peor correspondida de su traidora intencion como verémos adelante.

Ni á los príncipes y generales que seguian el partido del emperador, ni á su tropa agradó tanta benignidad y clemencia con los rebeldes; porque los unos habian concebido esperanzas de dilatar sus estados, recibiendo en premio de sus fatigas algunas tierras en los paises conquistados; otros no poseidos de la ambicion de tierras, sino de la gloria, sentian que todos sus afanes quedasen sin llegar á colmo, triunfando de los enemigos dentro de la misma corte de Azcapuzalco, entrándola á fuego y sangre como habian hecho con las demas poblaciones; y otros finalmente, mas circunspectos y refinados políticos, creian que debia haberles costado mas ruegos la paz, y no dejarlos enteramente sin castigo, ya que se les perdonasen las vidas que tan justamente debian perder, ni ménos dejarles en el mismo auge de poder y dominios que tenian, porque esto no serviria de otra cosa que de insolentarlos mas para que cada dia pensasen en nuevas revueltas, siempre con la seguridad de un feliz éxito: si vencian, porque vencian, y si se hallaban urgidos, porque encontrarian

siempre en el monarca, franca la puerta á la clemencia; y en realidad estos discurrian juiciosamente, y el éxito de los sucesos posteriores confirmó lo bien fundado de sus discursos.

Finalmente la tropa habia concebido grandes esperanzas de cebar su codicia en las riquezas de Tetzotzomoc y de su opulenta corte, y el verse defraudados de ellas cuando ya las miraban casi en sus manos les causó notable desabrimiento, llevando á mal en su príncipe tanta bondad con enemigos tales que habiéndose valido de todas sus fuerzas, ardides y traiciones, venian á rendirse cuando estaban ya desesperados de otro remedio.

Bien conoció el emperador el general disgusto de sus amigos y vasallos en el perdon que habia dado á sus enemigos, y en la liberalidad y clemencia con que se habia portado con ellos; pero su innata piedad, y el horror con que miraba los estragos de la guerra, sin embargo del bizarro aliento con que la manejaba, y de llevar en ella la mayor parte de la victoria, le hicieron abrazar prontamente aquel medio que se le proponia de concluirla olvidándose de los agravios recibidos, que eran merecedores del mas severo castigo, así como eran dignos del premio que esperaban aquellos señores y fieles vasallos que le habian seguido y ayudado en la empresa; mas creyó contentar á estos por entónces con afables expresiones de gratitud y futuras promesas, con ánimo sincero de cumplirlas, si no con aquellos premios que habian concebido, en otros equivalentes. Pero muchos de los señores quedaron tan desabridos, que desde luego formaron el dictámen de retirarse de su servicio.

CAPITULO XXXIV.

Válese el rey de Azcapuzalco del desabrimiento de los príncipes aliados del emperador para atraerlos á su partido. Levanta un gran ejército, y finge preparar fiestas para la jura del emperador con ánimo de quitarle la vida en ellas. Descubre la traicion el emperador, y envia á excusarse de asistir á las fiestas con su hermano el infante Accalottzin á quien hace desollar vivo Tetzotzomoc.

Restituyóse el emperador á su corte de Tezcoco, donde fué recibido con grande aplauso; y luego que llegó hizo muchas mercedes á los señores que le acompañaron, dándoles á unos algunos lugares que agregasen á sus estados y señoríos, á otros premios con empleos, dignidades, honores, y la órden de caballería de Tecuhtlis, y á otros finalmente con regalos de piezas de oro, piedras preciosas, plumas y otras cosas que entre ellos eran estimables, y á los que tenian estados les dió licencia de retirarse á ellos á descansar de las fatigas pasadas, pero sin embargo muchos quedaron disgustados y resueltos á pasarse al partido del rey de Azcapuzalco.

Este, pues, que urgido solamente del inminente peligro en que se hallaba rindió su orgullo, no con ánimo sincero de una verdadera reconciliacion, y ménos de cumplir sus ofertas en órden á jurar y reconocer por supremo señor á Ixtlixochitl, sino con el fin de ganarse tiempo en que rehacerse de las pérdidas pasadas, y poner en ejecucion su intencion depravada, no perdió momento en sus negociaciones, valiéndose de toda su astucia y de cuantos medios pudo para atraer á su parti-

do á los príncipes auxiliares del imperio: y hallando en ellos en esta ocasion sobrada disposicion, consiguió plenamente su deseo, pues aunque no todos se resolvieron á favorecer declaradamente su partido auxiliándole con tropas, ofrecieron no ayudar con ellas al emperador, aunque las pidiese; y esto era cuanto necesitaba el de Azcapuzalco, pues destituido Ixtlixochitl del socorro de aquellos señores que estaban á su devocion, no podia defenderse de su contrario, quien con toda la presteza que pudo, y con el mayor sigilo, levantó en breve tiempo un considerable número de tropas, y lo mismo hicieron los reyes de Méjico y Tlatelolco, y los demas confederados, con todo lo necesario á sus provisiones.

Mandó el rey de Azcapuzalco que así sus tropas como las de sus aliados se ejercitasen, no solo en el manejo bélico de las armas, sino tambien en ciertos juegos de destreza y agilidad con ellas mismas, como ellos acostumbraban en sus fiestas, ya con la flecha, ya con la macana, como una especie de torneo, y tambien en algunas danzas y bailes de los que solian hacer en sus fiestas solemnes, publicando que estos ensayos eran para las que intentaba hacer en aplauso del emperador cuando fuese á jurarle: pero en la realidad todo era traicion para apoderarse á su salvo de las personas del emperador, y de su hijo el príncipe Nezahualcoyotl, y enmedio de los regocijos y fiestas dar sobre ellos y los suyos, y acabar con todos.

Luego que estuvo todo dispuesto, mandó á los reyes de Méjico y Tlatelolco que con gran sigilo y disimulo hiciesen marchar sus tropas y que pasasen del otro lado de la laguna al territorio de Chiuhnauhtlan, repar-

tiéndolas en los pueblos mas inmediatos á aquella poblacion, donde con el auxilio de Toxmiltzin señor de Chiuhnauhtlan, que se habia declarado á su favor, y de otros principales señores que seguian allí su parcialidad, pudiesen mantenerse ocultos.

Mandó al mismo tiempo que llevase una gran cantidad de venados, conejos, liebres y otros animales y aves á un gran bosque que habia inmediato á dicha poblacion, nombrado Tenamatlac, con el pretexto de que en él pudiera divertirse el emperador en la caza; y ya todo prevenido envió sus embajadores á Ixtlixochitl, diciéndole que él y sus parientes y amigos estaban prontos á cumplir la oferta que habian hecho de jurarle por supremo señor y monarca de la tierra, y que para solemnizar esta funcion, y en aplauso y regocijo del ajuste de paces habia mandado preparar varias diversiones, entre las cuales era una la de la caza, de que habia mandado prevenir gran cantidad en el bosque de Tenamatlac, cuya situacion, por la cercanía á las playas de la laguna, le facilitaba el poderse conducir á él, pues por su avanzada edad estaba imposibilitado de andar ni acercarse mas á la corte de Tezcoco; fuera de que el terreno de Chiuhnauhtlan era á propósito para ejecutar en él con desahogo los juegos y danzas que estaban prevenidos, por lo que le suplicaba se dignase pasar al dia siguiente á dicha poblacion, que allí lo esperaria; pero que le hiciese el gusto de que los que le acompañasen fuesen sin armas, porque sus tecpanecas habian quedado sumamente medrosos y atemorizados de los aculhuas con los estragos de la última guerra, y que irian igualmente desarmados para quitar todo motivo de temor, y sospecha de inquietud.

Luego que despidió á los embajadores hizo llamar á sus capitanes para que aprontasen la gente, y en el gran número de canoas que estaban prevenidas se transportasen á las playas de Chiuhnauhtlan, ordenándoles que luego que viesen divertidos al emperador y á los suyos, diesen sobre ellos, procurando sobre todo apoderarse de las personas de Ixtlixochitl y su hijo, para llevarlos vivos á su presencia; y para que no les valiese la fuga hizo repartir entre los soldados varios retratos de uno y otro, para que los que no le conociesen de persona le conociesen por el retrato, y pudiesen seguirle y embarazar su fuga.

Hallábase á la sazon en Azcapuzalco el infante Izcatzin Acatlotzin Tecuitecatzintli, al que unos llaman hermano, y otros hijo del emperador, y lo primero es mas verosímil, porque sabemos que tuvo un hermano llamado Acatlotzin, como dijimos al capítulo XXXIV, y lo corrobora el que los que dan noticia de los hijos que tuvo legítimos y naturales no numeran entre ellos á Acatlotzin. Este, pues, pocos dias ántes habia sido enviado por el emperador á la corte de Azcapuzalco, disfrazado y encubierto, con el fin de investigar los designios de Tetzotzomoc, cuyas prevenciones habian dado ya á Ixtlixochitl algun recelo; y con su diligencia llegó á descubrir aquella misma mañana toda la trama de la conjuracion, y las órdenes que se habian dado contra la vida del emperador y del príncipe su hijo, y sin mas dilacion partió en diligencia para Tezcoco á dar cuenta de todo á Ixtlixochitl.

Entretanto habian llegado ya los embajadores, y cumpliendo con su comision dieron su embajada al emperador, quien habiéndola oido, concibió desde luego

sospechas de alguna traicion; mas con todo disimuló, y mostrando afable semblante á los embajadores, respondió que estimaba las expresiones del rey su amo, y que iria con mucho gusto á recibir su obsequio y el juramento de fidelidad, y cuando por sus ocupaciones no pudiese ir enviaria persona de toda su confianza que lo recibiese en su nombre. No agradó la respuesta á los embajadores, y así volvieron á instarle para que no dejase de ir, porque esto seria muy sensible al rey su amo, que con tal esmero habia prevenido estas magníficas fiestas para solemnizar su jura, á lo que friamente respondió el emperador que iria, y con esto partieron ellos á dar cuenta á su señor.

Pocas horas despues llegó el infante, y dió noticia al emperador de toda la traicion que estaba preparada, haciéndole saber que estaban ya en Chiuhnauhtlan y sus contornos todo el ejército de los reyes de Méjico y Tlatelolco, y que en un prodigioso número de canoas que tenian prevenidas se transportaba ya á las mismas playas el rey de Azcapuzalco, con otro numeroso ejército, habiéndole franqueado la entrada Toxmiltzin, señor de Chiuhnauhtlan. Confuso quedó el emperodor al oir de boca del infante tan no esperada novedad; y viendo que en el corto plazo que tenia le era imposible apercibir ejército competente con que hacer frente y defenderse de Tetzotzomoc, determinó enviar al mismo infante para que saliese á encortrarle y le dijese de su parte que se suspendiesen para otro dia las fiestas, por que él no podia asistir á causa de hallarse indispuesto, para de esta suerte ganar algun tiempo en que poder pedir socorro á sus parciales, y juntar la gente de sus estados con que ponerse en defensa.

Bien conoció el infante que esta diligencia no habia de surtir efecto, porque la astucia de Tetzotzomoc habia de penetrar luego el motivo, y en vez de suspender su resolucion habia de ser mas poderoso estímulo para ponerla en ejecucion, viéndose dueño de un tan poderoso ejército, y tan cerca de Tezcoco, y á su enemigo en estado de no poder medir con él las armas, por lo que temia que la primera accion con que abiertamente se declararia seria con hacerle quitar la vida á él luego que oyese su mensaje; y así le dijo al emperador: „Señor pronto parto á ejecutar tu mandato, aunque temo „ mucho que no volveré vivo á tu presencia; pero si con „ mi muerte puedo defender tu vida, ó á lo ménos dilatarla, gustoso sacrifico la mia en tu servicio; solo te suplico que atiendas á mis hijos y mugeres, y si el Tloque Nahuaque te saca victorioso de tus enemigos, „ acuérdate que en las guerras pasadas me hiciste merced de los pueblos de Quauhyocan, y Tequixquinahuac, de que no he tomado todavía posesion, por haberme tenido ocupado en tu servicio, para que la tomen mis hijos, y logren esta merced de tu liberalidad." A esto respondió el emperador: „Hermano mio, bien „ conozco tu riesgo, pero no es menor el que me amenaza, y no hallo otro medio con que poder ganar algun tiempo, en que pueda por lo ménos fortificarme „ en mi corte, para resistir su ímpetu, ínterin llegan „ los socorros de mis aliados, espero que el Dios Criador te sacará con felicidad, y puedes ir seguro de que „ atenderé siempre á tus hijos y mugeres, como merecen tus buenos servicios, para que logren las mercedes que te he hecho, y pienso hacerte á tí y á ellos „ en adelante."

*

Mandó luego que trajesen unas muy lucidas armas, plumajes y adornos de que él usaba en campaña, y se las mandó vestir al infante. Esta era una ceremonia acostumbrada en las embajadas mas solemnes, así para mayor ostentacion, como para acreditar la fe del enviado, dando á entender por los adornos exteriores que iba revestido de toda la autoridad y magestad del señor que le enviaba. Mandó que le acompañasen tres principales señores de la corte, que fueron, Huitzilihuitzin Iztactepoyotzin, ayo del príncipe Tequixquinahuacatzin, Tlilxicatzin, y Oyuhtecatzintli Xochiltemocatzin, los cuales, sin embargo de conocer el peligro á que se exponian, obedecieron prontos y partieron luego con el infante.

Entretanto que esto pasaba en Tezcoco hicieron su jornada de retorno los embajadores de Tetzotzomoc, quienes encontraron á su rey que acababa de desembarcar en las playas de Chiuhnauhtlan, y habiéndole dado cuenta de su comision, y de la respuesta del emperador, comprehendió luego Tetzotzomoc que estaba ya receloso y desconfiado, y temiendo que pudiese hacer marchar alguna tropa, que acercándose disimuladamente al sitio señalado pudiese estorbar sus intentos, mandó á su gente que avanzándose un buen número de ella por el camino de Tezcoco, luego que viesen venir al emperador se acercasen á él en ademan de recibirle y obsequiarle, y rodeándole por todas partes se apoderasen de su persona, y de grado ó por fuerza le trajesen á su presencia.

Obedecieron luego su órden, y tomando el camino un competente trozo de tropa con sus gefes, luego que divisaron al infante y su comitva, dieron por logrado

su intento, persuadiéndose por los adornos que de léjos miraban en el infante que era el mismo emperador; mas desengañándose de su error luego que le tuvieron cerca, sin pararse en disimulos se apoderaron de su persona, llenándole de injurias y dicterios, tanto á él como á los demas caballeros y comitiva que le acompañaba, y á empellones y golpes los llevaron á presencia de su señor, á quien hallaron sentado en una tienda de enramada.

Recibiólos con un semblante airado, y sin querer oirles mandó que luego al punto desollasen vivo al infante, y tendiesen su piel sobre unas peñas que estaban inmediatas é hiciesen pedazos á los demas que le acompañaban. Unos asieron luego al infante, y cumplieron puntualmente la órden del rey; los demas acometieron tumultuariamente á los de su comitiva, y con la confusion lograron algunos encapar las vidas, entre los cuales fué Huitzilihuitzin, uno de los tres señores que le acompañaron, quien por sendas extraviadas y con la mayor velocidad que pudo volvió á dar cuenta de todo al emperador. Hay alguna variedad entre los manuscritos que tengo entre manos en asignar el mes en que acaeció este suceso; pero concuerdan en que el dia fué señalado con el geroglífico de la agua en el año de cuatro conejos, y segun mis cómputos con la confrontacion de los sucesos posteriores le fijo en el segundo dia del duodécimo mes llamado *Micailhuitl* y señalado el dia con la agua en el número primero, por ser el primero de su semana, y corresponde al dia doce de setiembre del año de 1418 de nuestra era vulgar cristiana.

CAPITULO XXXV.

Convoca el emperador á los príncipes sus aliados, que se excusan, y solo tres le dan auxilio. Viene el de Azcapuzalco sobre Tezcoco, y á los diez dias de sitio se retira el emperador con sus hijos á la sierra de Tlaloc, dejando el mando á Huitzilihuitzin, á quien matan los Chimalpanecas, y se apodera de la ciudad el rey de Azcapuzalco. Fortifícase el emperador en Tzinacanoztoc, y envia á pedir socorro con su hijo el infante Cihuaquequenotzin, al señor de Otompan, quien se lo niega y quita la vida al infante.

No habia perdido tiempo el emperador, quien al punto despachó sus mensajeros á los príncipes sus aliados para que viniesen con presteza á su socorro con el mayor número de tropas que pudiesen levantar, mas estos, ganados por el de Azcapuzalco, ó abiertamente se negaron á ello con frívolas escusas, ó respondieron que lo ejecutarian, y no lo cumplieron sino solamente tres, que fueron Tlacotzin, señor de Huexotla, Izcontzin, señor de Iztapalocan, y Totomihua, señor de Cohuatepec, quienes con la gente que pudieron juntar vinieron luego: con la cual, y con la que prontamente pudo levantar el emperador en sus estados procuró fortificarse en su misma corte, resuelto á esperar allí al enemigo, teniendo por cierto que se avanzaria luego hácia ella con todo su ejército, y no se engañó, por que al dia siguiente á la muerte del infante dió órden de marchar en derechura á Tezcoco, y muy de mañana se movió con todo su ejército, que entrando en los estados imperiales, talando y destruyendo cuanto encontró, no

perdonó edad ni sexo, sin embargo de no hallar quien le hiciese resistencia. Al otro dia se puso sobre la corte de Tezcoco, acampado en sus contornos y sitiándola por todas partes, comenzó desde luego á avanzar sus fortificaciones, aunque rechazado siempre vigorosamente por su guarnicion, que animada con la presencia de su soberano peleaba bizarramente.

Diez dias habia que sostenian el sitio, en los cuales habian sido incesantes los ataques; y aunque era incomparablemente mayor el número de muertos de los de Azcapuzalco que el de los imperiales, como aquellos eran tantos y estos tan pocos, no se conocia allí la falta, y la de estos iba por instantes poniendo la ciudad en estado de no poder defenderse: por lo que, viendo el peligro que amenazaba al emperador, le rogaron sus fieles vasallos que se saliese de la ciudad, y se retirase con el príncipe su hijo al monte donde pudiesen salvar las vidas.

No era pequeña la dificultad que se ofrecia para ejecutar la fuga, estando por todas partes rodeados de enemigos; mas con todo la emprendió el emperador, llevando consigo al príncipe Nezahualcoyotl, al infante Cihuaquequenotzin, y á otros de sus hijos y algunos criados, y se retiró á la sierra de Tlaloc, dejando el mando de la ciudad á Huitzilihuitzin; y habiendo logrado escapar felizmente de los sitiadores, hizo alto en unas barrancas y quebradas á la falda de la sierra, á orillas de un llano llamado Quiyacac, pareciéndole aquel puesto fuerte por naturaleza para defenderse si le seguian; pero viendo desde él la multitud de enemigos que inundaban los contornos de Tezcoco, determinó al dia siguiente retirarse mas adentro de la

sierra á un palacio que tenia en el bosque llamado Tzincanoztoc, y á poco rato de haber llegado á él tuvo la noticia de que un principal señor de la ciudad del barrio de los chimalpanecas, llamado Toxpilli, muy favorecido y beneficiado del emperador, haciéndose cabeza de los de su barrio, volvieron todos las armas contra su señor, apellidando á Tetzotzomoc, y entrando en la casa en que estaba Huitzilihuitzin le mataron á él y á otros de los caballeros que le acompañaban, habiendo logrado escapar las vidas los señores de Iztapalocan, Huexotla y Cohuatepec, que salieron huyendo, y se entraron por la misma sierra en busca del emperador, y que el enemigo habia entrado y apoderádose ya de la corte de Tezcoco.

Hallándose en este conflicto determinó enviar á pedir socorro á Quetzalcuixtli señor de Otompan, á quien despues de la guerra pasada habia hecho varias mercedes y nombrádole general de sus armas en toda aquella provincia; y para que se lograse con la mayor brevedad y acierto, envió á su hijo el infante Cihuaquequenotzin, quien temiendo que le sucediese lo mismo que á Acatlotzin, encomendó al emperador sus dos hijos Tzontecohuatl y Acolmiton, y partió luego á cumplir la órden de su padre.

No le engañó su corazon, porque apénas llegó al pueblo de Ahuatepec perteneciente á la dicha provincia de Otompan, se dirigió á su gobernador llamado Centzin, y le comunicó el fin de su venida, á que le respondió que él no podia tomar providencia alguna sin dar cuenta primero á Quetzalcuixtli y á su lugar-teniente Acatzon; que lo llevaria con ellos para que les diese su embajada. Partieron juntos, y llegando á Otom-

pan dió á Quetzalcuixtli el mensaje del emperador, ponderándole la suma afliccion en que se hallaba; que solo en él y en sus valientes otompanecas tenia esperanza para defender su vida y su reino de tan cruel tiranía.

Oyóle Quetzalcuixtli, y con despego y severidad le respondió: „Yo no conozco á Ixtlixochitl por supre„mo monarca de esta tierra, sino al gran Tetzotzomoc „rey de Azcapuzalco, y así mal puedo dar socorro „contra él á Ixtlixochitl. Sal á la plaza, que hoy es „dia de gran mercado, y dí á voces tu pretension, „quizás habrá alguno que quiera ir á socorrerle." Salió con efecto el infante á la plaza, que por razon del mercado estaba llena de un numeroso concurso, y puesto enmedio de ella dijo en voz alta: „El gran em„perador Ixtlixochitl, mi señor y padre, se halla en „los términos mas estrechos de haber de perder el rei„no y la vida, de que tiranamente intenta despojarle „el rey de Azcapuzalco; y no teniendo otra esperan„za que el valor y lealtad de sus vasallos y amigos „los otompanecas, me envia á decirles el peligro en „que se halla, para que vayan prontamente á soco„rrerle." Al oir esto un soldado ordinario, natural de Ahuatepec, cuyo nombre no dicen, y se hallaba inmediato, levantó una piedra, y tiró con ella al infante diciendo: „Viva Tetzotzomoc;" y á su ejemplo cargó sobre él todo el vulgo en que habia considerable número de tecpanecas. Mas el valiente Cihuaquequenotzin, echando mano á sus armas, procuraba defenderse bizarramente ayudado de cuatro criados que le acompañaban, hasta que cargados de aquella innumerable multitud, murieron todos cinco, bien que vendiendo

muy caras sus vidas, porque ántes de morir mataron mas de treinta.

Hicieron pedazos el cadáver del infante, y por burla y juego se tiraban unos á otros con los pedazos de él. El lugar-teniente Acotzin pidió que le diesen las uñas, y habiéndoselas dado las ensartó en un hilo, y se las colgó al cuello diciendo; „Pues estos son tan „grandes señores y nobles caballeros, preciso es que „sus uñas sean de piedras preciosas, y por tales quie-„ro yo traerlas para ornato de mi persona."

Este fué el fin del valiente general Cihuaquequenotzin, que uniendo al esplendor de su sangre la bizarría de su espíritu, fué los años pasados el terror de los tecpanecas en Iztapalocan, y de los mismos otompanecas en la última guerra, digno por cierto de mejor fortuna. El dia de este infeliz suceso lo anotaron puntualmente los historiadores en sus mapas, y dicen los intérpretes de ellos que fué el décimo octavo del mes duodécimo llamado Micailhuitl, señalado con el geroglífico de la culebra en el número cuatro, por ser el cuarto de la semana, y segun mi cómputo corresponde al dia veinte y ocho de setiembre del año de 1418.

Hallóse presente á este infeliz suceso un caballero del mismo lugar de Ahuatepec, llamado Itzicuintlatlaca, parcial del emperador, que desde su patria habia ido acompañando al infante, y en la refriega logró escapar la vida con la fuga. Este partió inmediatamente á dar aviso á Ixtlixochitl, quien al oirlo prorrumpió en lamentos y lágrimas, sin poder contenerse. Manteniase en Tzinacanoztoc, donde se habia fortificado, y se le habia juntado un considerable número de tropa, y de otras gentes de todos sexos y edades, que habian

salido huyendo así de la corte como de otras poblaciones, entre las cuales estaba la muger é hijos del infeliz Cihuaquequenotzin, á quienes llamó y procuró acariciar y consolar, diciéndoles que si habian perdido marido y padre, él habia perdido un hijo muy amado, y el mas valiente general de sus armas; pero que le quedaba el consuelo de que seria inmortal su memoria y la gloria de su nombre, habiendo sacrificado su vida con tanto honor en defensa de su padre, de su rey y de su patria; que si Dios era servido de sacarle victorioso de sus enemigos, sabria recompensar y premiar en los hijos los agradables servicios de tan buen padre, y lo mismo ejecutaria el príncipe su hijo, si Dios fuese servido de ponerle en su trono.

CAPITULO XXXVI.

Atacan los enemigos la fortificacion de Tzinacanoztoc, que se defiende treinta dias, al cabo de los cuales la desampara el emperador, quien se entrega á los enemigos, y muere matando. Huye el príncipe Nezahualcoyotl con sus hermanos y sobrinos á las provincias de Huecxutzinco y Tlaxcallan.

Luego que los enemigos se apoderaron de la ciudad, y supieron que faltaba de ella el emperador que habia salido huyendo para la sierra, procuraron con toda diligencia buscarlo en ella, y no tardaron en hallarlo, pero fortificado en el paraje de Tzinacanoztoc, donde le embistieron con indecible furia; mas no pudieron forzar sus trincheras. Repitieron los asaltos con mayor

vigor y mayor número de gente, sin embargo de los muchos que morian, por los continuos socorros que les llegaban, al paso que los sitiados con la gente que perdian se hallaban cada dia mas afligidos, y con ménos esperanza de socorro.

Con todo sostuvieron treinta dias el sitio, defendiéndose bizarramente, al cabo de los cuales viéndose Ixtlilxochitl rodeado de enemigos por todas partes, falto de bastimentos, sin esperanza alguna de socorro, ni aun de salvar la vida con la fuga, determinó venderla á buen precio, muriendo gloriosamente, y procurando salvar la de su hijo; y armándose de todas sus armas, llamó al príncipe Nezahualcoyotl y algunos otros pocos de aquellos mas principales señores que le acompañaban, y les mandó que le siguiesen; y saliendo de las fortificaciones por un lado de donde estaban algo mas distantes los enemigos, se encaminó á un paraje llamado Tepanahuayan, y habiendo llegado á él cerca de un arroyo que baja de la sierra, hizo alto allí, y volviéndose á ellos les dijo de esta suerte: „Leales vasallos, „ deudos, y amigos mios, que con tanta fidelidad y „ amor me habeis acompañado hasta ahora en mis tra„ bajos, yo conozco que ya es llegado el dia de mi muer„ te, y que no es posible escapar de las manos de mis „ enemigos. Si me mantengo mas tiempo en Tzinaca„ noztoc, no lograré otra cosa que envolveros á todos „ en mi desgracia, porque falto de gente con que de„ fender sus fortificaciones, y aun del preciso alimento „ para los pocos que han quedado en ellas, es preciso „ que entren los enemigos, y por quitarme á mí la vi„ da la perdais tambien vosotros; y así he resuelto ir „ yo mismo á entregarme, y á morir matando en el

„ campo para salvar vuestras vidas, pues muerto yo „ toda la guerra se acaba, y cesa vuestro peligro, y „ así abandonad las fortificaciones, y procurad huir y „ esconderos en esa sierra. Solo os encargo que cui- „ deis de la vida del príncipe, porque con su inocente „ muerte no se acaben las últimas reliquias que quedan „ de los ilustres monarcas chichimecas; que yo espe- „ ro en el Dios Criador que ha de ayudarle, para que „ recobre su imperio;" y volviéndose al príncipe le abrazó derramando muchas lágrimas, y le dijo: „Hi- „ jo mio muy amado, brazo de leon, y último resto de „ la sangre chichimeca, fuerza es dejarte para no vol- „ verte á ver, y dejarte sin abrigo ni amparo, expues- „ to á la rabia de esos lobos hambrientos que han de „ cebarse en mi sangre; pero quizá con eso se apagará „ su enojo. Procura guardar tu vida, y entretanto que „ pasa mi tragedia, súbete á ese árbol, y mantente „ oculto entre sus ramas, y en pudiendo huir, parte á „ las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco, cuyos „ señores son tus deudos y de tu misma casa, y pídeles „ socorro para restaurar tus estados; y si el Dios Cria- „ dor te lo concede, te encargo mucho la observancia „ de las leyes, para que á ejemplo tuyo las observen „ tus vasallos á quienes has de mirar como á hijos, pre- „ miándoles sus buenos servicios, especialmente á los „ que en esta ocasion me han ayudado, y perdona ge- „ nerosamente á tus enemigos: que aunque yo conoz- „ co que mi ruina ha venido de mi demasiada piedad, „ no estoy arrepentido del bien que les hice. No te de- „ jo otra herencia que el arco, y la flecha: ejercíta- „ los, y debe al valor de tu brazo la restauracion de „ tu reino." Todos enmudecieron ahogadas las pala-

bras con el llanto, y lo que faltaba de voces sobraba de sollozos, cual puede discurrirse en tan lastimosas circunstancias.

Miéntras esto pasaba, los enemigos que advirtieron que salia gente de la fortificacion, y se encaminaba á Tepanahuayan, al punto destacaron en su alcance un grueso competente de tropa de los de Chalco y Otompan, de suerte que cuando el emperador acabó su razonamiento venian ya muy cerca, y divisándolos Ixtlixochitl hizo que con presteza subiese el príncipe sin que lo viesen á un gran árbol de capullin, que es una especie de cerezo, y se ocultase en su frondosa copa, y mandó á los demas que dividiéndose, y tomando diversas sendas, se escondiesen en lo mas frogoso de la sierra.

El se adelantó á encontrar á los enemigos, y dando con ellos á poco trecho les dijo: „traidores, si soy „ yo á quien buscais, aquí me teneis: que no huyo de „ la muerte, ni la tengo por ignominiosa en defensa de „ la corona que heredé de mis mayores: ántes por el „ contrario habiendo tenido siempre entendido que mi „ primera y principal obligacion era el defenderla y pro- „ tejer á mis fieles vasallos, y habiendo hecho cuanto „ he podido para cumplirla, la muerte me será glorio- „ sa, sacrificando como buen rey mi vida en su defen- „ sa; pero tened entendido que primero que logreis qui- „ tármela he de matar á muchos traidores." Y dando sobre ellos con indecible furia, hizo tal estrago, que asientan algunos escritores que mató mas de cincuenta, hasta que lleno de heridas cayó muerto en el suelo. ¡Príncipe infeliz, que compró su desgracia con su clemencia, y con un trastorno de aquellos que usa con

frecuencia la inconstante fortuna, el que el año anterior coronado de laureles tuvo ya puesta la espada sobre el cuello de los mas poderosos príncipes, vino á rendir la vida á manos de unos viles traidores, á quienes mas que á otros muchos acababa de colmar de beneficios su liberalidad (1)!

No puede decirse que fué acierto haber dejado tan impune la rebelion de los príncipes aliados porque el rey es imágen de Dios, en quien son iguales los atributos, y debe templar de tal suerte la justicia y la clemencia, que ni sea tanta de esta que haga insolentes á los súbditos, ni de aquella tanta que le haga malquisto con ellos, sino que siendo igualmente amado y temido, excite su clemencia á las acciones nobles con la esperanza del premio, y contenga su justicia los excesos con el rigor del castigo. No es dudable que el piadosísimo corazon de este monarca le hizo entre los suyos sin igual en la clemencia. Cuanto mas bizarro, y esforzado lidiaba en la campaña, tanto mas aborrecia los estragos de la guerra, y por apartarlos de sus súbditos procurándoles el incomparable bien de la paz, no reparó en dejar quejosos á los que le fueron fieles por

(1) Torquemada y Clavigero refieren de distinto modo la muerte de Ixtlilxochitl. Oigase como se explica el segundo. „ Llamó (Tetzotzomoc) á los señores de Otompan y de Chal- „ co.... y les encargó que armasen con el mayor secreto un ejér- „ cito numeroso, y lo emboscasen en un monte vecino al cam- „ pamento del rey de Tezcoco; que de allí le enviasen dos ca- „ pitanes de los mas diestros y valerosos, los cuales con pre- „ texto de comunicar al rey un negocio de gran importancia, „ procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente, y le „ diesen muerte sin tardanza. Todo sucedió como el malvado „ príncipe habia pensado."

falta de premio, y á los desleales por falta de castigo, preparándose de esta suerte su última ruina.

El dia de esta tragedia lo señalaron puntualmente sus historiadores en sus mapas, pero los intérpretes de estos varian algo. Todos concuerdan en que fué el año señalado con el conejo, en el número cuatro, pero varian en el mes. Unos dicen que fué en el cuarto mes llamado Xilomaniztli: otros que en el duodécimo llamado Micailhuitl; y otros que en el décimo cuarto llamado Huepaniztli; y sin embargo de esta variacion concuerdan todos en que fué en el dia nono señalado con el geroglífico del Buho, pero varian en el dia de la semana, porque unos dicen que fué el décimo, y otros que el décimo tercio. Yo convengo con los que dicen que fué el mes Huepaniztli, porque de otro modo se destruyen las épocas anteriores, y no caben los sucesos segun los dias que asientan haber mediado de unos á otros; y en cuanto al dia, segun mis cómputos digo que fué el nono del mes y de la semana, señalado con el geroglífico del Buho. Respecto á que este año, que fué el cuarto de la última indicion, comenzó á contar los dias de su primer mes en el primero de la semana, como puede verse en la tabla puesta en el capítulo VIII del libro primero; y por consiguiente el mes Huepaniztli comenzó tambien á contar sus dias en el primero de la semana; y siendo como asientan todos el noveno del mes, lo fué tambien de la semana. En la confrontacion de esta epoca con nuestros años hay tambien su variedad; todos asientan unánimes que el año corresponde al de mil cuatrocientos diez y ocho de nuestra era vulgar, pero unos dicen que por abril, otros que por agosto, y otros que por setiembre, se-

gun la opinion que cada uno sigue en cuanto al dia en que comenzaban á contarle, y al primer mes de él. Yo, supuestas las épocas que dejo sentadas, le fijo en el dia veinte y nueve de octubre del dicho año de 1418 (1).

Luego que cayó muerto el emperador le despojaron los enemigos de sus insignias reales, y partieron en diligencia á presentarlas al rey de Azcapuzalco, y darle noticia del suceso. D. Fernando de Alba en una de sus relaciones dice que alcanzó á un noble anciano de Tezcoco, llamado D. Gabriel de Segobia descendiente de estos emperadores, como lo era el mismo D. Fernando, que afirmaba por tradicion de sus mayores que los enemigos quitaron la cabeza á Ixtlixochitl para llevársela á Tetzotzomoc; pero que en la historia general que interpreta no aparece esta circunstancia, sino que habiendo muerto cerca ya de anochecer, quedó tendido el cadáver en el mismo lugar donde cayó hasta el dia siguiente que vinieron algunos de los criados y capitanes que le habian seguido, y entre ellos dos caballeros naturales del barrio de Tlailotlacacan, llamados Histli y Chichiquiltzin, capitanes esforzados que con lealtad le habian servido, los cuales á vista del cadáver derramaron muchas lágrimas, diciéndole; „O amado príncipe y padre nuestro! ya con tu vida se acabaron tus „trabajos; ya llegó el dia de tu descanso; pero en él „empiezan los mas amargos de tus fieles vasallos, que „se lloran huérfanos y desamparados, rodeados de peligros, y amenazados de todas las penas y miserias „imaginables:" y con estas y otras semejantes excla-

(1) Clavigero señala este trágico suceso el año de 1410.—*E.*

maciones entre los dos amortajaron el cadáver, cubriéndole con las mejores mantas y adornos que pudieron haber en aquel parage, y cortando leños de los muchos que aquella sierra les franqueaba, formaron de ellos una especie de trono y asiento en que le sentaron, y rodeándole de otros leños le pegaron fuego, y quemaron el cuerpo, recogiendo despues las cenizas, que guardaron para llevarlas á echar al sepulcro de los emperadores, cuando el tiempo lo permitiese.

El príncipe Nezahualcoyotl estuvo viendo desde el árbol en que se ocultó toda la tragedia de su padre, y luego que entró la noche, al favor de la oscuridad, bajó del árbol, y se entró por la sierra para ocultarse, y por rodeos y veredas excusadas pasarse á la provincia de Tlaxcallan. Al dia siguiente caminando por la sierra le vieron venir muchos de los señores principales y gente plebeya, así de la corte como de otros lugares que se habian ocultado allí, y todos le salieron al encuentro con muchas demostraciones de obsequio, lamentándole en su infortunio, y procurando consolarle, á lo que él correspondió con atentas expresiones, agradeciéndoles lo que habian hecho y padecido en servicio de su padre.

Entre ellos estaban sus dos hermanos naturales, los infantes Quauhtlahuanitzin é Ixhuezcatocatzin, ambos valerosos capitanes, y sus dos sobrinos Tecoxatzin Tzontecohuatl, y Acolmitzin, hijos del desgraciado infante Chihuaquequenotzin, á quienes abrazó tiernamente, derramando unos y otros muchas lágrimas.

Diéronle noticia de que poco mas adelante estaban Tlacotzin, señor de Huexotla, con Tlanahuacatzin gran sacerdote de la misma ciudad, Totomihuatzin

señor de Cohuatepequec, é Izcontin de Iztapalocan, y acompañándole todos fué en busca de ellos, y habiéndolos hallado le hicieron iguales expresiones de obsequio, manifestándole su sentimiento, á que él correspondió tambien con la de gratitud, y á todos les persuadió que se restituyesen á sus casas, y diesen obediencia al tirano, pues estaban ya en términos de no poder tomar otro partido: que él seguiria su rumbo por donde le guiase el Dios Criador, en quien esperaba que le ayudaria para recobrar su reino; que entretanto procurasen cuidar de sus casas, familias y haciendas, manteniendo en su corazon la lealtad á su legítimo soberano, y obedeciendo con silencio á Tetzotzomoc, hasta que él pudiese libertarlos de esta opresion. Ofrecieron todos obedecerle, y con efecto lo pusieron luego en ejecucion, y él siguió su camino para Tlaxcallan, acompañado de sus hermanos y sobrinos, y pocos criados.

CAPITULO XXXVII.

Publica Tetzotzomoc perdon general, y liberta de tributos á los vasallos del imperio por un año. Matanza de niños por órden del tirano. Determina hacerse jurar por emperador, y para engañar á sus aliados, nombra por sus colegas en el gobierno á los reyes de Méjico, Tlatelolco y Cohuatlican, y á los señores de Acolman, Chalco, y Otompan, dando á los tres últimos la investidura de reyes. Celébrase la jura, á que no asisten los señores de la otra banda de los montes, y todos quedan mal contentos. Manda publicar un bando declarando traidores á los que no le reconozcan por supremo señor, y á los que amparen al príncipe Nezahualcoyotl.

Grande fué el gozo del rey de Azcapuzalco con la noticia de la muerte de Ixtlixochitl; mas no llegó á ser cumplido habiendo quedado vivo el príncipe Nezahualcoyotl, y así mandó luego que le buscasen por todas partes, ofreciendo grandes premios á quien se lo trajese vivo ó muerto, y para alentar mas las esperanzas de los que emprendiesen esta hazaña, hizo muchas mercedes, y dió grandes dádivas á los que mataron al emperador. Restituyóse luego á su corte, donde mandó hacer muchas fiestas y regocijos públicos en celebridad de la victoria. Publicó perdon general á todos los que habian seguido el partido del emperador, con tal que lo reconociesen á él por supremo monarca, y á todos los vasallos del imperio y estados patrimoniales de Ixtlixochitl les libertó de tributos y contribuciones en un año, para que en él pudiesen recobrarse los daños y pérdidas que hubiesen tenido durante la guerra.

Mas como todo su objeto no era otro que arrancar de raiz de los corazones de los vasallos la fidelidad á su legítimo príncipe, y borrar del todo si pudiese su memoria, inventó una crueldad inaudita para conseguirlo, y fué destinar un competente número de soldados que fuesen por todas las poblaciones del territorio imperial y tierras de los aculhuas, y á cuantos niños encontrasen les preguntasen quien era su rey, y á los que respondiesen que Ixtlilxochitl, ó Nezahualcoyotl, les diesen muerte, pero á los que respondiesen que el rey Tetzotzomoc les acariciasen y regalasen á ellos y á sus padres, para lo cual les mandó proveer de cantidad de ropas, piezas de oro, piedras preciosas, y otras cosas con que pudiesen ejecutarlo.

Partieron los soldados y se repartieron en todas las poblaciones imperiales, en las que á la primer entrada preguntando á los incautos niños á quien reconocian por soberano, respondian lo que habian oido á sus padres, que á Ixtlilxochitl, ó á Nezahualcoyotl; y cumpliendo los soldados la órden del tirano, hicieron en ellos un destrozo horrible, matando muchísimos niños intern que los padres de los que escaparon del primer estrago, sabiendo la órden del tirano pudieron instruirles, para que respondiesen que á Tetzotzomoc, y pudiesen de esta suerte escapar las vidas, pero con todo asientan los historiadores que fueron tantos los niños que perecieron que se contaron por cientos.

Para afirmarse mas en el trono el rey Tetzotzomoc determinó hacerse jurar y reconocer solemnemente, para cuyo efecto despachó sus mensajeros, convocando para cierto dia que parece fué á los fines del mismo año en su corte de Azcapuzalco, no solo á los

príncipes de los territorios inmediatos de montes á dentro, sino tambien á los de montes á fuera, cuales eran los de Tlaxcallan, Huexutzinco, Chollolan, Tecamachalco, Tepeyacac, y otros mas distantes. Veiase por un lado obligado á cumplir la promesa que hizo á los reyes de Méjico y Tlatelolco, y á los señores de Acolman, Cohuatlican, Chalco y Otompan, de partir con ellos lo que ganase, si le ayudaban en la guerra; y por otro lado le era muy sensible el dividir entre ellos las tierras del imperio, desmenbrándolas de aquel todo que con tanta ambicion deseaba poseer, y para salir con su intento discurrió su astucia un medio con el cual, dándoles todo en apariencia, nada les dada en realidad.

Este fué llamarlos á su corte algunos dias ántes del señalado para la jura, y decirles: „No estoy olvidado „ de la promesa, que os hice de repartir con vosotros „ las tierras que con vuestra ayuda conquistase: ántes „ queriendo cumplirla mas ventajosamente de lo que podeis esperar, os he juntado para declararos el modo „ en que pienso ejecutarlo. Este es no solo daros parte „ de ellas, sino tambien del honor y dignidad imperial, „ porque quiero que al mismo tiempo que á mí me juren „ por supremo monarca os reconozcan tambien á vosotros por cabezas del imperio, de suerte que la dignidad „ imperial quede en todos siete colocada, y subordinados á nosotros todos los demas señores de la tierra, sin „ que en los negocios de guerras, paces y otros de estado tocantes al imperio pueda determinarse nada sin „ el dictámen y consentimiento de todos siete, entre los „ cuales he de ser siempre yo y mis sucesores reconocidos „ por primeros y supremos monarcas, para lo cual he „ determinado dar la investidura de reyes á los tres de

„ vosotros que no la teneis, que eran Teyolcocohuatzin „ de Acolman, su nieto, Tochintecuhtli de Chalco, y „ Quetzalcuiztli de Otompan, y para el gobierno de los „ pueblos del imperio se dividirán estos en ocho partes „ de las cuales tomaré yo dos, y cada uno de vosotros „ una, compuesta de aquellos pueblos que están mas in- „ mediatos á vuestros territorios, para que con mas fa- „ cilidad y prontitud podais gobernarlos, dándome „ cuenta de cuanto en ellos se ejecute; y por lo que mi- „ rà á tributos y servicios personales, respecto á que „ los he hecho libres por un año, para que puedan re- „ sarcir sus pérdidas, luego que se cumpla ordenaré el „ modo en que han de repartirse." Deslumbrados los príncipes con el resplandor de la dignidad, y engañados de la astucia del viejo, convinieron en la propuesta dándose por satisfechos del cumplimiento de sus promesas y dándole á él muchas gracias por su liberalidad.

Llegado el dia señalado para la jura, que segun asientan fué á los fines del mismo año de cuatro conejos, y en mi cómputo á principios del nuestro de 1419 (1), concurrieron á la corte de Azcapuzalco los dichos seis reyes referidos arriba, los señores de Cohuatepec, Iztapalocan, Huexotla, Xochimilco, y algunos otros de los que tenian sus señoríos de montes adentro, y gran número de caballeros y gente principal de Tezcoco, y de las demas ciudades principales; pero no concurrieron los de Tlaxcallan, Huexutzinco, Chollolan, Tepeyacac, Zatatlan, Tenamitec, Tollantzinco, ni los

(1) Téngase presente que el primer dia del año mejicano no concurria con el 1. de enero del nuestro, sino con el 2 de febrero. Véase el calendario que principia en la pág. 121 del tomo 1.—*E.*

demas de montes á fuera, ni ménos los de las provincias mas remotas. Sintiólo mucho Tetzotzomoc y propuso hacerles la guerra hasta obligarles á que le jurasen, pero no por eso se suspendió ejecutarlo en esta ocasion con los que se hallaron presentes, con todas aquellas solemnidades que acostumbraban los monarcas chichimecas.

Declaró solemnemente en presencia de todo el concurso por sus colegas á los referidos seis reyes de Méjico, Tlatelolco, Acolman, Cohuatlican, Chalco, y Otompan, y mandó que fuesen reconocidos por tales y que todos siete eran cabezas del imperio, en cuyo gobierno nada se haria sin el concurso de todos. Concluida la funcion siguieron despues para su celebridad bailes, juegos y otros públicos regocijos.

Los colegas del nuevo emperador quedaron muy contentos, pero todos los demas mal satisfechos y quejosos, unos porque habiendo sido parciales de Ixtlixochitl, y siéndolo en su corazon de Nezahualcoyotl, se veian precisados á dar la obediencia á su enemigo, otros porque habiéndole ayudado con sus tropas y personas, no se creian premiados dignamente á emulacion de los colegas, y todos finalmente porque llevaban á mal esta multiplicidad de cabezas en el império.

No dejó de conocerlo la perspicacia de Tetzotzomoc, y así mandó publicar un bando en todas las tierras de los aculhuas, por el cual hacia saber á todos sus moradores que habia sido jurado y reconocido por supremo señor de toda la tierra, á quien debian sujetarse, obedecerle y tributarle, y al que así no lo hiciese le declaraba traidor, é incurso en la pena de muerte y suplicios impuestos á los traidores. Asímismo les hacia

saber que habian sido reconocidos por cabezas y compañeros suyos en la dignidad imperial los dichos seis reyes, entre quienes habia repartido el gobierno de los pueblos, declarando los que á cada uno pertenecian, y mandando que acudiesen á sus respectivas cortes para el despacho de los negocios; y finalmente declaraba por traidores, é incursos en las mismas penas, á todos aquellos que en cualquiera manera amparasen, ayudasen ó favoreciesen á Nezahualcoyotl, ó sabiendo donde estuviese no lo denunciasen, y ofrecia hacer muchas mercedes al que vivo ó muerto lo entregase.

Para la publicacion de este bando mandó que cada uno de sus colegas nombrase un capitan de su satisfaccion que mandase un competente destacamento de tropa, y él nombró á uno de quien la tenia grande, llamado Huitziltetzin, los cuales fuesen todos juntos á la ciudad de Tezcoco, é hiciesen juntar en algun parage espacioso toda la gente, así noble como plebeya, y subiendo á algun sitio alto el capitan Huitziltetzin desde él publicase el bando en voz alta é inteligible, y concluida allí la diligencia se dividiesen, y fuese cada capitan con su tropa á practicarlo del mismo modo en las poblaciones respectivas á cada uno de sus soberanos, segun la reparticion que hizo Tetzotzomoc.

Así lo ejecutaron, y partieron luego todos á la corte de Tezcoco; y habiendo mandado juntar la gente, fué tan crecido el concurso, que no halló en la ciudad parage competente en que pudiese caber, y así determinó el capitan Huitziltetzin salir al campo, y en un llano espacioso que hay entre la ciudad y el pueblo de Tepetlaoztoc llamado Quauhyacac, donde habia un antiguo templo de los toltecas, determinó hacer la publi-

cata, como efectivamente lo ejecutó desde lo alto del dicho templo, oyéndolo todo el concurso con gran silencio.

Concluida la funcion, volvieron á la ciudad, y por órden de su señor puso en ella dos gobernadores, uno de la misma nacion tolteca, llamado Tlotzin, y otro de la chichimeca, llamado Chicatzin Quinantzin, para que cada uno cuidase del gobierno de su respectiva nacion, atento á que aquella gran poblacion se componia de una y otra, y cada una en sus negocios acudiese á su gobernador. Hecho esto se dividieron los siete capitanes, dirigiéndose cada uno á aquellas poblaciones que para su gobierno habian sido encomendadas á cada uno de sus soberanos, y en todas publicaron el mismo bando.

CAPITULO XXXVIII.

Dase noticia del estado que por estos tiempos tenian las provincias de Huexutzinco y Tlaxcallan, y los señores que mandaban en esta ultima. Llega á ellas el príncipe Nezahualcoyotl, y es bien recibido; pero no se atreven á ayudarle por entónces, dándole esperanzas para tiempo mas oportuno. Vuélvese el príncipe á los estados de Tezcoco, y disfrazado oye el bando de Tetzotzomoc contra él: continúa su peregrinacion de este modo, y quita la vida á una muger que intentaba descubrirle.

Ya dejo dicho en varias partes la relacion de parentezco que tenian los señores de Tlaxcallan con los emperadores de Tezcoco, porque descendian aquellos del infante Xiuhquetzaitzin, ó Culhua Tecuhtli Quanex, de quien era tercer nieto el príncipe Nezahualcoyotl.

La alianza con los señores de Huexutzinco era por Matlalzihuatzin, ó Quetzalzihuatzin, madre de Nezahualcoyotl, hija del rey Acamapichtli segundo de Méjico, y de Tezcamihauatl, hija de Coxcox, príncipe exheredado de Cohuatlican, nieta de Acolmixtli, y bisnieta de Huetzin, rey de Cohuatlicán de quien descendian los señores de Huexutzinco como queda ya dicho en sus propios lugares.

No he podido hallar, aunque lo he solicitado con eficacia, documento alguno que me instruya de la historia Huexutzinca, esto es, el modo y circunstancias, principio y progreso del gobierno de esta que tambien fué república libre, gobernada por su senado, del que eran los principales miembros cuatro señores, que tenian sus cortes y casas en otras cuatro cabeceras, en que estaba repartida su capital, con la de Tlaxcallan; pero no nos dejaron noticia de los nombres de estas cabeceras, ni de el tiempo en que se fundaron, ni de los señores que gobernaron en ellas, porque hasta estos tiempos solo hallo en las historias tlaxcaltecas el nombre del señor que gobernaba al tiempo de la rebelion de Tlaxcallan y sitio de su capital, que fué por los años de mil trescientos ochenta y cuatro, que dicen se llamaba Xiuhtlehuitecuhtli, y hablan de él como de único señor, segun dejo ya reflejado en el capítulo XXIII.

Los historiadores chichimecas, refiriendo el suceso de que vamos tratando, y la venida de Nezahualcoyotl á esta república, dicen que á la sazon gobernaban en ella dos señores, llamados Xayacamachan y Temayahuatzin, y en adelante se hallarán los nombres de otros de estos señores, que por incidencia apuntan los historiadores de las otras naciones, porque actualmen-

te gobernaban esta república al tiempo en que acaecieron los suceros que refieren de sus historias. Pero la sucesion de unos á otros de estos señores huexutzincas, su número, y las demas circunstancias de su gobierno y policía, no he podido averiguarlo. Lo que no admite duda es que estos señores descendian de los reyes de Cohuatlican, que fueron libres é independientes; que su gobierno fué tambien aristocrático como el de Tlaxcallan, y repartida igualmente su capital en cuatro cabeceras.

Esta antigua ciudad de Huexutzinco no es la misma que hoy subsiste con este nombre, porque estaba situada una legua mas arriba, en la medianía de la falda de la sierra nevada, y allí se extendia mucho, de suerte que cuando entraron en estas tierras los españoles asientan que llegaba su poblacion á cuarenta mil vecinos. Despues de la conquista se destruyó enteramente esta poblacion, y no ha quedado vestigio alguno por donde pueda conocerse el sitio en que estuvo. De sus reliquias se formó la que hoy subsiste á diligencias de los religiosos franciscanos, sus primeros misioneros y párrocos, que en aquel sitio labraron su iglesia y convento, y allí se fueron agregando algunos vecinos, que siempre fué su número muy inferior al de la antigua poblacion: porque el padre Torquemada, que escribió á principios del siglo pasado décimo séptimo, dice que entre la ciudad y sus aldeas no llegaba á mil vecinos; el dia de hoy no llegan á la mitad. Esta es sin duda la causa de haber parecido las historias de esta república, y no poderse hallar las noticias de su gobierno y policía, si no es aquellas que por incidencia escribieron los historiadores de las otras naciones.

Los de Tlaxcallan, aunque no escriben con tanta puntualidad y menudencia como los chichimecas y mejicanos, dan suficientes noticias de los mas principales sucesos, y han conservado hasta el dia de hoy la memoria de los nombres de las cuatro cabeceras de su ciudad, sin embargo de no llegar hoy su extension y poblacion á la centésima parte de lo que fué en su antigüedad, y en sus manuscritos refieren difusamente los nombres y sucesion de los señores que mandaron en ellas hasta la venida de los españoles, y aun despues de ella. Ya dejo dicho en el capítulo XXIV el estado á que habia llegado este reino en tiempo del emperador Techotlalatzin, en que habiendo muerto el primer rey Culhua Tecuhtli Quanex, dejó por sucesores igualmente á sus dos hijos que mandasen juntos el reino, y dividida entre los dos la capital, de suerte que Tezcallihuehue que era el mayor tuviese por corte y cabecera el antiguo barrio de Tepeticpac, y Cuicuitzcatl que era el segundo tuviese por corte y cabecera el barrio nuevo de Ocotelulco. En Tepeticpac reinó largo tiempo Tezcallihuehue, y por su muerte le sucedió su hijo Pantzintecuhtli, y á este despues de sus dias su primogénito Cocohtzin, que era el que por estos tiempos de que vamos hablando poseia este señorío.

En la cabecera de Ocotelulco reinó poco tiempo Cuicuitzcatl, y le heredó su hijo Papalotl, cuyo gobierno fué tambien de poca duracion. Sucedióle su hermano Teyohualminqui, príncipe de grande espíritu, inclinado á las armas, y deseoso de gloria militar: tuvo campo en que lucir su bizarría, porque algunas poblaciones se alteraron, pretendiendo substraerse de la obediencia, y negar el tributo á sus señores. Púsose en

campaña con un competente ejército, y en poco tiempo los sujetó y redujo á su deber, castigando severamente á los mas culpados. Con tan buenos principios no quiso perder la ocasion de seguir el rumbo de su fortuna, y con su ejército victorioso entró por otras poblaciones libres, que vivian sujetas solamente á sus particulares señores ó caziques, y las conquistó y sujetó á la dominacion de Tlaxcallan, ampliando y dilatando sus confines. Volvió victorioso á su cabecera, adquirida tanta fama y reputacion que se grangeó los primeros aplausos, y obscureciendo en cierto modo el explendor de la antigua cabecera de Tepeticpac, en que gobernaba Pantzintecuhtli, era ya la de Ocotelulco la que se llevaba las atenciones, sin embargo de que para el gobierno del reino mantenian entre sí ambos príncipes la misma union y conformidad que habian observado sus mayores.

Pero del gran espíritu de Teyohualminqui, y del universal aplauso que habia adquirido, podia temerse que volviese á reunir en sí toda la autoridad y el dominio monárquico. Atajóle la muerte los pasos, porque á pocos años de gobierno, que no asignan cuantos, murió de enfermedad natural con mucho sentimiento y lágrimas de sus vasallos, y dejó el reino á su primogénito Tlailotlac Tecpantzin Tlacatecuhtli. Este gobernó muy pacíficamente, y fué muy amado de sus súbditos, pero poco tiempo; y por su muerte sucedió en el gobierno Acatentehuaque, al que unos hacen hijo y otros hermano del antecesor. Era este jóven de treinta años, que á un gran talento y capacidad juntaba un gallardo espíritu y aliento marcial.

Luego que entró en el gobierno resolvió seguir las pisadas de Teyohualminqui, prosiguiendo sus conquis-

tas para dilatar mas sus dominios y aumentar la gloria de su cabecera y casa de Ocotelulco. Púsose en campaña con un buen ejército, y en poco tiempo conquistó muchas poblaciones, mas con la fama que con el rigor de las armas, y por consiguiente á muy poca costa. Restituyóse victorioso á su corte y lleno de aplausos, donde premió colmadamente á todos sus soldados, y tanto de lo heredado como de lo adquirido hizo muchas mercedes y donaciones de tierras y estados, con que desahogó su liberalidad, que era en él la prenda mas sobresaliente; y hubiera sido uno de los mas gloriosos príncipes, si su misma continuada prosperidad no le hubiera despeñado y conducido al precipicio, como luego verémos.

Este, pues, y Cocohtzin eran los que por estos tiempos se hallaban mandando esta república, con igual union y concordia que sus antecesores, y habian mantenido como ellos la buena amistad y alianza con los emperadores de Tezcoco. Por esta causa mandó Ixtlixochitl á su hijo Nezahualcoyotl que viniese á estas provincias, á impetrar el socorro de los señores de ellas, para recobrar su reino. Cumpliólo así el príncipe, y despues de la muerte de su padre tomó el camino, como ya dije, por sendas estraviadas para estas provincias, acompañado solamente de sus hermanos, sobrinos y muy pocos criados.

Así en Huexutzinco, donde llegó primero, como en Tlaxcallan, fué muy bien recibido de los señores de una y otra provincia, con muchas expresiones de afecto y compasion de su desgracia; y aunque nada inclinados á seguir el partido de Tetzotzomoc, á quien no habian querido jurar ni reconocer por emperador, con

todo no se atrevian á declararle la guerra, viéndole dueño de un numeroso ejército, y auxiliado de los señores mas poderosos, creyendo que no harian poco en unirse los de montes afuera, fortificándose en sus territorios para rechazarle si intentaba invadirlos, y no ir ellos á atacarle en sus tierras, sino solamente mantenerse sobre la defensiva; y así aconsejaron al príncipe que se estuviese quedo, y procurase ocultarse hasta que variasen las cosas de aspecto, pues creyéndose Tetzotzomoc seguro ya en el trono desarmaria sus vasallos, y harian lo mismo sus aliados, no siéndoles necesario mantener tan numeroso ejército, y entretanto estos señores de montes afuera irian juntando tropa con secreto y disimulo para poder ayudarle en ocasion oportuna.

Condescendió el príncipe, acomodándose á lo que el tiempo ofrecia, y despues de haber estado allí algunos dias, volvió disfrazado á los estados imperiales y á los de los demas príncipes, corriendo de poblacion en poblacion, procurando informarse de todo, y explorar los ánimos así de la gente noble como del pueblo al favor de algunos confidentes que le ocultaban.

Hallábase en Tezcoco al tiempo de la publicacion del bando de Tetzotzomoc, y confundido entre la muchedumbre lo oyó, y entendió el anhelo con que el tirano perseguia su vida, y comprehendió el gran peligro en que estaba de que sus mismos confidentes, aterrorizados con las amenazas de él, le descubriesen y entregasen; mas con todo, alentado de su bizarro corazon, no desistió de su empresa, corriendo incesantemente toda la tierra, aunque con mayor recato y cautela, introduciéndose con la gente vulgar, para inculcar sus ánimos y saber las novedades que corrian, lo que de él se

decia y pensaba, especialmente con aquellos que tenian entrada en las casas de la gente principal, variando siempre de ideas y disfraces para no ser conocido.

En este año, pues, de 1419 dicen que caminando Nezahualcoyotl para Chalco por sendas extraviadas, disfrazado y acompañado de muy pocos criados, por indagar de los chalcas, que estaban muy introducidos en la corte de Azcapuzalco, las ideas del tirano, y lo que se trataba en el negocio, estando ya inmediato á la ciudad de Chalcoatenco, dejó atras á los criados, y se adelantó él solo por hallarse muy fatigado de la sed, sin haber podido encontrar fuente ni arroyo en que apagarla; y viendo entre unos magueyes á una muger llamada Citlamiyauh, que estaba recogiedo de ellos la agua miel de que se fabrica el pulque, bebida conocida en esta region, se llegó á ella y le pidió que le diese una poca, porque venia cansado de caminar y fatigado de la sed, sin haber hallado en todo el camino donde refrigerarla. Conocióle la muger, y no solo le negó la bebida, sino que empezó á dar voces diciendo: *Aquí está el príncipe Nezahualcoyotl; vengan á cogerlo.* Viéndose conocido, y que á las voces de la muger era preciso que acudiese alguna gente de la poblacion inmediata, ó de aquellos mismos que entraban y salian de ella al cultivo de sus campos, por ser la hora de medio dia, comenzó á rogarla con las mas humildes expresiones que callase y no pusiese á peligro su vida; que en nada la habia ofendido: que si no queria darle el agua miel, que no se la diese: que él no se enojaria por ello; pero que no porque llegaba á pedirla aquel corto alivio en su necesidad habia de procurarle la muerte.

Con estas y semejantes expresiones procuraba so-

segar á la muger, mas ella, sin darse por vencida, aumentaba sus voces, y esforzaba mas el grito para que la oyesen; y viendo el príncipe su terquedad, y que si se detenia allí mas tiempo habian de cargar sobre él, acudiendo á las voces de la muger, y si huia habian de seguirle por las señas que ella daria del camino que tomase, resolvió desembarazarse de todo y guardar su vida, dando muerte á la muger: y echando mano á su macana, del primer golpe le cortó la cabeza, y volvió á seguir su peregrinacion por sendas extraviadas.

De esta suerte refieren el suceso los autores nacionales que tengo entre manos; pero el padre Torquemada por los que adquirió para escribir su historia lo cuenta de otro modo. Dice que entró el príncipe efectivamente en Chalcoatenco, y se hospedó en casa de una señora viuda, muy principal, y deuda del señor de Chalco, llamada Tziltomiauh, la cual tenia unos grandes plantíos de magueyes de que extrahia gran cantidad de pulque, no solo para su gasto, sino tambien para vender, y como quiera que esto último era prohibido por las leyes promulgadas por los emperadores sus antecesores, se enojó tanto de esto que mató á la señora diciendo que aunque huia de un particular enemigo, que era Tetzotzomoc, no le acobardaban los comunes de la república, que eran los que mas la destruian, y la cosa mas perniciosa que los asolaba y bestializaba era el vino siendo en demasía, y que por esto habia de ser muerto el que causaba este daño. Que ejecutada la muerte, huyó Nezahualcoyotl, porque aunque el hecho le fué lícito (como á señor que era, si el tirano no le hubiese usurpado el poderío) y ejecutaba el castigo y pena de la ley, temió con todo que si el se-

ñor de Chalco le podia haber á las manos, le quitaria la vida (1).

¿Quién no ve en esta relacion la multitud de inconsecuencias y extravagancias que desde luego se presentan á los ojos? Un hombre despojado de sus estados, y perseguido de tantos enemigos, que anda disfrazado para guardar su vida á merced de un corto número de personas que le han quedado fieles, entre las cuales debemos suponer era una esta muger que le hospeda y oculta en su casa, le paga el hospedage con quitarle la vida, por la infraccion de una ley (si es que la habia, que yo tampoco la he encontrado en autor alguno nacional) cuya observancia no le tocaba á él en el dia cuidar, ni ménos exponerse tan imprudentemente á perder la vida por castigar aquel delito, que aunque en realidad lo fuese, y por él mereciese morir la muger, debia él usar de piedad con ella que le guardaba la vida, ocultándole en su casa, en medio de sus enemigos. Estas y otras inconsecuencias que advertirá el lector en esta narracion le persuadirán como á mí á que el que la dió al padre Torquemada le engañó, como en otras, y parece lo mas verosímil lo que dejo sentado, segun lo refieren los autores indios que tengo.

En el año siguiente señalado con el geroglífico de seis pedernales que fué el de 1420, siendo ya cumplido el año del indulto y libertad de contribuciones que Tetzotzomoc concedió á los aculhuas, mandó llamar á su corte á toda la gente principal de sus poblaciones, á quienes hizo saber el repartimiento que de ellas habia hecho entre las siete cabezas del imperio. Este fué en

(1) Torquemada lib. II, cap. XXIII, tom. 1, pág. 117.

*

ocho partes, dos íntegras para él, compuestas de aquellos pueblos que asignó, los cuales habian de acudir á su corte con todos los tributos, pensiones y servicio personal que daban al emperador Ixtlixochitl: y una parte á cada uno de los otros seis señores, compuesta de los pueblos mas inmediatos á sus capitales, á las cuales habian de acudir, y en ellas se habia de hacer la recoleccion de los tributos excepto el territorio que tocó á los reyes de Méjico y Tlatelolco, que por tener sus estados en la laguna separados del continente en que estaban los aculhuas, no lindaban con ellos; y así al de Méjico le señaló el territorio de la corte de Tezcoco con todos sus pueblos agregados, y la misma ciudad por caja para la recaudacion de tributos, y al de Tlatelolco el territorio de Huexotla, y su capital para caja: que cada uno de los seis señores se habia de hacer cargo de la recaudacion de tributos de los pueblos que le asignaba, de cuyo producto solo habia de gozar la tercia parte, y las otras dos tercias habia de entregar en la corte de Azcapuzalco á los recaudadores del emperador, y del mismo modo habia de entenderse por lo respectivo al servicio personal, que de los que debia dar cada pueblo, la tercia parte sirviese al señor á quien tocaba, y las otras dos fuesen á servir á Azcapuzalco en las obras á que los destinase. De suerte que, como dejo dicho ántes, la sagacidad de Tetzotzomoc engañó á estos señores, aparentando que se los daba todo, y en la realidad nada les dió: porque como ya vemos aquí, de las ocho partes en que dividió los estados imperiales, las dos enteramente las agregó á sus estados, así en cuanto al dominio como en cuanto al producto, y en las otras seis que repartió á sus colegas, en realidad

solo les dió el gobierno, reservando en sí el dominio, y de los productos les señaló solamente la tercera parte, en lugar de un salario ó sueldo por el trabajo que habian de impender en la recaudacion de los tributos. Estos los aumentó, recargando considerablemente á los vasallos en la cantidad de armas que cada pueblo debia contribuir en la plumería, ricas piezas de oro, piedras preciosas, mantas, y cantidad considerable de maderos, que debian ser de diez brazas de largo, una y media de ancho, y una de grueso, para las fábricas que emprendió en su corte.

Aumentó tambien el servicio personal, mandando que los que cada pueblo debia enviar no fuesen peones cualesquiera, como hasta entónces se habia acostumbrado, sino gente útil y oficiales buenos, carpinteros, albañiles y de los demas oficios que necesitase, y que enviase tambien mugeres, que hasta entónces tampoco se habia acostumbrado, y que estas fuesen hilanderas, tejedoras, y de los demas oficios ó ejercicios en que se ocupaban, para que en ellos trabajasen en el tiempo de su servidumbre.

El príncipe Nezahualcoyotl continuaba sus peregrinaciones por toda la tierra, sin hacer pie fijo en parte alguna; pero en todas, y especialmente en las capitales, sin exceptuar la corte de Azcapuzalco, tenia amigos, confidentes y criados leales, que le daban cuenta de cuanto pasaba, y cada dia se iba ganando nuevos partidarios, sin embargo de no faltarle enemigos que le persiguiesen, pensando adelantar su fortuna para con Tetzotzomoc con la ruina del príncipe; y así se vió en algunos peligros y ataques, de que su valor lo sacó con felicidad.

Sus tios los reyes de Méjico y Tlatelolco, que habian sido cómplices en la muerte de su padre, y en sus desgracias, compadecidos despues de sus infortunios, le favorecian secretamente, enviándole con frecuencia, por medio de los fieles criados que tenia en sus cortes, abundantes socorros para su manutencion, piezas de oro, y piedras preciosas; pero mas compasivas las reinas sus tias, emprendieron el empeño de pedir su vida al rey Tetzotzomoc, para cuyo efecto pasaron personalmente á Azcapuzalco, acompañadas de todas las señoras principales de ambas ciudades, llevando consigo gran cantidad de joyas, pedrería y pluma fina.

Llegaron al palacio de Tetzotzomoc, y haciéndole avisar que estaban allí las reinas de Méjico y Tlatelolco con todas las señoras principales de ambas ciudades que querian hablarle, le sorprehendió la novedad, mandó que entraran á la pieza donde estaba, y de donde no podia ya moverse por sí solo, porque su crecida edad le tenia tan inválido, que para ir de una parte á otra le cargaban en una silla que tenian, compuesta y aderezada con algodon para que no le lastimase, y de este modo le sacaban cada dia muchas horas al sol. Sin embargo en la forma que pudo las manifestó su benevolencia y agrado, preguntándoles el fin de su venida. Hicieron ellas el acatamiento debido á la magestad y grandeza con que era venerado, poniéndose de rodillas, y le ofrecieron los regalos que llevaban prevenidos, proponiéndole al mismo tiempo su pretension con expresiones muy rendidas, haciéndole presente el miserable estado en que se hallaba el jóven príncipe, que en nada le habia ofendido, perseguido y prófugo, sin amparo alguno, tropezando á cada paso con las som-

bras de la muerte, obligado á huir de tantos como intentaban quitarle la vida, sin hallar seguridad ni aun en lo mas oculto de los bosques; que se compadeciese de sus desdichas, y pues habia quedado ya despojado del reino, le perdonase la vida: que al fin era su sangre, y no era propio de un tan gran príncipe llevar tan al cabo la venganza y el castigo.

Estas y otras semejantes bien sentidas expresiones, y la autoridad y respeto de las personas que las hacian, obligaron á Tetzotzomoc á otorgarles su peticion, perdonando la vida al príncipe, mas con la calidad de que habia de venir á vivir á la ciudad de Méjico, de donde no habia de salir sin expresa licencia suya. Rindiéronle las señoras muchas gracias, y se restituyeron muy contentas á sus cortes, desde donde despacharon luego sus mensajeros que avisasen al príncipe, y le condujesen y acompañasen hasta Méjico para la seguridad de su persona.

Hallábase á la sazon el príncipe Nezahualcoyotl en el bosque de Poyauhtlan, acompañado de algunos caballeros y criados de su mayor confianza, entre los cuales los principales eran Quetzalixtli, Coyohuatzin, Cemilhuitzin, Totzmoltzin y Costolomitzin; y ántes que llegaran los mensageros de las reinas tuvo la noticia muy individual por los que le despacharon los criados que tenia ocultos en Azcapuzalco, los cuales al punto que la supieron despacharon en diligencia sus mensajeros, y entendida por el príncipe la novedad, determinó partir inmediatamente para Méjico, como efectivamente lo ejecutó acompañándole todos aquellos caballeros que le asistian, y en Quauhtlalpan encontró á los mensajeros de sus tias, á quienes recibió con mu-

cho agrado, y respondió con aquellas expresiones de gratitud correspondientes al favor que les habia debido, y acompañado de ellos continuó su viaje hasta Méjico, siendo bien admitido en todos los lugares por donde pasaba, y hallando en todas partes muchos afectos y parciales.

Llegó á Méjico, donde fué recibido con mucho aplauso y regocijo así entre ambos reyes y reinas que juntos le esperaban, como de todos los principales señores de ambas cortes y del pueblo que se juntó en gran número á su llegada. Dió á sus tias los agradecimientos del beneficio que por sus manos acababa de recibir con las mas vivas expresiones que le dictó su gran talento y cordura, y con aquella gracia y gallardía que le era natural, con que atraia los afectos, y se hacia dueño de las voluntades de cuantos le trataban, y con la misma cumplimentó á los reyes y á los demas señores de una y otra corte, quedando todos sumamente pagados y satisfechos de su cortesanía y agrado.

Dos años se mantuvo en Méjico, sin salir un paso de la ciudad, pero desde ella continuaba sus negociaciones por medio de sus confidentes, y se iba aumentando cada dia en todas partes el número de sus parciales, mas con tal secreto y disimulo que nada se traslucia en la corte de Azcapuzalco, ántes por el contrario se persuadian el tirano y los suyos á que estaba casi muerta en los corazones la lealtad á Nezahualcoyotl y que nadie hacia caso de él ni se acordaba de su antigua fortuna. Viendo esto las señoras mejicanas, á quienes al amor natural se habia agregado el adquirido con la comunicacion del príncipe, cuyas relevantes prendas le hacian muy amable hicieron nuevo empeño

en libertarle de aquella especie de prision que sufria, no pudiendo salir del recinto de Méjico, y se dieron tan buena maña para con el tirano, que no solo consiguieron que le permitiese salir de la ciudad, sino ir á la de Tezcoco, donde mandó darles para su habitacion en ella el palacio de Cilan, uno de los mejores que tenian allí los emperadores sus padres, y el señorío de ciertos lugarcitos, aunque pequeños y de poca consideracion, inmediatos á Tezcoco, y su producto para mantenerse, permitiéndole que pudiese andar por ellos, ir y venir de Tezcoco á Méjico, mas no pudiese ir á otra alguna parte ni lugar fuera de los expresados, imponiéndole cierta pena, que no dicen cual era, si quebrantase esta órden. Con este permiso iba y venia francamente, y con frecuencia de Méjico á Tezcoco, y no perdia ocasion ni coyuntura de adelantar sus negociaciones.

CAPITULO XXXIX.

De dos sueños que tuvo el tirano, y la interpretacion que le dieron sus adivinos. Conociendo que estaba cercano á morir, llama á sus tres hijos, y les ordena que quiten la vida á Nezahualcoyotl cuando venga á asistir á sus funerales. Sintiéndose mas agravado, hace convocar á los príncipes sus parciales, y nombra por sucesor en su monarquía al hijo segundo, exheredando al primogénito, y muere al dia siguiente.

A los fines del año de doce conejos, que correspondió al de 1426, que por ser á fines de él debemos suponer que era ya enero del nuestro de 1427, hallán-

dose el rey Tetzotzomoc agravado de su larga edad, y accidentes inseparables de la vejez, soñó una noche que una hermosa y corpulenta águila se lanzaba veloz sobre su cabeza, y con las uñas se la rasgaba por muchas partes, y despues abriéndole el pecho le arrancaba el corazon y las entrañas, y se las comia. Despertó sobresaltado, y mandó luego llamar á sus agoreros para que le descifrasen el sueño, y á los sacerdotes para que consultasen á sus dioses qué queria significar. Unos y otros le dijeron que aquella águila era el príncipe Nezahualcoyotl, que habia de volver á recobrar su imperio, destruyendo y aniquilando su real casa y familia, significada en su cabeza y corazon; pero que todavía habia remedio, y podia atajarse este daño con quitarle la vida al príncipe.

A la noche siguiente volvió á soñar que un tigre muy grande y feroz le embestia, sin poderse defender, y le hacia pedazos los pies. Mas confuso y aterrorizado despertó esta mañana que la anterior, y volviendo á llamar á sus sacerdotes y adivinos, les refirió su sueño, que ellos le interpretaron diciendo que en el tigre se significaba al príncipe Nezahualcoyotl, quien no solo habia de destruir su casa y familia, sino que habia de cebar tambien su enojo y venganza en sus fieles vasallos significados en sus pies, y que no habia otro remedio para impedir tanto estrago, sino el de matar al príncipe, porque faltando él se desvanecia el agüero.

Oyendo esto mandó luego llamar á sus tres hijos, Maxtla, Tayauh, y Atlatocaycpaltzin, y á otros deudos y familiares de su mayor confianza, y teniéndolos juntos, les refirió los dos sueños que habia tenido las dos últimas noches precedentes, y la interpretacion que de

ellos habian hecho los sacerdotes y adivinos, estos por su ciencia y aquellos por las respuestas de sus Dioses, á quienes habia consultado y convenian unánimes en que no habia otro remedio para fustrar el agüero que quitar la vida al príncipe. Que él se hallaba tan falto de fuerzas, y cargado de años y achaques, que creia eran muy pocos los dias que le faltaban de vida, y estaba incapaz de dar las providencias necesarias para poner en ejecucion el remedio que pedia el grave daño que les amenazaba; pero que habia pensado un medio con el cual, sin rumor y con seguridad podian lograr el intento de quitarle la vida. Este era el que muriendo él, como era preciso sucediese dentro de pocos dias, segun se hallaba de agravado, era natural que el príncipe viniese á sus funerales, y á darles el pésame, y entónces dentro de su mismo palacio le prendiesen y le matasen, con lo que quedarian asegurados, y de no hacerlo así quedarian expuestos á perder la vida y el reino. Atentos oyeron todos el razonamiento; y no ménos sobresaltados de las amenazas ponderadas de los agüeros, propusieron cumplir puntualmente la órden del rey, y poner todos los medios conducentes para que no se les escapase.

Pocos dias despues se halló el anciano rey tan agravado, que conoció se llegaba ya el fin de su vida, y mandó llamar á sus hijos, á los principales señores de su corte, á los reyes de Méjico y Tlatelolco, y á otros príncipes de los mas inmediatos en parentesco, y teniéndolos juntos les dijo de esta suerte: „ Hijos, „ deudos, vasallos, y amigos, ya llegó el fin de mis „ dias; ya es preciso que muera quien ha vivido tan-

„ to. Yo conozco que son pocas las horas que me „ restan de vida, y que con la muerte he de dejar tam- „ bien el reino. Segun la ley y la costumbre habia yo „ de nombrar para que me sucediese en él á mi hijo „ primogénito Maxtla; pero aunque le amo mucho no „ puedo dejar de conocer, que su natural altivo y su ge- „ nio severo y áspero desagrada mucho á mis vasallos, „ á quienes deseo dar un príncipe amable, benigno y hu- „ mano, sin dejar de ser recto, valiente y esforzado. „ Estas prendas se hallan en mi segundo hijo Tayauh, „ á quien nombro por mi sucesor en el reino de Azca- „ puzalco, que heredé de mis mayores, y en el impe- „ rio de Tezcoco que conquisté con el valor de mis ar- „ mas; y mando que él sea reconocido y jurado por su- „ premo monarca de la tierra, y rey de los tecpanecas, „ y espero que sus nobles acciones desempeñen mi elec- „ cion, y que mis vasallos conserven la memoria del „ beneficio que les hago en dárseles por soberano, pre- „ firiéndole á Maxtla, á quien confirmo en el estado y „ señorío de Coyohuacan, con la investidura de rey, „ para que le goze él y sus sucesores perpetuamente, „ libre de todo feudo y reconocimiento. Pero á todos „ os encargo mucho que si quereis conservar vuestras „ vidas, reinos y estados, cumplais puntualmente la ór- „ den que os he dado de quitar la vida al príncipe Neza- „ hualcoyotl cuando venga á asistir á mis funerales; por- „ que si queda vivo ha de recobrar el imperio, y os ha de „ destruir á todos, vengando en vosotros la muerte de su „ padre." Todos callaron; y manifestando en la confusion de los semblantes pena y sentimiento, en unos verdadero, y en otros fingido, segun sus intereses respectivos, se retiraron de la junta.

Al dia siguiente al amanecer, que fué el primero del año de trece cañas, penúltimo de su semana, señalado con el mismo geroglífico de la caña, en el número doce, que segun mi cómputo fué el dia dos de febrero del año de 1427, murió el tirano Tetzotzomoc, de edad tan avanzada, que ya pasaba de doscientos años, á los ochenta y cuatro de reinado, habiendo vivido siempre sano y robusto, porque fué muy arreglado en la comida y bebida, usando siempre unos mismos manjares, á unas propias horas, y nunca con exceso, de suerte que hasta los últimos años de su vida, aunque falto de fuerzas y de color por la mucha edad mantenia la robustez de su estómago y la firmeza de la cabeza, sin que jamas se le conociese aquella regular imbecilidad que trae consigo la decrepitud. Fué sagaz y advertido; pero inclinado siempre al engaño y la cautela, no supo emplear su talento con la hidalguía y nobleza que corresponde al decoro de la magestad. La soberbia y ambicion le dominaron tanto, que no hubo accion por indigna que fuese que no intentase, si creia poderle servir de medio á su exaltacion. Fué valiente y guerrero en tanto grado, que el ocio de la paz le era insufrible, y andaba buscando siempre motivos justos ó injustos para hacer la guerra, en la que era cruel y sangriento, y juntando al valor la astucia y el engaño, logró muchas victorias con que se hizo temido. Con la destruccion del reino de Xaltocan dilató mucho sus dominios; pero lo que le hizo mas poderoso y respetable fué la alianza con los reyes de Méjico y Tlatelolco, por el incremento de estos reinos sus feudatarios, y el valor de la nacion mejicana, de que supo servirse con destreza. Todo esto junto á su edad crecida,

á la seriedad y circunspeccion de su semblante, y á la ostentacion y magestad con que se hacia servir, le conciliaron tal respeto y veneracion, que á los fines del reinado de Techotlalatzin era ya tenido por el oráculo de los príncipes, y pendientes todos de sus acciones, fueron pocos los que se atrevieron á separarse de sus dictámenes. Pero sin embargo de todo esto el bizarro espíritu del emperador Ixtlixochitl diez años ántes de su muerte le invadió sus tierras, y llegó á dejarse ver victorioso sobre su misma corte de Azcapuzalco, poniéndole en el último conflicto de que no hubiera escapado si la magnanimidad de aquel monarca no hubiera usado con él tanta clemencia. La retribucion á este incomparable beneficio fué la mas vil traicion y fea ingratitud, con que despojó á su bienhechor del reino y de la vida. Faltó á lo que ofreció á los reyes sus aliados, engañándolos con apariencias, y en vez de ensalzarlos conforme á su promesa, los subyugó mas, haciéndolos en la realidad unos cobradores de sus tributos, con los que grabó notablemente á sus vasallos que gemian bajo de esta tan dura servidumbre; y finalmente las mandas que dejó en su testamento fueron un homicidio dispuesto y preparado con vil cautela, en retribucion de un obsequio, y la exheredacion del primogénito, que si bien pudo tener para ella justos motivos, fué causa despues de otras desgracias, y no logró que le sucediese Tayauh, como verémos.

CAPITULO XL.

Sabe Nezahualcoyotl la disposicion de Tetzotzomoc contra su vida, y sin embargo resuelve ir á dar el pésame, y asistir á las exequias.

Hallábanse en Azcapuzalco al tiempo que murió Tetzotzomoc los reyes de Méjico y Tlatelolco, el de Aculman su nieto, Itzcohuatzin hermano del rey de Méjico, los infantes de Méjico Moctezuma y Atempanecatl hijos del rey Huitzilihuitl, y nietos tambien del difunto, los reyes de Chalco, Otompan, Cohuatlican, Tlacopan, y otros muchos príncipes y señores de los que habian sido convocados para la junta del dia anterior, y se despacharon mensajeros á todos los demas reinos y provincias, avisando y convocando á los príncipes y señores de ellas, y á la demas nobleza, que dentro del cuarto dia habian de celebrar las exequias del difunto emperador, para que los que estaban inmediatos concurriesen á ellas en su corte de Azcapuzalco, y los que estaban distantes las hiciesen celebrar en sus capitales con la mayor pompa.

Vinieron muchos á la corte, y fué numerosísimo el concurso que se juntó á sus funerales; y al cuarto dia vino tambien el príncipe Nezahualcoyotl, que se hallaba en su palacio de Tezcoco cuando supo la muerte de Tetzotzomoc, y juntamente tuvo la noticia de la manda que habia hecho en su última disposicion, para que le quitasen la vida al tiempo que fuese á asistir á los funerales; y aunque sus deudos y fieles amigos y

vasallos intentaron disuadirlo del intento de ir á Azcapuzalco, viendo que no cedia á sus persuasiones, se valieron de los adivinos y agoreros, para que abultando pronósticos le intimidasen con el peligro que le amenazaba. Mas nada fué bastante á detenerlo, porque estimulado por una parte del bizarro espíritu con que despreciaba los riesgos, y por otra animado de algunos de los mismos agoreros de quienes él tenia mas opinion, que le aseguraron no peligraria su persona, resolvió pasar á Azcapuzalco á asistir á las exequias, llevando consigo á su sobrino Tzontecohuatl y algunos pocos criados de su mayor confianza.

Caminó toda la noche por la laguna, y al amanecer llegó á Azcapuzalco. Entró en el palacio del difunto emperador con singular entereza y denuedo, sin manifestar recelo ni temor alguno, y se presentó en la sala del duelo, donde se hallaban los tres hijos del difunto, y los demas señores deudos suyos, á quienes hizo un elegante razonamiento, dándoles el pésame, y manifestándole con vivas expresiones la parte que le tocaba en su sentimiento, y las veras con que les acompañaba en él. Presentóles á los hijos algunas alhajas y joyas de oro, piedras preciosas y perlas, segun era costumbre que todos los que venian á dar el pésame en cualquier mortuorio traian alguna dádiva para los principales dolientes, y en los de los príncipes las dádivas eran mayores y de mayor precio. El príncipe Maxtla, como el mayor de los hermanos, tomó la voz y le respondió manifestándole su agradecimiento á las expresiones y demostraciones con que le acompañaba en su pesar.

Luego que Maxtla acabó su razonamiento le habló

en voz baja su hermano Tayauh que estaba aislado, y le dijo que no era de perder la ocasion de cumplir la órden de su padre, dando la muerte á Nezahualcoyotl, que ignorante de su disposicion habia venido á entregarse á sus manos. Pero Maxtla, quejoso de la exheredacion, y resuelto en su intencion á no pasar por ella y quedar excluido de la sucesion al trono imperial, no tuvo por conveniente quitar por entónces la vida al príncipe, ó porque pudiera serle de provecho su persona y valor para defender sus derechos, ó por no disgustar á los reyes de Méjico y Tlatelolco que le protegian, y habian de sentir mucho su muerte; y así respondió secamente á su hermano, que la ocasion era inoportuna para una accion semejante, cuando solo debian atender á la solemnidad de las exequias, y á llorar la pérdida de su padre; que despues de concluida la funcion podria mejor ejecutarse.

El infante de Méjico Motehuzuma, que amaba mucho á su primo Nezahualcoyotl, é ignoraba que él supiese el peligro á que estaba expuesto, procuraba desde su asiento dárselo á entender, haciéndole señas con los ojos, para que se retirase: bien lo comprendió el príncipe, mas sin darse por entendido, tomó asiento y se mantuvo en la sala hasta que fué hora de retirarse, y al dia siguiente volvió á concurrir, y asistió á todo el funeral como luego diré.

INDICE
DEL TOMO SEGUNDO.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



